



CUANDO VIBRABA LA ENTRAÑA DE PLATA

José Enrique Viaña

CUANDO VIBRABA LA ENTRAÑA DE PLATA
(CRÓNICA NOVELADA DEL SIGLO XVII)



Cuando vibraba la entraña de plata (crónica novelada del siglo XVII)

José Enrique Viaña

Edición de Alba María Paz Soldán



Viaña Rodríguez, José Enrique

Cuando vibraba la entraña de plata / José Enrique Viaña ; edición y estudio introductorio por Alba María Paz Soldán ; presentación por Álvaro García Linera – La Paz : Vicepresidencia del Estado Plurinacional, 2016.

336 p. : mapa ; 23 cm – (Biblioteca del Bicentenario de Bolivia ; 121) (Letras y artes)

ISBN 978-99974-62-35-0 (TAPA DURA)

ISBN 978-99974-62-34-3 (TAPA RÚSTICA)

1. Bolivia – Literatura 2. Bolivia – Novela. I. Paz Soldán, Alba María, edición y estudio introductorio II. García Linera, Álvaro, presentación III. Vicepresidencia del Estado Plurinacional, ed. IV. Título.

1.ª edición, La Paz: Empresa Editora Universo, 1948

2.ª edición, La Paz: Biblioteca del Bicentenario de Bolivia, 2016

Ilustración de tapa: “Descripción del Cerro Rico e Imperial Villa de Potosí (1758)”, del artista Gaspar Miguel Berrío. Gentileza del Museo Colonial Charcas, dependiente de la Universidad de San Francisco Xavier de Chuquisaca.

Gestión editorial: Martín Zelaya Sánchez

Cuidado de edición: Wilmer Urrelo Zárate y Víctor Orduna Sánchez

Diseño y diagramación: Juan Carlos Tapia Quino

Transcripción de *Cuando vibraba la entraña de plata (crónica novela del siglo XVII)*: Alexis Argüello Sandoval

Derechos de la presente edición, diciembre de 2016

© María del Carmen Molina, Gonzalo Molina Echeverría y Hugo David Molina

© Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia

Calle Ayacucho N° 308

La Paz, Bolivia

(591 2) 2142000

Casilla N° 7056, Correo Central, La Paz

Los derechos morales de las obras contenidas en el presente libro pertenecen a los autores, herederos, causahabientes y/o cesionarios, según sea el caso.

2.500 ejemplares

DL (TAPA DURA) 4-1-425-16 P.O.

DL (TAPA RÚSTICA) 4-1-424-16 P.O.

Imprenta: Artes Gráficas Sagitario S.A.

Impreso en Bolivia

Este libro se publica bajo licencia de Creative Commons:

Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0)

Esta licencia permite a otros crear y distribuir obras derivadas a partir de la presente obra de modo no comercial, siempre y cuando se atribuya la autoría y fuente de manera adecuada, y se licencien las nuevas creaciones bajo las mismas condiciones.



Índice

PRESENTACIÓN	[9]
ESTUDIO INTRODUCTORIO <i>DE ALEACIONES Y LENGUAS EN BOLIVIA: LA NOVELA HISTÓRICA DE JOSÉ ENRIQUE VIAÑA,</i> POR ALBA MARÍA PAZ SOLDÁN	[15]
BIBLIOGRAFÍA DE JOSÉ ENRIQUE VIAÑA	[45]
BIBLIOGRAFÍA SOBRE JOSÉ ENRIQUE VIAÑA	[49]
SOBRE ESTA EDICIÓN	[53]

CUANDO VIBRABA LA ENTRAÑA DE PLATA (CRÓNICA NOVELADA DEL SIGLO XVII)

Capítulo primero	El pasado doloroso de una familia andaluza: los Ludueña	[61]
Capítulo II	Las posibilidades de futuro para un criollo hijo de andaluces	[73]
Capítulo III	La extraña muerte de quien salvó a doña Floriana coincide con el llamamiento a junta de criollos y andaluces	[87]
Capítulo IV	El mestizo Téllez visita al Mallcu y retorna a interior mina donde recibe a Nicolás	[101]
Capítulo V	En la herrería del espadero Francisco Marín	[115]
Capítulo VI	Festejos para la recepción del nuevo corregidor Patiño: presencia indígena y tensión entre vascos y andaluces	[125]
Capítulo VII	Don Alonso de Guzmán trabaja en su ingenio para mejorar el beneficio de la plata. La Santa Inquisición lo amenaza	[135]
Capítulo VIII	Doña Elvira y doña Sol de Guzmán refugiadas en casa de Ludueña ante el apresamiento de don Alonso	[145]
Capítulo IX	Nicolás toma consejo de su tío y recurre a Antúnez, servidor que fue de su padre. Queda prendado de doña Sol de Guzmán	[155]

Capítulo x	La extraña muerte del Carma en pendencia con Nicolás en el Mesón del Desorejado	[161]
Capítulo xi	Trabajos de los vascos en interior mina	[171]
Capítulo xii	La secreta verdad sobre la muerte del Carma y la ventaja que significó para los Berazátegui	[181]
Capítulo xiii	Don Alonso, liberado de prisión, declara que doña Sol está prometida a Villafuerte. Nicolás recibe la espada que le forjara Marín	[191]
Capítulo xiv	Marín y Nicolás se dirigen a la ceremonia indígena, donde el Mallcu consagrará la espada de Nicolás	[201]
Capítulo xv	Muerte del capitán Illescas	[207]
Capítulo xvi	Nicolás lamenta haber dejado ir a doña Sol por promesa a su madre y Pablo Nicolás asegura que él no se dejará quitar a Margarita	[215]
Capítulo xvii	Nicolás presiente enemigos en su propia casa y se atemoriza	[227]
Capítulo xviii	Conspiración de los Berazátegui contra Nicolás Ludueña	[233]
Capítulo xix	Nicolás Pablo roba a Margarita cuando iba a la iglesia para ser desposada con un vasco	[239]
Capítulo xx	Diego Gómez lleva a Nicolás a su ingenio para probar los métodos de Alonso de Barba	[245]
Capítulo xxi	Luis de Valdivielso trae noticias de Pablo Nicolás. Ludueña ante los veedores del Cerro responde acusaciones de los Berazátegui	[253]
Capítulo xxii	Juntas de andaluces y criollos para iniciar ofensiva contra los abusos de los vascos. Ludueña y Ponce forman las fuerzas jóvenes	[263]
Capítulo xxiii	Los vicuñas se hacen fuertes en la Villa, se imponen en las fiestas de diciembre de 1622. Nicolás se encuentra con la mirada de doña Sol	[271]
Capítulo xxiv	La ronda frustra el intento de Nicolás de acercarse a doña Sol. El de Villafuerte, amigablemente, sale en su defensa	[281]
Capítulo xxv	Nicolás retorna a la Villa después de tres años, se entera de la ruptura de la laguna de San Sebastián. Quiere recuperar a doña Sol	[287]
Capítulo xxvi	Sorpresivamente Nicolás decide retirarse a la vida religiosa, pero antes encuentra su destino	[295]

GLOSARIO DE VOCES DESUSADAS	[303]
VOCES Y EXPRESIONES KESWAS	[307]
ANEXOS	[309]
I. <i>La Montaña</i>	[311]
II. Poemas	[312]
III. Prosa	[322]

Presentación

La Biblioteca del Bicentenario de Bolivia

Álvaro García Linera

Uno de los principales problemas en la formación educativa de los estudiantes tanto de nivel secundario como universitario es, por decirlo de alguna manera, su relacionamiento conflictivo con los libros; es decir, la dificultad que tienen para apropiarse de la información y el conocimiento universal depositado en el soporte material de los textos impresos.

A lo largo de mi trabajo académico universitario, he podido detectar diversos componentes de esta relación conflictiva. Uno de ellos, el débil hábito de la lectura o, en otras palabras, el rechazo, la negativa o resistencia del estudiante para dedicarle tiempo, esfuerzo, horas y disciplina a su acercamiento con el conocimiento, de manera sistemática, rigurosa y planificada. La tendencia a buscar el resumen rápido en vez de esforzarse por sumergirse en la narrativa del texto, a copiar del compañero en vez de escudriñar la estructura lógica o los detalles de la argumentación de la obra, es mayoritaria. Se trata de una ausencia de paciencia y disciplina mental, y, a la larga, de una falta de aprecio por el trabajo intelectual, que hace que el estudiante se aproxime al conocimiento universal en distintas áreas –ciencias naturales, ciencias exactas y ciencias sociales– de una manera superficial, mediocre y poco rigurosa.

Un segundo problema es la falta de comprensión de lo que se lee, la carencia de métodos para una lectura que posibilite encontrar el núcleo argumental y sedimentar en el cerebro el conjunto de información, proce-

dimientos y resultados que están presentes en los libros e investigaciones. Por lo general, la capacidad de comprensión –e incluso de retención– de lo leído es bajísima. Eso significa que además del ya reducido esfuerzo que el estudiante promedio despliega en la lectura, gran parte del mismo resulta inútil porque ni siquiera consigue aprehender el núcleo argumental de lo planteado o escrito por el autor.

Estos son problemas estructurales que se arrastran desde la formación educativa escolar y que, por tanto, requieren de una transformación igualmente estructural de la formación educativa básica, de la disciplina educativa, de la facultad para construir lógicamente los conceptos y de la inculcación de hábitos duraderos de investigación y métodos de estudio.

Otro problema que también se presenta en la formación educativa de los colegiales y, en particular, de los universitarios, tiene que ver con el acceso a la información y documentación, y a la disponibilidad de las publicaciones a fin de poder acceder a los conocimientos que nos brindan.

Ciertamente existen libros útiles y libros irrelevantes. Sin embargo, no cabe duda de que el texto escrito –ya sea bajo el soporte material de impresión (libro impreso) o de información digitalizada (libro digital)– representa, en la actualidad, el lugar fundamental de preservación del conocimiento que los seres humanos han sido capaces de producir en los últimos cinco mil años de vida social. En todo caso, esto no niega la presencia de otros soportes de información como el que se encuentra, por ejemplo, en el cuerpo, en la experiencia; mas, aun así, la única manera de universalizar y socializar ese conocimiento e información sigue siendo el texto escrito: el libro.

El conocimiento, en calidad de bien común universal y no únicamente como sabiduría local, tiene su base material en los libros; desafortunadamente, el acceso a ellos no es siempre universal. Por ejemplo, en nuestro país, dado que generalmente los textos de mayor referencia en el campo académico son de edición extranjera, gran parte de ellos tienen costos elevados o son de difícil acceso para los estudiantes. Adicionalmente, nuestras bibliotecas poseen obras editadas décadas atrás y, muy excepcionalmente, de relevancia para la formación académica. Por otro lado, nuestras librerías presentan una limitada disponibilidad de obras producidas en el extranjero (no más de 20 ejemplares por cada título), cuyos únicos destinatarios se convierten en un grupo de expertos; mientras que, en el caso de las obras editadas en Bolivia, aquellas a las que se tiene acceso no siempre son las más adecuadas o necesarias para la formación educativa estudiantil. Entonces, las dificultades que tienen los alumnos para acceder de manera directa a las publicaciones e inves-

tigaciones más relevantes, recientes, sólidas y mejor elaboradas, que les permitan potenciar su formación académica en las diferentes áreas de estudio, son notorias.

Con tristeza he podido atestiguar, en la universidad, que parte de la autoridad académica de algunos profesores, lejos de sostenerse en su capacidad intelectual o didáctica –y mucho menos en su capacidad de síntesis o investigación–, se sustenta en la mezquindad o el monopolio del acceso a ciertos libros necesarios para su materia. He visto a profesores facilitar a sus alumnos simplemente algunos capítulos de una obra importante, preservando para sí el resto a fin de poder contar con un mayor conocimiento que ellos. De hecho, algunos profesores conservan su autoridad académica y su puesto no –como se podría esperar– gracias a su mayor capacidad de conocimiento e investigación, sino porque básicamente restringen o conservan el monopolio de tal o cual investigación y/o publicación, que difunden a sus estudiantes de manera selectiva (a cuenta gotas) y no en su plenitud.

¿Cómo ayudar a superar estos límites de la formación académica estudiantil y universitaria? ¿Cómo facilitar el acceso de los estudiantes a las publicaciones más importantes, de manera rápida, fácil y barata, para que coadyuven con su formación intelectual y académica? ¿Cómo inculcarles la idea de que un buen alumno no depende de su capacidad adquisitiva para la compra de determinados libros o de la buena voluntad del profesor para proporcionarle las respectivas fotocopias, sino de su formación en la construcción de esquemas lógicos, de su capacidad de análisis, síntesis e investigación, y de su capacidad de sedimentación e innovación de las investigaciones y/o aportes realizados en diferentes latitudes del país o del mundo?

Esta preocupación constituye, pues, el punto de partida del nacimiento de este destacable proyecto. Lejos de pretender la mera publicación de 200 obras relucientes para ser guardadas en los rincones o anaqueles de algunas bibliotecas (particulares o pertenecientes a instituciones públicas o privadas), sin utilidad alguna, la Biblioteca del Bicentenario de Bolivia (BBB) nace con una función práctica muy clara: apoyar a ese trabajo de acercamiento profundo a la lectura por parte de estudiantes, investigadores y ciudadanía, en general, facilitándoles el acceso a las 200 publicaciones más importantes y necesarias para la comprensión de la realidad boliviana en los últimos siglos.

¿Por qué 200 libros o publicaciones? En reconocimiento a los 200 años de independencia y fundación de Bolivia, cuya celebración tendrá lugar el año 2025.

Nuestro deseo habría sido que ese objetivo (de acceso fácil, rápido y barato de los lectores bolivianos y bolivianas a las 200 investigaciones más importantes del país) abarcara todas las áreas de la formación académica (desde las ciencias exactas y naturales hasta las ciencias sociales), pero queda claro que, en las actuales circunstancias, esto resulta imposible.

Por ello, el trabajo de selección tuvo que enmarcarse a un conjunto de estudios referidos a Bolivia a lo largo de los últimos 400 o 500 años que, en su mayoría, abarcan la historia social, económica y política boliviana, aunque también se orientan al campo de la literatura, la cultura y las artes, entre otras áreas.

Se trata de textos –muchos de ellos de difícil acceso– publicados años atrás, pero nunca más reeditados; o publicados en otras partes del mundo, pero de difícil acceso para el estudiante; o publicados recientemente, pero con costos elevados y excluyentes. Nuestra tarea consistió en juntarlos e incorporarlos en una biblioteca a la que estudiosos e investigadores del país entero, pero, en particular, jóvenes escolares, colegiales y universitarios, puedan acceder de manera sencilla.

Para llevar adelante el proyecto con éxito, se tomó la decisión de reunir a importantes –si no es que a los mejores– investigadores y estudiosos de las distintas áreas de las ciencias sociales, artes y letras para que, en un largo debate conjunto, ordenado a través de comisiones temáticas, fueran seleccionando, a partir de los cientos de títulos disponibles, esos 200 más importantes para la comprensión de la historia de nuestro país.

Para nosotros fue determinante el hecho de que este proceso de selección sea realizado con la mayor pluralidad posible. Por ello, los más de 30 notables estudiosos de la realidad boliviana (la mayor parte de ellos residentes en territorio nacional y otros en el extranjero) invitados a conformar el Comité Editorial de la Biblioteca del Bicentenario de Bolivia, trabajaron en base a un amplio catálogo (que superó los mil títulos) elaborado gracias a sus sugerencias, las de decenas de especialistas invitados y la participación directa de la ciudadanía a través de la web del proyecto, en la selección final de las obras.

Este gran esfuerzo colectivo y estatal por brindar a la juventud estudiosa un material de calidad y decisivo para la comprensión de la formación de la sociedad, el Estado, la economía y la estructura social boliviana, en los últimos siglos, queda sintetizado en las siguientes cuatro colecciones que engloban las 200 obras seleccionadas: 1) Historias y Geografías (69 textos), 2) Letras y Artes (72 textos), 3) Sociedades (49 textos) y 4) Diccionarios y compendios (10 textos).

La Biblioteca del Bicentenario de Bolivia no habría sido posible sin la participación comprometida de todas las personas que apoyaron a su realización. Un agradecimiento especial al Director del Centro de Investigaciones Sociales de la Vicepresidencia (CIS), Amaru Villanueva; a la Coordinadora Académica del CIS, Ximena Soruco Sologuren; al equipo de la Coordinación General del Proyecto; y, por supuesto, a todos los miembros del Comité Editorial que trabajaron de manera gratuita en largas y apasionantes reuniones durante más de seis meses, en procura de seleccionar esas 200 obras imprescindibles para la comprensión de la historia de nuestro país. Nuestros mayores reconocimientos para: Adolfo Cáceres Romero, Alba María Paz Soldán, Ana María Lema, Beatriz Rossells, Carlos Mesa, Claudia Rivera, Eduardo Trigo, Elías Blanco Mamani, Esteban Ticona, Fernando Barrientos, Fernando Mayorga, Germán Choquehuanca, Godofredo Sandoval, Gustavo Rodríguez, Hans van den Berg, Isaac Sandoval, Juan Carlos Fernández, José Antonio Quiroga, José Roberto Arze, Jürgen Riester, Luis Oporto, María Luisa Soux, Mariano Baptista Gumucio, Pablo Quisbert, Pedro Querejazu, Pilar Gamarra, Ramón Rocha Monroy, Roberto Choque, Rubén Vargas, Verónica Cereceda y Xavier Albó.

Es indudable que toda formación pasa por el tamiz de la lectura, estudio y abordaje del conocimiento depositado en los libros. Y la BBB ha sido justamente imaginada como una herramienta de estudio y de formación.

Nuestro mayor deseo es que estos 200 libros no se queden intactos y sin uso en el rincón de alguna biblioteca, sino que sean leídos, debatidos y comentados por estudiantes e investigadores, que sumergiéndose en el contenido de sus líneas y páginas (marcándolas, subrayándolas, tomando o haciendo notas en sus bordes), las puedan procesar, utilizar y transformar.

Si en los siguientes meses o años vemos a los jóvenes estudiantes agarrando una obra del Bicentenario en la mano, debatiendo o reflexionando acerca de tal o cual idea o tal o cual capítulo; entonces, el objetivo y la misión de la Biblioteca del Bicentenario de Bolivia se habrá cumplido: ayudar a la formación de una nueva generación de estudiantes con una mejor capacidad intelectual, de estudio, análisis e investigación en el ámbito de la realidad social boliviana.

Estudio introductorio

De aleaciones y lenguas en Bolivia: la novela histórica de José Enrique Viaña

Alba María Paz Soldán*

A. JOSÉ ENRIQUE VIAÑA RODRÍGUEZ Y SU OBRA

Nacido en Challapata (departamento de Oruro) en 1898, José Enrique Viaña hasta su muerte, en 1971, ha sido, sin embargo, uno de los más destacados y activos potosinos del siglo xx boliviano. Fundador en 1918 del movimiento Gesta Bárbara, colaboró en periódicos como *El Día*, *El Sur* o *El Intransigente* y dirigió publicaciones periódicas como *La Montaña* o *Pukara*.¹ En 1919 publicó su primer libro de cuentos titulado *El jardín secreto*. Sus libros de poesía *La humilde ventura* de 1923 y *Camino soleado (en la paz en la guerra)* de 1935 incluyen textos nuevos a la vez que recogen lo publicado hasta esas fechas en revistas y periódicos. Obra de madurez son sus dos novelas: *Cuando vibraba la entraña de plata (crónica novelada del siglo xvii)* de 1948 y *Ananké* de 1977. Posteriormente publicó otros dos poemarios: *En el telar del crepúsculo* de 1968 y *La sed inextinguible* de 1970.

* Es profesora de literatura latinoamericana en la Universidad Mayor de San Andrés (UMSA), fue coordinadora académica del Departamento de Cultura de la Universidad Católica Boliviana (UCB), donde dirigió tres licenciaturas en Arte (Literatura, Música y Dirección de Cine). Fue profesora en universidades de Estados Unidos, Argentina, España y Ecuador. Es coautora, junto a Blanca Wiethüchter, de *Historia crítica de la literatura en Bolivia* (PIEB, 2002). Editó y antologó la primera versión al inglés de la novela *Juan de la Rosa. Memorias de un soldado de la Independencia*, de Nataniel Aguirre, para Oxford University Press (2001) y también para la Biblioteca Ayacucho (2006). Publicó artículos en revistas especializadas de Estados Unidos, Argentina, Venezuela y Bolivia. Ha realizado estudios (2010, 2013) acerca de cómo llegan los estudiantes de secundaria a la universidad en materia de lectura y escritura.

1 Véase en el “Anexo 1” el editorial “Con mi nuevo traje”, cuando asume la dirección de *La Montaña* (pág. 311. La paginación corresponde a la presente edición).

1. SU MAGISTERIO EN EDUCACIÓN Y GESTIÓN CULTURAL

Desde que regresó de la Guerra del Chaco (1932-1935)² al finalizar la contienda, fue profesor de Lengua y literatura en el día a día. Dejó su huella de gestor cultural enfocado en temas y en los problemas de Bolivia, con presencia en La Paz, Oruro y Potosí. Entre sus alumnos en el colegio Pichincha de Potosí figuran el músico Alberto Villalpando y el pintor Ricardo Pérez Alcalá, y entre los del colegio Hugo Dávila de La Paz, donde enseñó en la década de 1960, estaba el director de orquesta Carlos Rosso. Todos ellos han reconocido cálidamente el valor de su magisterio.³

De 1948 a 1951 fue director del Departamento de Extensión Cultural de la Universidad Autónoma Tomás Frías (UATF) de Potosí. Allí promueve conferencias y presentaciones como la del poeta salteño Manuel J. Castilla, la de estudiosos como el orureño Ramiro Condarco Morales o del escritor cochabambino Jesús Lara, además de conciertos de otros artistas bolivianos como el de piano y violín de José Sandi y Humberto Iporre Salinas, declamaciones poéticas y diversas actividades culturales. En el marco de esta sede académica, él mismo pronuncia conferencias sobre asuntos que le preocupaban y ocupaban como encrucijadas culturales: literatura española, literatura boliviana, historia de Bolivia y de Latinoamérica independiente, sobre *Fuenteovejuna* de Lope de Vega, sobre José Martí, León Felipe, la poesía española contemporánea, Cervantes, Jaime Mendoza o *La Chaskañawi* de Carlos Medinaceli.⁴

Vale la pena mencionar aquí una de sus conferencias, publicada posteriormente (1950a: 23-46), titulada “Ensayo de interpretación dialéctica de la historia de Potosí”. En ella observa, como una deficiencia historiográfica, el que la historia de Potosí haya estado en manos de novelistas. El autor de *Cuando vibraba la entraña de plata* estima, aquí, muy clara la diferencia entre novela e historia. El historiador trabaja con hechos y datos, establece relaciones y determina las fuerzas que actuaron sobre los protagonistas de la Historia. Para el novelista histórico, en cambio, es válido apelar a la intuición, como se puede ver en el epígrafe de la novela de Viaña (pág. 57): “Cierto que yo tengo pocos datos... pero me fío de la intuición.

2 Véase en el “Anexo II” el poema (*sic*) “la canción de mañana” (pág. 315), escrito durante la guerra.

3 Comunicación personal con las personas mencionadas.

4 Todas estas actividades se hallan documentadas en la revista *Universidad* de la UATF. Para más datos sobre los trabajos de Viaña en aquella (sobre todo sus conferencias) ver “Bibliografía citada” (pág. 42) a continuación de este “Estudio introductorio”.

¿Quién sabrá si acierto o yerro? Nadie, probablemente. *La leyenda de Jaún de Alzate*, Pío Baroja.”⁵

Atendiendo a esta distinción analítica, Viaña ha subtítuloado su primera novela como *Crónica novelada del siglo XVII*: la acción se desarrolla en el contexto del Potosí colonial, pero su trama e intriga son un drama existencial.

2. VIAÑA, CRÍTICO LITERARIO

Otra dimensión del legado de José Enrique Viaña, también poco conocida, es la de su crítica literaria, de sus lecturas a fondo, buscando el alma detrás de las letras.⁶ Un patente ejemplo de esto es su conferencia, publicada después (1950b: 82-107), y titulada “El hombre y la naturaleza en la novelística de Jaime Mendoza”. En esta revisa las tres novelas del médico Mendoza en busca de su sentir íntimo. Viaña inicia la lectura con una serie de observaciones sobre el estilo poco trabajado de *En las tierras del Potosí* (1911). Dice Viaña que sus descripciones son fotográficas por una contención evidente que no le permite al autor expresarse plenamente. Seguidamente registra la crítica penetrante de Mendoza acerca de la muelle vida sucrense en *Los malos pensamientos* (1916) cuando, al mismo tiempo, señala el amor que le tiene a esa urbe. Termina analizando al personaje de *Páginas bárbaras* (1914). La compara con *La vorágine* (1924), del colombiano José Eustasio Rivera, y postula que si en esta novela la selva se impone y devora al hombre, en la de Mendoza, en cambio, la herida que el personaje lleva en el alma es lo que permite que se le entre la selva hasta que finalmente, por decisión propia, se entrega a “esa maraña”. A partir de este libro, Viaña puede afirmar que “...si Sucre ha tenido jamás

5 La referencia proviene de *La leyenda de Jaun de Alzate* (1922) de Pío Baroja (Madrid, Rafael Caro Raggio Editor, p. 10). El texto completo del pasaje aludido es el siguiente: “Cierto que yo tengo pocos datos de lo que ocurría en Álzate y en Easo en plena Edad Media, pero me fío de la intuición. ¿Quién sabrá si acierto o si yerro? Nadie, probablemente”.

Baroja se define como imaginativo autor de una leyenda local vasca, sobre cuyos hechos, personajes, topografía exactos, poco se sabe y poco ha de saberse. El autor individual, así, recoge completa, continúa, perfila y acaso desvía la leyenda colectiva, dándole un tono propio que sin embargo entrega a la tradición común. En esto, precisamente, se diferencia del tradicionista y más aún del folklorista, y también del novelista. Sin embargo, a Viaña le interesa señalar el aspecto imaginativo. Un detalle más: Jaun en la versión de Baroja no lleva acento, pero en el texto de Viaña sí.

6 Véase en el “Anexo III” el cuento “Don Quijote de la Mancha” (pág. 325) y en el “Anexo II” (pág. 312) varios poemas de escenas y personajes de la novela de Cervantes, así como “Elegía en la muerte de Federico García Lorca” (pág. 319).

un novelista, éste ha sido D. Jaime Mendoza”. Viaña no lee a Mendoza como se lo lee convencionalmente hasta hoy, sino que innova y densifica las latencias de la escritura de este autor.

3. LAS HUELLAS DE GESTA BÁRBARA: VANGUARDIA E INTROSPECCIÓN

A sus 20 años, José Enrique Viaña había asistido a las cuatro conferencias que Ricardo Jaimes Freyre pronunció en la ciudad de Potosí (Wiethüchter, 2002, r: 57).⁷ Impresionados por las palabras de un poeta que conocían por su escritura e incentivados por el exiliado peruano Arturo Peralta (Gamaliel Churata), él y otros jóvenes fundan el movimiento cultural y literario Gesta Bárbara. En esta época temprana, los escritos de Viaña ya revelan el muy particular carácter introspectivo con que se apropia del impulso vanguardista que reivindica el grupo.

Para ilustrar este rasgo introspectivo, conviene comparar un texto suyo de esta época con otro del peruano Alejandro Peralta, que aparece en el mismo número 10 de la revista del grupo.⁸ Ambos textos muestran claramente una búsqueda por innovar el lenguaje. En “Cristales del Ande”, poema del peruano, el paisaje andino se ve traducido a un lenguaje vanguardista que rompe estruendosamente con las descripciones modernistas tanto como con las del realismo costumbrista: “Los gallos / engullen el maíz de la alborada / y acribillan de navajas polítonas / las carnes de la mañana” (*Gesta Bárbara*, 1926: 9).

Páginas más adelante, aparece el texto de Viaña, “*Paccha*.”⁹ De un viaje a la provincia”. El acercamiento al paisaje también es vanguardista, aunque diferente. Con resabios de retórica modernista, una voz íntima se imbrica y se confunde con el paisaje y enuncia, desde una interioridad, como un flujo de conciencia, de forma entrecortada:

El granizo menudea: el horroroso fragor de la tormenta arrecia... ¡Hay que cerrar los oídos y los ojos...! ¡El desastre está encima...!

Un minuto... dos... Amaina la tormenta. No caé [*sic*] ya granizo; la lluvia torna a imperar... El corazón revive, los ojos rebrillan de placer, ha pasado la manga sin grandes perjuicios; el redoble de tambores se aleja hacia el

7 Blanca Wiethüchter alude a las declaraciones de Armando Alba sobre la creación de Gesta Bárbara. Para más detalles al respecto, ver *Anekdótico de Ricardo Jaimes Freyre* (1953), de Raúl Jaimes Freyre, Potosí: Cultura Boliviana, 168 pp.

8 Ver *Gesta Bárbara*, año v, núm. 10 (noviembre de 1926). El ejemplar consultado está dedicado, de puño y letra, con la firma de Carlos Medinaceli, a Alberto de Villegas.

9 En quechua significa “salto de agua”, “caída del agua” o también “cascada”. Véase: www.runasimi.org. Fecha de consulta: 27 de septiembre de 2016.

sud... Durante unos minutos, es el ruido suave y acariciador de la lluvia sobre las hojas lo que se oye; mas, luego crece el ruido del agua y pronto, un inmenso clamor, como de miles de hombres rasga los aires... ¡La quebrada! ¡La *Paccha!*, oigo gritar y, en plena lluvia, todos nos echamos a la calle... (*ibid.*: 13).

El contraste de tono y estilo señala la marca introspectiva de Viaña en la búsqueda de lenguaje. Rompe con los lenguajes tradicionales, pero desde una subjetividad que le imprime al texto un tono cuasi surrealista.¹⁰ Parejos rasgos se pueden ver en este fragmento de “Camino”, que figura en la misma publicación¹¹: “Un hombre serio ha dado un salto / Con grotesca gravedad. / ¿En la cabriola de la muerte / tendrá la misma agilidad?” (*ibid.*: 4).

A partir de esa búsqueda de lenguaje, pero también a partir de su arraigo en la ciudad de Potosí¹² y de su dedicación a la literatura, llega José Enrique Viaña a la escritura de su primera novela.

B. LA NOVELA CUANDO VIBRABA LA ENTRAÑA DE PLATA: SU CONTEXTO

Con el auspicio del Comité Pro Cuarto Centenario de Potosí, *Cuando vibraba la entraña de plata* se imprime en La Paz en 1948. La presentación de la novela, sin embargo, se efectúa en septiembre en la ciudad de Potosí: “[...] la noche del miércoles ocho en el domicilio particular del autor, se ha efectuado un sencillo y trascendental acto con motivo de la entrega del citado libro [...]”.¹³ El autor era por entonces director del Departamento de Cultura de la UATF. La misma nota de prensa consigna que en dicha reunión también “[...] se acordó enviar un mensaje al escritor Dn. Carlos Medinaceli por su obra *La Chasca Ñahui* [*sic*] a nombre de los escritores y artistas de Potosí”. Efectivamente, alrededor de un año antes, Medinaceli, el que fuera gran amigo de Viaña, había presentado su novela, que habría de ser tan popular.

10 Véase también en el “Anexo III” el relato “Página roja” (pág. 322).

11 “Camino”, junto a muchos otros publicados en diferentes números de la revista *Gesta Bárbara*, aparece en *Camino soleado (en la paz en la guerra)* (1935, Potosí: Editorial Potosí, 134 pp.), que además incluye los poemas que Viaña escribió durante la Guerra del Chaco.

12 Véase en el “Anexo II” el poema (*sic*) “la leyenda del Potosí” (pág. 313).

13 Así lo consigna la nota de un periódico potosino titulada “Un nuevo libro de Dn. José Enrique Viaña”, *Rebeldías*, 5ª. época, núm. 152 (19 de septiembre de 1948).

1. VIAÑA Y MEDINACELI, NOVELISTAS

El destino de *La Chaskañawi* y de *Cuando vibraba la entraña de plata*, dos libros producidos desde la energía juvenil proveniente de Gesta Bárbara, fue muy dispar. Si bien objeto de cierto número de reseñas al poco tiempo de su aparición, la novela de Viaña no ha tenido la repercusión ni la difusión de la de Medinaceli, que casi desde su publicación forma parte del canon de la literatura boliviana y sigue siendo tema de diferentes lecturas críticas. *La Chaskañawi* ha llegado a 20 ediciones¹⁴ mientras que la única edición de *Cuando vibraba...* no parece haberse promovido lo suficiente, pues hasta hace unos años se podía comprar ejemplares intactos en el mercado de libros viejos de La Paz. Son novelas muy diferentes, pero ambas dan prueba del rigor y del profuso trabajo de sus autores: las dos resultan maneras apasionadas de vivir la realidad nacional boliviana.

La atmósfera de *La Chaskañawi* concentra problemas vitales, actuales e inmediatos de la sociedad boliviana y del mismo autor. En cambio, para una mirada de superficie, *Cuando vibraba...* luce como una evasión hacia el siglo XVII potosino. Aunque tiene como fondo esa época (muy bien reconstruida, por cierto), la historia que cuenta la novela con esa “profundidad de campo” es aún hoy de una gran actualidad. Por añadidura, la manera de narrarla revela mucho sobre los lenguajes en Bolivia. La escritura enfrenta problemas sociales y culturales claramente asociables a los de Bolivia en los siglos XX y XXI. Su preferencia por la interioridad y la poesía no ha desarraigado al autor de su tiempo y de su país. Piensa Viaña que: “El Arte es digno de llamarse tal solamente cuando se halla en función social, es decir, cuando su objeto principal es el de servir para la elevación del hombre de la calle y tiene que amoldarse a él para ayudarlo a superarse en su condición espiritual” (Baptista, 1984: 346).

Además de poner en escena con gran detalle los espacios de trabajo –ingenio, interior de la mina, herrería y otro– del Potosí antiguo con una perspectiva asimilable a la de una etnografía actual, *Cuando vibraba...* construye una trama novelística armada a partir de la toma de decisiones personales en momentos difíciles. Los personajes no son idealizados, no son tipos humanos ni sociales, no representan valores, sino que les ocurren cosas y enfrentan conflictos existenciales. El amor del protagonista no es el amor cortés, aunque las miradas sean su mejor forma de expresión,

14 Este dato es consignado por José Roberto Arze en *Contribución a la bibliografía de Carlos Medinaceli*. Véase www.ops.org.bo/textocompleto/bvsvp/boxp75/revbib/. Fecha de publicación: junio de 1999.

es un amor irrealizable, persistente e insostenible. Esta es la fuerza que mueve al protagonista.

2. CRÍTICA Y RECEPCIÓN INMEDIATA

Medinaceli había valorado con entusiasmo la escritura de Viaña. Consideraba que era el único de los miembros de Gesta Bárbara que había persistido en el trabajo poético. Sin embargo, no se ha encontrado nada de su pluma sobre esta novela, posiblemente porque murió meses después de su publicación. Sin embargo, parece que tenía una posición tomada respecto a escribir sobre su amigo, según lo dice en una carta de 1932: “Tú también, para tu progreso y para que mejor te conozcas, necesitarías una crítica así [se refiere a la de Julio Casares sobre Azorín en *Crítica profana*], pero quien podría hacerla no sería yo, porque la fraternal amistad que nos une me impediría proceder con la imparcialidad necesaria” (*ibid.*: 243). Viaña, en cambio, sí publica en Potosí, en 1949, un estudio sobre la novela de Medinaceli,¹⁵ del cual se puede inferir una admiración semejante hacia el trabajo y la dedicación a la escritura de su amigo, aunque también pueda leerse ahí un análisis sobre la relación entre el rumbo que ha tomado su vida y la índole de esta obra. También había escrito un texto sobre *Chaupi p'unchaipi tutayarka (A mediodía anocheció)* que figura como introducción a la edición de 1978 (Arze, 1999: 8).

La inmediata recepción de *Cuando vibraba...* se lee en dos comentarios al año siguiente de su publicación. El primero es de Hugo Molina Viaña (1949: 4-6), en *La Mañana* de Oruro, que revisa la trama de la novela con detalle y comenta que el estilo de la obra ha sido comparado con el de las novelas de Reyles (1922) y Larreta (1908), además afirma que el libro ha recibido críticas elogiosas en la prensa de Montevideo. El segundo, de Eduardo Ocampo Moscoso (1949: 5), en *La Razón* de La Paz, puntualiza la importancia de la obra de Viaña y dice que esta novela “tiende a la interpretación económico-social de la época”. Esta es una novedad notable, que la distingue por completo del corpus con el que el crítico la asocia. Señala que el autor “ha adaptado en los diálogos el lenguaje a la usanza del siglo xvii. Preocupación harto peligrosa...” y prosigue relacionando la novela con la modalidad literaria de las obras de Larreta y de Carlos Martín Noel, como *La boda de don Juan* (1927). Estos parentescos que la crítica inmediata le crea al libro de Viaña con novelas rioplatenses bastante anteriores, en vez de ensalzarla, como parece ser su objetivo, la menoscaban. *Cuando*

15 “Carlos Medinaceli, autor de *La Chascañahui*”, en: *Cuadernos universitarios*, vol. 1, núm. 1 (octubre de 1949): 22.

vibraba... proyecta sinceridad y preocupación auténticas por una problemática de la lengua y del habitante de esa geografía urbana. Lo que en el caso de las otras parece artificioso y poco asumido como problema vital. Además, las novelas mencionadas son consideradas por la crítica como conservadoras y nada innovadoras en un contexto literario que en esa época estaba en ebullición. Muy posteriormente, Augusto Guzmán (1985) hace una lectura de la novela destacando los logros tanto en el lenguaje de los diálogos como en el ambiente del Potosí colonial.

Dichas lecturas han puntualizado la importancia del trabajo con la lengua en esta obra. Viaña, ciertamente, construye un tipo de español antiguo en los diálogos de sus personajes para insertarlos en el Potosí compuesto por Arzáns (1933; 1964). Lo construye quizás con tanto mayor conocimiento de sus particularidades, por su dedicación a los estudios de lengua y literatura. Para apreciarlo puede verse en el poema “Loanza a Johan Roiz el arcipreste”,¹⁶ que está escrito reconstruyendo el lenguaje del *Libro de Buen Amor*. Esta práctica conoce una tradición en la literatura boliviana, pues Ricardo Jaimes Freyre había intercambiado cartas con Rubén Darío reconstruyendo lenguajes literarios antiguos (Wiethüchter, 2002, II: 197 y 198; Baptista, 1984: 219).

3. MODERNISMO, NEOHISPANISMO, NOVELA HISTÓRICA

El contexto en el que surge la novela está marcado por la huella dejada por el modernismo respecto de la independencia del lenguaje literario latinoamericano y también por las propuestas y discusiones que se realizan durante la primera mitad del siglo xx sobre la cultura americana o latinoamericana contemporánea. Posteriormente, filósofos y ensayistas como los mexicanos Alfonso Reyes y Leopoldo Zea, los colombianos Baldomero Sanín Cano y Germán Arciniegas, el uruguayo Alberto Zum Felde, el venezolano Mariano Picón Salas o los dominicanos Max y Pedro Henríquez Ureña, escriben sobre la peculiaridad cultural del hombre americano y argumentan estudiando lo que se produce en estas regiones para diferenciarlo de, o para asociarlo a, la cultura europea.¹⁷ Con los centenarios de la emancipación americana en torno a 1910, había nacido, en el sur del continente, un neohispanismo, una corriente de recuperación casticista del idioma español por considerarlo la parte esencial de las identidades nacionales.¹⁸

16 Véase el “Anexo II” (pág. 312).

17 Véase Carlos Real de Azúa en “Bibliografía citada” (pág. 42).

18 Véase David Viñas en el caso de Argentina; Alone para Chile y Roxlo en Uruguay.

En el Río de la Plata (y en Chile), la posición neohispanista es conservadora, estética, pero ante todo políticamente, dado que en ese contexto étnico no se percibe la presencia de la población originaria americana. Responde a un horizonte marcado por dos “signos de los tiempos” muy coincidentes en el Río de la Plata. El primero es el crecimiento demográfico de la inmigración europea: hacia 1910, de cada tres personas solo una hablaba únicamente español en las “babeles” de Buenos Aires y Montevideo. Una primera auténtica “reacción” política ante esa situación fue la Ley de Residencia argentina de 1902, redactada por un prócer de la afrancesada generación literaria de 1880, Miguel Cané, autor de la clásica autobiografía *Juvenilia* (1884), que contempla la expulsión inmediata de cualquier extranjero sin necesidad de juicio previo. El segundo signo es el avance de las oportunidades políticas para esas masas migrantes, que implicaba una pérdida para las oligarquías terratenientes empobrecidas, gracias al battlismo en Uruguay y a la tan temida ley Sáenz Peña de 1912 en Argentina, que estableció el sufragio universal (masculino), secreto y obligatorio, con el triunfo del radicalismo en 1916.

Pueden citarse, también, otras obras, como *El solar de la raza* (1913) de Manuel Gálvez y, en Chile, hasta cierto punto, las novelas de Augusto D’Halmar y Eduardo Barrios. En el horizonte de entonces en América del Sur, el modernismo literario se había adocenado y perdido vigencia estética; las revistas *Martín Fierro* y las vanguardias se burlaban de Noel, cuya familia se haría famosa por la propiedad de una fábrica de chocolates exornada con decorativa fachada neocolonial, porque el neohispanismo, de Arequipa a Buenos Aires, pasando por Sucre, Salta, Tucumán y Córdoba, era también arquitectónico.

Este contexto discursivo, que no era por cierto ajeno a un estudio como Viaña –aunque en buena medida sí lo fuera para la situación boliviana–, demuestra que las comparaciones de la crítica inmediata fueron un tanto extemporáneas, o al menos automáticas y apresuradas. Una comparación ajustada, en cambio, permite determinar el aporte y los valores propios de este libro con respecto a esa discusión y a otras novelas del ámbito latinoamericano y boliviano, menos semejantes de lo que parecen al ojo desnudo.

Cuando vibraba... comparte el rasgo de haber trabajado los diálogos en un español del Siglo de Oro con el más conocido de los libros mencionados entre las primeras lecturas de esta novela, *La gloria de don Ramiro* (1908) del

Los títulos de los libros de estos autores pueden ser consultados en “Bibliografía citada” (*ibid.*).

argentino Enrique Larreta, subtitulada como *Una vida en tiempos de Felipe II*. En esta se sigue el recorrido del protagonista que, desde la Ávila natal, transita la deslumbrante atmósfera sevillana del siglo XVI, las dificultades del rechazo amoroso y el misterio de su propio origen morisco, como se revelará después. En el epílogo se sabe que finalmente llegó al Perú –a la capital virreinal de Santa Rosa de Lima– para redimirse de sus pasiones por la fe y el trabajo en la mina, donde beneficia a un indígena enfermo. La historia es narrada en tercera persona por una voz que avanza al primer plano y que reflexiona sobre los hechos de la narrativa asignándoles valores. No solo los diálogos son arcaizantes en estilo, también lo es la lengua estética del narrador, en léxico y sintaxis, aunque no en fonética reconstruida.¹⁹

En contraste con el novelón de Larreta, en *Cuando vibraba...*, que es 40 años posterior, el recorrido del protagonista, Nicolás Ludueña, corresponde menos al de un héroe trazado en fina filigrana, y más al de un habitante corriente de aquel horizonte histórico temprano, que se bate contra los vascos cuando las circunstancias lo requieren, que juega y bebe con sus amigos en una atmósfera del Potosí colonial más bien austera, que se hace galana y refinada en las fiestas oficiales y sórdida en la mina y en los ingenios. El misterio es un efecto de los acontecimientos centrales, pero radica en la presencia y en los saberes indígenas que inciden sobre la dirección de la trama e intervienen en el desarrollo del relato: misterios que nunca se llegan a descifrar. Los diálogos son los que hacen avanzar la acción, y la participación del narrador en una lengua contemporánea, como la de un cronista, está más cercana a lo neutro, a un hipotético grado cero de la intervención autoral. En cuanto a la reconstrucción de la lengua, en la novela de Viaña se destaca la sobreposición de voces quechuas del cotidiano urbano de la época por encima del español renacentista.

Respecto de la relación con las otras dos novelas citadas por la crítica, que brindan un contexto literario a la de Viaña, se puede decir que la aproximación se da precisamente por el trabajo en la reconstrucción del lenguaje. *La boda de don Juan* (1927) de Carlos Noel –intendente municipal de Buenos Aires de 1922 a 1927– también lleva como subtítulo

19 Véase *El modernismo en La gloria de don Ramiro* (1942) de Alonso Amado, Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires / Instituto de Filosofía. También “Amado Alonso y la novela histórica. Un punto de partida para la crítica literaria latinoamericana” de Alfredo Grieco y Bavio en *Memorias de Jalla Tucumán 1995*, Tucumán: Proyecto Tucumán en los Andes centro-meridionales / Universidad de Tucumán.

Crónica novelada; en este caso se comparte la reconstrucción de la lengua castiza y de la época colonial: una enfoca Potosí y la otra Chile. *El embrujo de Sevilla* (1922) de Carlos Reyles emprende también la reconstrucción de una lengua hablada, aunque desde el punto de vista más dialectológico que propiamente histórico, en una Sevilla más cercana al siglo xx con su misticismo y su ambiente de toreros y bailaoras. Más interesante sería la comparación, que la crítica temprana omitió, con la primera novela de Manuel Mujica Lainez, *Don Galaz de Buenos Aires* (1938), también compuesta para un cuarto centenario, en este caso el de la capital argentina, arcaizante en el diálogo pero no en la narrativa, y cuyo protagonista o deuteragonista es la propia ciudad: son novelas urbanas antes que épicas arcaizantes. Lector de Viaña, en 1974, Mujica Lainez publicaría *El laberinto*, reescritura de *La gloria de don Ramiro*.

Estamos así ante un tipo de obras de la literatura boliviana y latinoamericana pertenecientes al género de la novela histórica, que de una manera u otra elaboran y reescriben documentos históricos y tramas del pasado para componer una ficción. A tiempo de sumergir al lector en un momento histórico, generan suspenso e interés alrededor de la intriga de determinado relato o relatos. Son novelas que trabajan con las variantes del español de los siglos xvi y xvii en la mayoría de los casos. De todas las novelas mencionadas, la que responde menos a esta pronunciada relación con el pasado histórico es *El embrujo de Sevilla*, cuya trama se desenvuelve en otro momento histórico —el de fines del siglo xix y principios del xx cuando Cuba y Puerto Rico se independizan de España. Podrían citarse otras tantas, porque el panorama de la novelística histórica latinoamericana de la primera mitad del siglo xx es rico y complejo. En lo que sigue estudiaremos las particularidades de la novela de Viaña que ocupa un lugar único en dicho conjunto.

4. HOMENAJE Y RECUERDO NOVELÍSTICO DE LA VILLA IMPERIAL DE POTOSÍ

En cuanto al contexto boliviano, Augusto Guzmán ubica a *Cuando vibraba la entraña de plata* con otras dos novelas dentro de un mismo paradigma que denomina de “homenaje y recuerdo a la Villa Imperial” (1985: 147): *El precursor, o sea El romance de don Joseph Alonso de Ibáñez* (1941) de Manuel Frontaura Argandoña y *Era una vez... historia novelada de la Villa Imperial* (1940) de Abel Alarcón. Dos rasgos pronunciados comparten estas tres novelas: la intertextualidad con los libros de Arzáns y el intento de reconstruir el español antiguo junto a una determinada época del Potosí colonial. En el subtítulo de estas novelas se observa cómo cada uno de los autores alude a un género literario diferente. Para

el primero se tratará de un “romance”, forma precursora y después paralela a la novela –en español, *El libro del Caballero Zifar*, precursor de *El Quijote*–; para el segundo de “historia novelada”, con énfasis en la base histórica; y para el último de “crónica novelada”, resaltando lo cotidiano y lo ficcional.

La primera novela mencionada, señalada por Guzmán como la de su preferencia, presenta un gran interés. En el título, *El precursor*, su autor relaciona el episodio que relata –la planeada rebelión de Alonso de Ibáñez contra el poder vasco y el brutal ajusticiamiento que mereció en 1612– con las rebeliones bolivianas de la historia, pues todas estarían a favor del indígena y de los explotados. Así, la novela tiene como protagonista un héroe y sus acciones heroicas para señalar su proyección en la historia de Bolivia.

Con una mirada diferente, Abel Alarcón se muestra fascinado por la ficción que encuentra en diferentes narraciones que hace Arzáns en sus relatos de la Villa Imperial. El autor de *Era una vez...* escoge una serie de episodios sorprendentes para reescribirlos y hace que sean contados por los distintos personajes que propone: si el cuento lo requiere, la situación se trasladará hasta la Lima virreinal; si se da la oportunidad, será contado en una noche de desvelo. La obra, entonces, tiene como unidad una época y un lenguaje sobre los cuales presenta episodios de distinta índole. Al no tener una historia central acentuada que articule todas las otras, su característica es de cierta fragmentariedad. Entre Arzáns y Alarcón, han advenido las estéticas del romanticismo, del exotismo decadentista y del modernismo hispanófilo.

En este paradigma de las novelas de la Villa Imperial conviene considerar también *La campana de plata, interpretación mística de la ciudad de Potosí* (1925) de Alberto de Villegas. En esta, el autor se entrega a la exploración del lenguaje y de la Villa Imperial de una manera muy distinta. Son los sentidos, el oído y la vista, que van a percibir el pasado de Potosí, y al hacerlo se encuentran con el terror y el misterio, capaces, sin embargo, de transmitir la grandeza y el espíritu valiente que allí obraban. Es una narración sugerente y evocativa; lo novelesco estaría en la fuerza de lo misterioso de la Villa Imperial y en los rastros dejados por el espíritu aventurero y acometedor de sus primeros habitantes.

La particularidad de la novela de Viaña respecto de las anteriores, es que el autor concibe e inventa una historia singular, una vida y biografías cotidianas sobre el fondo urbano. Nicolás Ludueña, ciudadano medio de la Villa, duda sobre sus actos, se ve atormentado por amores, pasiones y culpas relativamente comunes. Una vida articulada

con mucho detalle sobre el trasfondo de los hechos sucedidos en la Villa de 1598 a 1626, según el relato de Arzáns. Si bien el contexto del Potosí colonial es esencial para el argumento, este mantiene su solidez propia, proyectando problemas cuya vigencia existencial resulta independiente de la circunstanciada contemporaneidad potosina: buscar un destino propio, renunciar a lo más querido e intentar vivir con ello, tomar decisiones en momentos difíciles y sufrir cotidianamente los efectos.

C. CUANDO VIBRABA LA ENTRAÑA DE PLATA: LENGUA, DISCURSO Y ESTILO

Respecto de la anterior escritura del autor, *Cuando vibraba...* responde a un desafío de mayor alcance: hacer una novela, y hacerlo en el sentido estricto de la palabra, es decir, proponer un mundo, una trama mayor. Ese mundo creado surgirá a partir de la indagación en dos espacios discursivos: el lenguaje literario clásico español y los orígenes de Potosí como los presenta Bartolomé Arzáns de Orsúa y Vela en *Historia de la Villa Imperial de Potosí*. Dos inicios, dos umbrales que la escritura de la novela pone en relación: el de una literatura escrita en castellano y el de esta ciudad desde la que nace la cultura propiamente americana y, después, la nación boliviana. Si consideramos lo que dice Wiethüchter (2002, 1: 1-26) que la literatura boliviana misma empieza en los textos de Arzáns, entonces este sería otro umbral en el que indaga la novela.

El estilo de Viaña, ese tono antes señalado de intimidad y de interioridad, y el uso que, en momentos clave, hace de la elipsis, conspiran para que el interés del relato se proyecte hasta la actualidad de la lectura: cada lector puede identificarse con las distintas circunstancias que enfrentan los personajes. El castellano del Siglo de Oro, por su parte, proyecta un estilo barroco pronunciado que, a su vez, más bien distancia al lector. En esta tensión habita la novela.

El lenguaje castellano usado por Viaña es semejante al que aparece en *El Ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* (1606; 1615), la gran novela del idioma español y aún en otros textos más antiguos que este.

1. ONOMÁSTICA

Los nombres de los personajes de *Cuando vibraba...* parecen provenir de *El cantar del mío Cid* (circa, 1200), la más antigua narración y el más antiguo documento de la lengua española. Doña Mencía, como la madre

del Cid, es la madre del protagonista y, don Rodrigo, como el propio Cid Campeador, es el tío, tutor, que ocupa el lugar del padre muerto don Juan. Nombre también asociable al autor del *Libro de Buen Amor* (1330) otro de los textos cardinales de la literatura castellana medieval, don Juan Ruiz, el Arcipreste de Hita.

Estos nombres, por otra parte, son muy comunes en la literatura en idioma español, de modo que pueden asociarse a varias otras obras. En cambio, no será casual la relación con *El Cid*, ya que también la espada en ambos textos es fundamental. El poder de la Tizona es componente inseparable del heroísmo del Cid, mientras que la espada forjada por Francisco Marín –cuyo nombre parece aludir al célebre editor cervantino de los “Clásicos La Lectura” (1911-1913), Francisco Rodríguez Marín– adquiere su poder de los signos provistos por el Mallcu y del conjuro que este mismo hace sobre ella en una ceremonia indígena, pero en lugar de traerle gloria a Nicolás, le acarrea culpa y arrepentimiento.

El nombre del protagonista, Nicolás, a su vez, se inscribe en los orígenes de la tradición potosina. Si bien Nicolás Ludueña es hijo de andaluces y el santo del que proviene el nombre es europeo, todo ello ha sido resignificado en Potosí: los primeros niños nacidos en las alturas de la Villa Imperial, donde no habían sido nada fáciles los alumbramientos, son bautizados con el nombre de Nicolás en agradecimiento al santo que hizo posible ese milagro.²⁰ A lo que también alude la novela para sugerir que este nombre caracteriza al personaje como uno de los primeros criollos, nacidos en América, en Potosí. Un continente que si bien no es nuevo como lo quiere ver Europa, empieza a construir una identidad diferente.

2. ORALIDAD Y GLOSARIOS CASTELLANO Y QUECHUA

La novela se instala en una intertextualidad escrita, al tiempo que el autor se propone construir la oralidad del Potosí de los siglos XVI y XVII. De ahí la diferencia entre el lenguaje del narrador, literario neutro, con el de los diálogos de los personajes en lo que sería un castellano del Siglo de Oro, que constituyen la mayor parte de la novela. Como ya se dijo, el narrador es en realidad un cronista. Relata los hechos sin tener gran participación, aunque comparte información clave con el lector, al margen de los personajes, por ejemplo, la de quién y por qué ha asesinado al conde de Carma, que Nicolás cree, creará hasta el final, haber matado.

20 San Nicolás de Tolentino. Véase nota 26 (pág. 68) del “Capítulo primero”.

En la construcción de la oralidad cotidiana de los personajes aparecen las voces quechuas mezcladas con el supuesto castellano de entonces. Lo que implica un horizonte más de esta novela y es precisamente el que motiva que el autor ofrezca dos glosarios de palabras que puedan presentar alguna dificultad al lector.

El término “desusada” del primer glosario de esta novela es el adjetivo que utiliza el Diccionario de la Real Academia de la Lengua para una serie de términos caídos fuera del uso común. El otro término hace referencia a otra lengua, la quechua.

Es importante señalar una inmixción, un entrecruzamiento no absoluto²¹ de los dos glosarios. En el primer “Glosario de voces desusadas” de *Cuando vibraba...* se pueden reconocer siete entradas que marcan palabras cuya procedencia es el quechua, por ejemplo: “*Chocorusca*. Del keswa *chajruy*, que significa ‘mezclar’. Mineral de hierro que se ponía al de la plata para ayudar al azogado” (pág. 304).

Si con “desusadas” se refiere a las voces de un estrado más antiguo de la lengua castellana más antigua, no sería ese el lugar para las voces del quechua,²² más aun habiendo otro glosario para esa lengua; no obstante, esas palabras adquieren legitimidad, dentro de la lengua construida, por su uso persistente especialmente en el campo de la minería. Esta tensión entre las dos lenguas resulta muy elocuente y supera el interés de reconstrucción del castellano antiguo, ya que marca la cualidad de la lengua que subyace al escritor y a su tiempo.

Si consideramos solamente los glosarios, se ve que son 60 las voces que los componen, de las cuales 20 corresponden a la lengua quechua (13 del total del glosario de “voces keswas” y siete que están en el otro). En términos de porcentaje diremos que del total de expresiones que requieren explicación, más del 28% son de la lengua quechua. Entonces, la reconstrucción de la oralidad del castellano antiguo de Potosí en la novela requirió más de una cuarta parte de términos quechuas. Con lo que la particularidad de esta novela estaría así más alejada de reivindicar el neohispanismo, propio de las novelas semejantes de la época, y más cerca de dar testimonio de la acción determinante de la lengua indígena sobre el habla potosina, boliviana.

Las novelas realistas o costumbristas de la primera mitad del siglo xx, por lo general, incluían glosarios o notas con las palabras del quechua o

21 *Ch'ixi*, diría Silvia Rivera, es decir, no se trata de una síntesis, ni de lo que se ha llamado siempre un mestizaje, sino de una relación más compleja.

22 Tampoco desusadas hoy en día.

del aymara, marcando la distancia con el objeto de su narración. Lo que sucede aquí es algo diferente, en la medida en que esta novela se propone, como reconstrucción de un lenguaje anterior, no señalar la extrañeza de la realidad que se narra (lo que llevaría a necesitar el glosario), sino que los glosarios marcan de por sí el que la novela es una reconstrucción de lenguajes. No es una lengua la que subordina a otra, es una reconstrucción de lengua con su contexto que precisa de las dos lenguas. Hechos tales como la actividad minera, el conjuro que hace el Mallcu sobre la espada de Nicolás, el origen de las sustancias que producen las muertes, etc., parecen no poder ser construidos solamente con el español antiguo, sino que el autor requiere hacerlo usando términos de la lengua quechua, y por ello hace dos glosarios, que tampoco pueden ser, de ningún modo, independientes uno del otro.

Esto tiene antecedentes en la escritura de esta región, y resulta cuanto menos indicativo el hecho de que en el siglo XVIII, el texto de Arzáns recurra al quechua, aunque luego lo traduzca, al relatar, por ejemplo, la ayuda de la virgen a un indígena sobre el que se ha derrumbado un cerro:

[...] se le apareció la Soberana Sra.; y apartándole aquel disforme trozo que tenía encima, que lo tenía boca abajo, le levantó la Divina Sra. con sus mismas manos, diciéndole en lengua de indio: “*Sartama*, Lorenzo: levántate, Lorenzo [...]” (Arzáns, 1933: 63 y 64).²³

Una anécdota del “Capítulo VI” de *Cuando vibraba...* afianza más aún este aspecto. Se celebran los festejos por la llegada del nuevo corregidor, Álvaro Patiño, y para gran extrañeza de autoridades y asistentes ingresa a la plaza un compacto y numeroso grupo de naturales, cuya cabeza se acerca a hablar al corregidor, y como este no lo entiende, llama la atención a sus oficiales por no hablar dicha lengua:

—¡Señores —dijo el Corregidor, volviéndose hacia sus oficiales e invitados—, ¿hay alguno entre vosotros que me pueda declarar aqueste discurso que hace el indio? —un grave moscardoneo se extendió por el tablado, pero nadie, entre todos, se ofreció para el efecto—. ¿Ninguno hay? —prosiguió el Patiño—. ¿Nin de vosotros tampoco, señores Veedores del Cerro? ¿E de qué modo, entonces hacéis vuestras justicias? (pág. 129).

La pregunta es pues consistente: ¿cómo es posible gobernar sin entender la lengua de los gobernados? El cuestionamiento tiene vigencia aún hoy, pues aunque Bolivia haya pasado de tener una lengua oficial, el

23 Cito *Anales* pues en el relato de *Historia* la palabra quechua ha sido alterada y ya no es reconocible, aunque la nota de los editores aclara la posible proveniencia quechua.

español (1825), a ser multicultural y plurilingüe (Ley 1565 de la Reforma Educativa, 1994), y finalmente a tener 36 lenguas indígenas oficiales (Constitución Política del Estado Plurinacional promulgada en 2009), es todavía incipiente ese reconocimiento en las prácticas legales oficiales.

Para finalizar estas observaciones sobre la lengua, es de notar que en la narración continuamente se menciona la Plaza del Gato, uno de los espacios públicos de la Villa. Cuando se intenta identificar este sitio en el “Plano evocativo de la Villa Imperial en el Siglo xvii” (véase el plano desplegable antes del “Capítulo primero” [pág. 61]), no se lo encuentra, pero sí aparece la Plaza del Kcatu, que es en realidad el mercado, *ccatu*. En el Diccionario de Bertonio (1612; 1984), *ccatu* se traduce como “mercado” o “plaza”. De donde el apelativo *ccateras*, de uso muy común hoy en la Bolivia andina, empleado para las personas que venden allí. La españolización del término por asociación sonora ha producido la Plaza del Gato, en un caso y, en el otro, por un proceso lingüístico de analogía, el apelativo actual de “casera”, perdiéndose el sentido originario. Sin embargo, con todo ello queda claro que el quechua ha dado palabra y sentido a muchas de las prácticas y fenómenos de ese Potosí temprano, haciéndose insustituible.

La novela, que se inscribe en la tradición de la antigua literatura española, presenta tensiones relativas a la lengua y al estilo que la enriquecen y problematizan esa filiación. Por una parte, está la tensión entre un estadio más antiguo del castellano y la lengua quechua; por otra, la tensión entre el lenguaje barroco, escritura que distancia al lector, y la oralidad de los personajes con rasgos reconocibles desde la actualidad así como el estilo elíptico que genera suspenso. Precisamente en estas características reside uno de los mayores intereses actuales de esta obra.

3. PRESENCIA INDÍGENA ACTIVA Y AMERICANIDAD

Además de la señalada centralidad del quechua en la textura de *Cuando vibraba...*, o mejor dicho imbricada centralmente con ella, están la presencia y dinamismo indígenas, determinantes para el progreso y desarrollo de la acción. Habíamos mencionado la multitud indígena que se impone en medio de los festejos para dar la bienvenida al nuevo corregidor Álvaro Patiño, y que le presenta su salutación. Es una multitud que llama la atención de todos, quizás porque no estaba programada, y el mestizo Téllez le informa a Nicolás de qué se trata y le señala al Mallcu como la cabeza de esa multitud.

En el “Capítulo iv” Téllez había hecho una visita a la casa del Mallcu y en ella se empiezan a vislumbrar las actividades un tanto misteriosas de este personaje que parece poseer saberes ancestrales sobre las tierras y piedras que aquel le lleva:

Eran, la mayoría, trozos de minerales o de rocas de color y tamaño varios, primando los rojos y los grises; pronto levantóse y entró en la habitación; salió, a poco, trayendo un brillante disco de cobre sobre el cual trazó una línea violada con una piedra de color ceniza que tomó del montón.

Pareció haber encontrado lo que buscaba, pues tornó a revolver las piedras y en hallando alguna de semejante color y aspecto a la primera, rayaba con ella el cobre y separaba las que dejaban el rastro violado, desechando las que no respondían a su intento (pág. 102).

Pero también parece tener otros conocimientos que responden a los requerimientos de la cotidianidad potosina, como ser los venenos y hechizos para ganar voluntades. El diálogo que mantiene Téllez después de su visita al Mallcu, con un compañero en la mina, permite apreciar la medida de esos saberes, pero también el respeto que merece de parte del mestizo:

—¿Sabéis que el Señor Capitán, días ha, compró de un “mingado” aquessa tierra “lemmia” de tan gran virtud para los tósigos? [...]

—¿Engañalle? ¡Válame la Virgen! ¡Haríame mal de ojo o acaso me matase! No lo conocéis bien vos... (pág. 107).

Estos conocimientos no son entendidos ni reconocidos abiertamente como tales por los demás ciudadanos de Potosí, sin embargo son requeridos y utilizados. Queda sugerido que quien mató a Sánchez, el que robó a doña Floriana, los había utilizado, pues dicha muerte resultó misteriosa, ya que ni herida ni sangrado hubo que se le viera. Posteriormente, en el “Capítulo x”, muere el conde de Carma de manera similar cuando está a punto de atacar a Nicolás Ludueña. En este caso el narrador comparte con los lectores la descripción que hace Garcimendoza a uno de los hermanos Berazátegui de cómo utilizó el tósigo provisto por el Mallcu. Revelación que el protagonista nunca conocerá. Se puede observar aquí una mirada pre Revolución del 52 por parte de Viaña, algo así como un incipiente nacionalismo antirrosca que valora poderes y saberes de los indígenas.

Uno de los capítulos clave y que presenta la condensación y el misterio de este saber indígena es el xiv, donde se vislumbra lo que será una vertiente clásica de la “expresión americana”, en términos de Lezama Lima. Muy de madrugada inician una ardua subida a los cerros Nicolás, con la espada, y

Francisco Marín, quien al forjarla había incluido unos signos extraños que declaró le habían sido dados por el Mallcu y que requerían una especie de “consagración” especial para ser efectivos. Lo cual debía hacerse en una ceremonia de carácter cósmico que invocaba los poderes del sol. Pero aún antes de llegar al sitio de la ceremonia, ambos personajes se sienten conmovidos y orgullosos de su pertenencia a ese paisaje hermoso y difícil. Nicolás siente, en esos momentos, según nos dice el narrador asertivamente, su americanidad, en la única oportunidad en que aparece la palabra “americanidad” en el texto:

[...] la ciudad, distante dos leguas, al poniente, y vivero de amenazas, de odios y de vigoroso esfuerzo [...].

Nicolás, callado y sobrecogido, sentía entrársele en el alma por los ojos, los oídos y la piel misma, el cálido embrujo de las montañas y el sol, que se prendía, sin duda, del tenuísimo, pero seguro, germen de americanidad que con él naciera (págs. 203 y 204).

Por otra parte, el herrero Francisco Marín, al mostrar a sus visitantes, entre los que se cuenta don Rodrigo con los jóvenes Nicolás y su amigo Pablo Nicolás, una de las espadas que está cuidadosamente forjando, afirma que la innovación en ella son los signos que la harán más eficiente y, escuetamente, por temor a la Santa Inquisición, afirma que se los proporcionó un *amauta*. Don Rodrigo admira la espada y advierte que:

[...] la hoja mostraba, por ambas caras, unos raros dibujos –como de escalones que se truncaban figurando marcos que encuadraban figuras que bien podrían ser imágenes de animales. Observando cuidadosamente se podía ver, en medio de unos tales marcos, las imágenes del sol y de la luna, primorosa y hábilmente disimuladas entre las volutas cuadrangulares [...] (págs. 119 y 120).

Será útil aquí señalar el contraste respecto de las espadas. Don Rodrigo, que posee el arte de manejar la espada y será maestro de los jóvenes andaluces, la había conseguido luchando en Flandes, mientras que la espada que pertenecerá a Nicolás requiere estar marcada por signos indígenas, y consagrada por una ceremonia indígena. La una es la que viene de España con la gloria heroica de los relatos de Flandes y la otra es la específicamente americana, como lo es el relato de Viaña.

Esta afirmación de la pertenencia americana es señalada constantemente, aunque no sea con esta palabra, en el texto de Arzáns, para reivindicar a los nacidos en este continente. La particularidad narrativa de Viaña es que incluye al paisaje y que también relata ese ir hacia una ceremonia indígena de la que nada se sabe, pero a la que ambos, el

español y el criollo, entregan toda su fe. En la ceremonia del *mosoj-nina*, o equinoccio de marzo, por la que se obtendrá el fuego sagrado del sol naciente, se conjurarán las fuerzas del bien y del mal sobre la espada de Nicolás. Tenue, suavemente queda planteada la complejidad de lo americano, de lo boliviano aludidas las difíciles solidaridades del saber indígena con las del descendiente del conquistador, y la creencia de este y de los criollos en aquel misterioso saber de los otrora únicos pobladores de estas tierras.

La novela expone el servicio obligado de los indios en las minas. Desde el punto de vista del narrador como en la mirada de algunos personajes, despunta una rebeldía contenida en los indígenas del interior mina, sobre todo ante los abusos de los mestizos, así como un desacuerdo con las arbitrariedades que el sistema toleraba. Esto pues correspondería más a una visión socialista,²⁴ pero también nacionalista revolucionaria propia del siglo xx, dado que alteraría la representación arqueológica del horizonte ideológico político y moral de la época. Viaña, atento al anacronismo, solo va dejando ligeras señales en el texto (el énfasis es propio):

—No; tiradlo al osario.

Un movimiento de rebeldía se insinuó en el llamado Huanca, pero inclinó la cabeza y, tomando de manos del mayoral el “mechero” que se le tendía, se puso delante de los que llevaban el muerto y los guió, perdiéndose pronto en la oscuridad [...] (pág. 173).

La mirada crítica de don Rodrigo, al ver pasar un grupo de sufridos indígenas, muy al principio de la novela, puede ser otra marca de esa visión del siglo xx (el énfasis es propio):

—E vé Nicolás que aquessos también son hombres e parecen bestias, e las Cédulas Reales non sirven de nada en aquesta tierra, *si non es de irrisión de justicia* —dijo don Rodrigo, ceñudo y fosco el semblante (pág. 86).

Apunta a un sentir semejante el constante reclamo de la madre de Nicolás, doña Mencía, pues recibe repetidas quejas de las mujeres indígenas por los abusos del mestizo Téllez a sus esposos en este tipo de prácticas:

[...] un indio a quien sólo cubrían unos raídos zahones de basta tela, hallábase como ajeno a todo [...]; viólo Téllez y acercándosele lo golpeó rudamente, ensañándose con él cuando, caído en el suelo, gemía sordamente.

[...] gritóles:

24 Esta visión se encontrará en varios poemas posteriores del autor. Véase en el “Anexo II” el poema “Puño en alto” (pág. 320).

—¡E non descanséis agora, bellacos! ¡E vos mataré a palos si antes de la “mita” non habéis desmontado aquesta “almadaneta” e cambiado eje, ruedas y bates! ¡E llevad vos este perro e azotaldo como tengo dicho! (pág. 105).

Estas quejas son las que llevan a Rodrigo a darle órdenes contrarias a Téllez, un eficiente mestizo que hace producir las minas de los Ludueña, pero cuida más a las bestias utilizadas en el trabajo que a los indígenas. Y cuando Nicolás va a la mina a llamarle la atención, él enumera las prácticas de abuso como si fueran de buena administración y se ofende con lo que manda don Rodrigo de dar descanso a los mitayos, con lo que Nicolás acuerda (el énfasis es propio):

—¿Sorpréndete aqueso?

—¿No había de sorprenderme, señor, si todos obligan sus “apires” a sacar veinticinco “botas” con cuatro arrobas de peso cada una, e páganles cuatro reales e danles una vela porque se alumbren?

[...].

—No. Non les vale, pero las otras velas que usan, pagallas han de sus ganancias...

—*Non me maravilla, agora, el que mi señor tío obre de otra guisa... Muy mal me parece aquesse trato...* (pág. 111).

Algo semejante sucede en la mina de los vascos, donde también se puede palpar el enfrentamiento entre capataces mestizos y mitayos, pero aquí es el propietario quien, al ver un abuso del capataz, ante la percepción de una rebelión, le pide al mestizo que no se extralimite (el énfasis es propio):

[...] le arrojó un puntiagudo trozo de roca, con tan endiablada puntería que le hirió en pleno rostro; llevóse el mitayo las manos a la cara y, gimiendo, se perdió en la oscuridad.

Se oyeron fuertes gritos entre los encerrados mitayos; el áspero rumor subió de punto.

—Mirá, Núñez, *no se os vaya la mano, e tened ojo* que puede sucederos mal con aquesos... (pág. 174).

En suma, la representación que hace la novela del mundo indígena es compleja y con distintos ángulos. Por una parte, se adecua a las instituciones de la época, perfilando cierta crítica; no en vano Ocampo Moscoso en su primera lectura hablaba de la obra como una “interpretación económico-social de la época” (1949: 5). Pero, por otra parte, representa el papel preponderante de los saberes indígenas en ese mundo colonial, más aún los retoma como elementos que determinan en el desarrollo de la trama.

4. OFICIOS DE LA TIERRA Y DE LOS METALES

Es de notar en la primera lectura de la novela que una de las características de la Villa, como la presenta Viaña, es la de los oficios que en ella se ejercen. Las descripciones de los espacios de trabajo son tan vívidas que trasladan al lector a vivirlo con todos sus sentidos, a sentir la atmósfera y a acercarse a oficios tales como el reconocimiento de tierras y metales, la herrería, la ardua obtención del metal en los ingenios, la búsqueda y separación de retazos de roca en el interior mina, pero también el arte de manejar la espada.

El primer oficio que enfrenta la lectura de la novela es misterioso²⁵ y no se entiende muy bien de qué se trata, pero se percibe temor y reverencia ante él. Se presenta en la ya mencionada visita que hace Téllez al Mallcu:

—No pude obtener la tierra que me pediste. La tiene mi señor muy bien guardada [...].

Eran, la mayoría, trozos de minerales o de rocas de color y tamaño varios, primando los rojos y los grises; pronto levantóse y entró en la habitación; salió, a poco, trayendo un brillante disco de cobre sobre el cual trazó una línea violada con una piedra de color ceniza que tomó del montón

Pareció haber encontrado lo que buscaba, pues tornó a revolver las piedras y en hallando alguna de semejante color y aspecto a la primera, rayaba con ella el cobre y separaba las que dejaban el rastro violado, desechando las que no respondían a su intento.

[...].

Recogió luego los trozos escogidos en un cuenco de madera, les echó agua encima, con lo cual comenzaron a disolverse (págs. 102 y 103).

Es este un oficio del que no se sabe o no se reconoce el objeto, pero es claro que es resultado de un saber o de un conocimiento, que nos es ajeno, sobre la naturaleza. Más adelante, avanzada la lectura, se puede sospechar que podría tener que ver con la factura de algún veneno o con la identificación de nuevas vetas en las minas.

Otro oficio que sobresale en esta visión de Potosí es el de la herrería, más concretamente el de la forja de espadas, que ha debido tener gran importancia por la confrontación entre vascos y vicuñas que signa ese momento histórico y que Viaña reconstruye con un sesgo nacionalista. Relacionando este detalle simbólico con el epígrafe de la novela que recupera la “intuición” bergsoniana, se puede leer también un pensamiento

25 Precisamente, por ello, me veo obligada a insertar una cita larga.

que va en contra del positivismo liberal que afirma la preponderancia de la “ciencia”. Como ya se lo señaló anteriormente, hay una carga simbólica en los signos de las espadas, que también son elaborados por el que las forja.

Trajeron de nuevo el hierro sobre la bigornia; Marín, sin responder directamente al caballero y a tiempo que cogía las tenazas y golpeaba, con recio golpe, sobre la retorcida espiga de hierro, curvándola en gracioso arabesco, dijo para sí:

—¡Sangre por sangre, vale bien la mía!

Golpe tras golpe el forjador iba plasmando en el metal el retorcido lazo de unos gavilanes [...] (pág. 116).

El lector entra con don Pedro Ponce al ingenio de don Alonso de Guzmán, un personaje que se parece al famoso autor de *El arte de los metales*, Alonso de Barba. La relación entre ambos es explícita pues se dice su admirador y seguidor y trabaja leyendo sus notas:

Atentamente y a la luz de un velón que él mismo sostenía, observaba D. Alonso de Guzmán una gran jofaina puesta sobre el fuego de una hornilla baja.

Hervía en ella una espesa sustancia de aspecto terroso y color amarillo-rojizo.

Luego de un gran rato, D. Alonso vertió en la jofaina un buen puñado de otra tierra blanca con lo cual, al revolver la mezcla, se levantaron gruesos vapores y luego de oírse un agudo chirrido, una fuerte explosión echó fuera casi todo el contenido del recipiente (pág. 135).

El texto de la novela, como casi no podría ser de otro modo en una novela histórica potosina, abunda en un lenguaje alusivo a la minería y a la química en ella implicada con palabras como “almojatre”, “salitre”, “pólvora” (por entonces no había la dinamita²⁶), entre las que reina el “azogue”. Personajes y vocabularios que tienen que ver con la ciencia y que, sin embargo, quizás para marcar la herencia de la Edad Media y de las persecuciones religiosas, sus prácticas son vistas como cosa del diablo. Cuando la esposa de don Alonso, pese a estar compungida y temerosa porque la Santa Inquisición se ha llevado a su marido, describe lo que vio en el ingenio donde trabajaba su esposo; lo hace en estos términos:

—¡E yo víle una vez cociendo un “misto” del que salían llamas verdes e azules e rojas! –intervino con voz doliente y temblorosa doña Elvira–, ¡e todo el aposento tenía olor de azufre e vi yo que por el fogón andaba una figura negra con ojos, de carbunco e que de un cazo salían unas a manera de serpientes e oí como silbaban!

26 Esta fue inventada por Alfred Nobel recién en 1867.

—¡Dios nos asista e la Virgen María! —prorrumpió doña Mencía—. ¿E como vos atrevístes a tal? ¿No os privastes?

[...].

[...] E temía siempre que Dios le castigase, a él e a nosotras [...] (pág. 158).

Esta perspectiva en la que todo sugiere una presencia demoniaca en los intentos de beneficiar la plata, primer “metal del diablo” boliviano, se infiere que fue la que llegó a oídos de la Santa Inquisición para después llevarse a don Alonso. La condena parece haber estado muy presente en la época, pese a que el beneficio de este metal era de un gran interés para todos. Otra escena muestra a un Nicolás ya adulto en las mismas rutinas con otro amigo minero.

La vigencia de lo diabólico en la época está también relacionada a lo indígena. En una de las rondas nocturnas, un indio logra escapar de los oficiales y como no pudieron agarrarlo, no dudan en identificarlo con el diablo. Es interesante notar que las víctimas de la Santa Inquisición son españoles: don Alonso de Guzmán y Francisco Marín, aquel que busca el beneficio de la plata y el forjador de espadas que incorpora signos indígenas para fortalecerlas. Será acusado, posteriormente, de lo mismo Nicolás Ludueña: por portar la espada que forjó Marín. La institución inquisitorial reprime una incipiente ciencia y el estímulo inicial de la imbricación cultural. Al no ser los indígenas ni sus prácticas propias perseguidos por la Santa Inquisición, Viaña pone en escena el que esta no podía incluir a los indios en su mira. Los inquisidores combatían la herejía contra el cristianismo. Los naturales de América no podían ser acusados de ello, pero sí de idólatras, por lo que para ellos se aplicaba la extirpación de idolatrías. *Cuando vibraba...* no hace ninguna alusión a esta última, precisamente porque presenta las prácticas que, en otra visión, podrían ser calificadas de idólatras como un saber indígena no del todo comprendido.

Finalmente llegamos al más destacado de los oficios en la novela. La actividad de la minería es la razón de ser de la Villa Imperial, y las labores en interior mina son la base de toda la estructura económica que, en la colonia, une Potosí con el viejo continente. En correspondencia, en *Cuando vibraba...* los oficios de la mina son los más extensamente descritos, las acciones eminentes tienen lugar en esos espacios. Ninguna de las otras novelas del Potosí del siglo XVII entra a describir los oficios y espacios de la minería como la novela de Viaña. Son tres capítulos íntegros y la mitad de un cuarto que describen con mucho detalle los diversos espacios y oficios:

la apertura de vetas, los capataces apurando el trabajo de los indígenas, estos moliendo los retazos de roca, otros clasificando para enviarlas al ingenio, el traslado a la cancha-mina (que es el espacio a la salida de la bocamina) y el traslado hasta el ingenio.

Viaña había trabajado en las minas, probablemente en las de estaño, por lo que el conocimiento que despliega al respecto es muy posible que provenga de esa experiencia.²⁷ El poeta Viaña, conocedor del lenguaje, alguna vez trabajador en la mina, desde peón hasta jefe de ingenio, titula su novela con una ostensiva aliteración. Así, en primer término, está la aliteración de la consonante “b”, “v”: en “vibraba”, y seguidamente otra de las sílabas con “a” que se suma a las anteriores con “la entraña de plata”; ambas logran producir una connotación del interior mina. En la primera no puede pasar desapercibido el sonido del barreno contra la dura roca y, en la segunda, se hace patente la claridad, la luminosidad de la plata, pero principalmente de cómo se vive la luz, esa claridad, al salir de la mina por contraste con la oscuridad en la que se ha trabajado muchas horas. El título, entonces, no solo alude a una determinada época en la que se explotaba la plata como se lee en el significado de las palabras, sino que la aliteración, en su sonido mismo, en el significante oral, alude a la vivencia del interior mina. En suma, el título de la novela es un magnífico endecasílabo aliterante (el énfasis es propio): *Cuándo vibraba la entraña de plata* de cuño metálico rubendariano, al estilo del verso “Está mudo el teclado de su clave sonoro”. Una aliteración mayor integra los dos hemistiquios en una unidad: la reiteración del grupo oclusiva + vibrante en el corazón de cada uno de ellos (“br”, “tr”), aludiendo otra vez al sonido de la labor minera.

Otro de los oficios que presenta la novela es el de manejar la espada, y es don Rodrigo, el capitán Illescas, el que lo domina y el que dará lecciones a los vicuñas de este su arte. Arte en el que ya había educado a su sobrino Nicolás Ludueña:

—Ha me dicho Pedro, que vos dolíades, rato ha, de no tener lición de espada, nin maestro de armas; agora yo vos digo que le tenéis, que le habedes tenido siempre, pero nunca curástedes dél... E tú Nicolás sabes que buenas enseñanzas te he dado... ¿O pensades que los años me han roído ya? (pág. 98).

27 Jean Russe (Erasmus Barrios Villa) en “El hombre y el poeta” (que aparece como prólogo a *La sed inextinguible*) sostiene que Viaña trabajó la mina en el ingenio Velarde. Lo hizo desde peón, pasando por moedor de muestras, ayudante de fundición, hasta llegar a jefe de lixiviación. Gonzalo Molina Viaña, quien actualmente (fines de 2016) trabaja en una amplia biobibliografía del autor, en una comunicación personal me contó que le falta confirmar estos datos en el Archivo de la Corporación Minera de Bolivia (COMIBOL).

Aparecen, por otra parte, solamente aludidos otros dos oficios. El bordado de las mujeres, Elvira y doña Sol, la esposa y la hija de Guzmán junto con Mencía se dedican a estas labores –otra vez los nombres corresponden a los de las hijas del Cid y se establece la relación con una femineidad ligada a un estadio más antiguo del castellano.

Por otra parte, son señaladas más de una vez las virtudes de la tierra americana, de los valles que producen muy buenas frutas y verduras, sin embargo esto no está relacionado con oficios, sino con el consumo de la Villa. Estos dones de la tierra no superan los que promete el cerro y, aunque tanto trabajo implique, son los que mueven al mundo:

—Non es cosa para pasmo, don Pedro, que aquestas tierras de América son de milagro. Desque en ella posé la planta, ví e conocí e aprendí tantas cosas, que non hallo nada que non se pueda hacer en ella. Hay partes en que sólo basta arrojar la semilla, que luego cogéis el fruto sin esfuerzo alguno. Mas, con todo, non han estas tierras maravilla mayor que aqueste Cerro que permite medrar “aína”... ¿Non veis cómo de las cuatro partes del mundo llegan mercaderes e hallamos damascos e tapices de Indias, cristales de Venecia y especias del Oriente? ¿Dónde hallareis, en tan breve espacio como la Plaza del Gato, mayores e más varias cosas? E quiera Dios, don Pedro, conservarnos aquesta maravilla para bien de nueossos hijos... –concluyó el de Guzmán (pág. 142).

La novela presenta minuciosamente aquellos oficios de la Villa que constituyen su particularidad y, precisamente porque implican tanta laboriosidad, merecen tanta atención del narrador. Los oficios mencionados, entre los que destaca el de interior mina, ponen en abismo el oficio del escritor que implica también gran empeño y rigurosidad, solo perceptibles en el resultado, esta novela.

5. UNIDAD DEL RELATO

Potosí es el contexto en el que se realiza el drama existencial de Nicolás Ludueña, protagonista, se lo ha dicho ya. El relato sobre la vida de este personaje es el núcleo de la novela. Da estructura a todos los pasajes evocados más arriba, así como a los “cuentos impertinentes” de Arzáns, según los llama el mismo Viaña citando a Cañete y Domínguez (1950a: 40). Un narrador neutro que ni es parte de la historia ni opina sobre ella, articula los episodios tomados de aquel autor con los de la vida de Nicolás, quitándoles impertinencia y dándoles cotidianidad, así complejizan la acción de la novela. El relato de doña Floriana es central pues en él se utiliza el mismo veneno que luego matará al de Carma, y con ello se vislumbra el misterio respecto de lo indígena; Nicolás Pablo Ponce, que roba a Margarita antes de que la casen con un vasco, otro de los cuentos

tomados de Arzáns, juega en el relato un papel importante: es íntimo amigo de Nicolás Ludueña, y su historia amorosa contrasta y requiebra la del protagonista. Con este tipo de articulaciones, la novela adquiere unidad alrededor de la vida relatada de Nicolás Ludueña; es independiente de los hilos narrativos de Arzáns.

Se trata de un criollo nacido en una familia andaluza que crece bajo el cuidado y la influencia de su tío, el capitán don Rodrigo de Illescas. Su padre había sido castigado con la muerte por no haber permitido que se llevaran a Chile, como mano de obra, al hijo de Francisco Marín. Sus posibilidades de futuro, según lo establece la costumbre, son hacerse cortesano de Felipe III, según lo desea ardientemente su madre, o entregarse a la religión, como lo sugiere su tío don Rodrigo, quien, contrariamente en los hechos, lo prepara para las luchas potosinas y reclama que tiene que hacerse cargo de sus bienes en Potosí.

Lo establecido socialmente no será tan relevante en la vida de Nicolás. Son las decisiones vitales las que, en cambio, la determinan. Su tío don Rodrigo de Illescas y su padre tomaron la decisión de venir a América y así cambiaron el destino de su familia. Don Juan Ludueña (en una escena que recuerda la del Quijote enfrentando a la Santa Hermandad para liberar a los galeotes) toma la decisión de liberar al hijo de Francisco Marín, decisión que le cuesta la vida. Nicolás pone mucha atención cuando le relatan la determinación de Estrella, la hermana de doña Sol, de seguir el noviciado para salvar a su padre. Nicolás Ludueña tendrá que tomar la más difícil de las decisiones, justo cuando empieza a despertar en él el amor por doña Sol. El narrador hace una elipsis y no refiere esta decisión pero sí los antecedentes y las consecuencias que de ahí en más determinan la vida de Nicolás. Su madre le ha pedido que renuncie a su amor por ella y que la deje ir, pues sabe que doña Sol ha sido ofrecida en matrimonio por su padre a otra persona, quien está decidido a cumplir su palabra. Nicolás se arrepentirá muchas veces de haberla dejado ir, sin embargo, aun después de la muerte de su madre, no puede dejar de cumplir la promesa que le hizo. Esta tensión, la de seguir sintiendo un amor profundo y no poder faltar a la palabra dada a su madre, es la que vive Nicolás y con ella se hace un hombre maduro. Cuando esta resistencia a su sentimiento llega a ser insoportable, decide seguir el sacerdocio para no tener que fallar a esa promesa, pero una vez más las circunstancias hacen que renazca su impulso amoroso y sienta que tiene que actuar, aunque ya ha renunciado también a su espada.

Las tensiones del personaje a lo largo de la novela se corresponden con las tensiones de lengua y de estilo señaladas más arriba. La forma novela es homóloga a la forma dramática de la vida del protagonista.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

Alarcón, Abel

1940 *Era una vez... historia novelada de la Villa Imperial de Potosí*. Santiago: Nascimento.

Alone (Hernán Díaz Arrieta)

1954 *Historia personal de la literatura chilena*. Santiago de Chile: Zig-Zag.

Alonso, Amado

1942 *El modernismo en La gloria de don Ramiro*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires / Instituto de Filosofía.

Arzáns Orsúa y Vela, Bartolomé

1965 *Historia de la Villa Imperial de Potosí*. Rhode Island: Brown University Press.

1939 *Anales de la Villa Imperial de Potosí*. La Paz: Biblioteca Boliviana / Ministerio de Educación, Bellas Artes y Asuntos Indígenas.

Arze, José Roberto

1999 *Contribución a la bibliografía de Carlos Medinaceli. Diccionario biográfico boliviano, escritores, poetas y periodistas*. En: www.ops.org.bo/textocompleto/bvsp/boxp75/revbib/. Fecha de consulta: 27 de septiembre de 2016.

Baptista Gumucio, Mariano

1984 *Atrevámonos a ser bolivianos. Vida y epistolario de Carlos Medinaceli*. La Paz: Los Amigos del Libro.

Bello, Andrés

1928 *Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos (introducción y notas de Rufino José Cuervo)*. París: Andrés Blot Editor.

Bertonio, Ludovico

1984 *Vocabulario de la lengua aymara (edición facsimilar)*. Cochabamba: CERES / IFEA / MUSEF. [1612]

Frontaura Argandoña, Manuel

1941 *El precursor o sea el romance de don Joseph Alonso de Ibáñez*. Santiago: Zig-Zag.

Guzmán, Augusto

1985 *Panorama de la novela en Bolivia (proceso 1834-1972)*. La Paz: Los Amigos del Libro.

Jaimes Freyre, Raúl

1953 *Anecdotario de Ricardo Jaimes Freyre*. Potosí: Cultura Boliviana.

Larreta, Enrique

1908 *La gloria de don Ramiro*. Madrid: Victorino Suárez.

Noel, Carlos M.

1927 *La boda de don Juan*. Madrid: Espasa-Calpe.

Real de Azúa, Carlos

1975 *Historia visible e historia esotérica*. Montevideo: Calicanto Arca.

Reyles, Carlos

1980 *El embrujo de Sevilla*. Buenos Aires: Editorial Kapelusz. Roxlo, Carlos. [1922]

1913 *Historia crítica de la literatura uruguaya*. Montevideo: A. Barreiro y Ramos.

Viaña, José Enrique

1978 “Prólogo” a *Chaupi p'unchaipi tutayarka (A mediodía anocheció)* de Carlos Medinaceli. La Paz: Los Amigos del Libro.

1948 *Cuando vibraba la entraña de plata*. La Paz: Empresa Editora Universo.

1935 *Camino soleado (en la paz en la guerra)*. Potosí: Editorial Potosí.

1919 *Jardín secreto*. Potosí: Tipografía Artística de Samuel Sivilá.

Villegas de, Alberto

1989 *La campana de plata, interpretación mística de la ciudad de Potosí*. La Paz: FBCB. [1925]

Viñas, David

1964 *Literatura argentina y realidad política*. Buenos Aires: Jorge Álvarez editor.

Wiethüchter, Blanca y Alba María Paz Soldán

2002 *Hacia una historia crítica de la literatura en Bolivia*. La Paz: PIEB.

PUBLICACIONES PERIÓDICAS

Grieco y Bavio, Alfredo

1995 “Amado Alonso y la novela histórica. Un punto de partida para la crítica literaria latinoamericana”, en: *Memorias de Jalla Tucumán 1995. Tucumán: Proyecto Tucumán en los Andes centro-meridionales / Universidad de Tucumán*.

Molina Viaña, Hugo

1949a “Novela de José Enrique Viaña”. *La Mañana*, 10 de octubre. Oruro. Ocampo Moscoso, Eduardo

1949b “Cuando vibraba la entraña de plata”. *La Razón*, 18 de diciembre. La Paz.

Peralta, Alejandro

1926a “Cristales del ande”. *Gesta Bárbara*, año v, núm. 10. Potosí.

1926b “Titicaca emperador”. *Gesta Bárbara*, año v, núm. 10. Potosí.

Real de Azúa, Carlos

1950 “Ambiente espiritual del 900”. *La literatura uruguaya del 900*. Montevideo. pp. 15-36.

Rocha, Omar

2002 “Escribió una vez... Abel Alarcón”, en: Wiethüchter, Blanca y Alba María Paz Soldán, *Hacia una historia crítica de la literatura en Bolivia*. La Paz: PIEB.

Viaña, José Enrique

1950a “El hombre y la naturaleza en la novelística de Jaime Mendoza”. *Universidad*: Universidad Autónoma Tomás Frías, octubre-diciembre. Potosí.

1950b “Ensayo de interpretación dialéctica de la historia de Potosí”. *Universidad*: Universidad Autónoma Tomás Frías. Potosí.

1949 “Carlos Medinaceli, autor de *La Chascañawi*”. *Cuadernos universitarios*, vol. 1, núm. 1: Editorial Universitaria. Potosí.

1926 “*Paccha*. Un viaje a la provincia”. *Gesta Bárbara*, año v, núm. 10. Potosí.

Bibliografía de José Enrique Viaña²⁸

POESÍA Y PROSA POÉTICA

- 1923 *La humilde ventura*. Potosí: Tipografía Artística de Samuel Sivilá.
1935 *Camino soleado (en la paz en la guerra)*. Potosí: Editorial Potosí.
1968 *En el telar del crepúsculo*. Potosí: Departamento de Cultura de la Universidad Tomás Frías.
1970 *La sed inextinguible*. Potosí: Departamento de Cultura de la Universidad Tomás Frías.

POESÍA Y PROSA POÉTICA EN PUBLICACIONES PERIÓDICAS

- 1919 “Las almas vuelven...”. *Gesta Bárbara*, núm. 4. Potosí.
1919 “Homenaje” (A.S.G.M. la Reina Isaura Nogales). *La Nación*. Potosí.
“Sinfonía”. *Gesta Bárbara*, núm. 5. Potosí.
1922 “Ingenua”. *Gesta Bárbara*, núm. 8. Potosí.
“Estancias”. *Gesta Bárbara*, núm. 9. Potosí.
1926 “Paccha. Un viaje a la provincia”, *Gesta Bárbara*, año v, núm. 10. Potosí.
1928 “Epístola a Carlos Medinaceli”, *El Día*. Potosí.
1930 “Nimiedades”, *La Patria*. Oruro.
1931 “Al oído...”, *Revista del Círculo de Bellas Artes*, núm. 1. Potosí.

28 Agradezco y reconozco mi deuda con el señor Gonzalo Molina Echeverría para la conformación de esta bibliografía. Él tuvo la generosidad de permitirme utilizar los resultados de la investigación bibliográfica que realizó sobre su tío, José Enrique Viaña, en bibliotecas públicas y privadas de las ciudades de Potosí, Oruro, Sucre y La Paz.

- 1937²⁹ “In Memoriam” (a García Lorca), *El Diario*. La Paz.
- 1939 “¡Capital...!”, *Rebeldías. Tribuna de la Federación Universitaria Local*. Potosí.
- 1944 “A Bertha Singerman. ‘La bien nombrada’, *Universidad*, núm. 12 y 13. Potosí.
- 1947 “Junín”, *La Razón*, 2.^a Sección. La Paz.
- 1951 “Tríptico”, *El Diario*. La Paz.
- 1954 “Campanas de Navidad”, *Universidad*, núm. 39-41. Potosí.
- 1962 “Sumac Orcko, Canto Augural”, *La Nación*. La Paz.
- 1964 “Puño en alto”, *Cultura boliviana*, núm. 4. Oruro.
- 1967 “Imprecación”, *Presencia*, “Presencia literaria”. La Paz.
- 1968 “Soneto al cincuentenario”, *Presencia*, “Presencia literaria”. La Paz.
“Confesión”, *Tribuna*, año I, núm. 4. Sucre.
- 1980 “Obreros”, *Hoy*, “Hoja cultural”, año IV, núm. 152. La Paz.
“La palliri”, *Hoy*, “Hoja cultural”, año IV, núm. 154. La Paz.
- 1992 “Estampa”, *Hoy*, “Suplemento literario”, año III, núm. 130: La Paz.

CUENTO

- 1918 “La voz de las campanas”, *Gesta Bárbara*, núm. 3: Potosí.
- 1919 “Jardín secreto”. Potosí: Tipología Artística de Samuel Sivilá.
- 1919 “Página roja”, *Gesta Bárbara*, núm. 6: Potosí.
- 1926 “Cuento de invierno”, *Temple de montaña y otros cuentos: Potosí / Biblioteca Centenario*.
- 1926 “Página roja”, *Temple de montaña y otros cuentos: Potosí / Biblioteca Centenario*.

NOVELA

- 1948 *Cuando vibraba la entraña de plata (crónica novelada del siglo XVII)*. Editora Universo: La Paz.
- 1977 *Ananké*. Potosí: Talleres Gráficos Editorial Universitaria.

ENSAYO

- 1942 *Valor social de Fuente Ovejuna*. Potosí: Editorial Universitaria.

29 A partir de esta entrada, los poemas publicados están incluidos en *La sed inextinguible* (1970), Potosí: Departamento de Cultura de la Universidad Tomás Frías.

- 1949 *Carlos Medinaceli, autor de La Chaskañahui*. Potosí: Editorial Universitaria.
- 1950 “Ensayo de interpretación dialéctica de la historia de Potosí”. Potosí: Editorial Universitaria.
- 1951 *Glosas a las páginas del Ingenioso Hidalgo Don Miguel de Cervantes Saavedra*. Potosí: Editorial Universitaria.

ENSAYO EN PUBLICACIONES PERIÓDICAS

- 1944 “Ricardo Jaimes Freyre: Su personalidad, su obra”, *Universidad*, núm. 14. Potosí.
- 1947 “A propósito del *Quijote: Heine y Carducci*”, *Universidad*, núm. 21-23. Potosí.
- 1950 “El hombre y la naturaleza en la novelística de Jaime Mendoza”, *Universidad*, núm. 30-31. Potosí.
- 1952 “Tres ensayos de interpretación. Panorama general de la poesía española; un libro, un poeta y un hombre (León Felipe); Luis Luksic, poeta”, *Universidad*, núm. 35-37. Potosí.
- 1953 “José Martí. ‘El hombre más puro de la raza’”, *Universidad*, núm. 38. Potosí.
- 1954 “La educación y la nueva Bolivia”, *Universidad*, núm. 39-41. Potosí.
- 1970 “Simón Rodríguez; el hombre de ayer para hoy...”, *Cultura boliviana*, núm. 38.

OTROS TEXTOS

- 1924 “Con mi nuevo traje”, presentación editorial de la revista *La Montaña*. Potosí.
- 1931 “Chaupipunchaipi tutayarka”, *El Sur*. Potosí.
- 1933 “Repatriación de los restos de Jaimes Freyre”, *La Semana Gráfica*, núm. 57. La Paz.
- 1939 “Ahondando en nuestro espíritu”, *Rebeldías, Tribuna de la Federación Universitaria Local*, núm. 22. Potosí.
- 1943 “Sección en homenaje al libro”, *Universidad*, núm. 9. Potosí.
- 1946 “Recordando a un poeta... charlas intrascendentes”, *La Razón*, 2.^a sección. La Paz.
- 1949 “Mi homenaje a la facultad de Ingeniería”, *Rebeldías, Tribuna de la Federación Universitaria Local*, núm. 178. Potosí.
- “Carlos Medinaceli”, *Universidad*, núm. 28. Potosí.

- 1952 “Notas bibliográficas”, reseñas de *Guía de la provincia de Potosí*, de Pedro Vicente Cañete y de Yanacuna de Jesús Lara, *Universidad*, núm. 35-37. Potosí.
- 1955 “*El testamento de Potosí* (anónimo) con notas y comentarios de José Enrique Viaña”, en: *SVR (revista de historia y arte)*, núm. 2. Potosí.
- 1963 “Uyuni, la ciudad sin orillas”, *La Nación*. La Paz.
- 1966 “¿Invitación o coincidencia extraordinaria?” (carta al director), *Presencia*, “Presencia literaria”. La Paz.
- 1977 “Un mensaje inolvidable”, *Última Hora*, núm. 20. La Paz.
- 1978 “Prólogo” a *Chaupi p’unchaipi tutayarka (A mediodía anocheció)* de Carlos Medinaceli. La Paz. Los Amigos del Libro.
- 1985 “A la memoria del padre José A. Zampa, apóstol de los niños”, en: “Presencia literaria”, La Paz, 8 de septiembre.

Bibliografía sobre José Enrique Viaña

Abecia Valdivieso, Valentín

2000 “José Enrique Viaña”, *Gesta Bárbara. Antes que el tiempo acabe*. La Paz: Talleres de Artes Gráficas Sagitario.

Ágreda Maldonado, Roberto

2012 “Viaña Rodríguez, José Enrique”, *Diccionario de Ciencias Sociales*. Cochabamba: Kipus.

Araujo Subieta, Mario

1980 “José Enrique Viaña”, *Potosí periodístico y literario 1825-1984*. Potosí: Sociedad Geográfica y de Historia “Potosí”.

1977 “La obra poética de José Enrique Viaña”, *Temas literarios*. La Paz: Talleres Gráficos Librería Editorial Popular.

Blanco Mamani, Elías

2005 “Viaña Rodríguez, José Enrique”, *Enciclopedia gesta de autores de la literatura boliviana*. La Paz: Agencia Gesta de Servicio Informativo Cultural / Plural editores.

1998 “En el centenario de José Enrique Viaña”, *Presencia*, “Puerta abierta”: La Paz.

Cáceres Romero, Adolfo

2009 “Viaña Rodríguez, José Enrique”, *Diccionario de la literatura boliviana*. Cochabamba: Kipus.

Castañón Barrientos, Carlos

1990 “La Guerra del Chaco. El nacionalismo. Poesía”, *Literatura de Bolivia. Compendio histórico*. La Paz: Editorial Signo.

- Condarco Santillán, Carlos; Benjamín Chávez; Martín Zelaya Sánchez
2016 “Viaña, José Enrique”, *Letras orureñas. Autores y antología*. La Paz: Fundación Cultural ZOFRO / Plural Editores.
- Costa de la Torre, Arturo
1966 “Viaña Rodríguez, José Enrique”, *Catálogo de la bibliografía boliviana. Libros y folletos 1900-1963*. La Paz: Editorial Universidad Mayor de San Andrés.
- Durán Zuleta, Marlene y Lidia Castellón de Condarco
2007 “Viaña, José Enrique”, *Diccionario de autores orureños*. Oruro: Imprenta Editora Gráfica Andina.
- Flores de Tejada, Mary
1979 “Ananké, novela de José Enrique Viaña”, *Presencia*: La Paz.
- Gambarte de Quezada, Delia; Myriam Quezada de Iriarte; Edna Quezada de Claire
1979 “José Enrique Viaña”, *Minka. Texto escolar de materia integradas para 5.º Básico*. La Paz: Comisión Episcopal de Educación.
- Guzmán, Augusto
1985 *La novela situacional en Bolivia (proceso 1972-1985)*. La Paz: Librería Editorial Juventud.
1985 *Panorama de la novela boliviana*. La Paz: Librería Editorial Juventud.
- Mendieta Pacheco, Wilson
1976 “José Enrique Viaña, el poeta”, *Gentes y caminos de Potosí*. Potosí: Editora El Siglo.
1973 “Ananké, novela inédita de José Enrique Viaña”, *Presencia*: La Paz.
- Mendizábal Santa Cruz, Luis
2002 “Camino Soleado”, *Con Lápiz de humo* (selección y glosas de Alberto Guerra Gutiérrez). Oruro: Latinas Editores.
- Molina, Madeleine
1990 “El jardín secreto de José Enrique Viaña”, *Presencia*, “Presencia literaria”: La Paz.
- Molina Echeverría, Gonzalo
2011 “Evocación de José Enrique Viaña: Un bárbaro potosino”, *Puño y letra*, núm. 475, Sucre.

Molina Viaña, Hugo

1970 “Viaña y los niños mineros”, *Última Hora*: La Paz.

1949 “Novela de José Enrique Viaña”, *La Mañana*: Oruro.

Ocampo Moscoso, Eduardo

1980 “Ananké: Una novela póstuma de José Enrique Viaña”. *El Diario*: La Paz.

1949 “*Cuando vibraba la entraña de plata*”, *La Razón*: La Paz.

Paz Soldán, Alba María

2002 “El amor a la lengua y a lo remoto: José Enrique Viaña”, *Hacia una historia crítica de la literatura en Bolivia*. Tomo II. La Paz: PIEB.

Russe, Jean (Erasmus Barrios Villa)

1971 “José Enrique Viaña: El hombre y el poeta”, *Semana*, núm. 20: La Paz.

Saavedra Nogales, Alberto

1984 “José Enrique Viaña”, en: Mariano Baptista Gumucio, *Atrevámonos a ser bolivianos. Vida y epistolario de Carlos Medinaceli*. La Paz: Los Amigos del Libro. [1979]

Salazar Zelada, Freddy (dir. y ed.)

2016 “José Enrique Viaña Rodríguez”, *Calendario Oruro histórico 2016-2017*. Oruro: ZOFRO.

Shimose, Pedro

2001 “José Enrique Viaña”, *Signo. Cuadernos bolivianos de cultura*, núm. 55-56: La Paz.

Siles Salinas, Jorge

2013 “El testimonio de los poetas”, *La literatura boliviana de la Guerra del Chaco 1932-1935*. La Paz: Plural editores.

Terán Erquicia, Vicente

1980 *Ananké. Presencia*, “Presencia literaria”: La Paz.

Varas Reyes, Víctor

1979 “Sobre *Ananké* de José Enrique Viaña”, *La Verdad*: Tarija.

Zuleta Buitrago, Walter H.

1998 “José Enrique Viaña a un siglo de su nacimiento”, *Letras y artes*: La Paz.

s.a.

2001 “Letras orureñas: José Enrique Viaña”, *La Patria*, “El Duende”,
núm. 204: Oruro.

s.a.

1971 “El poeta José Enrique Viaña”, *Última Hora*: La Paz.

Sobre esta edición

Esta edición respeta la ortografía y sintaxis de la original y única hasta la fecha (Empresa Editora Universo, 1948), por considerar que en ella están los rasgos de estilo que permitirán no solo acceder al relato, sino también al sistema elocutivo de la obra, que es su legado fundamental. Así, se ha mantenido el castellano antiguo que emplean los personajes. No se han actualizado la ortografía ni la acentuación utilizadas por el autor, puesto que marcan el rasgo de oralidad buscado por Viaña.

Respecto de la puntuación, con el fin de facilitar la lectura, se han suprimido algunos signos que precedían o seguían a los guiones y que hoy podrían resultar redundantes. Se han introducido, donde faltaban, signos de apertura tanto de admiración como de interrogación. Se han mantenido tanto el “Glosario de voces desusadas” como el de las “Voces y expresiones keswas”. En el texto de la novela, las palabras del primero aparecen entrecomilladas y las segundas están en cursivas. Tan solo se han ordenado y citado las palabras de ambos de acuerdo a las normas de estilo de la Biblioteca del Bicentenario de Bolivia (BBB). Por otra parte, las abreviaciones se han uniformado.

Cuando vibraba
la entraña de plata
(crónica novelada del siglo xvii)

José Enrique Viaña

Dedicatoria:
A la ciudad de Potosí, tierra de mis mayores, de mi sangre
y de mi alma, en el Cuarto Centenario de su Fundación.

1 de abril de 1945

*Cierto que yo tengo pocos datos... pero me fío de la intuición.
¿Quién sabrá si acierto o si yerro? Nadie, probablemente.*

Pío Baroja, *La leyenda de Jaún de Alzate*.

Capítulo primero

Nicolás, con el rostro arrebatado y apretados los puños, levantóse de su asiento mirando la puerta por donde acababa de salir su madre; sacudió, altanero, la cabeza para echarse hacia atrás la cabellera y, con voz alterada, interrogó al anciano que, sentado en un sillón de brazos, calentaba las manos sobre un brasero de bronce, en medio de la habitación.

Decí,^[1] tío: ¿no he derecho de nombrar a mi padre?

—Sí, le has, hijo; sí, le has...^[2] —y la voz del anciano denotaba una profunda emoción—, mas, también le ha tu madre para ocultar su duelo, pero...

—¿Qué os detiene? ¿Por qué dudáis?

—Ven acá, hijo mío... Ven acá, que muy graves cosas he de revelarte agora.^[3] Bien hubiese querido que las ignorases aún, aunque...

Acercóse el mancebillo, ya serenado, al sillón del anciano; sentóse a sus pies sobre bordado cojín y apoyando las manos en las rodillas del viejo, quedósele mirando, en muda interrogación. Grandes y oscuros, los ojos del mancebo decían, en aquel momento, de su veneración por

[1] Decí: Decid.

No se extrañe el lector al encontrar formas verbales como esta que supuestamente pertenecen al castellano hablado en el siglo xvi y conocido como castellano antiguo. Esta novela intenta recrear ese castellano, de modo que las palabras y los giros de esta lengua aparecen en todos los diálogos y así cumplen la función de caracterizar a los personajes que protagonizan el relato como habitantes de Potosí de fines del siglo xvi y principios del xvii. El contexto de la historia relatada proviene de la *Historia de la Villa Imperial de Potosí* de Bartolomé Arzáns Orsúa y Vela. Muchas de estas palabras y usos se encuentran también en *Don Quijote de la Mancha* de Miguel de Cervantes y Saavedra, y en otras obras de la época.

Para distinguirlas de las notas aclaratorias, aquellas encerradas entre corchetes brindan el significado de los vocablos en el castellano actual.

[2] Le has: Uso del verbo *haber* con el significado de *tener*.

[3] Agora: Ahora.

ese hombre de rostro atezado y nobilísima expresión que, puesta la mano sobre la cabeza del atento mozuelo, miraba, ahora, frente a sí, con vago y enternecido mirar.

—Has de saber, hijo mío, que en una tarde como esta, y en un día como hoy, hace doce años, tu padre, ¡que Dios tenga en su gloria!, fenecía su vida pendido de patíbulo...

—¡Mi padre!

—Sí, tu padre —la voz del anciano se endureció y sus miradas se clavaron, aceradas y frías, en los ojos del suspendido mancebo—. ¡Tu padre, que era un leal caballero, un viejo soldado de Flandes!⁴ ¡Tu padre, que podía permanecer cubierto delante del Rey...! Matáronle, como a traidor, atropellando los fueros de su nobleza, porque codiciaban sus bienes e habían envidia de su alcurnia... Hubiese querido que aquesta^[5] revelación te fuese hecha cuando ya tu mano pudiese vengar la sangre de ese hombre generoso, mas —¡bien está lo que sucedel— y quiero que ahora lo sepas todo, Nicolás.

—¡Oh sí, tío! Decíme ya lo que sea que, en sabiéndolo, con aquestas mismas^[6] manos he de cobrar agravios.

—Aún no es el tiempo, hijo, que mancebo eres...

—¿No tenía el hijo de Laín Calvo mis años cuando al Conde mataba? Sonrióse el anciano ante el comentario.

—Sí tal, hijo, pero el Conde era bravo, e tenemos por enemigo un felón que, rodeado noche e día de justicias y corchetes,⁷ no dejara que a él te llegases; además, por hoy, se halla a salvo... Oye lo que he de narrarte, luego día habrá en que vayas a buscallo.^[8]

4 Haber sido soldado de Flandes en los Tercios, legendaria unidad de combate, fue un mérito para los españoles, pues significó haber luchado en defensa del rey y del reino. Muchos de los poetas del Siglo de Oro fueron soldados de Flandes, entre ellos Miguel de Cervantes, Francisco de Quevedo y Calderón de la Barca. La Guerra de Flandes fue una rebelión de los Países Bajos contra la monarquía española y duró 80 años.

[5] Aquesta: Esta.

[6] Aquestas mismas: Estas mismas.

7 Corchetes, según la Real Academia Española (RAE de acá en adelante), eran los agentes de justicia que se encargaban de prender a los delincuentes.

[8] Buscallo: Equivale a *buscadle*, así como *valelle* y *matalle* significan *valedle* y *matadle*, respectivamente. Se encontrarán otros verbos con esta terminación de aquí en adelante que equivalen a la segunda persona del imperativo, como en este caso, o al infinitivo con la preposición "le": *buscarle*, *valerle*, *matarle*.

—¡Sí que lo haré, tío! ¡No han de velle justicias, ni rejas, ni paredes; matallo he de mis manos...!

—Has de saber, pues, que gobernando esta Villa estaba, por el Visorrey Martín Enríquez, el Corregidor Marcelino. Ordenado tenía el Visorrey se hiciese leva de gente para enviar socorros a los presidios de Chile. Alzado estaba ya el pendón en casa del Alférez, más bien poca gente se avenía a sentar plaza, e quiso el Corregidor forzar los mozos e mandó al Diego Aumeta, que era Alcalde ordinario, lo llevase a cabo. Salióse el tal a apresar a cuantos en la calle, tabernas —e^[9] aun moradas— se topaba. Bastábale para prendellos ser hombres e criollos... ¡No serían españoles a sufrir penurias e hambre, e sed e muertes, en Chile! Ansí^[10] viéronse presos hombres barbados, mancebos e aún viejos. Aquesse^[11] día, tu padre, que en gloria esté, regresaba de su visita al “Ingenio”, cuando acertó a toparse, por la calle, con una tropa de aquessos apresadores y con ellos, atado por los codos, lloroso y sañudamente golpeado, vió un mancebillo de poco más de 12 años; conociólo tu padre por hijo de Francisco Marín, el espadero; encaróse con el que mandaba la partida e increpóle porque soltasen al rapaz; negóse el ministril, e fuera de sí el tu padre lanzó su caballo sobre el grupo. Apellidaron socorro con grandes voces los corchetes porfiando por detenelle. A tales voces acudieron vascuences que acometieron al tu padre para herille; él, entonces, habiendo alzado al mancebillo Marín sobre la montura, atropelló audaz e galopó hacia Munaypata, dejando detrás a los burlados e aulladores justicias.

A este tumulto soltáronse, “aína”, otros presos, con que avisado el Corregidor, hobo^[12] gran rabia e mandó se armasen en batalla para perseguir al tu padre y prendelle.

Huido y escondido el mancebillo Marín, sabiendo tu padre que con aquesto encenderíanse de nuevo los bandos, juntó a sus amigos e aprestóse a batallar, enviando a buscar a un su gran amigo, e pariente, D. Diego de Carvajal, el de la Entrada, porque allegase a sus parciales e foese^[13] en su ayuda.

Pasadas que habían las dos de la tarde, hobe^[14] yo noticias del suceso; disponíame a marchar en su busca cuando recibí^[15] unas sus letras, por

[9] E: significa y.

[10] Ansí: Así.

[11] Aquesse: Ese.

[12] Hobo: Hubo.

[13] Foese: Fuese.

[14] Hobe: Hube.

[15] Recebí: Recibí.

las que me noticiaba el caso e mandábame quedar a la guarda de la casa de tu madre e de ti que eras recién nacido.

No pudiendo alejarme de vosotros, envié a los criados para avisar a los amigos, prevenir a los mayordomos del “Ingenio” se aprestasen a la defensa, pues temía, como tal sucedió aluego, que vascuences e justicias —que todos eran unos— tratasen de destruir nuessa^[16] hacienda.

Entre tanto corrían ya por la ciudad las nuevas de la espantable batalla que en Munaypata se libraba; veíamos pasar delante nuessas rejas, heridos que aún podían valerse, camino de sus casas; alguno vi yo caer en medio de la calle, apretando el pecho con ambas manos y gimiendo lamentablemente, para morir antes que pudiésemos llegar en su ayuda, mientras corrían hacia el campo nuevos luchadores y teníamos aviso de que tu padre continuaba capitaneando sus huestes y que el Corregidor cedía campo.

Brillábanle al mancebo los ojos; tenía los dedos crispados sobre las rodillas del anciano y, a trechos, pasábase la lengua por los labios, en rápido gesto.

—Temiendo por tu padre —continuó el anciano— urgíame la mi hermana de correr a socorrelle y prestalle apoyo, pero ¿cómo os dejaba yo y cómo abandonaba la hacienda?

Sopimos^[17] más tarde que en aquessa batalla, hóbose de hacer gran felonía con los criollos que el Corregidor tenía en la su guarda, y fué que vascuences en número de treinta, apellidando “mueran los traidores mestizos”, acometiéronles por la espalda, matando muchos y tornando más dura la refriega, de donde recrudecieron más aquestos de agora, que tantas muertes aparejan.

—¿Aquessos de vascongados, extremeños e andaluces, de que platicáis con don Pedro?

—Esos mismos, hijo. Plega a Dios que no se enciendan de nuevo, que harto hemos ya sufrido de ellos...

—Oído tengo decir^[18] que el Corregidor ha de acabar con tales bandos.

—Si más humano fuese, tuviéralo por cierto, más agora creo que más habrá en enconallos... E bien, hijo, díxote^[19] que por fin cayó la noche, quedando el campo por los criollos; estaba muerto el Aumeta y malherido el Corregidor.

[16] Nuessa: Nuestra.

[17] Sopimos: Supimos.

[18] Oído tengo decir: He escuchado que...

[19] Díxote: Te digo.

Por filo de la medianoche, llegó el tu padre acompañado de D. Diego; fuera quedaban, en guarda de la casa, Juan Crespo de Maca y Francisco Montaña con algunos parciales que, aunque vencidos, los vascuences habrían de retornar en son de ataque.

—Las barajas escusallas, comenzadas, acaballas –dixo el tu padre cuando llegaron–. Non es posible enmendar lo hecho, ansí, aquí aguardamos a los justicias, empero vos, Rodrigo, tomad la mi mujer y el su hijo e salid agora mesmo hacia el valle, no nos sorprendan aquí e nos acuchillen a todos; que solo yo e libre de cuidados, defenderme he mejor y, acaso, vencellos nuevamente.

Consejéle yo que mirase bien por sí, por los suyos e sus amigos, mas no hubo forma de reducirle a dejar la Villa.

Y así, aún no quebrada el alba, salimos tu madre, tú y yo con algunos naturales hacia Cinti, dejando al tu padre y sus amigos aprestándose a la defensa. Nunca más volvió tu madre a velle. Porfiada brega hubieron de librar quienes los prendieron, porque noticias que después tuvimos, dicían^[20] que todos nuessos servidores fueron muertos, primero que llegasen a tu padre. Prendido por fin con D. Diego de Carvajal, Crespo de Maca y Francisco Montaña, encerráronlos primero y aluego, con gran alboroto e sonajas, lleváronlos a Charcas, donde a vuelta de luengos meses, condenáronlos a ser ahorcados.

En vano dineros y amigos nuestros moviéronse para abrilles las puertas de la prisión; en vano tu madre y yo hobimos^[21] de rogar por ellos; negósenos hasta el consuelo de velle...

Y prendiéronle, junto con D. Diego de Carvajal, en la Plaza del Regocijo. Gobernaba la Villa, e fué el verdadero matador de tu padre –diréte lo ya– el mismo Lupidana²² que agora...

—¿Y decís que está a salvo? ¡Válame la Virgen! Pero matallo he de mi mano –y el mancebo alzóse crispados los puños y llameantes los ojos.

—¡Mochacho!, ¡mochacho! –el viejo extendió la sarmentosa mano para aquietarle–, téngote dicho, Nicolás –su voz tenía extrañas resonancias–, téngote dicho que en su día yo mesmo habré de armar tu mano, ¡yo mesmo! ¿Óyeslo?

[20] Dicían: Decían.

[21] Hobimos: Hubimos.

22 Juan Díaz de Lupidana, Oidor de la real Audiencia de la Plata, fue el octavo corregidor de Potosí, nombrado por Felipe II en 1595, según Arzáns en *Historia de la Villa Imperial de Potosí* (Primera Parte, Libro v, Capítulo 25, 225 pp. y ss.).

—Sí, tío, sí, ¿pero cómo podéis sufrille agora? ¿Cómo podéis miralle siquiera, vos que visteis matar a mi padre?

—¡Ay, hijo! Súfrole agora por razones que non he menester declararte, pero ¡júrote!, Nicolás, que en su día, ya te lo he dicho, yo mesmo armaré tu mano contra él... No creo puedas imaginar, maguer^[23] tu deseo, cuán grandes esfuerzos hobe de hacer para no acometer, espada en mano, contra justicias e soldados... Veinte espadas tenía conmigo... ¡Veinte leones eran!, pero... ansí nuestro Señor Jesucristo lo dispuso, hijo... Que Él tenga al tu padre en su gloria, e a mí perdone...

Non que preciara mi vida, mil veces la arriesgué en cien batallas, pero non tuve coraje para dejaros... ¡Tu madre e tú! —y puso el viejo tanta ternura al decir estas palabras que el mancebillo tornó a arrodillarse en el cojín, a sus pies.

—Perdón, tío, que non quise culparos... Bien veis que sois agora mi padre...

—Lo sé, Nicolás, e gracias doy al Altísimo de tenerte a ti en estos postreros años de mi vida. Y ves aquí, hijo —prosiguió el anciano retomando el hilo de su relato—, cómo por permisión divina hizo el Maligno que la generosa acción de tu padre viniese en perdimiento de su vida, en desmedro de su hacienda y en vueso^[24] desamparo.

—¡Callad, tío, desamparo no, que os tenemos a vos! —sonrió el anciano y luego, poniendo la mano sobre la cabeza del rapaz, continuó—: ¡Plugiese a Dios que ansí fuera, hijo, pero un padre es un padre...! Llevarte he pronto a la casa de Francisco Marín —¿conócesle, verdad?— porque veas que aunque humilde pechero, es hombre que non desmereciera si de brocado le vistiesen... Contemplándole pienso, en veces, que debe haber otra hidalguía que non es de la sangre... Verásle tú, cabe^[25] su yunque... E agora, Nicolás, piensa en cuanto te he narrado, medita, e aluego prepárate para el mañana... Mis días, hijo, contados son, y acabarse han muy pronto. Siglos lleva tu casa de ser entre las primeras en España y en aquesta parte del Nuevo Mundo, y eres tú a mantenella en alto. Hacienda tienes, mas débesla cuidar, ¡que non se diga nunca que la casa de Ludueña perdióse al perderse el tu padre...!

Y aquí el diálogo, cuando resonaron fuertes aldabonazos en la puerta de la calle, dijo D. Rodrigo:

—Ya están aquí.

—Decid, tío: ¿Me permitís contar a Pablo aquessos sucesos que quitaron la vida al mi padre?

[23] Maguer: Pese a...

[24] Vueso: Vuestro.

[25] Cabe: Preposición que significa *cerca de, junto a*.

—Sí, hijo, cuéntalos. Piensa que el buen amigo ningún secreto es de guardalle. Un día, acaso, habrás de pedille ayuda.

—E bien que me la dará. E voy por hacer cortesía a don Pedro.

Púsose en pie el mancebo y saliendo rápidamente de la estancia fué en busca de los que llegaban.

D. Rodrigo tornó a su primera actitud; tendió sus manos sobre el brasero y fijó la mirada sobre las ascuas. Tenía ahora, sin embargo, una nueva luz en las pupilas. Su secreto había dejado de serlo para aquel a quien él amaba tan entrañablemente como si fuese su propio hijo.

Desde que los desdichados sucesos que acababa de narrar a su sobrino le obligaron a salir de la Villa y esconder a su hermana y al niño, durante los primeros días que siguieron al prendimiento de D. Juan de Ludueña y sus amigos, para ponerlos a cubierto de las iras del Corregidor Lupidana —enviado de Charcas a raíz de la muerte del Corregidor Marcelino, acaecida pocos días después de su vencimiento y a causa de las heridas recibidas en la batalla—, consagró todas sus energías a cuidar de los suyos y de su hacienda. En poco estuvo que también él fuese preso y sus bienes confiscados, empero, valiéronle encomienda y pasado para evitarlo, pues su sola culpa era la de ser pariente de Ludueña.

Así, vió crecer a su sobrino; así, llevó a su alma las primeras luces del saber, adiestró su brazo en las armas y su espíritu en la nobleza, la rectitud y la justicia; así, también, esperaba el día en que habría de tomar cuenta a quienes fueron causa de sus males; ese pensar hurgaba, ahora, los recónditos pliegues de su alma y tan pronto le llenaba de esperanzas como le nublabla la visión del porvenir: ¿Habría sido fructífera la siembra en el corazón del muchacho?

Entraban ya en la estancia los visitantes acompañados de Nicolás; eran aquellos un apuesto caballero de poco más de 70 años, erguido y recio aún, marcial en el aspecto, severo en el vestir y noble en el continente; con él venía un doncel de igual talante que el de Ludueña.

Llegados a la puerta hicieron ambos reverencia al señor de la casa que avanzaba hacia ellos —borrada ya de su frente toda huella de inquietud— en cordialísimo modo, a presentar su saludo al amigo que llegaba a visitarle, como casi todos los días, a la caída de la tarde.

Mediaba entre D. Rodrigo de Illescas y su visitante, D. Pedro Ponce de León, una vieja y entrañable amistad.

Algunos años de su mocedad vivieron juntos; juntos frecuentaron la Corte; juntos guerrearón en Portugal y Flandes; juntos llegaron a tierras de América y juntos avecindaron, los años pasados, en la Villa. Vestía el de

Ponce severamente y adornábase sólo con la Venera de Santiago; despojóse de su capa, descíñose el talabarte y fué a sentar junto al brasero, reavivado, entre tanto, por uno de los criados de la casa.

Los jóvenes habíanse retirado junto a una de las ventanas donde, mientras Nicolás Pablo²⁶ le escuchaba atentísimamente, narrábale el de Ludueña todo cuanto su tío acababa de revelar.

—¿Es enferma agora doña Mencía, Rodrigo? —inquirió don Pedro.

—No. Salió no ha mucho... Cosas del rapaz que empeñóse en mentar al su padre, e luego, agora mesmamente... Hobe de decir el secreto... ¿Véislo? —volvieron ambos el rostro hacia los mozos—. ¡Cien pesos ensayados²⁷ te apostara yo, Pedro, que agora tendrán parlería para mucho... conocerá el tu hijo punto por punto mis palabras...!

—Cual sabía yo tus cuitas en la mi casa de Sevilla... ¿Recuérdaslo? ¡Plega a Dios que entrambos hagan tan grande amistad como la nuessa! ¿Dolióse el mancebo del relato?

—¡Dolerse hía,^[28] voto a tal! Enderezóse ansiando “aína” matar al Lupidana...

—Matalle han antes otras manos... ¿Sabes que agora mandó prender a la Rosales y él mesmo es a guardalla?

—¡Válame Cristo! ¿Y el su padre?

—Loco está don Álvaro e non hay ninguno a velle... Tal nos tienen corridos los vascuences... Llegueme hasta él, maguer mi asco, a pedille por Florianana.²⁹ Vano intento. Nunca más pasionada bestia vi que aqueste Lupidana; non habrá quien pueda reducirle a razón... Perdido está en su lujuria...

26 Nótese que el protagonista, Nicolás Ludueña y su amigo Pablo Nicolás, llevan el mismo nombre en alusión a uno de los relatos de la *Historia de la Villa Imperial de Potosí* (Primera Parte, Libro v, Capítulo 14, pp. 191 y ss.) que cuenta que, por lo difícil que era el nacimiento de niños en Potosí, el primero se produjo como un milagro atribuido a San Nicolás de Tolentino, patrono de las almas del purgatorio, de la justicia y de la maternidad. Así, el nombre Nicolás enfatiza el haber sido nacido en Potosí, el ser de los primeros criollos.

27 Pesos ensayados: Eran una moneda imaginaria, por lo que no existió físicamente, solo servían para calcular gastos y deudas, en general las fiscales. Su valor era de doce y medio reales, mientras que el peso corriente era de ocho, era amonedado y de uso corriente.

[28] Dolerse hía: Se ha dolido (*hía* es una forma del verbo *haber*).

29 Florianana, a quien secuestró el corregidor Lupidana, es “la bellísima doña Florian Rosales” que aparece en la *Historia de la Villa Imperial de Potosí* (Primera Parte, Libro v, Capítulo 28, pp. 235 y ss.) de Arzáns; relato que reescribió Nataniel Aguirre y otros poetas del siglo xix en Bolivia.

—¡Y que seamos nosotros a sufrille! Habríamos de forjar un memorial al Visorrey porque le quite el gobierno de la Villa.

—¡Visorrey! ¡Memoriales! ¿Has olvidado, Rodrigo, tú, que contra mensajeros del Lupidana, trocados en doblones, memorial alguno prevalece? ¿Has olvidado ya cómo en Lima no hicieron oídos a nuessas quejas, cuando el Lupidana depredaba e mataba en la Villa, siendo causa del dolor de vuesa casa? ¿No recuerdas cómo volaban correos a Lima e a Charcas y con ellos magníficos presentes al Visorrey e a los Oidores de la Audiencia? ¡Ay, Rodrigo! Maguer nuesso desvelo, veremos siempre en la Villa gobernantes desgovernados... E a más, ya el Lupidana será muerto, o ido, antes que mensajero alguno llegue a los Reyes...

—¿Quién habrá de forzalle el viaje?

—El de Alburquerque... Prendado está el galán, e poco ha de valer su lozanía, si no abate el obstáculo que el Lupidana le ofrece.

En aquel momento entraba en la estancia doña. Mencía. Púsose de pie D. Pedro.

—Dios guarde a V.M. —dijo—, señora mía. Ya os echaba de menos.

—Que Él os colme de bendiciones, don Pedro... Antes volviera, pero tardéme por atender a una yanacona que vino del “Ingenio”...

—¿Algo malo? —inquirió don Rodrigo.

—Siempre le hay en el mundo, Rodrigo... E agora también ese Télez... —volvióse la dama hacia el mancebo Ponce que, respetuosamente, aguardaba que ella reparase en él para saludarla—. E bien Pablo, gozo he de verte tan galán...

—A vos saludo, señora —dijo éste y besó la mano que aquélla le tendía—, y tengo de deciros —agregó—, por encargo de la mi madre y señora, que le hagáis la merced de pasar por casa, en vuesso camino a la Compañía, mañana...

—¿Necesita compañía?

—E que algún regalillo vínole de Charcas —dijo aquí don Pedro, risueño.

—Dirás a tu madre, Nicolás Pablo, que bien quiero complacella; allá estaré de mañana...

Apartóse el mancebo y fuése cerca de la ventana donde su amigo lo aguardaba; sentóse Da. Mencía junto a su devanadera y como a poco entraran en la estancia dos mujeres, púsose con ellas al trabajo, pues hilaban lana de alpaca conque habrían de tejer algunas cobijas.

Por un momento reinó el silencio; giraba la devanadera; atentas las mujeres a su labor; ensimismada la dama; callados los caballeros, pendientes de la calle los mozos.

Caía el sol de agosto. Encapotábase el cielo y los escasos viandantes que cruzaban la calle, arrebujados en sus capas, pegados a las paredes, defendíanse mal del áspero viento.

—Donoso tiempo para rondadores aqueste —dijo en alta voz el de Ponce.

—¿Crees que los haya agora, con las premáticas³⁰ del Lupidana? —repuso don Rodrigo.

—¡Mal año para premáticas, Rodrigo! Júrote que agora más gente hallarás en un garito que verás mañana en la Iglesia. ¿No sabes que basta al hombre defendelle algo para que mayores ansias sienta de tomallo?

—Dices bien, Pedro; es que como algún acervo batallador llevamos dentro, nada nos mueve más que los peligros, y a buscallos corremos hasta la fin del mundo... ¿Qué nos movió a esta tierra sino que hallamos corta la nuestra para corrella?

—Olvidaste, Rodrigo, del dinero...

—Non lo olvido, Pedro, pero concederás que quienes a aquestas tierras vinieron, hiciéronlo por el afán de aventuras primero, luego... luego... ¿Quién escapa al hechizo del oro? Empero non fué la cobdicia^[31] el móvil de las españolas armas por el mundo. Flandes... Milán... Lepanto... Ilusiones... Grandezas... Gloria de Dios...

—¿Recuerdas todavía esas horas, Rodrigo?

—Recordarélas siempre, maguer a tal recuerdo me lastime... Es condición humana ampararse del recuerdo conforme avvicina la muerte.

—Decí, Rodrigo —habló doña Mencía—, ¿has tú hablado con el Téllez, como te lo pedí días ha?

—¡Hermana, olvidóseme! Mas mañana al alba veré de hablalle. ¿Tornó a las andadas?

—Ya te tengo dicho que más cuenta nos tendría el despedille. Non pasa día sin que alguno venga a quejarse dél.

—Algún embruxo han le dado, Mencía... Antes de agora era quieto e bondadoso... ¿Sabes si alguno viólo, otra vez, rondando por la Ollería? Dixiéronme de una morisca.

—Nada sé, pero es preciso hablalle... Los naturales sufren y he miedo que se alcen...

30 Según el *Diccionario de Autoridades*, premática puede emplearse también como pragmática o real pragmática. De acuerdo al diccionario mencionado significa “la ley o estatuto, que se promulga o publica, para remediar algún exceso, abuso o daño que se experimenta en la República” (*sic*).

[31] Cobdicia: Codicia.

—Témennos –dijo don Pedro– y no han de alzarse. Pero será bien, Rodrigo, pongas coto a los desmanes del Téllez.

—He le visto yo vez pasada –terció Nicolás–, cuando llevásteisme al “Ingenio”, arrastrar una india por los cabellos y encerrarla en un aposento... Hube miedo dél e non les descubrí el caso entonces, aluego olvidóseme...

A todo esto entró en la estancia un maestresala con dos criados indios, quienes traían sendos velones que fueron puestos sobre unas mesillas y en ángulos fronteros. Cerraron los mozos las portezuelas de las rejas y se llegaron a sus mayores. Dió suelta Da. Mencía a sus criadas, ordenándoles aguardarla en su cámara, junto con los demás servidores, para rezar el cotidiano rosario.

—Escuse V.M., señor don Pedro, que he de retirarme agora –dijo doña Mencía, luego de concluida su labor–, ruégovos decir a mi señora, doña Clara, que mañana seré con ella, porque vayamos a misa.

—Id con Dios, señora, que seréis servida en cuanto al mensaje.

Despidióse la dama, igual hizo su hijo y salieron ambos de la estancia que, poco después, abandonaban también los Ponce.

Solo ya D. Rodrigo, ordenó le llevasen a su cámara ciertos libros que leía; recogióse él luego y quedó la casona en sombras y en silencio, sólo turbado por el ruido del viento sobre los techos de paja y el sordo y melancólico rumor de los rezos.

Caían de tarde en tarde algunos copos de nieve; venció el viento y poblóse de estrellas el cielo.

Las sonoras campanas de San Francisco dieron el toque de ánimas.

Eran las siete de la noche del 4 de agosto de 1598.

Capítulo II

Amaneció luminoso aquel domingo de agosto, dos semanas después. Los últimos vientos soplaban todavía, fríos y cortantes; anunciábase, sin embargo, un ascenso en la temperatura que haría posibles las fiestas de Nuestra Señora de la Purísima Concepción, Patrona de la Villa.

A misa de ocho, en la Compañía, iban aquella mañana los Ludueña, madre e hijo, acompañados de D. Rodrigo, un escudero y una india vistosamente ataviada; llevaba ésta los blasonados almohadones que servirían a sus señores.

Jarifo^[1] iba Nicolás, luciendo ropilla de fino velludo carmesí, con mangas y greguescos acuchillados, capa de velarte² con alamares de piel de vicuña; ceñía fina espada toledana y damasquinada daga; calzaba zapatos de cabritilla y llevaba descubierta la cabeza, al viento la negra y rizada cabellera.

Iban detrás D. Rodrigo y su hermana; en los ojos de la madre leíase orgullosa complacencia por el altivo talante del mozo que arrastraba, al pasar, las miradas de las gentes.

Aunque bien avanzada la mañana, pues era domingo y en tales días sólo trabajaba el Fiel de la Moneda^[3] hasta media mañana, y reinaba aún gran animación en la Plaza del Regocijo; iban y venían grandes rebaños de llamas conducidos por los naturales, y que traían hasta la Casa de Moneda las barras de plata de los “Ingenios” para ser quintadas; mayordomos y yanaconas entraban y salían apresuradamente de ella, donde recogían la parte en barras, o amonedada, correspondiente a sus señores, descontada la parte del Rey.

[1] Jarifo: Rozagante, vistoso, bien compuesto.

2 Según la RAE, velarte significa “paño enfurtido y lustroso, de color negro, que servía para capas, sayos y otras prendas exteriores de abrigo”.

[3] Fiel de la Moneda: Empleado público que se dedicaba a contrastar pesos y medidas.

Veíanse también rescatadores de plata que hacían su comercio bajo la sañuda mirada de los alguaciles dependientes de los Veedores del Cerro y de la Casa de Moneda, y grupos de mercaderes, de soldados y de alguaciles, quienes hablando sosegadamente, quienes discutiendo con calor, quienes arrebujaos en sus largas capas calentándose al sol en las amplias gradas de la Escala de la Consulta, arrimados a las paredes de la Moneda o de las Cajas Reales, cuyas puertas, a pesar de la hora, permanecían herméticamente cerradas.

Habitaba en ellas el Corregidor Lupidana, aunque de ordinario fuera otra la morada de los Corregidores, D. Juan de Lupidana, había elegido aquéllas por guardar él mismo los aposentos en que, recluida por orden suya, encontrábase Da. Floriania Rosales de quien se había, senilmente, prendado.

Cruzábanse saludos ceremoniosos o cordiales entre los Ludueña y sus conocidos; orgullosos vascuences pasaban arrogantes por su vera, y tan altanera era su traza, que la mano de D. Rodrigo crispábase violenta sobre la empuñadura de su espada.

—¿Catásteis⁴ la arrogancia del Berasátegui, Mencía? E así los demás... ¿Hasta cuándo habremos de sufrilles?

—¡Ay, Rodrigo! Mayor mal nos avendrá si recomienzan los bandos. Vez pasada, en casa de Ponce, don Íñigo Mendoza urgía a sus amigos a alzarse de nuevo en armas por echar los vascuences del gobierno...

—Fáltanos el coraje, Mencía. Paréceme a mí que el frío de aquesta tierra nos priva dél, helándonos la sangre en las venas...

—Rodrigo, ¿non has sentado aún el seso, hermano? Ve que agora nos dejan libres e podemos cuidar de nuessa hacienda e acrecella. He tanto deseo de que Nicolás vaya a la Corte, que nenguna otra cosa quiero sino que hayamos fortuna doblada... ¿Vesle? ¿No lo querrá el Rey por su paje?

—Dineros tiene el rapaz para velle, empero Mencía non es cortesano como le quiero yo. Agora mesmo habré de consultar, si se tercia, con Su Reverencia el Rector de la Compañía, el caso.

Llegaban ya a la Plaza del Gato.⁵ Todo el amplio cuadrilátero de ella se hallaba poblada por "Ilantus", una especie de quitasoles de lienzo blanco o de color, de los que pendían ropas y telas, y que a impulsos de algunas ráfagas de viento parecían querer salirse de sus soportes; debajo

4 Según la RAE, cata significa "captar, entender, juzgar".

5 En el "Plano evocativo de la Villa Imperial en el siglo xvii" (véase el plano desplegable que antecede al "Capítulo primero" [pág. 61]) aparece como Plaza del Kcatu.

de tales refugios tenían asentadas sus mercaderías los indios naturales, y los artesanos de la Villa y sus alrededores; entre estos últimos destacábanse los de la cercana población de Tarapaya, quienes comerciaban con sombreros hechos de lana de vicuña, altamente apreciados por los criollos, que oponían este lujo al de los tudescos chambergos, traídos de Europa, y mercados por los vascos y sus parciales.

Movíanse entre los puestos gentes de todas trazas, primando las de servicio, mayordomos y yanaconas, que hacían su compra diaria, y soldados que andaban en busca de galas, cueras y coletos de ante.

—Mira al Téllez, Rodrigo —urgió doña Mencía a su hermano a que volviese la vista a tiempo que llegaban al atrio de la Iglesia. Frontero a ésta pasaba el indicado siguiendo los pasos de una mujer de gracioso andar que, tocada de manto, descubría sólo los brillantes ojos negros y zahareños.

—Te dije ya que perdido anda —repuso don Rodrigo. Calló, destocándose, para entrar en el Templo.

Volteaban, dando al aire sus últimos toques, las campanas suspendidas de una airosa espadaña.

Ocho años hacía que comenzara la fábrica del templo y aunque ya oficiaban en él, no se hallaba totalmente concluido; severo era su aspecto, tenía una sola nave y el retablo del altar mayor una orgullosa muestra de artesanía. Los recién establecidos jesuitas usaban ya de su cautela para hacer del Templo, punto de reunión de los nobles castellanos y de los acaudalados Azogueros de la Ribera.

El de Lupidana tenía su sitial en el Presbiterio, y allí estaba ahora, cejjunto y altanero; rodeábanle los Veinticuatro del Cabildo y los Alcaldes de la Villa.

Llegaron los Ludueña hasta los primeros sitios; madre e hijo arrodilláronse a la par sobre los blasonados cojines que trajera la criada, quien ocupó su puesto detrás de su ama; D. Rodrigo habíase quedado muy cerca de la entrada, donde permanecía, de pie, junto a otros caballeros.

Sonó clarísima una campanilla; arrodilláronse todos, salieron los oficiantes y oyóse pronto la voz grave y sonora del Rector de la Compañía, que cantaba el Introito.

Llena estaba la amplia nave del templo; un hálito de profunda fe doblaba todas las frentes, aún las más revoltosas. Nicolás puestos los ojos, abiertos en asombro interior, sobre el altar, dejaba vagar por sus labios una leve sonrisa; no oraba porque todo él era ya una oración.

Y dió fin a la misa.

Salieron los asistentes después de que, abiertos en dos alas, dejaran pasar al Corregidor Lupidana, sus Veinticuatro y Alcaldes, que abando-

naron el templo sosegada y magestuosamente; a lo largo de los muros del Convento, los mendigos tendían la mano a los poderosos que pasaban, la mayor parte, sin reparar en ellos.

Juntáronse, en el atrio del templo, los Ludueña y los Ponce de León.

—Hacednos merced, Pedro —dijo don Rodrigo luego de los saludos de rigor— de prestar campaña a la mi hermana. Nicolás e yo habemos de saludar al Padre Rector.

—Que nos place —afirmó doña Clara, esposa de Ponce— e Mencía ha se de quedar en casa por el refrigerio. Pasad por ella luego que acabéis vuessa visita.

—E tú, Rodrigo —agregó el de Ponce—, non olvides tratar con su Reverencia, sobre si tiene noticias del Padre Alonso de Barba.⁶ Meses ha que perdí su rastro e duélome. Andaba buscando cómo manejar aquestos “pacos” de agora. Anuncióme mi mayordomo que comienzan a faltar “tacanas” e “soroches” en nuessas minas, e tendremos que tornar al azogue... Malos días veremos, nuevamente, si alguno non halla modo de evitar tanta pérdida como los “Ingenios” tienen con los “pacos”.

—Bien sabes, Pedro, que es también mi conveniencia hacello. Acaso él mesmo me aleccione, que gran sabio es en cosas de metales... Separáronse. Tío y sobrino bajaron hasta la portería del Convento donde, luego de llamar, fueron introducidos por un anciano lego.

Llevólos éste, atravesando un amplio patio rodeado de arquería, directamente a la celda del Rector, situada en el segundo cuerpo del edificio.

Aún el Padre no se hallaba en su celda, así, D. Rodrigo y Nicolás hubieron de aguardarle, paseándose a lo largo del ancho corredor, sobre el que se abrían las celdas de la Comunidad.

Bañaba el sol aquella parte del edificio que, defendida de los asaltos del viento, era propicia al peripatético dialogar y donde el cuidado y tenacidad de los legos, había realizado el milagro de tener, en pequeñísimas macetas, algunos tallos de plantas traídas de Charcas, de Cinti o de Mataka.

—Ve acá, Nicolás, cómo es primor de voluntad aquesta planta —afirmó don Rodrigo, inclinándose a observar, atentamente, una a modo de trébol que desbordaba ya los límites de su maceta—; ha pasado el rigor del invierno e non se agostó por el frío... Maravíllame cómo lograron tal...

6 Fue un sacerdote y metalurgista que llegó a Potosí a fines del siglo xvi. Es el autor del renombrado libro *El arte de los metales* (1770) e inventor de un procedimiento llamado método de cazos para el beneficio de la plata.

—E yo vi a la mi madre y señora, por diciembre, el pasado año, poner en un tiesto aquesta mesma planta, e secóse...; bien que la cuidábamos...

—Non tengo aquesto por suceso –replicó don Rodrigo, reanudando el paseo– que tal prolijo cuidar non será posible hacer por todos e seguramente nunca medrará^[7] jardín en la Villa...

Nadie cruzaba a esa hora los corredores ni el patio, pues los pocos sacerdotes que formaban la comunidad, habíanse distribuido por las parroquias de naturales a quienes adoctrinaban.

El silencio de la casona era solamente turbado por el rumor del agua que fluía de una fuente, en medio del gran patio, y sobre la cual se destacaba un reloj de sol.

—Oívos decir, tío, que el Padre Tórrez es gran sabio en cosas de metales, pero ha me dicho, días pasados, Nicolás Pablo, que él sabe de otro mayor. Díxome que no ha mucho llegó a la Villa un grave señor que hace muy grandes misterios con jugos e tierras en la su casa de las Siete Vueltas; diz que hace grandes fuegos en su aposento e que tiene tratos con el diablo –santiguóse el rapaz al pronunciar el nombre del Maligno– porque le enseñe su arte en aquesse trocar de los metales en oro, ¿conocéisle vos, tío? ¿Pensáis que sepa más que el Padre Tórrez, maguer el Malo le ayude?

—¿Ha te contado Nicolás Pablo esas parlerías?

—Sí, tío. E más que dijera...

—¿E dixote quién narróle tal conseja?

—Non es conseja, tío, que han le visto muchos... Nicolás Pablo también le ha visto...

—¿Conócele entonces?

—¡Alahú! Llevóle su padre mesmo a casa del nigromante...

Llegaba a este tiempo el padre Antonio de Tórrez.

—¿Qué nigromante dices, rapaz? –interrogó afable.

—Perdone Vuessa Paternidad a este mochacho que cree parlerías. De don Alonso de Guzmán decía...

Tío y sobrino besaron la mano blanquísima del sacerdote y don Rodrigo permaneció destocado, teniendo en la mano su amplio sombrero adornado de una flotante pluma negra.

—Cristiano viejo es don Alonso, que no nigromante, rapaz –dijo sonriente el Padre, trazando una cruz sobre la frente del mancebo–. ¿Quién lo acusa de ello?

[7] Medrará: Crecerá, mejorará de fortuna.

—E fué el Téllez —repuso Nicolás— cuando oyó a Pablo Ponce contar cómo cocía en el fuego metales e jugos...

—Más sabes tú que el Téllez de aquesto, mochacho, e mejor es que calles sobre él —dijo un tanto severo el religioso—, ¿no cuidas que tus palabras sean aceite en el fuego, para quemar la honra de aqueste caballero?

—Ruégovos perdonalle, Padre —terció don Rodrigo—, aqueste mochacho díxolo sin malicia.

—Quiérole decir, que antes cuide de la agena honra que de las palabras que oya e que non repita caso que por él mesmo non sepa e también antes tome consejo de mayores, que puede su juventud engañalle.

—Vuessa Paternidad me perdone —dijo humildemente el mancebo—. Non quise dañar nenguna honra... Non sabía del señor de Guzmán...

—¿Cómo hablábades dél?

—Nicolás Pablo Ponce contóme cómo el su padre llevólo a visitar a un grave señor que cocía jugos e tierras en cazos de barro e de fierro, e díxome también que echaba en ellos ciertos polvos con que salían luego, de los cazos, altas llamas azules como si el diablo —tornóse a santiguar— andase en ello... E luego dijo el Téllez aquel decir de nigromancia...

—Primero habrías de parar mientes en que tan buen caballero como don Pedro non habría de poner los pies en casa que no le honrase, e a más, nunca llevaría al su hijo a tal sitio del que viniese perdición a su alma... Díxote, hijo mío, que el de Guzmán estará buscando, agora, el modo de beneficio que necesitan aquessos minerales que el Cerro tiene, perdidos como están entre “tacanas” e “soroches”.

Entraron todos en la celda. Pequeña y blanca era; sobre la mesa, pesados infolios; junto a la ventana veíanse una hornalla y varios cazos.

—¿He también yo aire de nigromante? —dijo el religioso plantándose sonriente enfrente de Ludueña y poniéndole ambas manos sobre los hombros.

—Oye bien aquesto, Nicolás: tierra es ésta tan fuerte e tan rica e tan avara de sus dones, que solamente en fuerza de coraje e de estudio ha de señorearse. Luengos años ha que vinimos a estas montañas; luengos años que perdiéronse, en la holganza, el fasto e las vanidades. Todos fueron a creer eterna la riqueza del Cerro e afincaron su empeño en trocar en su gozo el dolor de los naturales, sin más temor de Dios que el que les quitase la ganancia, nin más pena que el agua que cortaba el paso a su ambición... E non quiso nadie ver que el caudal decrecía, que era con estudio e con trabajo de la mente e con ayuda del cielo, que abriéranse nuevos caminos a nuestro vivir. Ansí, en lugar de acudir a la iglesia, quemaron velones en garitos; en vez de arrancar su secreto a la tierra por el estudio, acuchilláronse

en las calles, e mataron indios forzando su trabajar, e muchos, aluego que el agua llegó a “chiles” e “socavones”, en vez de luchar, huyéronse a Oruro, a Aullagas, a cualquier sitio que les diese riquezas sin ganallas... ¡Ay, hijo! Malos días vernán para la Villa si aqueste vivir no cambia.

Oíale Nicolás, muy abiertos los ojos, azorado y temeroso de la vehemencia del sacerdote. D. Rodrigo, cruzado de brazos, de pie ante la ventana que, cubierta por una piedra de berenguela,⁸ dejaba pasar una suave claridad, escuchaba inclinada la cabeza y en silencio.

—E a vos también digo, Illescas —prosiguió el Rector, volviendo el rostro hacia el Capitán y sin apartar las manos de los hombros del mancebo—, e a vos también digo, que estades siguiendo las huellas de los otros...

—Non busco riquezas solamente, Padre. Cuido de acrescer nuessa hacienda porque este muchacho tenga en alto su casa. Mataron al su padre, lo sabéis, por quitalle la honra. Robáronnos la hacienda, por obligar a la su madre a bajarse e su hijo a temelles. Non lograron su intento porque agora la casa de Ludueña medra e pronto estará en manos de un criollo que sabe de su honra e del servicio de Dios e del Rey.

—Non lo dije por ello, Rodrigo, sino porque todos cuantos españoles vienen por aquestas tierras —e vos mesmo lo hacedes— non miran sino su propio provecho e non el del país mesmo. Tiempo ha hablábamos de las insignes riquezas de estas tierras con el Padre Barba, e mirábamos cómo con aquestas piedras —y señaló la que cubría su ventana— hiciérades fábricas maravillosas que ornando la Villa tornáranla en asombro de siglos e más llevadera de vivir que está.

¿Non pudisteis, acaso, donar vuessos dineros para levantar aqueste mesmo templo nuesso, con mayor riqueza, como cumple al servicio de Dios que os puso en las manos el señorío de aquestas tierras?

E agora nin siquiera podemos levantar una torre para nuessas campanas. E veis a qué paso se concluye la fábrica, que hemos de hacer el servicio divino casi sobre escombros...

—Catá,⁹ buen Padre —repuso a ésto, sonriendo, don Rodrigo— que exageráis... Vuesso templo está acabado, que no habedes de tener por falla el poco arrequive de sus cornisas o algún altarcillo lateral que tenéis que labrar. Non debedes poner tanto celo en cosas de la materia... Órase a Dios aún en el desierto.

—¿Hugonote¹⁰ tenemos, Rodrigo?

[8] Berenguela: Es una piedra parecida al alabastro que se halla en Perú y Bolivia.

9 Véase nota 4 de este capítulo (pág. 74).

10 Hugonote: Protestante de doctrina calvinista.

—Vuessas Paternidad sabe que luengos años marché con mis tercios por Europa, e tengo vistos muchos templos que lo son en su fábrica que non en su espíritu. Tengo vistos muchos religiosos...

—Catá Rodrigo que non es éste el tiempo de tratar tales cosas –interrumpió, severo, el Rector—. Dicíamos que quienes aquí venimos non curamos de dejar huellas de nuestro paso por aqueste Nuevo Mundo. ¿Non recordades que en nuestra España, grandes monumentos nos muestran el paso de los romanos? ¿Non vedes cómo alzaron los árabes sus soberbias mezquitas e palacios que, santificados agora por nuestra Santa Religión, han de quedar para pasmo de venideras gentes? E acá, ¿qué hacemos? Labramos nuestras viviendas poco mejores que las de los naturales, por solamente tener refugio; alzamos nuestros templos porque habemos necesidad de ellos para honrar a Dios, pero los alzamos tan pobre e avaramente que más son mengua que homenaje del Señor... E bien sabedes, Rodrigo, que la magnificencia de la casa y la grandeza de los servidores dicen de la alteza del Señor...

—Bien dice Vuessa Paternidad, e por aquesto mesmo duélenos, a andaluces e criollos, cómo gobiernos e prebendas e azogues e todo queda en manos de vascuences que miran por sí e por ninguno más. Bien sabedes, Padre, que la justicia alcanzanos para el golpe e a ellos para la gracia...

—Verdad es, pero aquesse método de las cuchilladas que usades para sacalles el gobierno, non logra cosa mayor; antes bien encona los ánimos e enciende venganzas que, aluego, aparejan nuevas muertes e nuevas venganzas... ¡Ay, Rodrigo! Témoste mucho que antes que la ruina de sus minas, vuessas discordias acaben con la Villa.

—¿E cuál método consejaredes, Padre? –y las palabras del viejo soldado adquirieron un dejo de amarga ironía que no pasó inadvertido del religioso.

Separóse éste de Nicolás, y fuése a sentar detrás de su mesa y de costado a ella, con la cabeza inclinada sobre el pecho, un poco abierto de piernas, la mano derecha apoyada en la rodilla y destacándose, intensamente pálida, sobre el negror de la sotana, mientras la otra tamborileaba suavemente sobre el borde de la mesa.

Nicolás llegóse a su tío que continuaba, al pie de la ventana, cruzado de brazos y contemplando al sacerdote con gesto entre amargo y desdeñoso.

El silencio, turbado solamente por el tamborilear de los dedos del Rector sobre la mesa, se prolongó por algunos instantes.

—Non sé cómo –prosiguió con voz ruda y un tanto agresiva ahora, el Capitán Illescas– podredes hallar consejo para quitar la ambición y la

soberbia, a quienes piensan que su sangre es más limpia porque vieron la luz en España, que la de nuessos hijos que nascieron en aqueste lado del mar... ¡E vive Dios que en más precio yo la sangre de aqueste Ludueña criollo –y puso la mano sobre la cabeza de su sobrino– que la de su mesmo padre...!

—La limpieza de la sangre non salva las almas, Rodrigo; nin las salvan honores e riquezas. E atender tal salvación es primero entre nuessas obligaciones. E a más, vuessas desacordadas acciones, vos llevan derechamente a perdellas. ¿Non catades^[11] que atendiendo antes a vuessa ambición e a vuessos odios e a vuessas venganzas, dejades perderse los mesmos tesoros que cobdiciáis? ¿Non catades que más os valiera hacer todos lo que el de Guzmán, que non cuida sinon de sus cazos e sus jugos e sus metales?

—¿Olvidáisvos, Padre, de aquessas palabras de nuestro Señor Jesucristo que dicen: “Non sólo de pan ha de vivir el hombre?”. ¿Quién ganara aquestas tierras para España, quién el mundo mesmo e la gloria de hacello, si todos atendiesen al villano oficio, e al comercio e a medrar solamente?

—Ganades la tierra e la gloria mundana, Rodrigo, pero perdedes el alma, que es perdello todo... La fuerza vos torna ásperos con el vencido; la venganza vos lleva al garito e al juego e a la pasión. La ociosa espada vos estorba el paso e habedes de sacalla de la vaina con cualquier ocasión... ¿E de quién tenedes el mantenimiento?

—Gentes hay que cuidan dello. Pecheros e labriegos en España e los indios en aquestos Reynos... E también en aquesto homíllannos vascuences: Diez años ha que el Conde del Villar repartió los indios de la Mita, e ¿quiénes han gozado desta ayuda? Vascuences. E agora mesmo, vanos son nuessos clamores. Seis luengos meses ya venimos demandando nuevo “repartimiento” e non somos oídos, pero aquessos vascuences tiénenlos sobrados. E cuando nos los reparten, han de ser siempre los menos fuertes, los viejos e los mochachos; e han de ser o los naturales de “Chucuito”, menos duros al clima, o los “Omasuyos”, más rebeldes e más holgazanes. E mientras ellos compran e venden sus mitarios,¹² nosotros somos castigados “aína”... ¿Qué contesció, días pasados, con don Alonso de Ávila? Que levantáronle falso testimonio cuatro naturales del repartimiento del Pedro Berasátegui e condenáronle a ciento cincuenta pesos

[11] Proveniente del mismo verbo *catar*, segunda persona, presente.

12 Este, a decir de la RAE, era el “indio que en América daban por sorteo y repartimiento los pueblos para el trabajo”.

oro e a cuatro meses de destierro del Cerro... Pero, ¿quién oye clamores contra el Berasátegui? ¡Yo mesmo víle comprar indios e mi testimonio non prevaleció! ¡En menos que a los naturales nos tienen!

—¡Rodrigo... Rodrigo... os empeñades en hacer de los dedos huéspedes,^[13] e atizades la hoguera del odio e del rencor en vuessos pechos e así criades los mozos, conque la pesadilla de los bandos non se pierde... ¡E vosotros non medrades y el servicio de Dios e del Rey se amengua...!

—¡E non somos menos que ellos, Padre Rector! Ganamos aquestas tierras con mejor coraje e a nuessas armas debemos la hacienda e la fama, que no a favores, cual los tienen los que llegaron siendo la tierra ya ganada...

—Aquesso ya lo sé, Rodrigo, empero también se vos endureció el corazón e se llenó de orgullo...

—¿Tomades parte por los vascuences, Padre?

—Non pudiera, que a los ojos de Dios, Nuesto Señor, todos sodes iguales e sigo yo sus dictados, pero todo mal nace de vosotros, andaluces e criollos, que non sosegades en el empeño de abatir vuessos contrarios por ganalles la mano en el gobierno, las prebendas e azogues que mentástedes. E no catades que aqueste estado es como la voluntad de Dios lo quiere, e vosotros, en vez de aceptar sus designios e adoralle, os alzades contra Él en aquesse acuchillar vascuences, e también contra el Rey, que les dió su gobierno...

—Cristiano viejo me sabe Vuessa Paternidad, pero...

—Pero mucho habedes trajinado por Flandes, vos Rodrigo... Ea, dexemos ya estas cosas que tiempo habrá para tratallas... Agora quiero me digades qué pensades que haga este rapaz...

—La su madre quiérole enviar a la Corte con el galeón del año. Dineros tiene, e allegados al Rey unos sus parientes; velle han y acaso, le tengan por paje. Empero non gusto yo de ello...

—¿Por daños que avendríanle?

—Por eso, e porque el viejo tronco necesita rodrigón que le valga. E de la Corte aqueste mochacho no torna “aína”; e yo puedo acabar a deshora e veráse su madre desamparada...

—Negro pensar tenedes, Rodrigo... ¡Aún daredes cuchilladas a vascuences! —díjole, ahora jovial, el Padre Rector y, dirigiéndose al muchacho, inquirió—: ¿Gustaría te marchar a la Corte?

—E sí, por ver al Rey.

[13] Hacer de los dedos huéspedes: Ver peligros o enemigos donde no los hay. En la RAE: “Ser excesivamente receloso o suspicaz”.

—Non es el Señor don Felipe muy gustoso de ver, mochacho; temblarías como tomado de perlesía¹⁴ al velle...

—¿Tan malo es?

—No que sea malo, que es al contrario, pero es adusto e fiero e parco en palabras e duro de mando; e tan poco dado a cosas del gusto, que pasma. Mayor servidor en la tierra no tiene Dios, Nuesso Señor, que aquesse Rey... ¿Non te tiene contado el tu tío aquesse suceso de Lepanto?

—E también le tengo contado el suceso de la Invencible—dijo, un tanto socarrón el de Illescas; miróle el Padre, un si es no es severo y replicó:

—Ambos sucesos muéstranle gran Rey; mayor aún en la desgracia. Y dirigiéndose a Nicolás—: E si Dios es servido de que vayas a la Corte y veas al Señor don Felipe, que Dios guarde, aprende dél el temor de Dios y el servicio de su Santa Iglesia, e con esto podrás volver a tu madre, seguro de poder gobernar tu casa e tu hacienda, como noble caballero e mejor cristiano.

—E así me tenga el Señor en su gracia—repuso Nicolás, e haga que se cumpla aqueste deseo de mi madre y señora.

—Por mí no ha de quedar, hijo—terció el de Illescas—maguer me duela verte alejado—y dirigiéndose al Padre Rector, prosiguió—: Poco ha mentásteis el Padre Alonso de Barba, ¿tenedes noticias de él?

—Nenguna tengo desde que, por Pascua, escribióme de Charcas.

—¿E non vos comunicaba nengún proyecto? Non sé de nadie más agitado e cobdicioso de obrar que aquesse buen clérigo.

—Ciertos datos dábame de estar buscando manera de tratar aquellos “pacos” de agora, con menos pérdida de azogue que se hizo antes; e también dábame noticias de una mina de aquesse metal que dixieronle haber en Moromoro... ¿Oístela mentar, Rodrigo, vos?

—Platicando con don Alonso de Ávila, antes que le contesciese el daño de su destierro, supe también algo de aquessa mina que dice Vuessa Paternidad, mas díxome don Alonso, que a pocos meses de la fundación de la Villa, como tuviese noticia della, acomodóse él con un amigo, gran buscador de minas, porque saliese a ganalla. E salido el amigo, nunca más tornó vivo sino que le trajeron muerto de mala muerte.

—¿Matáronlo naturales?

—No, que despeñóse... E de tal guisa acabaron muchos que con ese empeño salieron. Tengo para mí que es aquessa manera de guías que los naturales dan para tales empresas, la mejor defensa de sus tierras. E son tan diestros en aquesse andar por quiebras e montañas, e piérdense

14 Perlesía: Privación o disminución del movimiento de alguna parte del cuerpo.

tan “aína” por ellas, que malhadado el que por tales quiebras hállase de noche... Llévanlo, piérdenlo, abandónanlo e luego el sol encuentra un despojo al otro día...

—Veis aquí, Rodrigo, cómo piérdense hombres por la cobdicia. Antes que nadie han de llegar al tesoro para ganalle todo entero; e vanse solos e confían demasiado en quienes saben bien que sólo su muerte desean, e ansí acaban su vida e acaso pierden su alma...

—E yo mesmo víme una vez en tales pasos... E si la muerte non me priso,^[15] fué por milagro... E sin embargo, la tierra necesitaba sangre e la tuvo: el mi guía, non pudiendo lograr su intento de perderme, matóse de su mano... ¡E bien quisiera tornar a la aventura!

—¿Qué buscáades?

—Aquessa mina que los naturales han en Chaquí...¹⁶

—Díxome el Padre Barba que aquesso es una engañosa ilusión que los naturales nos muestran por arrastrarnos a sus montañas e matarnos...

—¿E por qué mueren ellos de su mano, entonce, por no descubrilla? ¿Necesitan otra cosa que huirse para cortar nuessos empenño?

—Sí, Rodrigo. Non hay raza de indios más recia que aquessa de Chaquí, nin otra que menos nos sufra. E su rabia, al no satisfacella en nosotros, vuélcana contra sí. Contóme un viejo *amauta* que yo bautizara, recién llegado al Cuzco años ha, que aquessos naturales de Chaquí, en ocasión de la visita que el Inca Huayna Capac hiciera a estos reynos, paró en las termas e allí narró a los sabios del *ayllu*, cómo aqueste Cerro negóse a descubrirle sus riquezas prometiéndolas a gentes que vendrían de occidente; levantóse al oillo un cacique, e alzando los brazos hacia el sol, juró por él que hombre alguno de otra raza dominaría su predio e sus termas; que ellos un señor tenían e nenguno más prevalecería mientras ellos e sus hijos e los hijos dellos viviesen. E ansí creo que aquessos naturales mátanse por no ver sus riquezas ganadas por españoles.

Resonó, en ese momento, el claro son de una esquila¹⁷ que parecía venir del fondo del caserón.

En ondas unas veces tenues, otras más recias, llegaba el son hasta la celda del Rector; al oírlo D. Rodrigo tomó su sombrero —dejado al entrar sobre su escaño— y dijo:

[15] Priso: Participio pasado irregular antiguo del verbo *prender* (del latín *pressus* participio pasado de *prendere*).

16 Actualmente Chaquí pertenece a la provincia Cornelio Saavedra (Potosí). Esta localidad es conocida por los baños termales y la actividad agrícola.

17 A decir de la RAE, esquila significa “cencerro pequeño en forma de campana”.

—Aqueste hablar de minas hízonos olvidar de todo, Padre Rector. Al refectorio llaman e hemos de marcharnos.

—Bien, Rodrigo, luego habrá tiempo que platiquemos más sobre los beneficios, que yo también busco medio de ayudarvos. Dios non es servicio de descubrirme aún nengún secreto, mas... confío en que algún día lo halle. Que la paz de Dios llene vueessa casa e la prospere —y dirigiéndose a Nicolás, que había doblado una rodilla en tierra para pedirle la bendición, le dijo—: E tú, rapaz, cuida primero de la guarda de tu alma que de aquestos trajines del mundo. *Benedícite in nómine Patris, et Filii, et Spiritu Sancto...*¹⁸

Salieron tío y sobrino de la celda y del convento.

Radiosa continuaba la mañana, aunque la hora hiciera que casi todos estuviesen recogidos en sus casas; la Plaza del Gato mostraba su misma colorida animación, pero ahora dominaban en ella los soldados y los naturales.

A tiempo de llegar a la Plaza del Regocijo estaban ambos, cuando D. Rodrigo se detuvo bruscamente y, alterado el semblante, tendió la mano en dirección de la iglesia de San Agustín.

—¡E mira bien, Nicolás!

Siguió el mancebo la dirección que el gesto y la mirada de D. Rodrigo le marcaban.

Desembocando en la ancha Plaza veíase una larga hilera de indios que marchaban semidesnudos, tambaleantes, abrumados de sol y de cansancio, terrosos los rostros, hundidos los ojos, sangrantes los pies, portando todos sus pobres vituallas; muchos atados codo con codo; detrás de esta espantable caravana venían humanas miserias; secos de llorar los ojos, varias mujeres, algunas de ellas con el hijo a la espalda.

Apartábanse las gentes a su paso, como si de leprosos se tratase, sin una mirada de conmiseración.

Los españoles sabíanlos esclavos, los naturales veían en ellos recuerdos de sus propios sufrimientos.

Pasó la lenta caravana, flanqueada por los Capitanes de la Mita, por delante del Señor de Illescas y su sobrino y al mismo paso, tremendamente torturante, alejéronse hacia la Casa de Moneda para perderse luego por la calle de San Francisco adelante, hacia el Cerro...

18 En *Benedícite in nómine* el autor usa la tilde que no es propia del latín. Con un criterio semejante la emplea para acentuar “levantóse”, “sentóse”, etc., como marcas de oralidad. Estas formas verbales con clítico no son tan usadas actualmente. De acuerdo a las normas de la RAE no deberían llevar tilde por ser palabras graves con la acentuación en la penúltima sílaba. Sin embargo, mantenemos la tilde en esta edición.

—E vé Nicolás que aquessos también son hombres e parecen bestias, e las Cédulas Reales non sirven de nada en aquesta tierra, si non es de irrisión de justicia —dijo don Rodrigo, ceñudo y fosco el semblante.

Capítulo III

Como un huracán, dando voces, atropellando casi al criado que saliera a abrirle la puerta, entróse en la casa Nicolás Pablo Ponce.

Venía destocado y la excitación de que era presa no le permitió, en los primeros momentos, explicar nada a quien acudía a recibirle, avisado antes por las voces que por el criado.

Risueño el rostro, con un gestecillo un sí es no es irónico, perniabierto delante del de Ponce, estaba el de Ludueña, esperando a su amigo.

—E non es corrida la que has dado tú, Pablo —dijo—, ¿qué fantasma te ha espantado?

—¡Fantasma diérate yo mayor! —repuso el de Ponce—. ¿Non ves que allegué, en la calle, noticia cierta de haberse encontrado esta mañana, en la Plaza del Gato, muerto a don Julio Sánchez Farfán e que la bellísima Floriana es desaparecida, e que el de Lupidana mésase los cabellos e que en poco está ordene sus corchetes buscar la doncella aún en las entrañas de la tierra?

—¡Válame Cristo y la su Madre Santísima! ¡Don Julio muerto...! ¡Hánle matado vascos por la muerte del Alburquerque, sin duda!

—¡Vascos diérate yo agora! Que don Julio no ha sufrido herida alguna... Hánle encontrado muerto como si vampiros hubiéranle chupado la sangre; diz que estaba pálido como de cera... E también dicen que doña Floriana ha le dado tósigo...

—¿Doña Floriana? ¡Espántome! ¿E cómo había de dalle tósigo si tenía la cerrada el Lupidana en modo que nenguno fué parte a rendille para que la soltase?

—E sí, que don Julio escaló anoche mesmo la ventana e sacóla; de venida vide aún la cuerda que colgaba de la reja...

—¿E cómo entonce doña Floriana había de dar tósigo a quien debía la libertad?

—Aquesso dixeo yo mesmo a quien me hablaba agora, en la calle, del suceso —y bruscamente—: ¡Catál, que olvidóseme... ¿Está el tu tío en casa? Recado traigo de mi padre para él.

—E sí que está... ¿De quién oíste este suceso? —inquirió nuevamente interesado el de Ludueña.

—Toda la calle es llena de tal decir... Venía yo con el recado para el señor Capitán, e llegado a la Plaza del Regocijo, vide gran golpe de gentes mirando a las altas ventanas de las Cajas Reales e picóme la curiosidad, lleguéme al grupo e ví la cuerda e oí del suceso...

Subieron ambos mancebos la angosta escalera de piedra que conducía al piso alto.

—¿E crees tú, Nicolás, que doña Floriana ha le dado tósigo? —tornó a preguntar el de Ponce.

—¡No!

—Más bien creo que el Lupidana ha le hecho hechicería e que cuando tornaba a su casa, prísole¹ el embruxo, en figura de vampiro, sorbióle la sangre e matólo...

Llamaron a una puerta que daba sobre el corredor; abrióse ésta y en su vano apareció la figura de don Rodrigo.

—¡Hola, Pablo! ¿Tan largo es el camino desde la puerta que llegas agora? Sentíte llegar rato ha, e dando voces...

—Perdone, V.M., señor don Rodrigo —repuso Nicolás Pablo inclinándose delante del viejo soldado y besándole la mano—, pero hobe de contar a éste —por Nicolás— cómo queda de alborotada la Villa del suceso...

—¿Qué suceso? —inquirió don Rodrigo.

—Muerto han a don Julio Sánchez, tío —saltó el de Ludueña.

—¡Que han matado a don Julio! ¡Non es cierto!

—E sí, don Rodrigo —afirmó el de Ponce—, oílo por la calle e ví la cuerda en la ventana.

—¿Qué cuerda dices, Pablo? Habla claro, que non acierto tu idea.

—Bien verdad es, tío —terció Nicolás que atropellaba el hablar de su amigo por narrar él el caso—, que el don Julio valióse de una cuerda para escalar la prisión de doña Floriana, sacalla de allí e quitalla al Lupidana...

—¿E dices que le han muerto?

—Oí tal decir, don Rodrigo... Hanle encontrado esta mañana en la Plaza del Gato. Non ha herida alguna sino que parece víctima de vampiro.

—¿A quién oíste tal, Pablo?

—Oílo de la gente mientras venía... Diz que la ronda hallólo muerto e agora lleváronlo a su casa.

1 Véase nota 14 (pág. 83) del "Capítulo II".

—¿E tu padre sabe deste suceso?

—Agora sabrálo ya, don Rodrigo, que llena está la Villa de las nuevas, pero non sabíamos nada cuando mandóme recado para V.M.

—¿Qué recado era ése?

—Que dixese a V.M. que don Íñigo de Mendoza quiere hacer junta de criollos e andaluces, por tratar de la ordenanza que el Lupidana ha hecho sobre la fundación de “Ingenios”; ha le pedido consejo al mi padre que piensa dárselo, pero que antes ha de tratar el caso con V.M.

—¡E agora non es tiempo de tratar de “Ingenios”, tío! —terció Nicolás que a duras penas se contuvo mientras Pablo hablaba—. ¡Que os debéis a vuesto amigo!

—Todo se andará, hijo, que non es necesario atropellar para ello. A más, don Julio es muerto ya como dicen e non podemos sinon vengalle, sabiendo quien sea el matador, pero atiende que el recado que me trae Pablo cuenta más para nuessa vida —dijo reposadamente don Rodrigo mientras observaba a los mozos—; aquessos casos de venganza, hijo, son para pensados e más para nosotros que non tenemos valedores en la Audiencia. Non creo yo que es caso de venganza aqueste. Digo que don Julio murió hechizado.

—Tratarse ha el caso con espacio, rapaz; el muerto es muerto ya, tengo dicho, e non habremos de volvelle a vida. Ansí, torna a tu padre, Nicolás Pablo, e dí que en seguida estoy con él; que responda a don Íñigo que está bien haga la Junta e que sea de aquí a tres días, porque avisemos a todos, e que del sitio de reunión trataremos ambos agora mesmo.

—Seredes servido, don Rodrigo —dijo el de Ponce.

—Tío, ¿darédesme venia porque vaya con Pablo? —intervino Nicolás—, aluego tornaremos juntos, pues que iréis vos a casa de don Pedro.

—Si la tu madre lo permite, ve con él —concedió don Rodrigo.

Nicolás bajó apresuradamente la escalera para obtener el permiso que deseaba; a poco, ambos mancebos salían de la casona, bajando rápidamente hacia la Plaza del Regocijo, pues ardían en deseos de saber más de la historia de la bellísima Floriana y de la misteriosa muerte de su amador.

—E más quiero decirte, Pablo —dijo el de Ludueña a poco andar—, seguro so de que el Lupidana ha le hecho embruxo... En la su casa diz que hay una *coya* del Cuzco que sabe grandes hechizos, porque le vienen a él toda suerte de bienes.

—¿Crees tú, tal?

—Háceseme que son parlerías... ¿Cómo habría de tener hechiceras en la su casa, si la Santa Hermandad anda a caza de ellas para enbriallas a Lima?

—El mismo pensar tengo yo —corroboró el de Ponce—, pero así dicen las gentes e así solamente fuera posible el matar a don Julio...

Inquiriendo, golosamente, detalles de lo acontecido en la noche anterior, metíanse ambos mozos, atolondradamente por entre los grupos que, por las calles y la Plaza del Regocijo, andaban aquella mañana, pero como no fuera una repetida y varia versión de lo que ya sabían ellos, con nada nuevo consiguieron aumentar su conocimiento.

Divisaron, de pronto, a un hombre que cruzaba apresuradamente la Plaza en demanda de la calle de las Mantas.

—¡Eh, Téllez! ¡Téllez! —gritó el de Ludueña, separándose de su amigo y corriendo al encuentro del nombrado.

Detúvose éste a esperarlo. Era Téllez un hombre que frizaba² ya en los cuarenta años, pero a quien la color quebrada y cierto efluvio huraño que le envolvía, amén de lo huidizo de su mirar, hacían de mayor edad y francamente hostil a todo trato. Vestía a lo soldado, con amplias trusas de basta tela listada, cuera acuchillada, borceguíes de becerro, sombrero de Tarapaya y amplia capa de bellorí.³ Llevaba la tizona semiescondida teniéndola debajo del brazo. Toda su figura impresionaba como la de un hombre temeroso de un repentino mal encuentro.

—¿Qué sabes del suceso de anoche? —preguntóle Nicolás al alcanzarlo.

—Que el de Sánchez es muerto, señor. He lo visto yo mismo agora.

—¿Tósigo?

—Embruxo. El Lupidana causólo.

—¿Cómo sábeslo tú?

—Non es pregunta para contestada, señor... Acaso aluego...

Llegó a este punto el de Ponce.

—Hola Téllez, ¿no guardas el “Ingenio” agora?

—No, señor don Pablo, que licencia tengo del señor Capitán.

—E dí Téllez —interrumpió Ludueña—, ¿sabes de doña Floriana?

—Nada sé, señor; ¿queréis sabello vos?

—Por avisalle al mi tío e que lo diga luego a don Alonso, que estará doliente, pensando habella perdido por siempre...

—Mirad, señor, que más pronto que el Señor Capitán, que vos e que

2 Frizar (actualmente no con “z”, sino con “s”). Frisar en el diccionario de la RAE significa “acercarse o estar próximo a algo, especialmente a una determinada edad”.

3 En la actualidad bellorí se escribe con “v”. A decir de la RAE vellorí significa “paño entrefino de color pardo ceniciento o de lana sin teñir”.

yo mismo, habrá de sabello el Señor Corregidor que ha soltado todas sus justicias para eso... ¿Non los visteis en cuadrillas agora?

—Non vimos nenguna por nuestro barrio.

—Sin duda andan por los “Ingenios”... E acaso se alleguen al nuesso e solamente está allí el Chimpa. Ansí, Señor, me voy de priesa.

—E si sabes algo más de aquesto me lo harás saber, sin duda —dijo el de Ponce—. Buenas albricias tendrás mías si sé de doña Floriana.

—V.M. será servido en lo que yo pudiera —repuso Téllez aprestándose a seguir su marcha—. ¿Dónde vais agora, Señor? —preguntó a Nicolás—. ¿Veréis luego al Señor Capitán?

—Verélo. ¿Precisas algo?

—Non, si no que le digáis me visteis tornando al “Ingenio”.

—Descuida aquesso e anda con Dios; non lleguen los corchetes antes.

—Que Dios e la Virgen vos guarden, señores —dijo Téllez destocándose y alejándose luego, a toda prisa, por la calle de las Mantas; los mancebos reanudaron también su camino en demanda de la casa de los Ponce.

Vióse a Téllez, una vez llegado a la esquina, vacilar un momento acerca de la dirección que tomaría y luego volver sobre sus pasos rápidamente, atravesar la Plaza del Regocijo, seguir por la del Gato y perderse, por fin, por la calle de la Ollería.

Entre tanto, los mancebos al llegar a los Portales del Cabildo y cruzar la calle de Santo Domingo, vieron un grupo, bastante numeroso, de caballeros que entraban en la casa del Maestro de Armas, Sancho de la Barrieta, situada en frente del Convento.

—¿Viste, Pablo?

—Amigos del Alburquerque... Conocí a don Francisco de Diego e a uno de sus hijos e también a Domingo Berasátegui.

—¿Qué piensas de ello? ¿Habrán junta?

—Díxome mi padre, cierta vez, que tales caballeros se juntan siempre que de mal de andaluces e de criollos se trata —dijo Pablo—, e agora..., con la Ordenanza del Lupidana...

—Non creo sinon que hay lición de armas hoy... ¿No cataste que iban más mozos que señores? Sólo don Francisco es maduro.

—¡Voto a Dios! —dijo a este punto el de Ponce, deteniendo su mano que iba ya a alzar el labrado llamador de su morada—, menguado seso tengo agora... En casa de Sancho de la Barrieta entraban... Aqueste suceso de la muerte de don Julio me ha sorbido todo. Razón has tú, Nicolás: lición de armas —llamó luego a la puerta con recio golpe.

—Casa tienen donde tomalla, e también maestro... E los criollos non tenemos casa ni maestro. Ansí nos vencen siempre –murmuró más bien para sí, el de Ludueña.

Entraron en la casa; amplio el patio; alta la arquería que sustentaba el corredor abierto; altas, pero angostas, puertas y ventanas; tenía la casa de los Ponce vista desde la puerta, recia y herrada, y a través del zaguán profundo, un sello de adusta e imponente severidad.

Don Pedro hallábase, en ese momento, paseando a lo largo del corredor occidental bañado en el sol mañanero. Tenía el aire ausente, las manos cruzadas a la espalda, la rizada barba caída sobre la fina gorguera de olán.^[4]

Al ver a los mozos entrar por el zaguán, plantóse en seco e irguió la cabeza; esperó así hasta que llegaran a su vera; el rostro del viejo mostrábase severo. Dobló la rodilla el de Ponce para saludarlo y Ludueña se inclinó profundamente.

—Mucho has tardado, Pablo. ¿Has algo que decirme? –la voz del viejo era fría, casi tajante.

—Nada, señor, si no es que en el camino sope de la muerte de don Julio Sánchez, vencióme la curiosidad, quise saber más del suceso e llegué tarde a casa del Capitán. Vinimos ambos con la respuesta e siempre por saber algo más del caso, demoramos por el camino... –la voz del mancebo era respetuosa, pero llena de varonil entereza; humilde pero no humillada. Nicolás permaneció de pie, mirando ahora, serenamente, al anciano caballero.

—E mandóme don Rodrigo –prosiguió el de Ponce– os dijera que aquesse pensar de don Íñigo de Mendoza, en hacer la junta, parécele bien e que se haga de aquí a tres días, e que él vendrá agora a tratar con vos de los pormenores e del sitio para la junta. Os ruego, señor, perdonedes si hobe yerro –Pablo levantó la mirada hacia su padre.

—Primero es que cumplas mi mandato e luego el de tu gusto –repuso el caballero, tendiendo la mano al hijo para alzarle–, que mal se compadecen mujeriles curiosidades con la obediencia que debes. E tú, Nicolás, cuida de que tu amigo non corra detrás de consejas, chismes e velorios...

—Tengo de pedir os perdón yo, agora, señor don Pedro, que aqueste llegar tarde desde casa, culpa ha sido mía. Detúveme con el Téllez por inquirir de doña Floriana.

[4] Gorguera de olán: Cuello rígido, redondo y doblado, que formaba pliegues. Generalmente proveniente de Holanda.

—¿Interésaste por ella?

—Dicían que ella dió el tósigo a don Julio...

—¿Créselo tú?

—¡No, señor!

—¿Saldrías en defensa de su honra contra quien así la culpase?

—De mi tío e de vos habemos enseñanzas, Señor, e ambos dos tenemos un acero...

—¿Cómo tomas tú palabra por el mi hijo?

—Igual pensamos e igual sentimos, Señor. Díxome mi tío que en un mismo punto nacimos e por ello de un mismo nombre nos llamaron.

—Ansí es verdad, Nicolás, ansí es verdad... —la voz de don Pedro se hizo sedante.

—Padre, habló éste de aceros agora —terció el de Ponce que se había acercado a su amigo y puéstole una mano sobre el hombro—. Rato ha vimos al Señor de Diego, con un su hijo e algunos mozos más, vascuences y allegados todos; entraban en la casa de Sancho de la Barrieta; pensamos que tendrán lición de espada...

—Maestro, casa e lición tienen ellos —añadió el de Ludueña— e nosotros...

—Vosotros tenedes lición, casa e maestro, más non cuidades de usallos... Mejor maestro que Rodrigo non hallarédes en la Villa.

Charlaban ahora plácidamente los mancebos enlazados por el talle en frente de D. Pedro que se apoyaba en la balaustrada del corredor, de espaldas al patio. Ambos muchachos, aunque contando apenas quince años, mostraban los rasgos definidores de su condición corporal y de su carácter: alto, esbelto y nervioso el de Ludueña; de la misma estatura, pero más sólido, el de Ponce; todo el oculto poder de la voluntad y el optimismo brillaba en los ojos de ambos, mientras rememoraban los sucesos de aquella mañana que, aunque en segundo plano ahora, no había aún dejado de señorear en ellos.

—Padre, ¿e que sabedes del caso de doña Floriana? —interrogó Pablo.

—Que es ya a salvo. Días pasarán antes de que pueda tornar a su casa, que don Álvaro prefiere ignoralla antes que exponella nuevamente a la venganza del Corregidor. E agora que táchanla de hechicera...

—¿E quién mató a don Julio, Señor? —inquirió el de Ludueña.

—Don Juan, el físico, dice que rompiósele el corazón. ¿Qué causa tuvo ese mal? Hablamos, poco ha, con Ordóñez e juzga él que más bien fué el “soroche” que matólo...

—¿E vos que pensades, padre? –preguntó Pablo.

—Creo como el Ordóñez, don Julio fué siempre dado a malenconias,^[5] así no es raro que tuviese débil el corazón e que todo el trajín de su aventura hubiérale causado pasmo, e dél a la muerte apenas hay paso.

—¿Dó es doña Floriana, agora, señor? –interrogó Nicolás.

—Todo aquello que os deba decir, Nicolás, no he menester me lo preguntéis –repuso reposada y firmemente don Pedro; Nicolás sintió el golpe: se le encendió el rostro y brilláronle las pupilas, pero calló, respetuoso, inclinando la cabeza.

Dos sonoros aldabonazos resonaron en la puerta; salió un criado a abrirla; D. Pedro y los mozos acercáronse a la balaustrada para ver quién llegaba.

Entró por el zaguán un caballero sobriamente vestido de obscura ropilla y tocado de un birrete adornado de un magnífico camafeo.

—¡Oh, don Íñigo! –dijo el señor de Ponce–, llegad acá. Estaba yo aguardándoos... Pronto llegará Rodrigo a quien envié recado; non puede tardar, porque envióme decir que vendría agora –y dirigiéndose a los mancebos–: E a ti, Nicolás, ¿mandáronte algo en particular? Dígolo, porque si no, puedes ir con mi hijo a su aposento...

—Soy contento, señor, porque acá debo esperar al mi tío –aclaró el mozo, y ambos Nicolases entráronse en el interior de la casa, no sin antes saludar a don Íñigo de Mendoza que llegaba hasta ellos.

Mostraba D. Íñigo sus recios treinta y ocho años; no muy alto pero de fuerte contextura; los ojos pardos, la nariz aguileña, la cabellera –que llevaba larga– lustrosa y oscura, limpia de barbas la cara, la boca de trazo firme y labios delgados, nervioso el gesto y rápida la palabra.

—Por vueessa respuesta vengo, señor don Pedro –dijo Mendoza, luego de destocarse y estrechar la mano que, cordial, le tendía el señor de la casa.

—Sosegaos Íñigo, sosegaos... No sois mal volcán, vos... Venid al estrado donde hablemos con más espacio –replicó, afablemente don Pedro, tomando al recién llegado por un brazo y conduciéndolo hasta el estrado donde ambos tomaron asiento, en sendos sillones de historiada baqueta y delante de una mesa.

—He de deciros, ante todo, Íñigo –prosiguió el señor de Ponce–, que somos conformes que hagáis la junta que deseades, mas también pensamos que tal junta ha de ser con todos los criollos, andaluces y extremeños que puedan pesar algo en el consejo, e piensa el Capitán Illescas que la junta se haga de aquí a tres días porque se avise a todos... A más, agora

[5] Malenconias: Melancolía.

el Lupidana no piensa sino en apresar de nuevo a la desgraciada doncella de Rosales, lo que nos deja las manos un tanto libres...

—Verdad es, señor, pero ¿non creedes que al propio tiempo busca de hacer escarmiento en nosotros, so^[6] pretexto de la muerte de don Julio Sánchez –interrumpió, vehemente, Mendoza–, vivimos mal momento e sin non quitan presto el gobierno al Lupidana, peores casos veremos... Estamos ya hartos de él, por mi fe...

—Empero como al quitallo, poner han otro de su amaño, igual quedaremos, ya que en Charcas tampoco tenemos valedores e allí, como en Lima, valen más los doblones vascos que los derechos criollos...

—¡Ya cuidaremos, entonces, de atajalle el paso al nuevo mandón!

—¿Con bravatas?

—¡Con aceros...! ¿También vos nos juzgades menguados en coraje? E sois vosotros, ¡vive Cristo –vos e don Rodrigo–, que atáis nuessas manos!

—¡Complace ver al alazán tascando el freno! –dijo a este punto don Pedro, tendiendo la mano, por sobre la mesa, hacia su interlocutor–, non curedes de mis palabras, Íñigo, que bien sabemos que sois leales caballeros; más aún no es el tiempo de salir al campo... Nuevos hijos cría la Villa para vuessos mando, señor Capitán... Cuidad que no os sepan atropellado e sin seso. No se dé paso adelante si no es firme e sin vuelta... E agora decí, ¿qué pensades que debe resolver la junta?

—¡Reclamar de la Ordenanza e que nos dejen libertad de fundar nuevos “Ingenios” o que quiten de fundallos, agora mesmo, al Oxenumen, al Moncayo y al Azpeitúa, que los labran como si tal Ordenanza non fuese sinon contra andaluces, criollos y extremeños!

—Es que, acaso, esos señores los labran ya desde antes de que llegasen las nuevas del Visorrey –dijo don Pedro, con un leve tonillo de burla que su huésped advirtió no obstante.

—¿Burláis os don Pedro? ¿Non sabedes acaso que el Alférez Velasco, mi pariente, tenía ya levantado e a punto de trabajar su “Ingenio” e que los Veedores del Cerro, por orden del Corregidor, obligáronlo a desmontallo? ¿Non recordades cómo han sido devueltos los papeles de Sepúlveda e de Álvarez e de Stúñiga e diez más, negándoles el derecho de labrallos, el mismo día de llegar el correo de Lima? ¿E estades seguro, vos, de si no habrán pedidos de sus parciales, puestos a recaudo, para dalles permiso más tarde so pretexto de prioridad?

[6] So: Preposición aún usada que significa *bajo*. So pretexto: bajo pretexto.

—Verdad es lo que decís, Mendoza... E sin duda habrá que parar mientes en ello, e mandar diputación al Lupidana porque enderece tal entuerto que nos hace; e también para prevenirle que si tal conducta observa, non podremos evitar que se enciendan de nuevo los bandos e que avengan a la Villa mayores males, de los que la Audiencia tendrá que culparle, mal de su grado...

—¡Aquestas palabras quería yo oírvos, don Pedro! Tiempo es ya de mostrar las garras... ¿Veréis al Capitán Illescas hoy?

—Prometió venir agora... Maravíllome de non verlo ya... Aquesse suceso de la muerte de Farfán debe haber priso a todos... ¿Qué pensades vos del caso, Íñigo?

—Pienso sólo que es gran lástima que tan generosa acción que el de Farfán hiciera, fuera en su perdimiento... Sin duda que le hicieron embruxo...

—¿Quién tal hacer hía?

—El Lupidana, por apartar della nuevos amadores...

—¿Tal creéis?

—Veredes que non yerro... Agora terminaron, para aquessa doncella las horas de amores... Nenguno más llegará hasta ella por temor de igual muerte... Gran desgracia es para la casa de Rosales e un nuevo baldón para el Lupidana.

Oyóse llamar a la puerta y a poco un criado anunció la llegada del Capitán Illescas.

—¿Desde cuándo haces antesala en mi casa, Rodrigo? —dijo afable el señor de Ponce al saludar al Capitán que entraba en la estancia.

—Os hallábades en el más honrado lugar de la casa e non supe que quien contigo estaba era aqueste Mendoza, ¡cuidé que platicabas con el Lupidana, que buen Adelantado en barrio vascuence te eres! —repuso sonriente don Rodrigo y, dirigiéndose a don Íñigo, le tendió la mano diciendo—: Hoy me parece que vamos a tener que dejaros las manos libres porque acabedes con el Corregidor... Le tengo ya sobre mí, zumbando como un abejorro...

—¿Habláis en serio, don Rodrigo? —inquirió Mendoza—, porque rato ha que decía yo a don Pedro que tiempo es de acabar con aqueste modo de cosas; que estemos criando agora los hierros para mañana, e que non se ganen honra e provecho con lágrimas e lamentaciones; que seremos dueños de la Villa cuando, en vez de pañizuelos,^[7] tengamos el acero en las manos...

[7] Pañizuelo: Pañuelo.

—¿Qué decías, Rodrigo, del Lupidana? —preguntó D. Pedro.

—Que como sábeme amigo del señor de Rosales, imaginó que yo tendría escondida a doña Floriana e mandó sus corchetes por hacer requisa del “Ingenio”. E que yo dí suelta al Téllez hoy; non había allí quien les cerrase las puertas e los corchetes entraron, golpearon a mis indios, revolvieron aposentos e robáronme “piñas”... Llegó el Chimpa a la casa luego, todavía asustado e temblando del miedo e de los golpes que le dieron, casi al tiempo que el tu hijo y mi sobrino venían aquí. Así no tuve sinon marchar yo mesmo al “Ingenio”, ver los daños e llegarme luego al Alcalde Ordinario para demandar justicia... E el tal Alcalde, orgulloso e pavoneándose en su despacho, díxome que: “Se proveerá”. Antes llegara yo esta mañana, pero hube de probar, una vez más, si los gobiernos de la Villa atienden más la justicia e la calidad de las personas que a las parcialidades, pero... ¡ya vos digo, Íñigo, antes hemos de soltar al león que pensábamos...!

—¡Que me place, don Rodrigo! —exclamó Mendoza—, que antes que lleguemos a viejos fuera bien viésemos los nuessos en el gobierno e con prebendas, que así fuera mejor para el servicio del Rey Nuestro Señor, que Dios guarde, porque quienes han sus llares e su sangre mesma en la tierra do viven e nacieran, sírvenla e grandésenla mejor que aquellos que llegan, toman sus dineros e vanse... Aquessos servirán al Rey ennoblecendo la tierra, aquestos hónranse a sí propios llenado sus arcas...

—Non quiero consejar aún tal apresto —intervino don Pedro—, soy también de pensar que son nuessos hijos los que deben señorear la Villa por alzalla en alto, pero creo, así mesmo, que primero debemos doblalles el vigor, acrecer su número, adobar su espíritu para el gobierno, e su brazo para la pelea... Poco ha, ambos Nicolases doliéronse que non tenían maestro e lición de armas; e aquestos tienen casa o maestro, mas ¿los otros?

—La verdad es —corroboró Mendoza— que son cosas que merecen mirarse con espacio e poniendo freno al impulso... ¡Es que non tenemos agua en las venas e sabemos que quieren abajarnos...! E acabemos ya —dijo poniéndose de pie—, diréisme, don Rodrigo, ¿qué hacemos en aqueste negocio de la Ordenanza sobre “Ingenios”?

—Enviéte a decir, Pedro —habló don Rodrigo—, que parecíame bien la Junta, ¿diéronte mi mensaje?

—Sí, Rodrigo, e yo díselo también a don Íñigo agora, pero esperábamos tu venida porque viésemos donde se hará la Junta...

—Yo he pensado, don Rodrigo —dijo Mendoza—, que hagamos la Junta en casa de don Juan de Velasco; non habrá soplones que nos descubran por ese barrio...

—Que me place el sitio, Mendoza. ¿Hablaréis con Velasco agora?

—Diréle nuesso deseo a su hijo don Cristóbal; e si algún inconveniente surge, haréoslo saber porque tomemos providencias.

—E recordad mi decir, Íñigo —recalcó don Pedro—, haced que a la Junta vayan cuantos nos son allegados. Los viejos llevar han su consejo, los mozos... ¡Oirán lo que deban!

—Ansí es bien que se haga —ratificó don Rodrigo.

Con esto despidióse Mendoza y ambos amigos dirigiéronse al aposento de D. Pedro, desde donde ordenó a un criado que fuese a llamar a los mozos.

—Ha me dicho Pedro, que vos dolíades, rato ha, de no tener lición de espada, nin maestro de armas; agora yo vos digo que le tenéis, que le habedes tenido siempre, pero nunca curástedes dél... E tú Nicolás sabes que buenas enseñanzas te he dado... ¿O pensades que los años me han roído ya?

—¡No, que no es eso! —saltó Nicolás—, non me dolí por nosotros sino por nuessos allegados. Cierito es que muchos han lo que nosotros, pero non todos; e aquessas sutilezas e artes de defensa, se aprenden más si más se practica, me habéis dicho vos mesmo.

—¿Queréis tomar lición agora? Esto si Pedro vos da su venia.

—¿Non creedes que non es ya hora de lición aquesta? Ved que Clara non gusta de esperar, cuando el yantar aguarda, porque ambos habéis de quedar acá con nosotros.

—Gracias Pedro, pero la mi hermana ha de aguardarnos e non es cosa de tenerla en suspenso.

—Non quedará, Rodrigo, que ya la mi mujer mandóle recado, sin duda, al saber vuessa llegada. Como vos tenemos tan pocas veces en casa, habremos de usar de todas artes para reteneros. Ansí id a vuessa lición, que yo veré de dilatar el momento de darle fin.

Entróse don Pedro por la casa y los otros descendieron a la planta baja donde tenían la sala de armas.

—E decid, don Rodrigo —interrogó Pablo, mientras descendían la escalera—, ¿quién forjó aquessa espada vuessa?

—Non lo sabría decir, agora, hijo... Ganéla en Flandes.

—¿Ganásteisla?

—E bien duramente que la tenía aquel recio brabanzón. Atacóme ese demonio, cual si en mí viviese todo el Tercio y fuese el morir yo, bastante gloria para él, e rompióme borgoñona e peto, e partióme, en dos, la espada... Non soy muerto agora, porque la cota milanese, que bajo el jubón llevaba, cumplió como buena, e yo hobe a mano buen hacha de

armas con que vencíle finalmente. Cogíle la espada por seguir el combate e túvela por mía para siempre jamás.

—Ansí quiero yo ganar la mía —dijo Ponce.

—E yo prefiero haber una de Marín —replicó Nicolás—, pues, dixístesme, tío, que mejores las forja que hiciéranlas en Toledo.

—Verdad es eso. E un secreto es cómo dalles el temple. Malas lenguas afirman que el espadero sabe artes mágicas e que tomólas de los naturales... Esto último bien pudiera ser verdad, porque tengo oído contar a viejos soldados de la Conquista, de algunos broqueles, hachas e mazas de los indios del Cuzco, mejores que los aceros, aunque sólo eran de cobre. E bien pudiera el Marín haber logrado que un natural del Cuzco le descubriera el secreto del temple, con que él agora forja sus espadas.

Entráronse, todos, a la sala de armas.

—Ofrecísteisme, tío —pidió Nicolás mientras se despojaba del jubón—, llevarme a casa del Marín porque le viera trabajar.

—Llevarélos a ambos un buen día —afirmó don Rodrigo— e agora, Nicolás, probarme has que necesitas ya mejor maestro de armas. E tú, Pablo, mira bien que acaso he de descubrirte algún golpe...

Y plantóse el viejo, fuerte y arrogante aún, con la espada de práctica en la mano y el mirar, aquilino, frente a Nicolás. Pablo, apartado de ellos, apoyado en su propia espada, mirábales alerta. Nicolás, con toda la energía de sus años mozos agazapada en sus músculos, levemente encendidas las mejillas, centelleante el mirar, estaba en su puesto.

—E bien, señor, espero vuessos empeño —dijo don Rodrigo con voz seca y cortante.

Alzáronse los puños hasta la altura de los ojos; el arma enhiesta... Un segundo después oíase el chasquido de los aceros al cruzarse en fulminante ataque el uno y en airosa parada el otro.

Capítulo iv

Sin aliento llegó Téllez a la puerta de una casuca que, al final de la calle de la Ollería y al comienzo, casi del camino a Charcas, se alzaba bastante separada de las otras.

Por aquellos tiempos, la ciudad permanecía aún apegada a las faldas del Cerro, atreviéndose, apenas, a separarse de su abrigo, pues cuanto más lejos de él, más reciamente se sentía el embate de los vientos, en especial del “tomaave”.

Llamó el hombre a la puerta de la casuca con espaciados y regulares golpes; transcurrió un buen rato; abrióse la mirilla de la puerta y asomó su carita medrosa un muchachillo indígena.

Miró el niño al recién llegado; descorrió el cerrojo; abrió la puerta y le cedió el paso.

El visitante entró; no había dado muchos pasos cuando el agrio chirrido del cerrojo de la puerta, vuelto a correr, le hizo volver la cabeza, en gesto arisco, lo cual vino a acrecentar su espantadizo empaque.

Un largo y angosto pasadizo se abría ante él; caminó rápidamente y se halló pronto en un patizuelo, en cuyo ángulo occidental se veía una suerte de altarcillo, a cuyo frente una pequeñísima habitación abría su puerta.

La casuca, como todas las de la Villa, techada de paja y ésta, además, sin jalbegue^[1] en las paredes.

Llegóse Téllez a la puerta de la habitación, oscura y silenciosa, y llamó con voz que se diría asustada:

—Mallco... Mallco... —y siguió diciendo en el idioma de los naturales—. Acá te traigo lo ofrecido.

Después de un silencio, que al recién venido se le antojó interminable, surgió del fondo de la oscura habitación la descarnada figura de un indio.

[1] Jalbegue: Blanqueo de las paredes hecho con cal o arcilla.

Cubrías este de raídas ropas y tocaba su cabeza con una suerte de diadema de lana roja, tejida en una franja de poco más de dos dedos de ancha, en cuyo centro y ahora sobre la frente, lucían tres plumas negras.

La seca y olivácea tez del rostro anguloso, el brillo febricitante de los oscuros y pequeños ojuelos hundidos en el hueco de las órbitas y la delgada línea de los labios, daban al aparecido un inquietante prestigio.

Al verlo aparecer, Téllez no pudo contener su impulso y dió un paso atrás, ajustando aún más el embozo de la capa.

Le miró el indio fría e inquisitivamente. Téllez pareció doblarse y huyó la mirada; luego, volviéndola, temeroso, hacia el misterioso aparecido, dijo como respondiendo a la muda interrogación:

—No pude obtener la tierra que me pediste. La tiene mi señor muy bien guardada —hablaba el hombre, siempre en la lengua de los naturales, con voz opaca, ganado por supersticioso terror, desde que el indio apareciera en el vano de la puerta y su silueta se recortara sobre el fondo negro de la vivienda.

Había salido ya Mallcu² a la plena luz del patizuelo y, sin abrir los labios, tendió la mano al mestizo quien, sacando de debajo el embozo una bolsa de mediano grandor, se la alargó. Tomóla el indio y luego de ponerse en cuclillas, vació su contenido en tierra, revolviendo, con gesto displicente, los diversos objetos que la bolsa contuviera.

Eran, la mayoría, trozos de minerales o de rocas de color y tamaño varios, primando los rojos y los grises; pronto levantóse y entró en la habitación; salió, a poco, trayendo un brillante disco de cobre sobre el cual trazó una línea violada con una piedra de color ceniza que tomó del montón.

Pareció haber encontrado lo que buscaba, pues tornó a revolver las piedras y en hallando alguna de semejante color y aspecto a la primera, rayaba con ella el cobre y separaba las que dejaban el rastro violado, desechando las que no respondían a su intento.

Cuando ninguna piedra de tal color de ceniza quedó en el montón sin ser probada y escogida, volvió todas las demás a la bolsa y se la tendió al mestizo quien la tomó con visible repugnancia.

2 Nótese que el narrador dice “Mallcu” y Téllez dice “Mallco”. Esta forma última caracteriza el modo de hablar de quienes tienen como lengua materna el quechua o el aymara. En estas lenguas hay tres vocales, en lugar de las cinco del castellano. La primera es la “a”, la segunda, la “e”, que puede ser “i” cuando está precedida por una fricativa, y, finalmente, la “o”, que también puede ser “u” cuando va precedida de una fricativa velar. Posteriormente, en la voz de Nicolás, aparecerá como “Malco”.

Recogió luego los trozos escogidos en un cuenco de madera, les echó agua encima, con lo cual comenzaron a disolverse.

Púsose luego de pie y dijo a Téllez, simplemente:

—Mañana.

Dióle la espalda sin agregar palabra y entróse nuevamente en su vivienda. Buen rato estuvo Téllez con la bolsa en la mano, mirando la puerta por donde Mallcu desapareciera, hasta que el muchachillo de antes salió de la habitación e hízole una señal.

Téllez se arrancó al sitio donde se hallaba y siguió al muchacho que le abrió la puerta; traspuesto el umbral y a tiempo de cerrarse aquélla, el mestizo, con brusco ademán, tiró la bolsa y desanduvo el camino que trajera pero, ahora, sin prisa ya.

Encaminóse, por una retorcida callejuela, hacia el Empedradillo que atravesó, casi corriendo, como tomado de pánico, al notar en el suelo grandes manchas de sangre.

Siguió su camino hasta la calle de las Mantas; por ella hasta la Plaza del Rayo y luego, tomando diversos vericuetos, llegó, hosco el semblante y anublada el alma, hasta el “Ingenio” de los Ludueña que él gobernaba.

Alzábase éste sobre la margen derecha de la Ribera. Un ancho portalón se abría sobre una estrecha calleja, a esa hora atestada de llamas que entraban y salían de él, unas conduciendo los tejidos sacos de lana colmados de minerales y las otras, ya sueltas, tornando al Cerro, para nuevas “bajas”.

Los gritos y silbidos de los conductores de rebaños atronaban la calleja; las llamas, con sus graciosas cabezas erguidas, sus largas orejas adornadas de trencillas de lana de colores vivos, arremolinábanse, con terquedad invencible, mirando a uno y otro lado, con la cándida y vaga mirada de sus grandes ojos pardos; saltaban los *kumuris*³ haciendo restallar sus hondas en el aire y, poco a poco, con sobrehumana paciencia, deshacían los grupos, apartaban sus bestias y se marchaban calle arriba los unos, en demanda del Cerro, y entrábanse los otros por el ancho portalón en el gran “patio” del “Ingenio”.

3 *Kumuri*, pese a estar marcada en cursivas, no figura en el glosario de “Voces y expresiones keswas”, como todas las que aparecen así a lo largo de la novela. Sin embargo, por el significado que da el *Diccionario de la lengua aimara* (1612), de Ludovico Bertonio, *ccumu* significa “carga o una carga de algo”. Entonces, en el contexto de esta novela, *kumuris* puede traducirse como “los que manejan la carga”.

Téllez abrióse paso, bruscamente, por entre las llamas que llenaban el “patio” y entró en un amplio recinto, donde asordaba el aire el poderoso ruido de los pisones de las “almadanetas” que molían, en sus cuencos de bronce, los minerales que habían de ser tamizados luego y echados en los “patios” del beneficio.

Doce grandes máquinas batían con furia; el amplio son del agua despeñándose de la canal sobre la inmensa rueda de cajones que movía el “Ingenio”, ponía como un fondo de grave resignación sobre el arrítmico golpear de los batanes.

Decenas de hombres, sudorosos y sucios del polvo gris desprendido del mineral pulverizado, curvados bajo el peso de sus grandes “botas” de cuero, allegaban el mineral a las insaciables máquinas, mientras otros transportaban, en grandes parihuelas de madera, lo ya molido hasta el salón de los tamices y de allí a los “patios” de azogado.

Téllez acercóse a una de las “almadanetas” que, en ese preciso instante, acababa de detener su marcha. Junto a la máquina, arremolinábanse, confusos y amedrentados, los indios a quienes correspondía su cuidado.

Atropelló el mestizo tirando al suelo a uno de ellos que se arrastró, caninamente, para ponerse fuera del alcance de su agresor.

—¿E qué torpeza hicisteis, bestias?! —aulló.

El capataz, que se había acercado poco ha a enterarse del accidente, le repuso:

—Es, señor, que agora viénnenos piedras tan duras que non hay cosa que las quiebre...

—¡Quebraros hé los huesos, hi de puta! ¿E non los habíades visto antes que los metiédes en el “almadana”? ¡Arreniego de vos! ¿E para esto vos saqué de cadena? —y alzó el puño golpeando a su interlocutor en pleno rostro; retrocedió éste, tambaleante, y en un conato de rebelión, no advertido por su agresor, crispó los puños y brilló una maligna luz en sus pupilas, pero se contuvo y se apartó a un lado, mientras Téllez se acercaba a la máquina descompuesta.

—¿Qué minerales habedes echado acá, agora? —preguntó volviéndose hacia el capataz.

—Aquessos que nos llegan de San Miguel.

—¿E dellos decís que non hay cosa que los quiebre? ¡Con estas mismas manos quebráralas yo! E veis que non es a causa de “carozos” que rompióse aquesto —y señaló el eje de levas de la máquina doblado por su tercio izquierdo, del lado de la rueda dentada que lo movía.

—¿E veis también quebradas aquessas trabas de la rueda? ¿iE quién es el indino que mira por aquesta máquina, decí!? ¡Agora mesmo tomaldo Colque, e mandalde^[4] dar doscientos azotes!

Con el rostro hieráticamente tenso, los ojos agrandados por el terror, un indio a quien sólo cubrían unos raídos zahones de basta tela, hallábase como ajeno a todo, apoyado contra uno de los gruesos maderos que sostenían el pesado herraje de la máquina; viólo Téllez y acercándosele lo golpeó rudamente, ensañándose con él cuando, caído en el suelo, gemía sordamente.

El vasto ruido de los batanes y el agua acallaban el lamento del culpado.

Detuvo por fin su saña el Mayordomo y, volviéndose airado hacia los otros indios que contemplaban, hebetados,⁵ la escena, gritóles:

—¡E non descanséis agora, bellacos! ¡E vos mataré a palos si antes de la “mita” non habéis desmontado aquesta “almadaneta” e cambiado eje, ruedas y batanes! ¡E llevad vos este perro e azotaldo como tengo dicho!

Y pasó junto al desgraciado; aplicándole aún un recio puntapié en la cabeza, se metió por entre las otras máquinas, mascullando maldiciones.

Dos fornidos mestizos alzaron al caído y llevaronlo arrastrado hasta la mazmorra del “Ingenio”.

Largas filas de indios, desnudos y sudorosos, doblándose bajo el peso, acarreaban los minerales que del Cerro habían bajado las llamas y los acumulaban en los galpones de cedazos donde los separaban por tamaños, llevando los minerales de cierto grado de fineza al cuarto de las “harinas”; los más gruesos a los “quimbaletes”, los medianos a las “almadanetas” y los mayores a los “brosiris”.

Por entre el enjambre de hombres, como bestias, circulaban aguijonándolos, con gritos y golpes de látigo, los capataces, mestizos todos ellos.

La larga teoría de esclavos continuaba su monótono ir y venir de uno a otro galpón, de una en otra máquina, sin parar jamás; y si alguno de los eslabones se rompía, quebrado por el cansancio, arrastrábanlo fuera, a la mazmorra o al cementerio, y la cadena uníase de nuevo y proseguía su eterno andar...

Doblados, hombres y mujeres, sobre terreros yunques de bronce, hierro o piedra, golpeando, incesantemente, con pesados martillos los

[4] Tomaldo Colque, e mandalde...: Tomadlo Colque y mandadle.

5 Afirma la RAE que hebetado significa “enervado, debilitado, embotado”.

gruesos pedruzcos, hasta reducirlos al tamaño propio para ser llevados a las “almadanetas”, los “brosiris” cumplían su labor en un amplio “patio” interior del “Ingenio”.

Pasó Téllez como buscando a alguien por entre los “brosiris” que, al sentirlo, hundían la cabeza entre los hombros y arreciaban los golpes.

—¡Estévanez! ¿Dó estás, perro? —aulló iracundo. De entre un grupo de hombres que, en ese momento, se hallaban tratando de subir una enorme piedra semicónica y de redondeada base, atravesada en su tercio superior por dos gruesos palos, por sobre otra alta y plana, salió corriendo un mulato de elevada estatura.

—Heme aquí, señor —dijo humildemente, quitándose un viejo birrete que traía.

—¿Qué hacíades?

—Envió ya el señor de Ponce aquesse nuevo “quimbalete” y poníamose en la solera.

—Aguijad esas bestias y en acabando venid a buscarme en mi aposento. E mandadme agora la Huayra —y mirando a todos lados, preguntó—: ¿Dó está?

—Enviéla para preparar aquessa mestura de “bolarménico” que sabéis. Probarla hemos en aquesse indio que mandasteis azotar.

—E non valdrá la prueba, que para estocadas la quiero, non para verdugones...

—¡Por mi fe, D. Téllez, que si la mestura obra sobre aquessas espaldas e cuaja la sangre, non temeré yo al mesmo Sancho de la Barrieta —y bajando la voz, casi confidencial, dijo—: ¿Sabéis a quién mataron anoche en el Empedradillo?

—Non.

—A Pero Bermúdez fué.

—¡Válale la Virgen! E consejéle yo que non probase su brío. ¿E quienes guardaban el paso? ¿Oístelo?

—Gentes de Berasátegui, ¡ansí Dios me salve!

—¡Perros vascuences! Matarnos han a todos. E bien vide yo las huellas del combate agora, de venida. ¿Matáronlo solo?

—Tres cayeron muertos antes qué. E dos hay malheridos agora.

—¡Bien mostró su coraje, pero non tuvo suerte de pasar! —afirmó el mulato moviendo la cabeza.

—¿E sabéis quiénes son los muertos de la otra parte? —inquirió Téllez.

—Non sé dellos; mas el Rodrigo Azpeytúa es de los heridos.

—¡Andaba el diablo en danza! —dijo Téllez signándose rápidamente, mientras el mulato hacía igual—. ¡Agora vernán^[6] venganzas e prisiones...! ¡Válanos Cristo! —y en brusca transición, bajando la voz, dijo—: ¿Quién será en guarda de la casona aquesta noche?

—Ruy Álvarez va, con tres mitarios.

—¿E vos?

—En tres días de agora...

—Fuerza es esperar, entonce. ¡Tres días e luego otros tantos más antes que Mallco me cumpla su dicho...!

—¿Buscáis algo en la casona, don Téllez?

—¿Sabéis que el Señor Capitán, días ha, compró de un “mingado” aquessa tierra “lemmia” de tan gran virtud para los tósigos?

—Si tal, que vílo yo mesmo.

—Pues héle ofrecido a Mallco una poca della, porque aluego, en pago, diérame él un bebedizo con que gane a quien sabéis...

—¡Brava oferta por mi fe! ¿Cuántos días ha lo ofrecisteis?

—Van muchos. E non pude haber la “lemmia” que diz que está guardada en la mesma cámara del Seor^[7] Capitán.

—E costará tomalla... ¿Non valdrá lo mesmo aquessa que cavé de mis manos, días ha, e que guardo en la mi casa?

—¡Gran torpe sois, Estévanez! ¿Non sabéis que aquessa virtud de la “lemmia” sólo nace de ella cuando es cavada en la noche del día de la Transfiguración?

—¿E quién habrá de saber si fué por entonce o anoche que cavéla?

—Si pensáis vendella... bien podéis...

—Llevadla al Mallco, vos así le engañáis...

—¿Engañalle? ¡Válame la Virgen! ¡Haríame mal de ojo o acaso me matase! No lo conocéis bien vos...

Y en este charlar habían llegado al “patio” del beneficio.

—Andad vos, agora, e mirad que aquesse “quimbalete” sea bien asentado, e luego, como vos tengo dicho, venid a mi aposento.

Alejóse el mulato rápidamente y Téllez recorrió, con la mirada, todo el amplio “patio” de beneficio donde hasta veinte hombres parecían bailar alocada danza sobre una masa negra, tendida sobre el piso solado de grandes lozas.

[6] Vernán: Ventrán.

[7] Seor: Señor.

Los hombres pisaban la masa de azogue y mineral molido y lavado ya en las “tinnas”;⁸ el azogue, recién vertido, brillaba en grandes manchones metálicos entre la masa oscura y amorfa. Téllez se acercó al mineral extendido, tomó una porción entre sus dedos, la examinó atentamente por algunos instantes e increpó, ásperamente, a los pisadores:

—¡Igual está ahora que ayer, ésto! ¡Dormido habréis, sin duda, mientras estuve ausente... buenos palos llevaréis por ello! ¡Eh, del capataz!

Como brotado de la tierra parecióse a su lado un mestizo bajito y estevado.⁹

—¿Señor?

—¡Ah! ¿Estáis vos, Chimpa, a cargo del “patio”? ¿E cómo non veis aquesto? Fría está la mezcla y el azogue limpio, que parece ser que ayer abandonasteis el trabajo...

—Es que, señor, ayer, después que los corchetes llegaron al “Ingenio”, vino el Seor Capitán; e aquietado todo, preguntóme por los mulos que, de ordinario, hacían el trabajo; e enojóse mucho de que los trocaseis por aquestos naturales; e mandóme que les diera descanso e non los tomara a tal trabajo, sino que trajera nuevamente los mulos... Ansí quedó hasta hoy, que puse otra vez los hombres, hasta que providenciáseis vos...

—¡Mal año para las blanduras del Seor Capitán! —renegó el Mayor-domo—. ¿E non piensa que sus mulos se dañan, e despedados se pierden, e aluego non hay bestias para los viajes al Valle...?

—Empero, don Téllez, habrá también que cuidar a los mitarios... Hanse^[10] muerto ya tres en esta semana... E non hay trazas de nuevo “repartimiento”...

—Compraremoslos “aína” de aquestos Lastras, que andan a caza de dineros...

—¿E si vos descubren?

—¡Non nació aún quien lo haga!

—¡Ojalá fuera eso verdad, también, para don Alonso de Ávila...!

—La cobdicia rompe el saco, bien lo sabéis... E don Alonso miraba más su pro que su seguro...

—¡Aquesta vez fué falso testimonio!

8 Tinnas: Tinas o tinajas grandes de barro. Aunque está entrecomillado en el texto, no aparece en el “Glosario de voces desusadas”.

9 Estevado: Que tiene las piernas arqueadas a semejanza de la esteva (la parte posterior de un arado), de tal modo que, con los pies juntos, quedan separadas las rodillas.

[10] Hanse: Se han...

—Castigáronlo igual... Aquessos vascuences non cuidan sino de abajarnos... —y bruscamente—: Mirad, Chimpa, que no paréis agora el trabajo e doblad los mitarios acá. ¿Pusisteis la “chocorusca”?

—Sí, señor.

—Placerme ha que non mintáis, Chimpa. Veis que non habemos tanto azogue que hayamos de perderlo sin fruto...

—Ofreciéronme alguno, hoy mesmo...

—Habremos de esperar los trajineros. Aqueste que ofrecen será más caro...

—Cincuenta ensayados,¹¹ díjome quien me hablara...

—Muy mucho, non es tampoco...

Continuaban, entretanto, los hombres su penosa tarea. Hundían los pies en la mezcla que, ya más viscosa, se les adhería a ellos haciendo penosísima su labor. Poco a poco fuéronse perdiendo los manchones de azogue libre y adquiriendo toda la masa un color negro grisáceo.

Agobiados por el esfuerzo, los hombres apenas si lograban despegar los pies de la viscosa mezcla; restallaba, entonces, el látigo en manos del capataz y galvanizaba los cuerpos haciéndolos erguirse por un breve instante y apresurar el ritmo de la pisa para luego decaer súbitamente y tornar al torpe y tambaleante andar de siempre.

Alejábase Téllez del “patio” para adentrarse en el recinto de los lavaderos, cuando vino a su encuentro un hombre.

—Señor, don Nicolás os busca de parte del seor Capitán.

—Guiadle acá, que voy a ver el lavado.

—Bien está, sí señor.

Fuése el hombre y Téllez detúvose un momento, como si pensase en aguardar allí al recién llegado, pero luego decidió por continuar su inspección.

Alineábanse a lo largo de un corralón de grandes dimensiones, hasta unos treinta lavaderos.

Eran éstos, canales de mediana inclinación; como de cuarenta centímetros de ancho y de mediano largor, por los cuales corría cierta cantidad de agua, no muy grande. La fuerza de la corriente arrastraba, al ser echada en ella, cierta cantidad de mineral azogado, toda la tierra liviana, dejando en el fondo el azogue que había ya, por medio de la constante mezcla a que fuera sometido el mineral en los “patios”, incorporado toda, o casi toda, la plata contenida en él.

11 Ensayados: pesos ensayados. Véase nota 27 (pág. 68) del “Capítulo primero”.

Arrodillado ante la cabecera de cada uno de estos canales, se veía un “mitayo” que, por medio de una pieza de madera a modo de paleta, revolvía la mezcla sometiéndola a la acción limpiadora del agua; cuando toda la tierra estéril había sido eliminada y quedaba, en el fondo del lavadero, solamente la “palla”; guardábala el “mitayo” en una bolsa de cuero de gamuza para entregarla, terminada la “mita”, en la “fielatura” del “Ingenio”.

—¡Eh, Téllez! —gritó Nicolás que llegaba.

—¿Señor? —repuso Téllez, acercándose rápida y obsequiosamente.

—¿Non supiste que venía?

—Agora díxome el Esteban...

—¿E non pudiste evitarme el buscarte? ¡Dígame que eres insolente! ¡E bien cumples las órdenes tú...!

—¿Cuál es mi falta, señor?

—¿Non te dixo el mi tío que quitases esos mitarios del pisar y pusieses bestias en cambio?

—Díxomelo, señor... Díxomelo... ¿Pero no cree V.M. que es demasiada blandura la del Seor Capitán, que quiere salvar aquestos brutos y perder sus mejores mulas? ¡Ay, señor don Nicolás! Mientras V.M. vive a lo pobre, aquessos Oyamunes y Berasáteguis e Castillos le miran de través y le menosprecian... ¡E vale V.M. más que valen ellos juntos! Pero... V.M. no gasta como ellos...

—¿E cómo he de gastar si mi tío, el Capitán, tiene los cordones de la bolsa?

—E “aína” quiere perder los mulos por salvar sus indios...

—Bien podrán los mulos facer mayor trabajo, e mejor, que los hombres...

—E también, más fácilmente, tómanse los cazos del azogue, y se caen a pedazos y se despean los mulos y piérdese el dinero de su compra...

—¿Non toman mal de azogue también aquessos indios?

—Tómanlo y muérense dél “aína”... Pero non diera yo diez dellos, por ese mulo negro que, poco ha, mandó el seor Capitán se usase en el trabajo... Cincuenta ensayados valióle comprallo y dos reales de a ocho pago yo un indio por tal trabajo... [E además]¹² V.M. ha de justar pronto, e buenos arneses e arreos serán precisos. ¿No recuerda V.M. aquessos que luciera el Domingo Azpeitúa por las fiestas de Santiago el pasado año?

12 Llegible en el texto original no solo en el ejemplar con el que se trabajó esta edición sino también en otros consultados. Se asume que dice “E además”.

—Recuérdolo bien, pero aquessos Azpeitúa ganaron muchos doblones años ha, cuando campaban “negrillos” y “soroques” en el Cerro...

—Y con sangre de mitarios regaron su hacienda, señor. Vea V.M. agora si valerán mucho las blanduras que con tales bestias se tiene. ¿Son acaso cristianos aquessos? Díxome un franciscano, días pasados, que non era pecado matallos, e más, que non tienen alma; diz que bautízanlos porque tienen figura de hombres. V.M. verá un día —el Seor Capitán es ya viejo— perdida su hacienda por blanduras con indios. Nenguna labor en San Miguel avanza tan “aína” como pudiera, porque el Seor Capitán manda se cuide sus mitarios... ¡Y vea V.M. que ordena que los “apires” trajinen solamente quince “botas” por “palla”... y que les demos descanso... y a más, que se les pague seis reales, con adición de cuatro velas!

—¿Sorpréndete aquesso?

—¿No había de sorprenderme, señor, si todos obligan sus “apires” a sacar veinticinco “botas” con cuatro arrobas de peso cada una, e páganles cuatro reales e danles una vela porque se alumbren?

—¿Ha de valelles, acaso, una vela por toda la “palla”?

—No. Non les vale, pero las otras velas que usan, pagallas han de sus ganancias...

—Non me maravilla, agora, el que mi señor tío obre de otra guisa... Muy mal me parece aquesse trato...

—¡Pero non parecen mal a V.M. los arneses del Azpeitúa, nin los caballos del Domingo Berasátegui, nin los amores del señor de Carma...!

—¡Calla, diablo! —santiaguóse rápidamente el mancebo— e agora mesmo le vide bajando por las Mantas, jarifo, montando un alazán tal que dióme envidia... ¿Vernía de vella, acaso?

—De vella, acaso no; de rondalla...

—E súfrele el don Juan “aína”...

—Plácele, señor; que buenos pesos ensayados ha el de Carma, amén del flamante Condado que ostenta... E bien valen escudos y doblones, sacrificio de doncellas.

—¿Dístela mi recado, Téllez?

—Non hube espacio... —se escusó el mestizo—, a más... el rodrigón que llevaba...

—Cobarde me eres, Téllez.

—Prevenido, diga V.M. ¿Qué habría de ganar usarced con perderme a manos del matante, si su nombre andara al retortero y más el honor de la dama?

—Cierto es...

—¿Está V.M. enamorado?

—Omillóme el de Carma e agora yo quiero su dama...

—Use V.M. de sus armas: bolsa abierta e arrequives y flores y músicas...

—Y también cuchilladas, dirás tú...

—Si se tercian... —y bajando la voz, astutamente encendida la hoguera, Téllez murmuró—: Y vea V.M. si me vale ante el Seor Capitán, que darle he armas que rendirán la plaza antes que sea ganada del Conde...

—¿Cómo he de valerte?

—Véame, V.M.; muy duramente vivo... dineros non he muy sobrados...

—¿Quieres alzada tu paga?

—¿Non es mi afán el que sostiene la máquina del “Ingenio”? Si non fuera por mí, non habría V.M. agora, caudal alguno... Vuesso tío con aqessas blanduras con sus indios, non acrecerá su caudal e tampoco V.M. cuida mucho dello...

—Es que, Téllez, la mi madre non te quiere bien...

—¿He la faltado en algo, señor?

—Non gusta de tu trato a los indios. A más, todos son a quejarse. Non hay día que alguno non vaya con historias de golpes...

—Vea V.M. cómo es avara esta suerte mía... Golpes, doylos, sí señor, pero cuando aqessos brutos tuercen el trabajo en mengua de vuessa hacienda... Doylos, también, cuando roban... ¿O es que V.M. quisiera les deje libres las manos para el saco...?

—Non decimos eso, pero es que vienen nuevas de ti que ponen espanto en la mi madre...

—Urdiéransen menos consejos si V.M. atendiera más a menudo al “Ingenio”. Viérame cual soy e no menguado cual me pintan...

—Bien, Téllez, hablar he de ti al mi tío, pero atiende: Non se diga más de ti que maltratas naturales... ¿Dónde eres tú nascido?

—En el Cuzco, señor...

—¿E quieres mal a los naturales? ¿Non has, acaso, su sangre mesma?

—Eso no, señor; sangre de Incas tengo: Ñusta fué mi madre e gran soldado el mi padre, mas murióse primero que yo llegase a doncel, aluego...

—Lleváronte tus pies tras aventuras, hasta que diste en minero...

—Verdad es, señor... y nunca la fortuna fuéme propicia...

—Dí que las faldas la vencieron...

—V.M. sepa que son calumnias aqessos decires...

—Vaya, dexemos aquesto. Hablar he con mi tío tan luego pueda, mas

cuida non hayan nuevas quejas, que la mi madre non te acorrerá maguer se lo pida yo... E catá agora lo que manda mi tío: Mañana mesmo, de madrugada, dexando en guarda del “Ingenio” al Chimpa, marcharás al Cerro, que diz mi tío que tiene aviso que hallóse “rosicler” en la mina e aún más “tacanas” e “negrillos” e ves tú que acá non llega traza dellos, ansí alguno habrá que los roba e tú debes descubrillos...

—Como la manda V.M. lo haré, señor.

—Luego irás al “Ingenio” del Señor de Viezca e verás si allá hay tales “negrillos”; si los hay...

—Descuide, V.M., que bien abriré los ojos e sabré quien trajina.

—Si lo haces, holgaráste bien, que albricias habré de darte...

—E yo rogaré a V.M. que hable al Seor Capitán porque suelte mis manos y me deje mirar por la hacienda, que vuestra es e habrá que doblalla “aína”...

—Probar he, Téllez, probar he...

En esto sonó a la parte de afuera del “Ingenio” el tañer de una campana. Al oírlo cesaron los braceros en su trabajo; recogieron los lavadores sus bolsas de gamuza; los ayudantes guardaron las herramientas, cortaron el agua a los canales y abandonaron todos el corralón.

Nicolás y su mayordomo se encaminaron también hacia la salida; al pasar por el “patio” de amalgamación, se detuvieron a vigilar el cambio de trabajadores, pues la pisa debía continuar ininterrumpida.

—¿Persistes en no usar los mulos en aquesta labor? —dijo Nicolás.

—Sesudamente obra quien a poca costa hinche sus arcas —repuso Téllez con maliciosa sonrisa.

Ludueña contempló largamente a los nuevos hombres que comenzarían su danza sobre la pastosa mezcla; clavó los ojos en el semblante, astutamente sonriente, del Mayordomo; sacudió la cabeza y sin añadir palabra, salióse del “patio” y del “Ingenio”.

Téllez se estuvo quedo hasta que su amo se perdió de vista; rió luego, sarcástico, entredientes, y se encaminó pausadamente hacia su vivienda.

Por breves momentos el silencio reinó en torno, empero muy pronto volvió a tañer la campana y, a su conjuro, lenta pero seguramente, comenzó el áspero ruido de las “almadanetas” que reiniciaban su obra.

La tarde declinaba rápidamente. Encendiéronse los hachones y bajo su humosa lumbre moviéronse, de nuevo, los eslabones de la trágica cadena humana.

Capítulo v

Renegrida y amplia, baja de techo y como a dos varas por debajo del nivel de la calle, la fragua de Francisco Marín, el espadero, hallábase situada en la mitad de la angosta calleja, llamada de Espaderos, que se alargaba desde la iglesia de San Pedro hasta la de la Concepción.

A esa hora de la tarde, vivía aún febril la calleja. Todo a lo largo de ella resonaba el recio batir, alegre y vibrante, de martillos y bigornias. Resoplaban los fuelles y haces de chispas saltaban de las ascuas.

Francisco Marín, recio y fornido, desnudo de torso y con mandil de cuero a la cintura, guiaba con experta mano al mestizo que, con una enorme comba, batía el hierro hecho ascua, sobre la bigornia mayor, en medio del taller.

Seguían el cuidado golpear del martillo que marcaba el sitio donde habría de caer el golpe de la comba, hasta tres caballeros que se agrupaban en torno.

Eran éstos D. Jaime de Lastra, el caballero Stúñiga y el señor de Latrille, caballero francés recién llegado a la Villa y que la recorría toda, interesándose por cuanto en ella ocurría.

—¡Donoso trabajo, por mi fe! —afirmó uno de ellos.

—¿Admiráislo? —repuso Marín dejando de golpear e indicando, con un gesto, que volviesen el hierro a la fragua.

—Nunca vi tal, antes de ahora —ratificó el caballero.

Francisco Marín se apartó, con nervioso gesto, un grueso mechón de cabello que le caía sobre la frente y, mirando al caballero con sus vivaces ojillos, dijo:

—¡Pláceme, señor, que aquesta sea la primera vez que ven vueossos ojos un hombre ganándose el pan! —y, con los brazos en jarras, miró de hito en hito al asombrado. Una ancha y oscura cicatriz partíale la frente y daba a su rostro, atezado y severo, una enérgica expresión. Reparando en ella, dijo Stúñiga:

- ¿E también ganáis acá cuchilladas?
 —Ganélas en Flandes, señor.
 —¿E trocasteis la espada por el martillo?
 —Non quiso el Rey ceñirme espada.
 —¡Orgullosos me sois, por vida!

Trajeron de nuevo el hierro sobre la bigornia; Marín, sin responder directamente al caballero y a tiempo que cogía las tenazas y golpeaba, con recio golpe, sobre la retorcida espiga de hierro, curvándola en gracioso arabesco, dijo para sí:

—¡Sangre por sangre, vale bien la mía!

Golpe tras golpe el forjador iba plasmando en el metal el retorcido lazo de unos gavilanes; mientras, sentado en una banqueta cercana, un mozallón, como de 30 años, bruñía la hoja de una espada.

Los caballeros seguían atentamente el trabajo del viejo y durante un buen rato permanecieron en silencio.

—Tengo para mí, don Jaime —dijo Stúñiga de pronto—, que aquestos gavilanes serán pobre defensa de la mano, por lo delicado de su traza.

—Non creo tal —negó el aludido— que buen temple ha de darles Marín, sin duda; cierto só¹ que trabar han mejor el contrario acero... Ved aquestos —y enseñó los de su propia espada— menos labrados son e a más de uno han dejado a mi merced... ¿Recordáis al Lizárraga? Bien jugaba de pies, e diz que en florentina escuela pasó sus mocedades, y es el caso que, una tarde, platicando sobre armas, fuésenos la lengua a tras ella los aceros; tiró bien el Lizárraga, pero al cabo cogíle fuera de compás, trabéle el acero e dejélo corrido...

—Ganasteis un enemigo...

—No, que aluego aquietáronse los ánimos, mediaron amigos, bebióse de lo bueno y... ¡la paz con todos!

—¿Conocíaislo de antiguo?

—No, topéme con él en aquesta Villa dos años ha, en el Mesón del Desorejado; placióme su traza, platicamos tendido, narróme aventuras, propiciómelas luego e hicimos camarada...

—¿E con eso creéislo conocido?

—No cuidé de sabello de fijo, pero ¿qué pensáis agora?

—Que será bien no os olvidéis del caso... Pudiera cobrarse agravios.

—Aún tengo aquesta en la cinta... —y puso el caballero, fanfarronamente, la mano en la empuñadura de su espada.

1 Só: Soy. Diferente de la preposición *so*.

—Muerde la víbora en el calcañar, antes que sea vista...

—¡Malagorero me sois, don Juan! ¿Es tal el mozo?

—El Zocodover vos podría contar sus fechorías...

—Non cuido de lo pasado... E nadie vive más de lo que Dios dispone...

E, a más, nenguno volvióle a ver en la Villa...

—¡Supiéraisle muerto, valdría más!

—Por tal le tengo, Stúñiga, e non cuido dél...

Bruscamente arrojó Marín los ya terminados gavilanes a un barreño con agua que tenía al pie de la bigornia; chirrió el hierro al contacto del agua y un grueso vapor se elevó en el aire.

—Pedro —dijo luego dirigiéndose al mozallón que bruñía la hoja—, ¿terminaste la obra? Trae acá esa hoja.

El mozo acercóse a su padre y le tendió la bruñida pieza. Tomóla el viejo y la observó, atentamente, un buen espacio; luego, cogiéndola por la punta y por la espiga, la dobló varias veces en uno y otro sentido; atendió, después, a ver si quedó tan recta como antes; movió dubitativamente la cabeza y sujetó, en seguida, la hoja entre dos tacos de madera para golpearla reciamente con un martillo; vibró el acero con claro son; el espadero tornó a examinar la hoja. Los caballeros seguían, atentamente, las acciones del viejo artífice y repararon, pronto, en ciertas figuras que en la parte más ancha y cerca de la espiga, aparecían.

—Decí, Marín, esos dibujos que vemos, ¿son agorerías? —exclamó uno de ellos. Marín lo miró, fijamente, y no repuso.

—Más callado es que capuchino, don Jaime —dijo el otro—, non halláreis traza de hacelle hablar...

—Aquesta hoja que forjáis, ¿tiene ya dueño? —interrogó el caballero francés.

—Sí, ya le tiene —repuso el espadero—, es la primera que luego de paciente trabajo sale de mis manos e irá a otras que bien la merecen... Nuevo sois en aquesta Villa e non sabéis historias, nin curáis de ellas... —Marín entre tanto hablaba, seguía sometiendo a la hoja a las más duras pruebas para tentar su temple y sus filos: en ese momento golpeaba con ellos un grueso barrote de hierro que mostraba hondas cortaduras a cada golpe.

—¿Decís la primera, Marín? —dijo riendo don Jaime—. ¿E quién forjó la espada que ciñe don Íñigo de Mendoza? ¿E quién la daga del señor de Viezca?

—Aquessas armas non valdrán las que desde agora forjaré.

—¿Hallasteis nueva traza de forja? ¿Nueva manera de temple?

—Todo eso hallé e aún más; agora imagino nueva traza de gavilanes e de reparos. ¿Veis aquesto? —y enseñó a los caballeros una especie de redondel de hierro, cóncavo y cincelado primorosamente—. ¿Imagináis qué es?

—No, ¡por vida! —afirmó don Jaime.

—Pareceríame un cazo, apenas, si non por los arrequives —dijo Stúñiga.

—Pues aqueste cazo, bien veréis lo que vale.

—¿E que guisa de arma pensáis hacer con él?

—Alguna que pese hallarla en manos del contrario.

—¡Ay, Marín! Nunca os vi más enigmático que agora...

—Tampoco sabéisme gran hablador...

—Lo fío, pero alguna luz queremos acerca de vuesa nueva arma.

En el vano de la puerta se destacaron en ese momento tres siluetas. Marín, al parecer satisfecho del resultado de las pruebas a las que sometiera a la nueva hoja, se la tendió a su hijo y se adelantó hacia los que llegaban.

—Dios os guarde, Francisco —saludó uno de los recién llegados.

—Que Él sea con V.M. por luengos años, señor don Rodrigo —repuso el forjador saludando respetuosamente al Capitán Illescas que acababa de entrar en compañía de su sobrino y del mancebo Ponce.

—¡Bien haya quien os vea agora, Seor Capitán! —dijo don Jaime adelantándose hacia éste—. Luengos días ha que no os vemos. ¿Enfermásteis, acaso?

—No, don Jaime, a Dios gracias —le tendió la mano en cordial gesto—, sino que hube de atender un poco a nuesa hacienda. La mi hermana quiere enviar a Nicolás a la Corte, e bien sabéis que...

—“Do non hay dineros, non hay consolación” —concluyó riendo el de Lastra.

—Non vos podéis quitar aquessa manía —dijo sonriendo también D. Rodrigo—, bien vemos que no tenéis otra letura que aquesse cuadernillo, que vino con vos mesmo, y que tanto preciáis...

—Ved acá, señor Capitán, al señor de Latrille que desde tierras de Francia vino, e vos, señor, tenéis delante al más bravo capitán de Tercios, de los que guerrearon con el de Alba...

Hiciéronse ambos caballeros una profunda cortesía.

—Bienvenido, seáis, señor —dijo don Rodrigo— a aquesta Villa, e que el gozo que en ella halléis —que no es mucho, empero—, os pague del trabajoso llegar... ¿Ha mucho que llegásteis?

—Apenas tres días, señor Capitán. E desde Arica vine con trajineros de azogue.

—¡Buena compañía para tal viaje! —repuso en apicarado tono el de Illescas.

—Para probar la fortaleza de quienes ganaron el Potosí, bien me valió.

—¿Tenéis noticias de Lima, señor don Rodrigo? —interrogó Stúñiga.

—Nenguna hasta hoy, Stúñiga —respondió don Rodrigo y, volviéndose hacia los mancebos que habían quedado discretamente detrás suyo, los llamó para presentarlos al francés.

—Ved acá, señor, la nueva traza de hombres de aquesta Villa: Es éste mi sobrino Nicolás de Ludueña e su amigo Nicolás Pablo Ponce de León.

—¡Bien de Nicolases que tenéis acá, señor Capitán, parece cosa de empeño; conocí más de seis agora!

—Cosas de milagrería son, señor —dijo riendo Lastra.

—E si el nombre que les iguala, hácelos también iguales en gallardía como a aquestos, bien valdrá el milagro —contestó el señor de Latrille, saludando a los mancebos, que se inclinaron cortésmente; éstos, luego de saludar a los otros caballeros, pusieron su atención en observar el trabajo que a su alrededor se hacía.

—¿E que buenos vientos vos trajeron acá, don Rodrigo? —inquirió Stúñiga.

—Aquestos mancebos, e más mi sobrino, quisieron ver a Francisco en su faena —repuso el Capitán—, pues ya sabréis, por aquestos señores, que es Marín el mejor espadero de la Villa e el más honrado de todos —concluyó dirigiéndose al francés.

—Bondadosos me sois en demasía, señores —habló Marín, con un tono de voz pleno de viril entereza—. Yo non hago nada que non sea hacedero por cualquiera, bien que deseara hacer lo más por pagar deudas de gratitud con quienes salvaron mi hijo de los Presidios de Chile... —y, tomando de manos de Pedro Marín, la hoja recién forjada y bruñida, se la tendió a don Rodrigo diciendo—: E a V.M., señor, toca decirme qué opina de aquesta hoja.

—E decidnos, si lo sabéis, lo que significan aquessos signos que veréis grabados en ella —dijo Stúñiga.

D. Rodrigo tomó el acero y lo observó atentamente. Era una hoja un poco más delgada de lo que ordinariamente solían serlo las usadas en la época; oval en su sección transversal, tenía los filos finamente acabados; sobre el tercio superior y como a un palmo del nacimiento de la espiga, la hoja mostraba, por ambas caras, unos raros dibujos —como de escalones que se truncaban figurando marcos que encuadraban figuras que bien

podrían ser imágenes de animales. Observando cuidadosamente se podía ver, en medio de unos tales marcos, las imágenes del sol y de la luna, primorosa y hábilmente disimuladas entre las volutas cuadrangulares que formaban el peregrino y caprichoso conjunto del grabado. D. Rodrigo miraba con detenida atención los dibujos; luego alzó la mirada hacia Marín, quien sonrió levísimamente; el capitán, como desentendiéndose de los tales dibujos, puso todo su empeño en probar las cualidades del acero.

—E bien, ¿qué decís de aquese acero, don Rodrigo? —tornó a preguntar Stúñiga.

—Bien os ha picado la curiosidad, Stúñiga —dijo don Jaime.

—Páreceme que le sobra motivo —afirmó el francés.

—Finamente forjada está, por mi fe —repuso don Rodrigo—. ¿Habéis probado los filos, Francisco?

—Como no lo esperaréis, señor —le enseñó el barrote de hierro cortado profundamente por el acero—, ved que no hay mella en su filo —afirmó señalando la hoja.

—Ved aquesta hoja, rapaces —llamó el Capitán Illescas—. E catad de cuán grande manera este buen Marín forja sus espadas.

Acercáronse los mancebos y examinaron la espada. Nicolás Pablo pronto advirtió los grabados de ella y llamó la atención a su amigo.

—Extraños dibujos son aquestos, tío —observó el de Ludueña.

—¿Sabéis vos qué significan, don Rodrigo? Díjome señor mi padre que suelen ponerse en las hojas ciertos signos para conocer quién las forjara, ¿serán para tal objeto aquestos? —preguntó Nicolás Pablo.

—¿No veis, Ponce, que tan delicado encaje de líneas y tan nueva figura dellas no podría hacerse sino en un gran espacio de tiempo —explicó D. Jaime—, y siendo tal no podrían ponerse sino en muy contadas hojas? —luego volviéndose a Marín, tornó a inquirir—: Decí ya, Marín, si han algún significado aquestos signos.

—¿Qué piensa V.M., don Jaime? —dijo por fin el espadero mirando fijamente al de Lastra.

—Huélenme a hechicería —opinó éste, luego de un buen espacio de meditación, puestos los ojos en los grabados de la espada.

—Acaso acertásteis, señor —respondió Marín.

—¿No teméis, por ventura, a la Santa Inquisición,² Francisco? —terció Stúñiga.

2 La Santa Inquisición fue una institución que tenía el objetivo de combatir la herejía. En América continuó la tradición de impedir las prácticas judaicas y todas aquellas que se salían de lo previsto por la Iglesia Católica. Para los indígenas y sus prácticas estaba la extirpación de idolatrías.

—Como temella, ¡vive Dios que sí!, pero —y miró a los cuatro caballeros y a los mancebos que le rodeaban, con una fría y penetrante mirada—: ¡Entre caballeros estoy y para caballeros hablo!

—Marín, pruebas os hemos dado de que podéis confiar en nosotros —dijo gravemente D. Rodrigo.

—¡Señor!, non dudo de vosotros —replicó casi interrumpiendo el espadero—, más bien sé, que en veces, sin ánimo de hacer el daño se le hace y dó hay mal entendimiento non hay palabras buenas... Haced cuenta pues que nenguna cosa habéis visto, agora, en aquesta espada.

—¿E habremos de ignorar el secreto? —inquirió Stúñiga.

—Si tal virtud, como la que busco para esta hoja ha de aposentarse en ella, menester es que sepan solamente descifrar aquestos signos quien los hizo e quien ha de usalla... Yo mesmo ignoro qué cosa significan...

—¿No los labrasteis, vos, acaso? —preguntó D. Jaime.

—Labrélos yo de mi mano, pero era ajena la voluntad que me guiaba —repuso Marín.

—¿Nigromante? —dijo Stúñiga.

—*Amauta* —fué la breve y seca respuesta de Marín que, tomando la hoja de manos del señor Latrille que la miraba, continuó—: Ea, señores, ruégovos olvidaros de aquesto. Creo haber oído, señor don Rodrigo, que aquestos mancebos vinieron con V.M. por ver mi trabajo.

—Sí, Francisco, días ha hablábamos de armas e Nicolás Pablo díjonos que quisiera ceñir una espada de las que forjáis, porque el señor de Ponce alabólas en su presencia.

—Grande honor ha me dispensado siempre el señor de Ponce, ansí como V.M., señor don Rodrigo —repuso Marín—, pero non creo que sea sino vuesa natural bondad que os hace ver mejores mis espadas, que las que en esta Villa se forjan, e menos aún que iguallen siquiera las “del perrillo”, por exemplo... Empero, paréceme que la traza de temple, que agora hago, me vale mejor que aquessa que enseñáronme en Toledo, pues que agora las hojas toman mejor el filo y se mellan menos “aína”...

—¿E cuál modo de temple es aquesse? —preguntó Stúñiga.

—¿Trocaríais vos también, acaso, vuesa espada por mi oficio? —inquirió, zumbón, el espadero.

—¡No, por mi vida! —repuso vivamente el caballero.

—Aquietaos, Stúñiga —habló sonriente el capitán Illescas, mientras los otros reían del cómico espanto con que Stúñiga diera su respuesta—, quietaos, que non os forzarán al trueque...

—E bien, don Nicolás —dijo Marín dirigiéndose al de Ludueña—, ya que habéis venido a verme trabajar, quiero serviros —y diciendo así, volvióse hacia sus operarios y les mandó trajesen una varilla de hierro ya preparada y se dispuso a la tarea de recubrirla con la lámina de acero que, luego de templada, habría de tomar los filos.

La fragua volvió a vibrar toda con el resplandor de los fuegos y el recio golpear de las combas y martillos. Pedro Marín, multiplicándose, ayudaba a su padre en la ruda tarea, atendiendo tan pronto a los fuegos como a poner al alcance de la mano del forjador las herramientas que, sucesivamente, iba éste precisando.

Atentísimos ambos mancebos seguían el trabajo, mientras, un poco apartados, los cuatro caballeros conversaban animadamente.

La oscuridad fué invadiendo la estancia, sólo iluminada ya por el resplandor de las encendidas fraguas, cuyo fulgor rojizo ponía rotundos trazos en la recia estampa del espadero, en torno a quien se movían las negras figuras de sus atareados ayudantes.

—Ea, mochachos —dijo a este punto el Capitán—, hora es de marcharnos ya... Otro día, con mayor espacio, veréis mejores obras.

—Bien es verdad, señores —añadió el de Lastra—, aún nosotros dejámonos vencer del palique³ e no son sitios de andar a oscuras, aquestos...

—Temeroso andáis, días ha, don Jaime, ¿receláis algo vos? —preguntó el caballero Stúñiga.

—¿Quién no anda receloso agora? —repuso Lastra—. Gentes viven en la Villa que debieran estar en prisiones.

Había ya Marín detenido su trabajo; dos gruesos hachones, encendidos y sujetos a las paredes por sendas argollas de hierro, alumbraban ahora la estancia; recogían los operarios las herramientas y apagaban los ya inútiles fuegos.

Encaminábanse los caballeros en demanda de la puerta, cuando, lento y grave, vino hasta ellos el son de la campana mayor de la iglesia de San Pedro: el Ángelus.⁴

Detuviéronse todos, destocáronse los caballeros e inclinaron las frentes; los mancebos hicieron lo mismo y doblaron una rodilla; postráronse

3 Según la RAE palique significa “conversación de poca importancia”.

4 El Toque del Ángelus era un llamado a la oración por las campanas, y como se hacían varios toques en distintos momentos de la jornada, por convención marcaban la hora del día. El Toque del Ángelus se hacía tres veces al día, señalaba la oración del alba, la del mediodía y la del fin de la tarde; el Toque de Ánimas se daba alrededor de las 9 de la noche, al recogerse a casa; y el Toque de Queda, con resonancias militares, marcaba la prohibición de salir.

los indios y los mestizos, doblándose hasta el suelo aquellos y Francisco Marín, erguido en medio, alzó su voz entera y varonil y comenzó el rezo de ritual: “*Angelus Domini nuntiavit Mariae...*”.

Elevóse el coro de voces graves respondiendo al rezo y mientras éste proseguía, llegaban, en espaciadas ráfagas, los ecos de la campana... Un golpe de viento penetró en la estancia; flamearon los hachones y un religioso silencio siguió al rezo que puso un hálito de misterio en la fragua de Francisco Marín, el espadero...

Capítulo vi

Hervía la ciudad en regocijado bullicio desde la mañana de aquel día, tercero de los festejos con que se celebraba el advenimiento del nuevo Corregidor, D. Álvaro Patiño.¹

La Villa toda festejaba jubilosa tan grata ocasión en que el nombramiento del citado Patiño venía a liberarla de la detestada férula de D. Juan de Lupidana, cuyo segundo gobierno provisional causara tantos daños a sus moradores: aborrecieronle los acaudalados “azogueros”, despreciaronle los señores y temieronle los plebeyos, porque su insaciable codicia hacía buscar cuanto pretexto fuera posible para extorsionar a quienes bajo su mano caían.

Dos días ya que, despierta de nuevo la vieja rivalidad entre criollos y peninsulares, extremeños y andaluces, vascuences y castellanos, ponían, unos y otros, a prueba su gallardía en justas, cañas, alcancías y toros. Dos días en los cuales el pueblo acudía a tomar sitio entre los tablados contruidos, casi en todo el contorno de la Plaza del Regocijo para que las gentes de alcurnia contemplasen a su sabor el espectáculo.

En frente de las Cajas Reales, alzábase el tablado en que habrían de tomar colocación el nuevo Corregidor, sus familiares y los oficiales del gobierno; sobre el lado oriental y al costado del mesón de Martín Igarzabal, alzábanse dos tablados separados ambos como unas veinte varas uno del otro; magníficamente engalanados mostraban, en la riqueza de sus colgaduras y en el ostentoso despliegue de bruñida platería, que quienes los levantaron y habrían aquella tarde de ocuparlos, trataban de superarse con el indudable fin de atraer hacia sí la atención del flamante Corregidor.

1 Afirma Arzáns en *Historia de la Villa Imperial de Potosí* (Primera Parte, Libro vi, Capítulo 1, pp. 243 y ss.) que el general don Álvaro Patiño fue el corregidor que sucedió a Lupidana, sin embargo, las notas de la edición citada aclaran que nunca fue corregidor sino teniente de corregidor y que no asumió en la fecha señalada por Arzáns. Viaña, empero, sigue la versión mencionada en *Historia*.

Abiertas aún las barreras que cerraban la Plaza, circulaban por ésta toda suerte de gentes y buen número de ellas agrupábanse delante de los antedichos tablados comentando, muchos en voz alta, las gallardías, diferencias, semejanzas, etc., de cada uno, suscitándose a menudo violentos altercados entre los curiosos sobre cuál de las dos familias que los alzaran era de mayor alcurnia o a cuál debíase mayor homenaje.

Los indios “mingados” habíanse dado cita aquella tarde, como en ninguna otra de las anteriores, y andaban en grupos por la ancha Plaza; habíanlos vistosamente trajeados, pero en su gran mayoría veíaseles sucios y haraposos. Taciturnos y silenciosos los más viejos habíanse agrupado en el centro del amplio cuadrilátero y desde allí, como asustado rebaño, procurando pasar inadvertidos, atisbaban a los blancos y mestizos que a su lado pasaban. Al centro del grupo, apenas visible en medio de ellos, insinuábase la silueta del viejo Mallcu que, envuelto en un raído poncho, ornada su frente con la franja roja y las tres plumas negras, miraba hierático frente a sí sin dar muestras de ver ni oír cuanto en su derredor pasaba.

De momento a momento crecía el estrépito en la Plaza; los tablados hallábanse ya casi colmados de gentes y, por debajo de ellos, innúmeras personas apretujábanse ansiosas de no perder detalle de la fiesta. Tan solamente los tablados del Corregidor, y aquellos otros del lado oriental, hallábanse aún vacíos.

Adelantábanse, en ese momento, hacia el grupo central de mingados, hasta una veintena de mujeres cubiertas de oscuros mantos y llevando sobre la cabeza grandes cestas también cubiertas. Iban en dos filas; las más pequeñas, delante. Llegadas que fueron al grupo abrióse éste respetuosamente y cerróse luego haciéndose más compacto y ocultando a las miradas de las gentes aquello que, para la despierta curiosidad de los desocupados, trascendía a misterio.

Algunos, audaces, trataron de forzar el paso, pero hubieron de resignarse ante la imposibilidad de una empresa cada vez más difícil por el continuo aumentar de mingados que, desde los cuatro ángulos de la Plaza, llegaban silenciosa pero inexorablemente.

Airosamente ataviado, jinete en gallardo corcel sencilla más hábilmente enjaezado, Nicolás de Ludueña llegó cerca del compacto grupo; detuvo con mano firme su cabalgadura y, empinándose sobre los estribos, tendió la vista hacia el centro de aquel racimo humano.

—Catá, Téllez, aquesta rara reunión de naturales —dijo volviéndose hacia el mayordomo que le seguía a guisa de espolique²—. Tengo para

2 Según la RAE espolique significa “mozo que camina junto a la caballería en que va su amo”.

mí –continuó– que algunas malas artes aparejan, porque veo un corro de tapadas e a un viejo, que semeja un muerto, con tres plumas negras sobre la frente y que está sentado en medio dellas.

—¿Dice V.M. que lleva tres plumas negras sobre la frente?

—Sí, e tiene los labios tan delgados que casi parece no tener boca y tiene la tez de oliva...

—¿Véle V.M. una vincha roja en la frente?

—Sí.

—Pues ese es Mallco, señor. Bien piensa V.M. si piensa que avengan graves daños... ¿Qué más ve V.M.?

—Nada más que sea decidero... Hanse los hombres apiñado más e non puedo ver al Mallco... ¿Quiéresme decir quién es ese viejo y de cómo lo conoces? –y Nicolás obligó a su cabalgadura a ponerse nuevamente en marcha, casi atropellando a los que le rodeaban, quienes se apartaron espantados y gritando amenazas que el mancebo parecía no oír. Téllez, aprovechando esta momentánea confusión, se perdió (sin responder a su señor) entre la multitud.

Nicolás, al no tener respuesta, volvió un momento el rostro en busca de su espolique y, al no hallarlo, sonrió e hincando las sobredoradas espuelas en los ijares de su cabalgadura, prosiguió su marcha en dirección del Convento de Santo Domingo.

Entre tanto, entraban ya en la Plaza los Alguaciles del Cabildo y los soldados de la Guardia del Corregidor, dando voces para que se despejase el recinto donde habían de correrse los toros.

Amparáronse los más debajo de los tablados o tras de las barreras que cerraban las bocacalles, quedando siempre al centro el grupo de naturales, aunque muchos de ellos, amedrentados por el estrépito y las voces de soldados y alguaciles, huyeron espantados hacia los cuatro ángulos de la Plaza.

La tarde, radiosamente serena, con un sol alto aún sobre el horizonte, un cielo intenso de azul y manchado de grandes nubes blancas, presagiaba, bajo el bochorno estival, una fiesta preñada de emociones. En el toril construido al costado de la iglesia Matriz, con fuertes vigones, pateaban hasta seis recios y bien encornados toros, traídos de las vegas limeñas con ocasión de las fiestas celebradas en honor del Rey D. Felipe III.

Hormigueaban por el descampado de la Plaza, por tablados, barreras y bocacalles, los vendedores de alojas, mazapanes y rosquillas, seguidos de la avidéz de los chicuelos y la golosa mirada de los indios quienes debían contentarse con verlos pasar.

Sonaron largamente las trompetas y atambores de la Guardia del Corregidor; todas las miradas se clavaron en el tablado sobre el cual apareció el nuevo gobernante rodeado de los Alcaldes, Veedores, Veinticuatro y Oficiales de la Casa de Moneda. Acomodóse aquel, en el adosado sillón levantado en el centro del amplio tablado y flanqueado por dos alabarderos; rodeáronle los demás oficiales; todo el palco vióse luego ocupado por las familias de los oficiales y ricos “azogueros”, en su totalidad vascuences que, orgullosamente, ostentaban así su privanza con el nuevo Corregidor.

Como reguero de pólvora, extendióse por los tablados y barreras ocupados por castellanos, criollos y andaluces, un sordo murmullo que decía, bien a las claras, cómo la actitud del Corregidor, dando sitio a su lado a los odiados vascuences, había venido a enconar más los airados ánimos de los belicosos criollos.

—¡Catá, Mendo —y hablaba un bigardón de atravesado mirar a un mozo que se hallaba a su lado—, ya han los renegados vascuences comprado al Corregidor!

—Buenos pesos costárale el ganalle —repuso el otro.

—¡Menguada fortaleza que rindióse al primer asalto! E apenas ha diez días de gobierno... ¡Hanle ganado más barato que a un sábalol!

—A más de uno le saldrá indigesto...

—¡Non será a barriga vascuence, empero, voto a Dios!

—¡Mirad, Alvar, e dejaos de reniegos! —interrumpióle el otro señalando hacia el centro de la Plaza—. ¡Mirad qué cosa significa aquessa reunión de naturales!

La amplitud de la casi desierta Plaza, rodeada de tablados y barreras repletas de gente, pareció dilatarse y suspenderse de silencio. Desde el centro de ella, el compacto grupo de naturales se fué alongando como una sierpe cuya cabeza, formada por los más jóvenes, se dirigía hacia el tablado del Corregidor quien, desde lo alto de su sitial, observaba, receñoso, lo que acontecía.

Llegados los primeros “mitayos” al pie del tablado, abriéronse las dos columnas que aquellos formaban, como unos 30 pasos una de otra; por en medio avanzaron las mujeres quienes ahora, despojadas de sus mantos, aparecían vistosamente ataviadas, llevando sobre sus cabezas los antedichos cestos, descubiertos ya; veíanse en ellos labrada platería, finísimos tejidos, vistosísimos plumajes y variados frutos de la tierra; detrás de las mujeres, venía el viejo Mallcu; alta la frente ornada con el cintillo y las plumas, hierático el semblante, avanzaba pausado dando la neta impresión de ser, pese a sus humildes y aún raídas vestiduras, un señor entre aquella atormentada gente que, en apiñado montón, le seguían. Junto a él, un indio

joven, no mal trajeado y de avisado continente, llevaba en sus manos un vaso de berenguela primorosamente tallado.

Cuando las primeras mujeres llegaron a la altura a la cual se había detenido la columna, separáronse también en dos alas cerrándose en semicírculo tan pronto como Mallcu y su acompañante llegaron al frente del tablado; detrás se apiñó la negra masa de “mitayos”.

Lentamente el *amauta* alzó los brazos sobre su cabeza, mientras se posternaban hombres y mujeres, tendiendo estas últimas sus presentes al Corregidor.

El silencio y la curiosidad dominaban el amplio recinto de la Plaza.

—¡*Sumac Apu! Ichatacpis ñahuiniqui phiña phiñata kahuahuasaycu...*—lenta, pero segura y grave, se elevó la voz del viejo Mallcu; hablaba su propia lengua y, en sus viriles inflexiones sentíase latir los pensamientos plenos de profundo y rebelde dolor. Púsose de pie don Álvaro Patiño y, con imperioso gesto, mandó callar a Mallcu, quien se detuvo en medio de una frase, sin otro signo de sorpresa que un rápido fulgurar de sus pupilas, sólo visto por la avidez del mestizo Téllez que, agazapado entre las gentes apretujadas debajo del tablado del Corregidor, seguía con impaciente interés la escena que ante sí se desarrollaba.

—¡Señores!—dijo el Corregidor, volviéndose hacia sus oficiales e invitados—, ¿hay alguno entre vosotros que me pueda declarar aqueste discurso que hace el indio?—un grave moscardoneo se extendió por el tablado, pero nadie, entre todos, se ofreció para el efecto—. ¿Ninguno hay?—prosiguió el Patiño—. ¿Nin de vosotros tampoco, señores Veedores del Cerro? ¿E de qué modo, entonces, hacéis vuestras justicias?

—Cuidamos usar de lenguaraces, señor—expuso un orondo vascuence que oficiaba de Alcalde Veedor del Cerro.

—E así aquessos vos engañarán, como cuentan que el Filipillo hizo con el señor don Francisco Pizarro—repuso Patiño—. Buscad entonces, cerca, algún “lenguaraz” agora—añadió medio enfadado.

Prestamente descendieron del tablado algunos alguaciles y pronto regresaron trayendo con ellos al mayordomo de la casa de Ludueña. Con humildad casi rastrera, llegóse Téllez al solio del Corregidor. Éste miróle apenas.

—¿Sabes la lengua de aquestos naturales?—preguntó Patiño.

—Séla, señor...

—Dí, entonces, a ese viejo que prosiga su plática e declárame lo que diga.

—Servir he a Su Señoría...

Acercóse Téllez a la balaustrada del tablado e, inclinándose hacia afuera, habló a Mallcu en su lengua. Éste, sorprendido, negóse a continuar y

volvió la espalda. Empero, delante de él la multitud de mitarios, arrodillados e implorantes, semidesnudos muchos, llevando en sus facciones la huella de sus torturas y más allá de ellos los armados guardias, le mostraron la inutilidad de su rebeldía y, volviéndose al cabo hacia el Corregidor, habló.

Atentamente seguían todos con la mirada el gesto dolidamente altivo del viejo *Amauta*. Cuando éste cesó de hablar, un sordo sollozo estalló entre la multitud de indios postrados en tierra, alzáronse todos los brazos al cielo y un solo grito brotó de todas las bocas: ¡*Apu, kjuyarihuaicu!*

Mallcu bajó los ojos y cruzóse de brazos mientras Téllez volvíase hacia el Corregidor.

—Señor: Aquesse viejo e aquessos mitarios han venido a traer sus ofrendas, sacrificando sus haciendas, porque V.M. sea benigno con ellos y oya sus cuitas. Dicen que luengos años ha non pueden tornar a sus tierras; que en vano sabias leyes ordenan que cada uno pueda hacerlo cumplidos los cuatro meses de su faena, pero que nunca pueden lograrlo. Que sus señores prívales de luces e bastimentos que ellos han de pagar luego de sus propios jornales, con que quedan presos de deudas e han de mingarse para redimillas. E dice más, que seáis servido de pedir al Señor don Felipe, nuestro Rey, que Dios guarde, que mande quitar la carga de los granos e tomines que también merman su paga. E aún dicen que jamás han sido pagados del medio real por legua de camino de sus tierras como se tiene mandado; e que los Capitanes de la Mita exigenles galas, vicuñas e alhajas; e quéjense también de sus señores...

—Basta ya —interrumpió vivamente don Álvaro Patiño—, dí a ese viejo que todo se proveerá en justicia; que de mano de letrado mande forjar un memorial al Visorrey e que agora despeje el campo, que harto tiempo se ha perdido ya de los juegos.

Téllez tornó a hablar con Mallcu que, al escucharlo, dejó vagar por sus descoloridos labios una amarga sonrisa

—E dí también —añadió el Corregidor interrumpiendo al mestizo—, que aquessas ofrendas que trajeron sean entregadas al mi mayordomo que agora baja a tomallas.

Mallcu volvióse a los suyos y les habló seca y bruscamente; levántanse todos y, como asustado rebaño, alejáronse hacia la esquina nor-teña perdiéndose por ella; a la zaga y siempre precedido por hombres y mujeres, el *Amauta* fué también del recinto.

Quedó la Plaza casi desierta.

Recorríanla en todas direcciones guardias y corchetes, alejando a los remisos, golpeándoles con los cuentos de sus picas y varas.

Sonaron nuevamente las trompetas y por las cuatro barreras de las esquinas penetraron en ella los caballeros que habían de correr los toros en esa tarde. Tras de ellos venían peones para acudir a sus amos y tratar, a su vez, de ganar las ricas enjalmas^[3] con las que se acostumbraba adornar los toros.

Venían los caballeros en cuadrillas capitaneadas por los más destacados mozos de la Villa. Montaban briosos corceles, traídos de Lima o de Chile, lujosamente enjaezados. De las cuatro cuadrillas, dos eran formadas por mozos criollos y andaluces y las otras dos por vascos y extremeños. Capitaneaban las primeras D. Gonzalo del Soto y Juan Pimentel, garri-dos mozos que, hechos a juegos de esta especie, ambicionaban ganar el galardón de una sonrisa de ciertas damiselas que se holgaban ahora en el tablado del señor de Ponce de León y sus amigos. Las cuadrillas vascas capitaneábanlas el Conde de Carma y D. Alvar de Arregui, ambos montados en briosos caballos limeños; llevaba el de Carma, junto al hierro de su pica, un banderín con las flamantes armas de su casa, sobrecordadas en plata y oro en damasco carmesí.

Ancho rumor acogió la entrada de las cuadrillas; daban voces los villanos; agitaban minúsculos pañuelos de encaje las damas y aprobaban, con severo gesto, los señores.

Las cuatro cuadrillas llegaron al centro de la Plaza; inclinaron todos sus picas en señal de acatamiento y luego, emparejados los Capitanes y puestos en hileras de a cuatro los lidiadores, avanzaron hasta el tablado del Corregidor, quien se alzó de su sitial, en cortés saludo, cuando las cuadrillas le rindieron pleitesía.

Conforme pasaban las cuadrillas, una damisela, en el tablado del Corregidor, rehuía afanosa el mirar de dos caballeros que la asaeteaban con los ojos; a su lado, grave y altanero, su padre, D. Juan de Arismendi, posaba la mirada, con evidente afecto, en el Conde de Carma.

Cumplido este deber, disgregóse el bando y cada cuadrilla fué hacia el punto de donde partiera aprestándose a la lidia. Descabalgaron muchos para que sus criados y espoliques revisasen las sillas; cambiaron, los más, sus vistosas picas por otras más recias y severas.

—Catá el de Carma, Pablo —dijo Ludueña a su amigo el de Ponce, mientras se afirmaba en su silla y aferraba su fuerte pica—, non parece sino que piensa ganar su dama aquesta tarde...

—Ganarála, sin duda, Nicolás —repuso su amigo— si lidia de la mesma suerte que ayer...

[3] Enjalma: Aparejo de animal de caza.

—Culpa fué del Téllez que non llegó en tiempo con aqueste corcel...
¿Cómo había de lidiar si mi caballo asustábase “aína” del toro?

—Dominárasle tú, que vigor non te falta...

—Doméle bien, pero perdí en el empeño tiempo que el de Carma usó en su provecho. Mas agora te fío que nenguno en la Plaza me abajará.

—¿Ha te mirado la dama?

—No, que andaba afanosa con su tocado...

—¿E viste el favor que lleva prendido al pecho?

—¡Ganaréle yo aquesta tarde!

El agudo son de un añafil,^[4] largo y vibrante, resonó en la Plaza; apagóse a su conjuro todo rumor en ella y del toril salió un magnífico berrendo, corniveleto y ojizarco que en impetuosa corrida llegó hasta el centro del cuadrilátero. Llevaba coronada la testuz con lazos de colores y cubierto el lomo con rica enjalma de seda bordada en oro y cubierta de relucientes monedas de plata.

Alborotóse, de nuevo, la multitud apiñada en tablados y barreras; mozos gallardos corrieron con capas desplegadas hacia el animal que, baja la testa, arañaba con furia la tierra; rodeáronlo como enjambre de tábanos, tratando cada uno de aprovechar un buen momento para arrancar a la bestia la preciada enjalma o el rico adorno del testuz.

Revolvíase el bruto impetuoso y fiero y a cada envión producíase un desbando de los acosadores, mientras gritos y silbidos asordaban el aire.

De pronto el toro arrancó, fulmíneo, precipitándose sobre el núcleo más numeroso de sus enemigos, los que sorprendidos no acertaron con la defensa, y abrióse paso derribando hombres en el ímpetu de su carrera.

Desbandóse aterrada la turbamulta de los peones; dos cuerpos quedaron tendidos en tierra y alguien, perniquebrado, arrastrábase, clamando socorro con roncós y lamentables gritos, hacia la barrera más cercana.

Dos jinetes, desde opuestos extremos, volaron hacia la rabiosa bestia; uno de ellos, montado en fuerte alazán y con la pica en ristre, llegaba ya cerca del enfurecido animal, cuando el otro jinete, clavando en los ijares de su cabalgadura sus agudas espuelas, la lanzó contra su descuidado contendor quien, atento sólo al corniveleto, no pudo impedir el choque que hizo doblar los corvejones a su caballo y por poco lo desarzona a él mismo. Pasó el atropellador como una tromba; miróle el de Ludueña —pues era él el atropellado— y palideció de rabia.

[4] Añafil: Trompeta recta morisca, parecida a la tuba romana.

El de Carma, sin preocuparse de su rival alanceaba ya, con firme y seguro brazo, al berrendo que doblando las patas delanteras, rodó sin vida.

Mas, de poco le valiera su hazaña, si con rapidísimo movimiento, más bien intuido que pensado, no hiciera saltar a su corcel de costado, pues ya sobre él venía, ciego de ira, el de Ludueña; aprestóse a la defensa el de Carma, cuando Nicolás revolvió su caballo para repetir su embestida, pero llegaron en tropel los demás cuadrilleros e, interponiéndose entre los rivales, evitaron mayor daño.

—¡Dexadme ya, voto a Dios!, señores; ¿non veis que me afrenta? —decía Nicolás a sus amigos.

—Mal tiempo buscáis para venganza, don Nicolás —habló, un mozo a su lado—; ¿non veis que el Patiño os tiene entre ojos, por aquello de la alcancía?

—¿Débole la honra al Patiño, por acaso? —replicó iracundo el ofendido mancebo.

—Pero él ha de sartén por el mango...

—Envalde mensaje al de Carma, porque os aguarde esta noche tras los muros de San Francisco —aconsejó alguien.

—Mal responderá al reto el felón, don Jaime —dijo algún otro.

—Reposa, Nicolás, que veremos de vengar tu agravio —afirmó Ponce—, que sobre nosotros tomamos la empresa...

—No, que he de ser yo mismo a arrancalle la vida —concluyó Nicolás, con voz fría y resuelta, detenido ya en su ímpetu primero.

Ponce de León atravesó en ese instante su caballo por delante del de su amigo, para que éste no viese cómo el de Carma, empinado sobre sus estribos, recibía un favor de cinta rosa que la damisela de Arismendi colocaba, entre aplausos de sus amigos, en la punta de la lanza del caballero.

Fuéronse los justadores nuevamente en procura de sus reales y sonaba ya largamente el añafil anunciando la salida de un nuevo toro, cuando resonó en la Plaza un agudo grito de mujer que parecía venir del lado del mesón del vasco Igarzabal; volviéronse todas las miradas hacia ese lado de la Plaza y pronto vieron aparecer, en uno de los balcones de aquella casa, al fornido vasco llevando en vilo a un hombre al que arrojó, por encima de su cabeza, sobre las piedras de la Plaza.

—¡Es el Enríquez! ¡Mueran los vascos! —se oyó gritar a alguno y violentamente todo el aire se pobló de gritos semejantes.

Vióse al viejo Enríquez descender presuroso del tablado que, con el señor de Illescas y sus amigos ocupaba, y entrar, seguido de sus parciales, espada en mano en la casa. Corrieron vascos a atajarle el paso, acudieron

criollos y andaluces en su ayuda, envió el Corregidor a su hermano Mendo, con soldados, para apaciguar el tumulto que crecía por momentos. Toda la Plaza hervía en gritos, ruidos de armas, ayes y alaridos: ¡Favor al Rey! ¡Muera el malhechor! ¡Mueran los vascos...! Y sobre tal baraúnda resonaban los arcabuzazos dominando el chasquido de los aceros y la algarabía de las voces.

—¡Date preso, felón! —gritó don Mendo Patiño, lanzando su caballo sobre un hombre que acababa de tender a su adversario de una furiosa estocada.

—¡Vete al Infierno! —aulló el hombre extendiendo el brazo hacia el jinete; sonó un pistoletazo y el hermano del novel Corregidor cayó pesadamente de su cabalgadura...

Capítulo VII

Atentamente y a la luz de un velón que él mismo sostenía, observaba D. Alonso de Guzmán una gran jofaina^[1] puesta sobre el fuego de una hornilla baja.

Hervía en ella una espesa sustancia de aspecto terroso y color amarillo-rojizo.

Luego de un gran rato, D. Alonso vertió en la jofaina un buen puñado de otra tierra blanca con lo cual, al revolver la mezcla, se levantaron gruesos vapores y, luego de oírse un agudo chirrido, una fuerte explosión echó fuera casi todo el contenido del recipiente.

Hízose atrás, en vivo gesto, D. Alonso, y ganó la puerta, con un gran alarido, el indio que cuidaba del fuego.

Enérgicamente llamó D. Alonso al fugitivo, quien se acercó temblando.

—Quita esta jofaina del fuego e llévala fuera, pero no tires nada; cuando se haya enfriado, la tornas —ordenóle.

Y mientras el sirviente cumplía el mandato, se llegó a una mesa donde, luego de sentarse frente a ella, releyó atentamente unos papeles que allí tenía.

Amplia era la habitación; abovedado el cielo raso y con estrechos ventanales en lo alto de las paredes, casi cubiertas de hollín, lo cual aumentaba la oscuridad de la estancia.

Difícil era para quien, recién entrado en la habitación, quisiera ver algo en ella, pues habría de pasar aún un buen rato antes que sus ojos pudieran, habituándose a la media luz, adquirir un cabal concepto del lugar.

El de Guzmán tomó la pluma y escribió largo rato entre los renglones de los papeles que leía.

[1] Jofaina: Palangana de gran diámetro y poca profundidad.

Entró luego el criado trayendo de nuevo la jofaina con su contenido ya frío.

—Ya es frío, señor —dijo en voz humilde y temblorosa aún.

—Toma entonces una parte del cocimiento, aquesta que es dura —añadió indicando una costra formada al enfriarse la mezcla sobre el resto de la masa que permanecía viscosa—, muélela en un mortero e luego has de lavar la “harina” en la canal de las pruebas por ver si encuentras pella²... Lavar has con sumo cuidado, pues, es bien seguro que buena parte de la plata hase aposentado en aquesta costra.

Salió el criado y D. Alonso tornó a su estudio.

—Dios os guarde, señor don Alonso —habló alguien con dejo familiar y cariñoso desde la puerta—; que supongo que acá estáis pues busquéos por toda la casa, si non es en este antro...

—¡Ah, don Pedro! —repuso alzándose de su asiento el señor de Guzmán—. ¡Bien me honráis con vuesa visita!

—¡Válame la Virgen,^[3] don Alonso! ¿Cómo es que podéis vivir en aquestas tinieblas? Apenas logro veros —dijo don Pedro Ponce al entrar, estrechando la mano de su amigo—. ¿Que hacéis agora, don Alonso? Días ha que no os veo. Esperéos ver en las fiestas, pero faltástedes. E vuessio sitio en nuessio tablado quedó vacío durante todas las fiestas... ¿Es que habéis enfermos en casa?

—No, don Pedro, si non es que doña Elvira e las mis hijas bajaron al valle días ha e a mí vínome el deseo de trajinar un poco con aquestos “pacos”. Ansí es que pasóse el tiempo e non cuidé de fiestas... ¿Galanas estarían?

—Galanas sí, pero asaz malsanas...

—¿Alborotos?

—E bravas muertes... Sabed que don Mendo Patiño es muerto...

—¡Válanos Cristo! E luego, tan recién llegado...

—E más aún, que matáronlo bajo los mismos ojos de su hermano que agora ha preso muchos andaluces por hallar el matador; sabed también que el de Carma fué a traición sobre Nicolás de Ludueña por lancear un toro e ganalle la dama; que el mozo anda agora taciturno e buscando venganza; que el mi hijo le acorre e que mucho me temo que peores sucesos ocurran...

—Non sería maravilla, don Pedro, que siempre unas muertes aparejan otras. ¿E por qué non consejádes a don Rodrigo que mire por su sobrino

2 A decir de la RAE pella significa “masa de los metales fundidos o sin labrar”.

[3] Válame la Virgen: Vágame la Virgen.

e le quite la ocasión enviándole al valle porque olvide la damisela?, que la ausencia es buena medicina para el corazón... A más que aquesta vez, como tantas, non pasará de ser enamoramiento más de ojos que de corazón...

—Egual pienso yo, don Alonso, pero inútil será mentar tal empeño a don Rodrigo que está ganado por el amor de su sobrino; e bien tozudo es el mocito... E habrá de cobrarse el agravio. E bien mirado, vale más así, que nunca criollos deberán ser menos que los vascos...

—¡Ay, don Pedro!, que vos también andáis mostrando la hilaza... Quédese eso de los bandos para gente desocupada e villana, que los hidalgos non hemos de mezclarnos en cosas de cobdicia... ¿No catáis, amigo, que quienes azuzan los bandos son todos fríos de bolsa e calientes de estómago como diz el sabroso *Lazarillo* que sin duda habréis leído ya?

—Verdad es, en parte, lo que decís don Alonso, mas catad vos, también, que aunque de la gleba naciese, es movimiento éste que dará bien-estar a quienes han mayor derecho: quien en una tierra nace sustentarse ha de ella.

—Tierra es ésta, don Pedro, que sustentará a todo el que en trabajalla se empeñe.

—No será mientras unos pocos –y esos, vascos engreídos y soberbios– dominen la Villa; que agora, véislo vos mesmo, sólo medran en ella Azpeytúas e Arósteguis... ¿No veis cómo ya ni labrar “Ingenio” podemos?

—Mucha verdad es ésa, don Pedro, e pienso yo que non hay fácil salida en este atolladero.

En ésto andaban los hidalgos cuando entró el indio ayudante trayendo una poca pella recogida de las costras que se mandara lavar.

—Esto es lo hallado –dijo en voz baja el indio.

—¿Nada más? –inquirió don Alonso.

—Nada más, señor.

—¿Lavaste con cuidado de no perder pella?

—Sí, señor.

—Bien, deja acá eso y enciende nuevamente la hornalla; tomarás esos “pacos” mesmos e tornarás a cocerlos como antes –ordenó don Alonso y volviéndose hacia su amigo, continuó–: Paréceme, don Pedro, que non hallaremos modo de mejorar el beneficio de aquestos nuevos minerales... E aquesse buen don Alonso de Barba que non da señales de vida... ¿Sabéis vos, por ventura, dónde se halla?

—No, que también perdí su rastro.

—Dél son aquestas notas que leo y que agora trato de conformar con lo cierto, mas, por la experiencia que agora hice, creo que el buen don Alonso anda desacertado...

—¿Qué fecisteis?

—Cocí en aquessa jofaina un poco de los “pacos” que dá el Cerro, como aconseja el Padre, e añádle un poco de “almojatre”, con que luego con gran estrépito saltó la mezcla.

—¿Almojatre pusisteis? ¿Dícelo así el Padre en sus escritos?

—No, él no lo dice, mas sí que el almojatre sirve para limpiar el oro e pienso yo que también servirá para la plata, haciéndola fácil de tomar por el azogue...

—¡Ya veo de qué pie cojeades, don Alonso! ¡Queréis enmendar la plana a nuestro buen clérigo! ¿Pero no catasteis que el almojatre es violento, ya que veis que es hermano del salitre y que éste úsase para la pólvora, e así era de temer que habría de saltar?

—Bien lo sé, don Pedro... Mas, e aquí erró el Padre, como lo puse en el cocimiento entendí que el almojatre desataríase en el agua del cocimiento, con que alcanzaría los más pequeños granos de plata e les limpiaría... Sin duda que el almojatre no sufre el agua...

—Non pienso yo en tal manera, don Alonso... Muchas veces tengo desatado el almojatre en el agua e así úsanlo también los plateros.

—¿E por qué saltó entonce la mezcla?

—Sin duda quedaría poca agua en la jofaina, conque en vez de cocimiento, allá habría trazas de fundición...

—Hacéisme pensar en ello, don Pedro... Agora volveré a proballo.

—E poned el almojatre a un mesmo tiempo que el agua e así veredes si obra como pensáis en limpiar la plata... Mas, por mí, creo que non es ese el medio de tratar aquessos endemoniados “pacos” de agora...

—¿Cuál medio habremos de usar, señor? Día por día piérdense las “polvorillas” —que “tacasas” quedan ya para cuentos de brujas— mengua el “soroche”... e a más diz que aparecen ya “margarites” en las vetas... Ténome mucho que antes hemos de dejar la Villa que hallemos modo de acrecer nuessas haciendas...

—¿E que son aquessos “margarites”?

—Son una suerte de metales engendrados en betún y que algunos tienen por muy impuro azufre, pues si las quemáis despiden un fuerte olor. Hállense en todos los metales e distínguense por su color amarillo.

—¿Habéis visto vos aquessos metales?

—Sí, que días pasados trájome un mestizo unas piedras de esa suerte.

—Entiendo yo, mi buen don Alonso, que si non vos quitades a este trabajo, pronto habremos de veros dueño de grandes secretos.

—¡A Dios plegue, don Pedro, que déjenme continuar mis búsquedas...!

—¿Receláis algo?

—Todo es de temer en estos tiempos, señor... ¡Quien se retrae e non aparece en fiestas, nin paga parias^[4] a los que la Villa gobiernan, vese seguido de invidias e luego no faltan quienes cobdician bienes, e la Santa Hermandad necesita de dones para mantener propicios al Rey e a la Audiencia...

—¿Pensáis vos en tales necedades? ¿Quién habrá de dañaros por aquesta obra que tan necesaria es agora?

—¡Ay, don Pedro! Non pensara yo así, sin buenos motivos... Mas dexemos eso y veamos si agora he mejor ventura... ¿Queréis ver la experiencia?

—¡Pláceme bien, don Alonso! ¡Así habré de saber algo acerca de aquestos usos...

Acercáronse ambos caballeros a la hornilla; dió D. Alonso el velón al indio y examinó la mezcla; tomó luego un cazo y puso en él un poco de la misma sustancia blanca que antes, y vertió sobre ella un poco de agua; revolvió la mezcla hasta disolver la sustancia; añadió, lentamente, la solución al cocimiento, con lo cual todo empezó a bullir más fuertemente y a desprender, de nuevo, gruesos vapores blancos, aunque ahora sin estallar la mezcla. Luego de un buen espacio, tomó D. Alonso una regular cantidad de azogue, la echó en el cocimiento revolviéndolo con una varilla de cobre, mientras observaba, atentamente, cómo el azogue iba, paulatinamente, opacándose y agrumándose más y más a medida que pasaba el tiempo.

—¿Formóse pella? —inquirió don Pedro.

—Tal parece —repuso, simplemente, el de Guzmán, prosiguiendo su tarea. Pasaron varios minutos. Al cabo, tomando el velón de manos del indio, ordenó que se quitara la jofaina y que se la enfriase.

—Dexemos ya aquesto, que luego veré yo si se logró el rebajar el gasto de azogue... Lo que puse deberá dexar limpia de plata la tierra —dijo don Alonso tomando del brazo a su amigo y encaminándolo hacia la salida. Venid agora —agregó—, harto habéis soportado aquesta oscuridad.

Salieron a un amplio patio interior.

Pleno de sol y en el silencio de la hora aquel patio era como el de un

[4] Paga parias: Se refiere al pago de un impuesto de algunos pueblos musulmanes a los reyes cristianos durante el califato de Córdoba (siglos X y XI).

convento. Varias otras puertas se abrían sobre él, pero cerradas ahora; agudizaban la sensación de místico fervor que se desprendía de las altas y grisáceas paredes y del empedrado piso. Sobre el lado oriental, un largo zaguán daba paso hacia el patio exterior, en cuyo centro se alzaba una fuente que, a esa hora, vertía sus aguas sobre el amplio tazón de piedra.

Ambos caballeros atravesaron en silencio el gran patio y, cruzando el zaguán, entraron en un vasto aposento cuyas ventanas se abrían sobre el patio exterior.

Severamente decorado estaba el aposento. Una sólida mesa de labrado cedro; unos sillones de baqueta alrededor de ella; las paredes cubiertas de colgaduras de damasco carmesí y, pendientes del techo, dos grandes candelabros de bruñida plata. Bargueños y arcones completaban el menaje.

Brindó D. Alonso un sillón a su huésped; tiró del cordón de la campanilla y, sentándose en frente de D. Pedro, le dijo:

—Veis, don Pedro, como es aquesta casa... Mejor viviera acá un cenobita... Empero, no he otro remedio... La mi hija Sol, tomada de malenconia,⁵ está en vías de graves daños y non sé de otra manera de cura que envialla al Valle... Díxome el físico que tiene el corazón enfermo y creo yo que sea verdad, porque desfallece a menudo, y en veces pierde el sentido por muchas horas e luego, cuando torna en sí, non cesa de llorar en modo que la su madre e yo perdemos el seso... Y tan luego que busqué un mancebo que la desposase...

—¿Habéisle hallado bueno?

—Sí, palabra tengo dada al señor de Villafuerte, que su hijo habrá de desposalla...

—¿Conocéisle, vos?

—No, que non es aún venido a la Villa; tiénele su padre en Charcas, mas, tengo noticias dél, hácenle mozo de prendas... E, por sobre todo, débole mucho al de Villafuerte y él la quiere por nuera...

En ésto entró un criado.

—Don Pedro, ¿seréis tan gentil que aceptéis un refrigerio? Llegado han unas cosillas del valle... ¿gustáis?

—¡Que me place, don Alonso! Así platicaremos más, que vos cenobita parecéis agora...

—Juan —dijo entonces el señor de la casa, volviéndose al criado—, trae acá algunas de esas frutas que llegaron del valle.

Salió el criado, mientras los dos hidalgos reanudaban su charla.

—Bien es verdad que hace mucho que alejéme de todos, mas non he

5 Véase nota [5] (pág. 94) del "Capítulo III".

perdido la voluntad de servir. Veis que malos tiempos han venido sobre la Villa y que solamente por el tesón en el estudio, hemos de encontrar medios de medrar e acrecer nuessas haciendas. E acaso entonces labraremos también mejores casas e palacios conque acrezca la Villa, e ansí díme a buscar nuevos medios de sacar la plata de aquestos “pacos” de agora, con menos costo de azogue...

—Decís bien, don Alonso, en aquello de medrar y acrecer la hacienda —replicó don Pedro—, pero erráis en cuanto a pensar del crecimiento de la Villa... ¿Non veis que sólo vascos y sus parciales han derecho de labrar Ingenios? ¿Que sólo ellos poseen los azogues e que nunca piensan en asentarse en la Villa e sólo buscan llenar sus arcas e partirse a España o a otras tierras más benignas? ¿Non veis que sólo los que acá nacieron e miraron de niños estas breñas, e hicieron sus juegos e sus batallas en calles y plazas, aman de veras la Villa e quieren acrecella? ¿E no veis también que estos non logran hacienda nin prebendas, antes se ven desterrados o muertos?

—Verdad hablásteis, don Pedro, mas entiendo que en hallando nuevos modos de beneficio de metales, non serán sólo vascos a usallos, e ansí labraremos más minas e habrá lugar para muchos más que agora en el Cerro... E medrar han criollos e acrecerá la Villa...

—¡Dios guarde a V.M. aquesse buen ánimo que le hace ver leales a todos los hombres! Mas, por mí digo, que maguer se hallase “machacado” en todo el cuerpo del Cerro, e non hubiera abasto de hombres para cogello, vascos serían los más, vascos serían los Jueces e Alcaldes e Veedores... Vascos dominan la Villa e labrarán sus palacios en España... Sino de esta tierra es morirse con sus minas...

—Mal se compadecen vuessas palabras con vuessos vivir, señor don Pedro... ¿Por qué labrásteis vuessa casa en la Villa, si pensáis no sobreviva a sus minas? ¿Non veis que asentando vuessos solar, asentáis vuessos nombre en ella e yá, de hoy en más, la casa de Ponce arraigará en la tierra?

—¡Díjelo por los vascos, don Alonso! E a más, medra el Mayorazgo en España; tierras e bienes e honores goza; vine solo e pobre, sin más que aquesta tizona, limpia sangre, corazón bien nacido, coraje y fe. Aquí llegué, aquí luché bravamente, aquí hallé reposo de amor e aquí nació Nicolás Pablo... ¡España quedó lejos e rompióse todo nexo...! ¡Olvidáronme y olvidélos...! Non he más patria que aquesta Villa...

—¡Bien ganado os tiene, por mi fe!

—E cien más como yo... ¿No veis al Capitán Illescas? No veis los Sepúlveda, e los Colón, los Mendoza e los Villafuerte? E nascerán vástagos de aquessos troncos e medrará la Villa.

Entraron, en este punto, los criados trayendo grandes bandejas de labrada plata con dorados racimos de uva, frescos duraznos y otros frutos...

Pusieron las fuentes en medio de la mesa; arrimaron sendos platos a los hidalgos, dejáronles a la mano vasos y aguamaniles; colocaron, frente a cada uno, garrafas de vino y retiráronse luego todos los otros criados, menos el llamado Juan que quedóse para servir al amo y a su huésped.

—¡Donosa hacienda habéis, don Alonso! E bien me place haberos visitado hoy; por mi fe, que aquestas uvas no hallarán su par en esta tierra... Mayores tan sólo vílas en Arica, que tráenlas del Huasco a lo que dicen...

—De aquessas son las presentes, don Pedro.

—¿Non dexisteis que trajeran frutas del valle?

—Díxelo, e del valle vienen. Años ha envióme un mi amigo algunas cepas de aquessa uva. Mandélas plantar en la hacienda, prosperaron e agora veis el fruto...

—¡Maravíllome de oíros!

—Non es cosa para pasmo, don Pedro, que aquestas tierras de América son de milagro. Desde en ella posé la planta, ví e conocí e aprendí tantas cosas, que non hallo nada que non se pueda hacer en ella. Hay partes en que sólo basta arrojar la semilla, que luego cogéis el fruto sin esfuerzo alguno. Mas, con todo, non han estas tierras maravilla mayor que aqueste Cerro que permite medrar “aína”... ¿Non veis cómo de las cuatro partes del mundo llegan mercaderes e hallamos damascos e tapices de Indias, cristales de Venecia y especias del Oriente? ¿Dónde hallareis, en tan breve espacio como la Plaza del Gato, mayores e más varias cosas? E quiera Dios, don Pedro, conservarnos aquesta maravilla para bien de nuessos hijos... —concluyó el de Guzmán.

—Mi señor don Alonso, que Dios medre vuesa hacienda tanto como yo vos agradezco aqueste refrigerio —dijo el de Ponce, apartando su plato y lavando sus dedos en el aguamanil que el sirviente le acercó de inmediato; secóse luego con el bordado pañizuelo que le brindaron y, a requerimiento de su anfitrión, escancióse un buen vaso de vino y bebiólo con íntima fruición.

Lavábase D. Alonso las manos cuando se oyó llamar a la puerta con recio golpe.

—Deja acá el pañizuelo, Juan —dijo don Alonso un tanto sorprendido—. Y ve quién llama.

—Parecéisme sorprendido, don Alonso... ¿No usáis recibir visitas?

—No, don Pedro... Sólo vos o el Capitán Illescas vienen a verme raramente...

—Acaso sea el Capitán, agora...

—¡Dios lo haga!, pero... —callóse el hidalgo y con ávido mirar sobre la puerta, esperó.

Era la actitud del de Guzmán tan rara, que el de Ponce quedó también en suspenso. Largo silencio cayó sobre ambos hasta que los pasos del criado tornaron a sonar. Entró éste con un pliego puesto sobre una bandeja.

—Señor. Llamó el mayordomo del Capitán Illescas e truxo^[6] aqueste pliego —dijo y se lo tendió a su amo quien, con visible nerviosidad, lo tomó, abriéndolo de inmediato.

—Habéis de perdonar, don Pedro, si leo en seguida este pliego...

—Dueño de ello sois, don Alonso.

Leyó el pliego el hidalgo; nublóse su frente; luego, intensa palidez cubrió su semblante.

—¡Válame la Virgen! —dijo con voz ahogada, tendiendo el pliego a su amigo; apoyó los codos sobre la mesa y escondió el rostro entre las manos.

El de Ponce leyó rápidamente y no pudo ocultar su asombro y su temor.

—¡Por mi fe, don Alonso, no puede ser! ¡Válanos Cristo!

—¡Válame la Virgen! ¡Válame la Virgen! —continuaba, sordamente el de Guzmán.

—¡E vive Dios, que no será! —gritó impetuoso don Pedro, alzándose de su asiento—, e voy agora mesmo al Corregimiento, e moveré amigos e alzaremos el arma, si es preciso, pero no será... Quedad acá, don Alonso, no salgáis en modo alguno, atracad vuessa puerta e non la abráis a nadie que no sea yo mesmo... ¡Tornaré pronto e pondremos reparo a aqueste entuerto!

Salió el señor de Ponce violentamente del aposento y de la casa. Cerróse la puerta; chirriaron los cerrojos y bajáronse las aldabas.

En el silencio de la casona sólo sonaba ahora la voz, hecha ya sollozo, del de Guzmán, que repetía en monótono ritornello:

—¡Válame la Virgen! ¡Válame la Virgen!

Juan posaba los azorados ojos en su amo.

Por la esquina de la calle, y a tiempo que el de Ponce la cruzaba, aparecieron, negros y adustos, los Cuadrilleros de la Santa Hermandad...⁷

[6] Truxo: trajeo.

7 La Santa Hermandad estaba conformada por grupos de gente armada, dependiente del poder local. Era una especie de policía que instituyó la reina Isabel la Católica para perseguir a criminales y en América a los denunciados ante la Santa Inquisición por herejías o brujerías. Una de las escenas de *Don Quijote de la Mancha* (Primera parte, Capítulo 22, "La aventura de los galeotes") presenta al Quijote liberando a un grupo de presos encadenados llevados, justamente, por la Santa Hermandad.

Capítulo VIII

Reinaba el silencio en la estancia. La luz dorada del atardecer, reflejándose en la pared frontera, entraba por las ventanas; giraban las devanaderas en las manos de dos criadas que, al pie del estrado, con los ojos fijos en ellas, hacían su trabajo. En el estrado, Da. Mencía adestraba en una labor a una gentil doncella, como de 15 años, antes menos que más –de ojos castaños, cabello negro y abundante, peinado en largos rizos– que miraba con atención suma, el cuidado moverse de los pálidos dedos de la dama; cerca de ellas, otra dama vestida de negro, ensimismada, con las manos cruzadas sobre el regazo, fijaba la mirada en el suelo. Cerca de la ventana, con un libro entre las manos, pero con los ojos puestos en el grupo que formaban su madre y la niña, Nicolás de Ludueña dejaba vagar su mente. De cuando en vez sacudía la cabeza con un gesto rápido, como deseando borrar de su pensamiento algo que lo importunaba, alzaba el libro, leía un instante y tornaba a mirar el grupo. Por fin se puso de pie, cerró el libro, lo dejó sobre un arcón cercano y se acercó al estrado dirigiéndose a su madre:

—Señora –su voz tenía algo de tenso– dadme licencia para salir...

Dama y doncella le miraron. La madre escrutadoramente, pues el tono de la voz del mancebo no pasó inadvertido de ella, y la niña con abierta franqueza. Nicolás bajó los ojos.

—¿Quieres marchar a la calle, Nicolás?

—Sí, señora. Nicolás Pablo no vendrá hoy y quiero hablalle...

—Bien está, pero antes mira si tu tío es en la casa, que non quiero que nos dejéis solas...

—Seréis servida, señora.

—E si sales, Nicolás, torna pronto que non quiero sufrir angustias por ti...

—Descuidad, madre, que no tardaré mucho... —se inclinó ante las mujeres, giró sobre sus talones y ganó la puerta con precipitado paso; lo detuvo en el umbral la voz de su madre:

—Si Rodrigo está en la casa, dirásle que venga...

—Bien está, señora —repuso el mancebo y salió cerrando la puerta tras sí.

La dama de negro que había vuelto los ojos hacia el mancebo por un instante, cuando hablaba, había tornado a su actitud pasada; notólo la niña y se levantó del lado de Da. Mencía y fuése hacia la enlutada; se arrodilló a sus pies, puso las manos sobre las de ella y, mirándola con infinita ternura, dijo suavemente:

—¡Madre! —al no recibir respuesta, ni lograr que aquélla la escuchase, repitió, aún más dulce e insinuativamente—: ¡Madre!

Alzó los ojos la dama; los clavó en las pupilas de su hija; la miró un largo espacio y, estrechando luego la rizada cabeza contra su pecho, rompió a llorar. Y era su llorar como el de un niño: hondo y desconsolado. La niña, aprisionada entre los brazos maternales, lloraba también, silenciosamente y las lágrimas corrían por sus mejillas, blancas como de cera...

—¡Doña Elvira!, dejad ya el llanto que de nada vale e sólo logra vengeros más... Mirad por vuessas hijas e por vos... —habló doña Mencía, acercándose a ellas a tiempo para ver cómo la niña se postraba—. ¿No veis cómo Sol desfallece? —y sostuvo a la niña que, soltándose al abrazo materno, iba a caer por tierra.

—¡Niña Sol!

Las criadas habían dejado de hilar y contemplaban, azoradas, la escena; una de ellas se alzó para sostener a Sol, mientras la dama Mencía iba en busca de un pomo de sales y Da. Elvira acariciaba la inerte cabecita de su niña.

Da. Mencía registraba un arconcillo de ébano tallado.

La niña estaba más pálida aún, los ojos cerrados, la boca fuertemente prieta, el cuerpo rígido y las lágrimas brotando de entre los párpados...

—¡Ten, Señor, misericordia de nosotros! —gemía quedamente doña Elvira, pasando las manos por la cabellera de su hija, en gesto casi maquinal.

Regresó Da. Mencía con las sales que hizo aspirar a la enferma, a tiempo que entraba D. Rodrigo en la estancia.

Con una mirada, el hidalgo abarcó el cuadro; rápidamente estuvo junto al grupo.

—¿Privóse? —dijo, tomando entre sus manos una de las de la niña.

—Sí, y tan luego vió llorar a su madre.

—Señora –volvióse don Rodrigo hacia doña Elvira, quien seguía acariciando la cabeza de su hija–, señora, ¿no veis el daño que causáis a la niña? Con llantos non hemos de ganar en el empeño; e a más, no queráis que vuelto don Alonso haya de encontrar a Sol más enferma que estaba.

Doña Elvira no dió muestras de haber escuchado las palabras del Capitán; éste movió la cabeza en desalentado gesto, al mismo tiempo que un profundo suspiro brotaba de los labios de Sol mientras abría los ojos, oscuros e insondables, ahora.

La niña giró en torno la mirada ausente; por grados pareció recobrar le memoria y, escondiendo el rostro entre las manos, rompió a sollozar nerviosamente; dejéla llorar el Capitán y acudió, solícito y bondadoso, a llevar a la madre, que continuaba salmodiando su “¡ten, Señor, misericordia de nosotros!”, hasta un escaño próximo donde la dejó, sumida, otra vez, en semiinconsciencia.

Poco a poco, bajo la sedante y cariñosa palabra de Da. Mencía, fuése aquietando el llanto de la niña, hasta que, levantando los ojos, claros ya, aunque húmedos todavía, hacia la dama y con una leve y melancólica sonrisa plegándole los labios, le dijo en un hilillo de voz:

—¡Gracias, señora, y perdonadme... Ya no volverá a ocurrir!

—Calmaos, Sol, calmaos... Dios velará por vuesto padre... ¿No es verdad, Rodrigo, que pronto habrá de tornar a su casa?

—Verdad es, niña, verdad es –afirmó don Rodrigo–, e ved que si seguís así creará el vuesto padre, al veros tan espiritada –y puso un acento apicarado en sus palabras–, que os hemos tenido en penitencia...

—¡Dios vos pague el bien que nos hacéis, señor! –repuso dulcemente la niña y, volviendo el rostro hacia doña Mencía, continuó–: ¡Señora, llevaos a la mi madre... haced que descanse... sufre tanto...! –y juntó las manos en gesto de súplica.

—Agora la llevaré a su cámara, Sol... descuidad de ello... E vos quedaos acá, con Rodrigo, hasta el refrigerio...

Quitóse la dama del lado de la niña y, ayudada de una de las criadas, llevóse a Da. Elvira, quien seguía en esa desolada actitud en que se hallaba desde la prisión de D. Alonso.

Un buen rato estuvieron D. Rodrigo y la niña sumidos en el silencio; la luz del atardecer iba rápidamente disminuyendo, dejando la estancia en una semioscuridad que esfumaba las cosas. Ordenó D. Rodrigo se buscara al maestresala para que trajera luces.

—Decidme verdad, don Rodrigo –habló por fin doña Sol, con la voz aún quebrada–, ¿saldrá pronto libre mi padre? ¡Ved que van pasadas

muchas semanas que no le vemos nin sabemos dél, que temblamos a cada instante de que le lleven a Lima, como ya le llevaron a Charcas y así sea perdido para siempre! ¿Verdad que eso non será, que le defenderéis contra ello?

—Jurado tenemos, Sol, que don Alonso non saldrá de Charcas... Buenos amigos tenemos agora que pueden pesar en la Audiencia e nos le guarden; veréis que pronto él estará libre e sin mancha. E catad que lo jurado se cumple, así Dios nos salve...

—¿E lograste saber del acusador?

—Aún no seguramente, pero barruntos habemos ya...

—¿Es principal?

—¡Dios nos valga! Si tal traición naciese del caballero, negaríamosle...

—¿Plebeyo?

—E mestizo. Mas tened por cierto que alto o bajo, noble o plebeyo, señor o mitario, non saldrá bien librado. Traición hizo e habrá de pagalla...

—Salvad a mi padre que yo perdono a quien tal daño le hizo, pero salvadle, don Rodrigo, ¡salvadle! Si le llevan a Lima será muerto para nosotros...

Entretanto el maestresala, silencioso y activo, dió luz a la inmensa araña pendiente del techo y salió sin que ninguno de los presentes pareciera notar su presencia.

—Sol, sois mujer y no comprendéis acaso lo que pensamos; me suplicáis por algo que ni el Corregidor, ni la Santa Hermandad, ni el Rey mesmo, ¡vive Dios!, nos impediría hacer: don Alonso no saldrá de Charcas para ir a Lima. Enviaremos, por él, a quien le acusara.

—Dios nuestro Señor os oiga, don Rodrigo, que mil muertes paso cada día por él e por mi madre... E ya non puedo más, señor...

—Decí, Sol, ¿qué sabéis de vuesa hermana?

—Nada sabemos aún, don Rodrigo. Vez pasada vino correo de Charcas y la Madre Abadesa mandónos decir que Estrella estaba bien y que daba comienzo a su noviciado e que, Dios mediante, pensaba ella que mejor religiosa non habría en su Convento... ¡La Virgen María la escuche y haga que tengamos valedora!

—¿E cuánto falta para que profese?

—Non lo sabría decir con justeza... Mas quiera Dios que podamos estar en Charcas, cuando ella profese... La mi madre sueña con ello y yo también...

—Ansí será, sin duda, Sol... ¿E vos? ¿Qué pensáis de mañana?

—¿Yo, señor? Nada por mí... Quiero sólo a mi padre con nosotros y a mi madre que sea contenta y que nuessa casa sea también como antes, ¡como cuando vos la visitabais, don Rodrigo! —y la niña tornó a su llanto de poco ha.

—¡Sol!, ¡Sol! —dijo en cariñoso reproche D. Rodrigo—, non tornéis al llanto que ya os he dicho que de nada vale... Pensad en vuessu padre e orad por él, que de ayuda de Dios hemos menester agora...

—Perdonad, señor —murmuró la niña, secando sus lindos ojos con un breve pañizuelo de lino.

Quedóse luego, en su escaño, absorta en sus pensamientos, mientras don Rodrigo paseábase a lo largo de la estancia.

Era ya la noche entrada y al Toque de Ánimas, que tiempo ha sonara, sucedió el de la Queda.¹

—¡Gran Dios, la queda! ¡E Nicolás no torna! —exclamó el Capitán Illescas, nerviosamente.

—Tal vez es vuelto ya, don Rodrigo, e andará en su cámara —aquietó la niña.

—Tal puede ser, en verdad —llamó el Capitán con un timbalillo de plata que había sobre una consola. A poco entró un criado.

—¿Qué mandáis, señor Capitán?

—¿Es vuelto don Nicolás?

—Aún no, señor.

—¿Salió solo?

—Solo, señor.

—¿Está Antúnez en casa?

—No, señor, que tócale ronda del “Ingenio”.

—Id vos, entonce, en seguida a casa del señor de Ponce y ved si continúa allí e acompañadle de vuelta.

—Está bien, señor.

—E decid a vuessa ama que es dada la queda e que esperámosla para el refrigerio.

—Seréis servido, señor —y el criado salió.

—Sorpréndeme que Nicolás non haya tornado aún —habló el Capitán dirigiéndose a Sol.

—Entretendríalo su amigo, como otras veces...

—Non es Pedro hombre de faltar a sus usos. A la queda ya todos, en su casa, reposan...

1 Toque de Queda: Véase nota 4 (pág. 122) del “Capítulo v”.

—E ya llegará, entonces, no os inquietéis...

—¡Diablillo predicador, me estáis Sol...! ¿E vos, no os inquietáis acaso...?

—Es por mi padre, don Rodrigo...

—E Nicolás vale más que un hijo para mí, e malsano es caminar agora por esas calles e buen genio tiene mi sobrino para sufrir ofensas; e también agora que el de Carma es llegado...

—Huéspedes se os antojan los dedos,² don Rodrigo... Nada sucederá...

Entró en esto doña Mencía.

—Nicolás no es vuelto aún, Rodrigo —dijo con voz tranquila la dama, aunque notara, quien en ello parase mientes, un levisimo tinte de zozobra.

—Diz que salió solo.

—¿E no mandaste que le acompañasen?

—No, Mencía, vino Nicolás a mí para decirme sólo que habíasle dado permiso para ir a casa de los Ponce y que me llamabas... Pensé que le dijiste fuera con un criado.

—No vine en ello, mas, ¿qué mal puede averirle?

—Mal, ninguno, pero no es hora ésta ya para estar afuera.

—Ya es mozo, Rodrigo, ¿a qué agora vas a guardarle como un novicio?

—Non llegaré a tal, mas... —calló el anciano caballero, que habíase sentado cabe la mesa. doña Mencía, cerca de Sol, reanudó su labor.

Entraron los criados con la vajilla y el chocolate de ritual. Acomodaron todo en la mesa; se llegaron a ella los señores; sirviéronles los criados y en medio de un pesado silencio bebieron sus jícaras.

—¿Recibiste hoy visita del Téllez, Mencía? —habló Rodrigo en tono que quiso ser indiferente.

—No, hoy no vino y esperéle porque necesito me mande cuatro militares el sábado, bien temprano, que hemos de limpiar la casa toda.

—Ordenaré yo aquesso mañana cuando vaya al “Ingenio”, que pienso que Téllez no vendrá “aína”.

—¿Sabes algo?

—Es que ayer torné a encontrar hombres en el “patio” del azogue y le tengo ordenado que ponga allí los mulos.

—No ganaremos nada si non lo despedimos, Rodrigo... Te tengo ya dicho eso...

2 Véase nota [13] (pág. 82), del “Capítulo II”.

Callaron ambos. Nuevamente reinó el silencio. Sol se puso de pie.

—¿Dáisme permiso para retirarme, señora?

—Id con Dios, Sol, y que Él os bendiga. Cuidad de vuestra madre e procurad no mostraros apenada.

—Cuidaré de ello, señora. Dios os dé buena noche. E a vos también, don Rodrigo.

—Bendígaos la Virgen, Sol.

Salió la niña quedamente.

Da. Mencía y el Capitán quedaron solos. En el silencio en que ambos se abismaron, crecía por instantes, la tensión de la espera. Fuera resonaron —como nunca— los pasos pesados y rítmicos de la ronda; eran pasos iguales a los de todos los días, pero hoy sonaban más duros, más recios para cada uno de los que en la estancia estaban a la espera de Ludueña; ninguno de ellos se atrevía a hablar al otro por temor de no hallar explicación para esta ausencia inesperada.

D. Rodrigo se puso de pie y con las manos a la espalda inició un interminable paseo, mientras Da. Mencía, con todo su ser pendiente del oído, espiaba el paso del hijo ausente.

Atropellábanse en la mente de ambos el recuerdo de muertes acaecidas a diario; por las calles, al clarear el día, encontrábanse en callejas o plazas o en el trágico Empedradillo, uno, dos, tres cadáveres de mozos apenas crecidos o de hombres maduros; imaginaban embrujos, bebedizos, acechanzas innúmeras que agazapadas en la sombra de las retorcidas calles, atisbaban el paso del mancebo para dañarlo.

Bruscamente D. Rodrigo se detuvo delante del timbalillo y llamó con recio golpe. Acudió el maestresala.

—Tráeme la capa, el sombrero y la espada —ordenó secamente.

Obedeció el maestresala.

—¿Vas a salir también, Rodrigo? —preguntó acongojada la dama.

—Van muchas horas de espera ya e habemos de hallarle.

—¿Dónde irás?

—Pienso que debo buscarle primero por el Mesón del Desorejado.

—¿Crees tú que Nicolás llegue hasta allí?

—Es mozo ya —y dirigiéndose al maestresala que regresaba con lo pedido, dijo—: Tráeme además la cota,^[3] e tú lleva un par de pistolas e la linterna.

—Está bien, señor —dejó sombrero, capa y espada sobre un sillón y tornó a salir por la cota.

[3] Cota: Armadura defensiva que cubría el cuerpo de los caballeros.

—¿Sabías tú, Mencía, que el de Carma es llegado?

—¿Piensas que le buscará?

—Témome que sí.

Volvió el criado y D. Rodrigo vistióse la cota, aseguró el talabarte de su espada, probó si ésta salía fácilmente de su vaina, ajustóse la daga, echóse la capa sobre los hombros, embozándola luego de modo que no estorbaba la acción de su brazo.

—Mencía, que un criado quede a la puerta y recógete. Dios te guarde —y salió seguido del maestresala.

—Que Él te guíe, Rodrigo —murmuró la dama y como si la salida de don Rodrigo hubiese aflojado los resortes de su voluntad, dió doña Mencía rienda suelta a su congoja y quedóse llorando, sentada como estaba, cerca de la mesa.

Entretanto, D. Rodrigo, seguido de su acompañante, se dirigía rápidamente hacia la calle de San Francisco para llegar hasta el Mesón del Desorejado, donde pensaba hallar a su sobrino.

A poco andar y al torcer una esquina, topáronse manos a boca con un grupo de hombres. D. Rodrigo echó mano a la espada.

—¿Quién va? —preguntó el hombre que venía al frente, mientras avanzaban los otros agrupándose detrás del primero y dos de ellos, que traían linternas, se colocaron a los costados.

—Hidalgo soy —repuso don Rodrigo serenamente.

—Téngase el hidalgo —añadió el jefe de la ronda y tomando un farol en la mano, avanzó hasta don Rodrigo, levantó el brazo para iluminarle el rostro.

—¡Ah!, Señor Capitán... Perdonad —y haciéndose vivamente a un lado le saludó respetuosamente.

—Decí, Villegas, ¿venís de San Francisco?

—Sí, señor Capitán; todo está tranquilo hasta agora...

—¿Hay gentes en casa del Desorejado?

—Si las hay, están quedas, señor Capitán; no detuvimos el paso.

—Gracias y que Dios os guarde —terminó Illescas reanudando su marcha.

—Id con Él, señor —contestó el alguacil reiniciando la suya.

Señor y criado cruzaron tres o cuatro calles más y desembocaban ya en la de San Francisco, cuando, como surgido de la tierra, un hombre vino hasta ellos, clamando:

—¡Valedle, señor!, ¡valedle! —y se arrojó a los pies del Capitán que se echó bruscamente hacia atrás. Cayó la luz de la linterna del maestresala sobre el rostro del hombre.

—¡Pablo! —exclamó don Rodrigo al reconocerlo—. ¿E tu amo?

—¡Atácanle gentes del Carma, señor... Valedle!

—¿Dónde?

—Allá, en la esquina del Noviciado...

Sin escuchar más, D. Rodrigo y el maestresala, con vivo paso, hundiéronse en la calleja del Convento.

Al cruzar frente al Mesón del Desorejado vieron entreabrirse, tímidamente, la puerta de la taberna; asomaron varias cabezas tratando de indagar el origen del vibrante chocar de aceros que en la cercana esquina se escuchaba.

—¡Nicolás, ténte firme! —gritó el de Illescas al llegar.

Un ¡ay! desesperado se aguzó en las tinieblas; el estrépito de armas se convirtió en rápidos pasos de precipitada fuga y, en el silencio negro, sólo el anhelante jadear de un pecho...

Capítulo IX

Y fué al siguiente día cuando D. Rodrigo hizo llamar, mediada la tarde, a su sobrino. Larga fué la plática y severa la amonestación; el mancebo refirió puntualmente lo que le aconteciera la noche anterior; escuchólo D. Rodrigo y terminó la plática con estas palabras:

—Y otra vez, ten ojo en lo que haces, que nada pierdes en ser prudente; de esforzados pechos es afrontar el peligro sin vacilaciones, pero es tonta la temeridad.

—Razón tenéis, tío, y perdonad mi yerro —dijo gravemente Nicolás levantándose de su asiento.

—E decí agora, ¿qué te movió a dejar la casa tan a deshora?

Nicolás bajó los ojos, visiblemente turbado.

—Debía hablar con Pablo Ponce e como sabía que non habría de venir acá, fuíme a verlo...

—¿Dícesme verdad?

Nicolás vaciló un punto, pero alzando los ojos y mirando firmemente al Capitán, afirmó:

—Sí, tío.

—Bien está. ¿E a qué fué el marchar luego hacia S. Francisco, en vez de tornar a la casa antes de la Queda?

—Acordéme del de Carma.

—Dime agora, Nicolás, y ve que estamos hablando de hombre a hombre. ¿Cuál agravio querías vengar? ¿El de las fiestas?

—Si debo deciros verdad acordéme de mayor agravio...

—¿Cuál que yo no sepa?

Nicolás permaneció callado.

—Ve, Nicolás, que estamos solos, e frente a frente.

—¡Perdón, tío! La verdad es ésta: salíme de casa por buscar a Pablo, con ansiedad de andar sin objeto e pensé que hablar con él me aquietaría; mas luego ninguna paz hallé e salí sin querer otra cosa que caminar y olvidar...

—¿De qué has de olvidarte, Nicolás?

—¡Tío, por Dios! ¡Dexadme ya que parecéis Inquisidor! —estalló el mozo; reportóse luego y murmuró—: ¡Perdonadme!

Sonrió D. Rodrigo y, levantándose a su vez, dijo a Nicolás poniéndole una mano en el hombro:

—Bien, muchacho, si no quieres declararte, no lo hagas. Pero ten cuidado, de hoy en más, en no exponerte. Cuando hayas de salir hazlo llevando compañía; aconsejarte al Antúnez, buen espada, buen seso e non es fraile tampoco —terminó picaresco.

Tomó luego a su sobrino por un brazo y le dijo:

—E agora, Nicolás, has de ir al estrado para hacer compañía a tu madre, a doña Elvira e a Sol; espero que luego vendrán Pedro e su hijo e así llegaremos nosotros al estrado e vosotros podréis platicar con espacio y —volviendo rápidamente el rostro para mirar a su sobrino, dijo—: ¿Qué piensas de Sol?

Cogido de sorpresa, Nicolás se turbó; encendiósele el rostro y en violento esfuerzo, para no denunciarse, dijo:

—Nada, tío.

—Bien, muchacho, bien... Ve y recuerda mis palabras: vale más la cuerda prudencia que la loca valentía.

Separáronse. D. Rodrigo tornó a sentarse cerca de la alta ventana de su cámara; tendió la mano para coger un infolio pero no lo abrió... Quedóse mirando hacia la azul lejanía recortada por la cadena de montañas que cerraba el horizonte, contrajo levemente el entrecejo y una profunda dolorida expresión ensombreció el semblante severo del Capitán.

Entretanto, Nicolás salió al gran patio de la casa lentamente, como deseoso de retardar el momento de llegar al estrado, donde su madre y los huéspedes de la casa se hallaban desde después del yantar.^[1]

Detúvose en mitad del patio y, bruscamente, volvió sobre sus pasos; Entróse por un portalón abierto hacia el lado oriental y que conducía al patizuelo interior.

—¡Antúnez! —llamó al mancebo.

—Voy, señor —la voz era enérgica pero algo de sedante había en ella. Surgió, a poco, de una de las habitaciones del patizuelo un hombre de regular estatura, de tez blanca y barba plena que mostraba un aire de noble y honrada marcialidad; vestía cuidadosa y modestamente.

—¿Has algo que hacer agora? —interrogó Nicolás.

—Nada, señor, si no es limpiar las armas del señor Capitán.

—¿Ha te dado plazo para el trabajo?

[1] Yantar: Comer.

—No, que quería lo hacer yo por mi cuenta.

—Bien, entonces valerte has. Necesito ver al Téllez ahora mismo e ve de encontrarle.

—Señor, V.M. me lo manda, pero...

—¿Tienes reparos?

—No son de fiar los mestizos...

Reflexionó Nicolás breves momentos y luego dijo:

—¿Serviríasme tú?

—Con alma y vida. Seguí a vuestro padre hasta su prisión; seguí después a vuestra vera; no reparásteis en mí.

Su voz era firme y decidida.

—Vendrás después del rosario a mi aposento. He de hablarte.

—Está bien, señor.

Salió Nicolás del patizuelo y en el rostro de Antúnez, al volver a su habitación, había pintada una gran satisfacción.

Llegó Ludueña, después de atravesar el patio siempre al mismo paso, lento y desanimado, hasta el zaguán; lo siguió; penetró en una pequeña habitación y llamó suavemente a una puerta frontera.

—¿Quién llama? —se oyó la voz de doña Mencía.

—Soy yo, madre —repuso Nicolás.

—Entra, hijo, entra...

Abrió la puerta el mozo y entró en el estrado; su primera y fugaz mirada fué para Sol que se hallaba cerca a una ventana; caminó hasta su madre e, hincando una rodilla en tierra, besó la mano que, luego, trazó una cruz sobre su frente.

—Buenas tardes os dé Dios, señora —dijo suavemente.

—Que Él te guíe, hijo —repuso la dama.

Saludó luego el mozo a las otras dos señoras.

—¿Por qué has tardado, Nicolás? —interrogó doña Mencía.

—Detúvome mi tío más que pensé —respondió el mozo.

—E yo quíerote decir, Nicolás, que medites las palabras que Rodrigo te ha dicho e que me prometas no tornar a las andadas, que bien sabes, me hacen sufrir angustias e dolores...

—Sí, señora.

—¿Sabes si don Pedro vendrá esta tarde?

—Díxome mi tío que vendrá e sin duda traerá noticias de don Alonso...

—¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío! —gimió quedamente doña Elvira.

—E decí, Nicolás —interrogó Sol con una voccecita suave y cariciosa y sin mirar a su interlocutor—, ¿pensáis, vos, que suelten a mi padre?

—Non es de dudar el caso, señora... Más cabal caballero que vueso padre non encontraremos en la Villa e ansí, si aún hay justicia en ella...

—Pero apresóle la Santa Hermandad... E diz que le reputan por nigromante...

—Hablar de vulgo es ése, señora, que yo oí decir al Rector de la Compañía que vueso padre buscaba un nuevo modo de beneficio de metales...

—¡E yo víle una vez cociendo un “misto” del que salían llamas verdes e azules e rojas! —intervino con voz doliente y temblorosa doña Elvira—, ¡e todo el aposento tenía olor de azufre e vi yo que por el fogón andaba una figura negra con ojos de carbunco e que de un cazo salían unas a manera de serpientes e oí cómo silbaban!

—¡Dios nos asista e la Virgen María! —prorrumpió doña Mencía—. ¿E como vos atrevistes a tal? ¿No os privastes?

—¡Ay, doña Mencía! Nunca lo hiciera por mí, pero hube necesidad de hablarle e non tuve a quién mandar por él... E non pude dormir aquella noche del terror que me priso... E nunca dije lo que viera, pero ya me vino temor de la Santa Hermandad... anduve varios días sin sosiego...

—¿E non revelastes a don Alonso vuestra duda?

—Temíle... E a más no cuidó él de mis cuitas... Non salía del su antro si non es para dormir un punto, que el yantar llevábanle criados allí mesmo... E ansí un día e otro hasta perder la color e postrarse en cama... E temía siempre que Dios le castigase, a él e a nosotras...

—¿E no confesásteis?

—E confesé e díome el confesor dura penitencia e díxome que apartase a Alonso de aquesse peligro de perder su alma, porque pensaba él que perderíase sin remedio si andaba en cosas ocultas e de ese misterio...

Mientras la dama hablaba, habíase Nicolás acercado a la ventana donde Sol se hallaba suspensa ahora de las palabras de su madre, con las finas y delicadas manos quietas sobre el bastidor, la aguja clavada en el bordado, los bellos y claros ojos abiertos en asombro, la boca entrecerrada: y el ánimo sobrecogido por las revelaciones para ella insospechadas. Nicolás mirábala ahora a su salvo pues ni ella, ni su madre ni la propia Da. Mencía paraban mientes en otra cosa que en la narración...

—¿E vos nada dijiste a don Alonso? —preguntó doña Mencía con miedoso tono.

—Temíale doña Mencía... temíale... E por bien de su alma dexó Estrella la casa e fué al Convento...

—¿Tal fué la causa de su empeño? —interrumpió Nicolás con desilusión.

Miráronle Sol y doña. Mencía. Ésta con mirada escrutadora, aquélla, con la luminosa y profunda mirada de sus claros ojos en muda interrogación.

—¿Qué pensásteis, Nicolás? —preguntóle doña Elvira suavemente.

—Nada, señora... perdonad si os interrumpí —balbuceó el mozo en excusa, bajando la vista; Sol había ya dejado de mirarle pero Ludueña sentía aún aquellos ojos bien fijos en él...

—E por ello sólo fué, Nicolás... Que quiso orar por su padre antes que fuera vencido del demonio...

Nicolás dejó vagar su mente por ese imaginar que tuvo: amores contrariados, muerte de quien ganó su amor... Romántica y divina razón de profesar...

—Decí, madre —habló Sol—. ¿E vos pensáis que el mi padre es culpable de culpa que le condenen?

—¡La Virgen te valga, Sol, si dudas del tu padre! —prorrumpió, severa, doña Mencía...

—Yo no dudo, señora, no... —repuso Sol blandamente; sus ojos se bajaron sobre su labor; sus finos dedos cogieron de nuevo la aguja y el hilo rojo fué bordando un corazón...

Capítulo x

La noche estaba más sombría que nunca; un fuerte frío viento soplaba reciamente haciendo balancear los pequeños faroles de la calle, amenazando apagar sus luces que parpadeaban lamentosamente. Por todas partes el silencio sólo roto por el silbido del viento sobre las techumbres de paja.

La soledad fuera absoluta si, pegado a las paredes del Convento de San Francisco, no se pasara un hombre envuelto en recia capa de paño.

Llevaba el sombrero echado sobre los ojos y el embozo de la capa subido hasta ellos de modo que era imposible, en la oscuridad reinante, el descubrir su identidad. Su paso, firme y medido, no dejaba sospechar el tiempo llevado en ese paseo que iba de una esquina a otra del largo paredón del Convento. Podía observarse, sin embargo, que su andar era más lento en las zonas completamente oscuras y rápido en las iluminadas por la vacilante luz de los faroles. Su porte parecería el de un soldado si caminase más erguido.

Al pasar por frente del Mesón del Desorejado, deteníase breves momentos como queriendo descubrir algo en el sordo murmullo que a través de la cerrada puerta llegaba hasta la calleja, luego continuaba impertérrito su paseo a pesar de la hora y del viento.

De pronto, y a mitad de su recorrido, paró en seco; escuchó unos momentos y desanduvo su camino; torció por la esquina de la calle abajo y se escondió, cuanto pudo, en el hueco de la primera puerta.

El rítmico paso de gente de armas se dejó escuchar en breve; llegó la ronda a la esquina; vaciló sobre el rumbo a seguir; el hombre se apretujó más contra la puerta y su mano buscó la empuñadura de su espada; la ronda continuó marchando calle adelante; el hombre emitió un suspiro de alivio y reanudó su paseo. Esta vez sólo dió una vuelta y se llegó resueltamente a la puerta del mesón. Llamó con tres recios golpes. Se hizo el silencio dentro. A poco se abrió la mirilla de la puerta. Un haz de luz brotó de ella bañando al desconocido.

—¿Quién sois? —preguntó una voz.

—Soy yo —dijo el hombre bajando el embozo y poniendo un dedo sobre sus labios.

—Aguardad —dijo el de dentro. Hurtóse la luz y cerróse la mirilla. A poco, sigilosamente, se abrió una puertecilla situada unos pasos más abajo y por ella desapareció el de la capa.

Recién llegado y huésped avanzaron silenciosamente por el largo y oscuro pasadizo que los condujo a una pequeñísima habitación destaralada y sucia, a modo de desván, donde entraron ambos. Iluminaba la estancia un cabo de bujía pegado a la pared.

—Esperad acá, señor, un rato —dijo el mesonero, pues era él quien abriera la puertecilla—, voyme yo, que no quiero que noten mi ausencia; luego os entraréis vos donde usáis...

—Bien; e ponedme un buen jarrafón de vino —repuso el desconocido.

Salió el mesonero, poco después filtróse un rayo de luz por las rendijas de una puertecilla casi disimulada en un ángulo del desván. El desconocido se acercó a ella, la abrió empujándola y subidas tres gradillas se halló en una habitación más vasta y más limpia donde había una fuerte mesa y un banco de madera. Sobre la mesa, una garrafa y un vaso de latón. Un candil ardía iluminando la estancia.

El hombre se quitó la capa y el sombrero, que éste colocó sobre la mesa; se sentó en el banco, con la espada sobre las rodillas; se escanció una buena dosis de vino y puso toda su atención en las voces que, ahora, se escuchaban más fuerte y claramente.

—¡Va ese doblón^[1] al Rey! —se oyó la voz de Nicolás de Ludueña.

—¡E dos a aquessa endemoniada Sota que agora volvió a salir! —dijo otra áspera y vinosa.

Voces agrias, serenas, destempladas, agudas, graves, se fueron alzando haciendo posturas que el tallante aceptaba o rechazaba.

—¡Esteban, poned aqueste peso al Rey!

—¡Dejadlo a la Sota, Jaime va más seguro!

—¡Dos ensayados al Rey!

—¡Non acepto ánimas de pesos!

—¡Don traidor! ¿No fiáis de mi palabra?

—¡No más que en responso de turco para salvar mi alma!

—¡Callad, vos, García, e catad que quien dineros quiera ganar, dineros arriesga!

[1] Doblón: Moneda de oro española que equivalía a 32 reales, o bien a dos escudos.

—¡Entrometido os conozco, Bermúdez!

—¡Tened la lengua, García, que no os la corte!

—¡Non nació aún quien me la tenga, voto a Dios!

—¡No alcéis el grito, García! ¡Dejad las voces, Bermúdez! ¡Perdidos los doblones podrán hablar las espadas... Agora dejaos de ruidos e que siga el juego...

—¡El Rey!

—¡Maldita Sota, dexóme en seco!

—¡Bienvenido doblón! ¡Agora pagaré a la Ñusta...!

—¡Malpagada!

—¿Quién os mete en esto? ¡Vive Cristo!

—¡Métome yo, porque me place! —la voz sonó fría y altanera.

Al oírla, el desconocido se levantó vivamente de su asiento, apagó el candil y como hombre acostumbrado a hacerlo, se acercó a un gran cuadro colgado a media altura sobre la pared que daba hacia la parte de donde procedían las voces. Luego de un leve ruido, un cuadrilátero de luz se abrió sobre la pared. El desconocido se acercó a él y púsose, por una saetera que el cuadro dejara en descubierto, a observar la escena que ante él se desarrollaba: Unos dos metros por debajo, en medio de una densa humareda provocada por los candiles que iluminaban la estancia, agrupados en derredor de una grande y tosca mesa, una veintena de hombres miraban, ahora en silencio, a dos de ellos que, separados por el ancho de aquella, se contemplaban en desafiadora actitud. Sobre la mesa, en revuelto montón, quedaban garrafas, vasos, naipes, monedas, plata en “piña” y montoncillos de oro en polvo; una que otra joya brillaba, dominadora, entre los montones.

Terciada la capa y puesto aún el sombrero, un mozo joven y apuesto contemplaba a Ludueña con gesto desdeñoso; un levisimo temblor agitaba la comisura de sus labios; los ojos zarcos y de agudo mirar, estaban clavados en el rostro pálido, pero sereno, de aquel. El de Ludueña, en cuerpo y sin espada, tenía las dos manos apoyadas en el borde de la mesa.

—Mal hacéis en entrometeros donde no os llamaron, señor de Carma —repuso lenta y meditadamente Nicolás.

—E vos no sois mi padre para tenerme la lengua —fué la respuesta.

—Vuessos padre os daría de azotes, que más no merecéis —las palabras cayeron frías, con frialdad agresiva e hicieron palidecer al de Carma que bajó el embozo y echó mano a la empuñadura de su espada; con felina rapidez, un hombre bajo y grueso surgió del grupo y cogió, fuertemente, el brazo de Carma diciéndole con áspera voz:

—¡Téngase, V.M., que no es sitio para pendencias éste!

—Dejadlo, Esteban, que non llegará la sangre al río —dijo Nicolás sonriendo ahora con sarcástica sonrisa.

—¡Nin vos lo permitiréis, que acá buenas espadas os defienden! —exclamó el de Carma con voz alterada por la ira.

—Tenga V.M. calma —suplicó el mesonero—, que no querrá que la ronda me aprese, e pido a V.M. marche e busque otro sitio para cobrar ofensas...

El de Carma, en vez de responder, soltóse violentamente de las manos de aquél y, tirando de la espada, lanzó contra Nicolás, y a través de la mesa, una rápida estocada. Sorprendido éste, alzó el brazo para repararse y desvió la hoja que pasó rozándole la mejilla y cortándosela; mas, súbitamente el de Carma se dobló sobre la mesa, dejó caer la espada y quedó inmóvil. Esteban lo tomó por los hombros, trató de levantarlo y, no pudiendo lograrlo, lo volvió sobre la espalda.

—¡Santo Dios! ¡Muerto es! —exclamó aterrado.

—¿Es muerto? —fué la ahogada e inquisidora exclamación que brotó de todos los labios.

Nicolás, inmóvil, con el rostro sangrante, los ojos fijos, con aterrorizado mirar en su caído adversario, parecía la estatua del espanto; en sus fijas pupilas se veía, claro y profundo, un supersticioso terror que lo inmovilizaba en medio de un grupo rápidamente disgregado... Pronto quedaron solamente tres o cuatro hombres.

—¡Muerto! ¡Gran Dios! —murmuró Nicolás, por fin, pasándose la mano por la frente.

—¿E cómo sucedió aquesto? ¿Cómo he de salvarme agora? ¿Quién ha de valerme, D. Nicolás, quién ha de valerme? —gemía el mesonero, caído en un banco y mesándose los cabellos con tremenda desesperación.

—¡E sabíalo yo! ¡Sabíalo! —exclamó de pronto Ludueña.

—¿Qué decís, señor?

—Que sabíalo... E que Dios me perdone, pero por mí acabó el de Carma —y la voz temblorosa de Nicolás acusaba ahora un más hondo terror que antes; la sangre que corría por su mejilla cortada manchábale ya el jubón, pero él parecía no sentirlo—. Ayer me lo dijo el Malco: ¡Llevas la muerte en ti!

—¿Eso os dijo? ¡Dios del cielo! ¿Qué va a ser de mi agora?

—Vamos, señores —interrumpió por fin uno de los pocos que quedaban en el mesón—, dejaos de lamentaciones y hagamos algo para ocultar aquesto. E vos, señor de Ludueña, cuidad de vos, que aquessa herida sangra mucho.

—¡Ah, sí! ¡E hirióme de traición, voto a Cristo! —y la voz de Ludueña se hizo dura otra vez—. Esteban, traedme acá un poco de vino que he de lavar aquesto —reparó entonces en su jubón manchado y masculló un juramento entre dientes. Trajo el mesonero un lebrillo, echó en él una buena cantidad de vino fuerte, dejó un pañizuelo sobre la mesa y salió precipitadamente.

Enderizó sus pasos hacia la habitación donde dejara al desconocido visitante. Estaba a oscuras; encendió el candil con su yesquero y penetró en ella; no había nadie ya; sobre la mesa el jarro y la garrafa. Miró por todas partes; un cañuto de metal brillaba caído en el suelo al pie del cuadro. Cogiólo, temblando aún, lo examinó rápidamente; animáronse sus pupilas: Acaba de hallar la causa de la muerte del Conde... Guardó el cañuto en el cajón de la mesa; recogió garrafa y jarro; apagó el candil y salió cerrando cuidadosamente la puerta.

De regreso, vió que aunque Ludueña había ya lavado su herida, la sangre no cesaba de manar; revolvió en un arcón cercano, tomó un saquito cuidadosamente atado y, sacando de él un poquito de tierra de color ceniza, lo espolvoreó sobre la herida, la cual dejó de sangrar.

—Gran cosa es esta “lemmia” —dijo simplemente—. A e agora, señores, ¿qué me consejáis? —la voz del tabernero había vuelto a adquirir su tono de temor contenido.

—Mirad si viene la ronda; llevémoslo hasta el Tamarán e dejémosle allí, que ya lo encontrarán mañana —dijo en voz queda el que antes hablara.

—Bien decís, señor —aceptó el mesonero—, tomadlo vosotros, que yo guiaré y avisaré de la ronda...

Abrió el mesonero la puerta sigilosamente; se asomó con cautela; salió luego y, después de un rato, tornó y dijo:

—Vamos, nadie hay por la calle.

Tomaron al muerto por brazos y piernas y, calladamente, con el mesonero yendo delante, y el de Ludueña a la zaga, caminaron hasta la Plazuela vecina donde dejaron el cadáver y desaparecieron los portadores, perdiéndose en las sombras.

—Idos, don Nicolás, e cuidado vuestra herida. Mejor que no os vean mientras guarece —dijo Esteban, al apartarse de él. Desapareció luego, como una sombra, por la calleja en demanda de su casa.

Ludueña vaciló breves momentos; contempló el cadáver de su adversario; luego, repentinamente, arrebujándose en su capa echó a correr por la calle de Copacabana abajo...

Corría presa de un miedo cerval que atenazaba sus nervios haciéndole olvidar el peligro de la ronda y la dirección de su morada.

Llegó, por fin, jadeante, a su puerta; llamó precipitadamente y, al serle abierta, se lanzó como una tromba por el zaguán, en demanda de su habitación y se arrojó, como estaba, sobre su lecho.

Temblaba su cuerpo con un nervioso temblor que lo sacudía todo; tenía la almohada cogida con ambas manos crispadas y la mordía para aquietar el violento castañetear de sus dientes; un frío sudor le perlaba la frente y la herida del rostro le sangraba otra vez.

Lentamente se fué calmando; se aflojaron sus manos y quedó laxo. Algunos minutos transcurrieron así antes de que se incorporase, sentándose en el borde del lecho. Pareció, entonces, darse cuenta de su situación; pasóse una mano por el rostro, la sintió húmeda; se puso de pie; el reflejo de la luna iluminaba tenuemente la habitación; tornó al lecho, tiró del cordón de la campanilla y se sentó; puso los codos en las rodillas y la cabeza entre las manos. Pasaron los minutos y, como nadie acudiese, tornó a tirar de la campanilla con mayor violencia.

El silencio de la casona era denso y penetraba en la alcoba pesado y turbador; hacía mucho tiempo que el viento había dejado de soplar y el cielo estrellado parecía altísimo; la luna, recién salida, arrojaba sobre los altos muros occidentales la dentada sombra de los fronteros, poniendo en ellos una como franja cairelada de luz azulosa.

Apareció, por fin, en el umbral un criado que traía una luz.

—¿Llamó V.M.? —preguntó, inseguro, semidormido aún.

—¿Es Antúnez en la casa?

—Sí, señor.

—Llámale, que venga a prisa...

—¡Dios mío! ¡Herido viene V.M.!

—¡Calla! Ve, y no demores...

El criado, que se había aproximado a su señor, dejó la luz que traía y salió; poco después él y Antúnez entraban en la alcoba.

—Antúnez —díjole Nicolás, con voz ya segura— ve qué es aquesto y queda luego acá, que hemos de hablar. Y tú —ordenó al criado— vete y no digas a nadie lo que viste, que en ello te va la lengua.

—Está bien, señor —repuso el criado y salió cerrando la puerta.

Antúnez tomó el velón casi consumido y, a su luz, examinó atentamente la herida. Dejó el velón y, en voz tranquilizadora, dijo:

—Nada es, pero fué brava la estocada...

—Diómela a traición —repuso Nicolás, secamente.

—Cobróselo V.M., a buen seguro...

—Muerto es.

—¿Quién?

—El de Carma.

—¿Matóle V.M.?

—No, que le mató el diablo sin duda alguna. Murióse a tiempo de la cuchillada; cayó e non sabemos cómo...

—¿Dónde?

—En casa del Desorejado. Aquí, Antúnez, has de valerme...

Mientras hablaban, Antúnez, con diligente mano, lavó la herida de su señor; púsole en la mano un pañizuelo limpio y le dijo:

—Si mana aún sangre, habréis de restañarla con aquesto; no pongáis la mano, que ya torno —salió de la estancia. Tardó largo rato y volvió trayendo un pote y un nuevo velón que encendió en lugar del otro. Tomando el pote luego, extrajo de él, con la punta de un cuchillo, un ungüento negro y lo aplicó a la herida, no sin decir—: Téngase, V. M., que pica —Nicolás se sacudió violentamente y apretó los dientes—. Dura poco —continuó hablando el escudero—, mas guarece pronto. Agora, V.M., no habrá de salir de la estancia en tres días...

—¿Y la mi madre?

—Descuide V.M., que yo habré que aquietalla.

—¿Y el mi tío?

—Diga V.M. la verdad, que más ha de velle... Y dígame, V.M., agora en qué debo serville —quedóse, respetuosamente, de pie delante de su señor.

—Queda un poco; voy acostarme y diréte lo que quiero —se desnudó ayudado por Antúnez y se tendió de espaldas en el lecho, mientras aquel le cubría, solícitamente, con las cobijas.

—Toma un escabel y siéntate cerca —le dijo Ludueña, sin moverse y con la mirada fija en las sombras que danzaban sobre la pared y en el techo. El buen escudero así lo hizo.

—Verás, agora, cómo fué —continuó luego un rato—. Salíme de acá, a cosa de las Ánimas; pensé me acompañaras, pero no estabas...

—Mandóme el Seor Capitán al “Ingenio” —se excusó Antúnez.

—Non te culpo. Fuíme a casa del Esteban e comenzó el juego. Tallaba el de Vedia y la suerte non era esquiva, cuando el de Carma metióse en medio; venía en son de pendencia; respondíle, pero bruscamente tiró de la espada y, aun cuando Esteban fuéle a la mano, soltóse y dióme una cuchillada que reparé con el brazo, mas tocóme en el rostro y antes de que hubiera tiempo de nada, vímosle caer sobre la mesa... Estaba muerto...

—¡Válame Dios!

—Non sabemos qué matólo... Dejámosle en el Tamarán...

—Mañana hallaránlo allí e inquirirán por V.M. “aína”...

—¿Créeslo?

—Saben a V.M. su enemigo y quienes viéronles allí hablarán e habrá V.M. de responder a la Justicia...

—Non me apura el caso, sino saber cómo murió... —cerró los ojos fuertemente, apretó las mandíbulas hasta crujir los dientes.

—¿Echó sangre por alguna parte? —inquirió Antúnez.

—No, que no vímosle ninguna...

—¿Andaba alguien detrás del señor de Carma, cuando llegó al mesón?

—A nadie vi, que todos apartáronse al verle llegar tan belicoso; Esteban, solamente, estaba a su vera tomándole la mano porque no sacase la espada...

—Enemigos tenía el señor de Carma, e muchos... Que aquesse asunto de las minas que quitara el su padre al señor de Paredes, conque ocasionóle la muerte, no hay quien, en la Villa, lo perdone, pero, ¿cómo ha sido esa muerte?

—¡La mitad de mi hacienda diera yo por sabello! —dijo en apagado tono el de Ludueña—. Antúnez —prosiguió— quiero que busques al Téllez e le digas que te enseñe la casa de Malco, el *amauta* de los naturales; lleva unos doblones —que has de sacar agora de aquel bargueño de la esquina —e pídele que te descubra quién fué el matador, que yo non quiero sosegar hasta sabello... Bien muerto está el Carma, pero no de mi mano...

—Bien, señor; iré tan pronto como el señor don Rodrigo se marche al “Ingenio”; que mañana ha de subir por probar las enseñanzas que le diera el señor de Guzmán... —se puso de pie y, respetuosamente, demandó—: ¿Dó tiene V.M. la llave del bargueño?

—Hela acá —repuso Nicolás echando mano de una cadena de oro que llevaba al cuello, pero sacándola con dificultad. La cadena era fina y, colgados de ella, a más de una pequeña llavecilla, se veían una cruz y un bolsito de seda negra. Tomó la llavecilla el criado y, sacando del bargueño una arquilla, la abrió. Tomó unos doblones, los guardó en su escarcela, cerró la arquilla y el bargueño y tornó la llave a su señor.

—E agora, descanse V.M., que yo avisaré temprano al Seor Capitán —dijo luego.

—Ve con Dios e non se te olvide mi encargo —repuso lentamente el dolorido mancebo.

Apagó Antúnez el velón y salió entornando la puerta cuidadosamente.

Cerró Nicolás los ojos e, inmóvil, esperó al sueño que no tardó en llegar, aunque siempre agitado y pleno de sobresaltos.

La luna brillaba aún alta cuando se anunciaron los cimeros albores del día.

El canto de un gallo rasgó vibrante el helado silencio.

Capítulo xi

Avanzaba el hombre, encogido para no golpearse contra las cortantes aristas de la roca, a lo largo de una sinuosa galería; llevaba en la mano, asido por los garfios, un cazo de cobre repleto de sebo y con la mecha encendida, cuya luz, por contraste, tornaba más negra aún la oscuridad ambiente; caminaba con tanta rapidez como lo desigual del piso lo permitía, y como la galería se empinase e hiciese más estrecha, se vió obligado a tenderse en tierra, a sujetarse el cazo por medio de los garfios, del viejo fieltro que le cubría la cabeza,¹ y a avanzar, arrastrándose, sobre el vientre.

De cuando en cuando, deteníase para tomar aliento; de pronto, la llama de su “mechero” vaciló a punto de apagarse; volvióse, entonces, de costado, quitó el cazo de su cabeza, cogió unas tenacillas que de él colgaban; con ellas arrancó un poco de torcida, la desflocó y aderezó de modo que, pronto, la llama se hizo firme y brillante.

Luego reanudó su reptar y dió, por fin, en otra galería horizontal, cuya amplitud le permitió ponerse de pie.

Acezando fuertemente se apoyó contra la pared de la galería; tomó su “mechero” y lo colgó de la dura roca; descubrióse la cabeza y se enjugó el copioso sudor que bañaba su frente.

Era este hombre bajo y corpulento; vestía calzones soldadescos y un jubón de paño burdo; cruzaba su pecho una delgada correhuela que sostenía un bolso de cuero adornado con una flecadura de lo mismo y con brillantes pedrezuelas; en codos, rodillas y posaderas, llevaba sendos sobrepuestos de cuero crudo que, por lo recientes, conservaban aún el pelo, sólo perdido en el centro, por el continuo rozar con las rocas, pues tales sobrepuestos servían para defensa del traje y de los miembros en

1 Sujetarse el cazo por medio de los garfios, del viejo fieltro que le cubría la cabeza: Hace referencia a un objeto semejante y antecedente del actual guardatojos que usan los mineros para entrar a la mina.

ese duro trajinar, fértil en daños, descalabraduras y ásperas muertes, por las angostas galerías de la mina.

Cuando hubo descansado un tanto, colocóse de nuevo el fieltro, tornó a sujetar de él el “mechero” y siguió su camino galería adelante, hasta dar en un amplio recinto como de diez varas de diámetro y cuya altura era, en lo más elevado de la bóveda, cercano a las seis. Convergián sobre él otras cuatro galerías; iluminaban el espacio dos hachones de brea que, sujetos de sendas argollas de hierro, ardían a los costados de una hornacina, donde abría sus brazos una cruz.

Sobre una de las aberturas que daban sobre este recinto se veía, subida, una gruesa reja de hierro.

Sentóse el hombre cerca de la hornacina y apagó su “mechero”.

A poco, repentinamente, por otra galería frontera al sitio donde el recién llegado se hallaba, avanzó, vacilante, una lucecilla; tras de ella y a regulares intervalos aparecieron otras seis formando una cadena que progresaba con lentitud.

Cercana ya la primera lucecilla, comenzaron a oírse, resonando lúgubrememente en el antro, broncos gritos y restallar de látigos.

—¡Daos prisa...! ¡Andad...! ¡Andad...! —gritaban con ronca voz los capataces. Desembocó, por fin, el primer hombre que venía con la luz; hízose a un lado para dejar paso a los otros.

Sudorosos, agobiados, cubiertos apenas por un mal lienzo ceñido a los riñones con una cuerda, los ojos hundidos en las cuencas óseas de los rostros momificados, vacilantes y torpes, llegaban los “mitayos” al relevo.

En tremendo silencio fueron pasando a lo largo del “crucero”, perdiéndose en la galería cuya entrada tenía la reja; los mayores fueron quedándose atrás con las luces.

Uno de los últimos hombres de la larga cadena trastrabilló y cayó de rodillas, mientras su vómito negro le bañaba el pecho; acabó de doblarse contra el suelo mientras los otros pasaban sobre él; nadie se movió a auxiliarlo y, solamente cuando todos los demás desaparecieron por la negra boca de la galería y fué bajada la reja que la cerraba, uno de los mayores se llegó al caído, lo volvió de espaldas con el pie y, acercándole el “mechero” al rostro, le observó brevemente.

—Muerto es —dijo simplemente.

El mayoral que iba a asegurar la reja la tornó a subir y gritó:

—¡Huanca!, ¡Huanca!

Tras sordo murmullo en el antro, apareció una sombra.

Hercúleo jefe de *ayllu* debió ser el encorvado esqueleto que salió, llevaba la cabellera larga y las horadadas orejas con un pedazo de ma-

dera donde antes, sin duda, brillaba un arillo de oro; el amplio tórax de otrora, hundido y con la piel pegada a las costillas; los brazos caídos y una rencorosa mirada en los ojos perdidos en las órbitas. El mayoral le señaló el cuerpo caído.

Retornó el indio al antro y a poco volvió con otros dos “mitayos” que, cogiendo el inerte cuerpo, intentaron llevarlo hacia donde los tenían encerrados, mas, violentamente, el mayoral se interpuso entre ellos y la caverna.

—No; tiradlo al osario.

Un movimiento de rebeldía se insinuó en el llamado Huanca, pero inclinó la cabeza y, tomando de manos del mayoral el “mechero” que se le tendía, se puso delante de los que llevaban al muerto y los guió, perdiéndose pronto en la oscuridad. Acabaron los mayores de cerrar la pesada reja.

A todo esto, el hombre que primero llegara continuaba sentado bajo los hachones de la hornacina; indiferente a todo, había contestado, apenas con un gruñido, al cristiano saludo de los mayores; con la mirada fija en la pared frontera, parecía ausente.

—Decí —habló de pronto en alta voz y sin dirigirse a uno en particular—. ¿Es ya don Martín en la mina?

—Aún no es llegado, señor —repuso alguien.

—¿Verémosle agora?

—Llegará con la nueva gente, señor —contestó otro—. Tenemos aquestos ya rendidos e non sirven para el laboreo; que habremos de cortar el paso al de Carma que nos anda rondando la vena, que agora está ancha de seis palmos.

—¿“Repartimiento”² nuevo?

—No, señor. Compráronse veinte de Oyanume y veinte de Azpeytúa.

Callaron todos. Un pesado silencio reinó de nuevo. Desde el fondo de la galería cerrada por la reja llegaba un áspero rumor que se elevaba y decrecía a intervalos, haciéndose rugido en veces o cesando por completo en otras. Los hombres del “cruceiro” guardaban silencio, entrecruzándose frases aisladas, de tarde en tarde.

Regresaron los tres hombres que llevaron al muerto. Levantóse el que guardaba la reja para abrirla y dar paso a los “mitayos” que la cruzaron sin romper su mutismo.

2 Era el sistema por el que los españoles recibían, por una parte, tierras y, por otra, la mano de obra de los indígenas. El servicio se inscribía en la práctica de la mita, por lo tanto los indígenas deberían haber cumplido este servicio por un tiempo determinado y por turnos. Sin embargo, dió pie a condiciones de explotación.

Huanca entregó la luz y antes de entrar hizo un movimiento como para darse vuelta, pero el guarda lo empujó brutalmente haciéndole perder el equilibrio y caer dentro de la galería; cerróla el mayoral y tornó a su sitio.

El “mitayo” se levantó y aferró las manos a la reja y miró hacia su agresor que se reía brutalmente al contemplar el desfigurado rostro que se le enfrentaba: anguloso y seco, de hirsuta cabellera y enrojecidos ojos; de blancos y fuertes dientes manchados por la coca; de afiebrado mirar y torva expresión.

—Mirad allá e decid si aquesso puede ser el rostro de un hombre —dijo el mayoral, sin dejar de reír—. ¡Bestia es y no más...! ¡Malhaya! —y dirigiéndose al indio—: ¡E tú quítate ya! —y, al mismo tiempo que decía esto, le arrojó un puntiagudo trozo de roca, con tan endiablada puntería que le hirió en pleno rostro; llevóse el “mitayo” las manos a la cara y, gimiendo, se perdió en la oscuridad.

Se oyeron fuertes gritos entre los encerrados “mitayos”; el áspero rumor subió de punto.

—Mirá, Núñez, no se os vaya la mano, e tened ojo que puede sucederos mal con aquessos...

—Non curo de ellos.

—Vos veréis, pero... yo os lo advierto...

Tan súbitamente como se encendieron, cesaron las voces en el antro; el silencio volvió a imponerse hasta que, por la galería principal, llegó el nuevo contingente de “mitayos”.

Venía al frente, precedido por un muchacho que alumbraba la ruta, un hombre fornido; vestía el tal como los otros, poco más o menos, aunque por su traza descubría ser principal.

—¡Ave María! ¡A la paz de Dios! —saludó al llegar.

—Que Él guarde a V.M. —respondieron los otros.

—Por fin viene V.M. —exclamó el forastero, levantándose rápidamente y llegándose al recién venido.

—¡Hola, Garcimendoza! ¿Tráesme nuevas?

—Y bravas.

—Ven que hablemos —en la voz del recién llegado, don Martín Berasátegui, podría notarse—, si alguien parase en ello —con un dejo de inquietud. Volvióse luego hacia el nombrado Núñez—. Vos, Núñez, ocupaos del relevo; mas no saquéis fuera sino los muy gastados.

—Sí, señor —repuso éste—, ¿y qué haré de quienes no pueden ya servir agora?

—Si vedes que un poco de sol y aire pueden recobrallos, envialdos al corralón fuera, si non... ¡vos cuidaredes! —cortó bruscamente—. Venid Garcimendoza —dijo luego y ambos alejaronse, precedidos del mismo muchacho, por la galería que Berasátegui trajo.

Entretanto Núñez, luego de ordenar que se llevasen a los nuevos hacia las labores, vigilando su paso con ojo avizor, abrió la reja que cerraba a los “mitayos” y llamó:

—¡Huanca!

Apareció el indio; tenía sobre el pómulo derecho un grueso cuajarón de sangre. Silenciosamente se detuvo delante del capataz.

—Haz salir a los hombres uno a uno —dijo Núñez secamente—, ¡date prisa, voto al diablo!

—¡Cuidad Núñez, no cargue él con vos! —previno alguien.

—¡No me llevaría solo! —refunfuñó el capataz.

Huanca, que había vuelto al antro, salió, siempre hosco, y se situó junto a la reja.

Y fué, ese, un desfile simplemente macabro.

Vistos ahora con detención mayor, los “mitayos” que salieron poco hacía de las profundas labores de la mina, eran momias vivientes; la falta de aire y de sol habíales apergaminado la piel que, pegada a la osamenta, se distendía penosamente sobre los músculos de brazos y piernas, el polvo de la roca pegado a ella la tornaba más negra y aun formaba, sobre los cabellos de esas pobres cabezas de mirar perdido, una costra repugnante; nada humano había en esos seres si no era la figura.

Núñez, con su gesto brutal de siempre, apartaba de la fila a los que, por su vacilante andar, su fatigosa respiración, y su definitivo aniquilamiento, sabía él inservibles ya; así apartó hasta unos 40 que quedaron apelotonados en el “cruceiro” indiferentes a todo, mientras los restantes, apenas diez, eran conducidos hacia el exterior.

—Ahora, vos, Gallardo —ordenó Núñez—, tomad aquessos y llevaldos a la Reidera. Non creo que duren mucho pero... algo harán aún. Cuidad no se hallen muy lejos del osario, que así acabarán primero —agregó fríamente.

—Decí, Núñez —repuso el llamado Gallardo—, habéis enviado a Huanca fuera, ¿a quién encargo la guarda de éstos?, que yo non soy forzado para quedar en La Reidera más de una hora...

—Aquestos bien guardados van, como los muertos... No os cuidéis de ello...

—¿Y quién cuida de su labor? Aún golpeados veis que non se mueven, así aquessos non moverán un dedo, en quedando solos...

—¡Voto al diablo! ¡Follón, más que mandría! E quedad vos un espacio hasta que envíe relevo —dijo, ya impaciente, Núñez.

Calló el otro, encendió su “mechero”, empuñó el látigo y arreó su rebaño hacia el sitio que se le había señalado y del cual ninguno de aquellos infelices tornaría.

La Reidera, una labor casi abandonada por la falta de ventilación, era la más avanzada de las galerías que, en busca de nuevas vetas, se había hecho en aquella mina en dirección a la base del Cerro, pues, dejados ya por estériles los trabajos a tajo abierto —largos y agotadores 70 años de labor había sufrido el Cerro— se adentraban las primeras galerías en las entrañas mismas del monte en busca del preciado metal perdido en las zonas superficiales; mas como fuéese vana la búsqueda, la labor se detuvo y quedó abandonada, utilizándose, solamente, como fácil medio de eliminación, pues se enviaba a proseguirla a los “mitayos” condenados de antemano, bien fuese en castigo de rebeldías o cuando su invalidez era definitiva; cerca del “frontón” de esta galería, una profunda sima, de la que se desprendía un nauseabundo olor, indicaba el osario donde se arrojaba a los “mitayos” muertos.

Núñez, entretanto, luego de haber encargado a Huanca y un mestizo la conducción de los diez hombres restantes hacia el exterior, ascendió por un inclinado pasaje abierto a pocas veras del “crucero” y se perdió en la oscuridad.

El “crucero” había quedado silencioso; los hachones ardían iluminando el espacioso hueco desde donde, como tentáculos, se alargaban las galerías de la mina.

Núñez ascendió con relativa rapidez hasta abocarse con otro pasaje que se abría, sobre el que acabada de usar, a cosa de 80 brazas de la galería principal y siguió por él; a poco llegó hasta sus oídos un golpear acompañado, cada vez más audible por la proximidad del “frontón”. Pronto vio brillar una luz en el fondo negro de la galería que se hizo estrecha y baja, al extremo que hubo de avanzar arrastrándose. Dos hombres estaban allí; ambos tendidos, uno después del otro. El más adelantado, de espaldas, y junto a la roca, taladraba un forado con un grueso “barreno”; el otro vigilaba tendido sobre el vientre.

—¡A la paz de Dios! —saludó Núñez al llegar cerca de ellos.

—Que Él os guarde, señor —repuso volviéndose a medias y sin moverse de donde se hallaba, el vigilante.

—¿Habéis volado ya la mina?

—Aún no, señor, que he preferido taladrar otro “barreno” más, pues hemos dado en roca blanda y quiero obtener rendimiento; sabéis que la pólvora escasea...

—¿Tardaréis mucho aún?

—No, señor; agora acaba ése de concluir el taladro.

En efecto, el “mitayo” que golpeaba con el “barreno” de acero empuñado con ambas manos, había dejado caer su herramienta y, volviéndose de costado, se quedó inmóvil.

—¿Ha se rebelado otra vez el hombre? —preguntó a media voz Núñez que, habiéndose arrastrado más adelante, se hallaba ahora muy cerca de su interlocutor.

—No, señor; mas agora non habla, si non es con monosílabos, ni aún con los otros naturales; vigílolo, pero nunca sorprendo nada.

—¿Viene el Huanca a aquesta labor?

—Viene sí, pero tampoco le habla. E si antes era duro de manejar, agora parece de cera...

—Gústame menos eso... Más quiero domalle que tenelle sumiso; mala entraña paréceme que tiene...

Mientras hablaban los mestizos, el “mitayo” había vuelto a su labor; después de limpiar cuidadosamente el profundo agujero abierto en la roca, lo había llenado de unas dos libras, aproximadamente, de pólvora gruesa y dejando una torcida ensebada y cubierta con la misma pólvora, que iba desde la mina hasta el exterior del taladro, estaba ahora tapando todo lo restante del agujero con una mezcla de polvo de la misma roca y arcilla mojada, hasta no dejar sitio por cubrir, taponando concienzudamente.

Terminada esta operación cortó la torcida dejando colgar un gran trozo de ella y, tendiéndose otra vez de espaldas, apagó su vela y púsose a mascar una hoja de coca.

Luego de un gran rato, volvióse hacia los dos mestizos que esperaban en silencio.

—Luz —dijo luego, con voz opaca.

Adelantándose el que vigilaba le tendió su “mechero” en el que el “mitayo” tornó a encender su vela. Examinó por breves momentos los taponados orificios en lo alto y bajo del estrecho “frontón” y, volviéndose otra vez:

—¡Guarda! —profirió en el mismo tono de voz que antes; los dos mestizos, entonces, retrocedieron tan rápidamente como lo estrecho del pasaje lo permitía; unas 20 varas detrás descubrieron un boquete abierto a un costado, a guisa de refugio; ya allí, Núñez expidió un corto y agudo silbido.

Al oírlo, el “mitayo” aplicó la vela a los dos cabos de torcida y, con sorprendente rapidez, retrocedió hasta el refugio arrastrando consigo

sus herramientas de trabajo. Un minuto después un vivísimo relámpago iluminó la estrecha galería; el estampido del “barreno” asordó la cavidad y fueron lanzados a distancia y, con tremenda violencia, gruesos pedazos de roca; el humo espeso y acre de la pólvora llegó hasta el refugio. Después los hombres salieron; hacia el lado del “frontón”, todo había sido obstruido por los escombros producidos por la explosión.

—¡Bravas minas aquessas! —dijo Núñez—, bien será que envíe agora los “apires”. Envaldos por La Corredera, que es más corta, hasta la “canchamina” —agregó dirigiéndose al capataz.

—¿Mandaréis de aquessos nuevos?

—Algunos de esos vernán. Aunque, bien pensado, mejor será que tome aquellos que envié a La Reidera; bastarán ellos para limpiar aquesto, que non tenemos tanta prisa con esta galería, que con cortar el paso al de Carma, ya lo sabéis...

—Vos veréis qué sea mejor; acá aguardo...

—Decí, ¿es hábil el paso por La Corredera?

—Sí, señor, aunque sabéis que es duro...

—¡Bah!, los “apires” son diestros... —y en acabando de decir esto, Núñez retrocedió hasta el refugio y, desde allí, dándose la vuelta, ya más libremente, continuó su descenso hasta el “cruceiro”.

Una vez en él, siguió por la galería que iba hasta las labores avanzadas y en llegando al borde de un “chile”, sacó de entre sus ropas un silbato y emitió un largo silbo que terminó con tres cortos golpes. Esperó escuchando atentamente y, al no tener respuesta, descendió por el “chile”, cosa de 50 varas y tornó a llamar; poco después llegaron hasta él tres cortos silbos. Al oírlos, Núñez regresó a la galería horizontal y, sentándose al borde del brocal, esperó.

Transcurrió aún un largo tiempo antes de que apareciese la faz, torpe y sucia, de un mestizo.

—¡Dios os guarde, don Núñez! —dijo el que salía.

—¡Hola, Gallardo! ¿Cómo os va? —repuso Núñez sarcásticamente.

—¡Ay, señor, quitadme ya de acá! ¡Han se muerto ya tres; yo mesmo creo que moriré en poco más! —balbuceó con voz llorosa el nombrado Gallardo.

—¡Quita ya, follón! —rió Núñez.

—¡Los muertos tiran de uno, señor!

—¡Buen bocado de diablo eres tú, porque te lleve!

—¡Jesús me valga! —y el mestizo se santiguó rápidamente.

—Vaya —y con acento seco y cortante, Núñez mandó—: Has de llevar

el resto de tus hombres a la “corrida” del Condori para limpiarla e sacar la carga afuera; dos buenos “barrenos” fueron, pero tú has de concluir pronto con ello y, para abreviar tiempo, harás el camino por La Corredera.

—¿Con aquessos hombres que tengo?

—Con ellos, sí; ¿hay empacho?

—¡No vivirá ninguno al cabo del ascenso, señor, bien lo sabéis! E, luego, habremos mayor trabajo en quitar los minerales e sus cuerpos...

—¡Allá tú, pero yo he necesidad que aquessa “corrida” quede limpia antes de la “mita”!

—Decís que los “barrenos” fueron buenos... ¡Dios me tenga de su mano! —y, diciendo estas palabras, desapareció por el negro agujero. Núñez, con gesto despreocupado y silbando entre dientes, rehízo su camino y salióse muy pronto hasta la “canchamina”.

Una hora después, en la “corrida” de Condori, unos 20 hombres movíanse trabajosamente en el estrechísimo pasaje y llenaban las “botas” de cuero crudo y, como la falta de espacio no permitía otra forma, atábanse las “botas” a los tobillos y, arrastrándose penosamente sobre el vientre, tiraban de ellas y ascendían —trágico rosario— por la empinada cavidad, no más ancha que el cuerpo de un hombre, hacia la galería principal, a poca distancia de la “bocamina”.

Sumidos en las tinieblas, moviéndose apenas por la fuerza de la costumbre, pues que estos despojos humanos hacía tiempo ya no usaban siquiera de la vela por “mita” que allí les asignaban; dejando sobre el negro suelo la huella de su cuerpo escrita en sangre, iban subiendo con desesperante lentitud a lo largo del tortuoso agujero que unía las dos galerías; el sordo rumor de las “botas” arrastradas y el penoso jadear de los pechos llenaba la cavidad; a las veces, cesaba todo ruido; entonces resonaba el grito del capataz y el monótono rumor reaparecía. De cuando en vez, y siempre con mayor frecuencia aquel día, en la tortuosa cavidad de La Corredera, la cadena humana se detenía bruscamente, cortada en alguno de sus eslabones que echaba fuera, con el último aliento, el alma que el fraile le negaba... Continuaban ascendiendo los de arriba; trabajosamente descendían los de abajo; arrastraban al muerto, dejándolo tendido en un lugar más amplio y alguno de los sobrevivientes habría de llevar consigo la “bota” preñada del preciado metal del Cerro... Entretanto, frente por frente del boquete donde comenzaba La Corredera, tendido en tierra, mascando su coca, mirando la negra abertura por la que iban los vivos y regresaban los muertos, el barretero esperaba que limpiasen su “corrida”, indiferente y frío, duro y señero, pedazo —hecho hombre— de la roca misma...

Capítulo XII

La cavidad en la cual penetraron los dos hombres salidos del “cruceiro” era, si no tan amplia como éste, lo suficiente como para contener unos diez hombres sentados a la redonda. Era el sitio donde, acabada la tarea, descansaban los capataces antes de comenzar su labor o salirse de la mina. Como en el “cruceiro”, hachones de brea sujetos de anillas de hierro iluminaban el recinto que tenía solamente dos aberturas: una en la parte superior de la bóveda para la ventilación, y la que servía de entrada y llevaba a la galería principal.

A esa hora, aquel sitio estaba solitario, pues había ya comenzado la labor nocturna y unos andaban por las galerías de la mina y otros en busca del reposo en las casucas que, al pie del Cerro, se apretujaban sin orden, como para ampararse, en su falda, del endemoniado “tomaave” que soplaba a más y mejor.

—Sentaos, Garcimendoza y dadme aquessas nuevas —pidió Berasátegui.

—Gracias, señor don Martín —repuso el aludido; sentóse sobre un patillón de roca que, en redondo había, mientras Berasátegui permanecía en pie delante de él; dejó transcurrir unos instantes y luego habló con voz sorda en un principio—: Halléle, señor don Martín.

—¿Dónde?

—En el Mesón del Desorejado. Desque tuve aviso, por un natural, que el de Carma, dejando su disipada vida en Charcas, había tornado a la Villa, fuíme a ver al Mallcu y tuve dél cierto jugo maligno que acabaría con mi enemigo y busquéle en toda ocasión y en todo sitio, mas hasta anoche no quiso el diablo que le hallase... Sabíale en casa del de Arismendi —sin duda que llegaba a cobrar su dama—, pero non hallaba traza de acercarme a él. Buena mano había el felón para la espada e ya non es Pedro para cabrero...

—¡Acabad, con mil diablos! —cortó, impaciente, Berasátegui.

—Ya voy, don Martín; mejor le sabrá la nueva cuanto más se dilate el tiempo dello... Digo, pues, que anoche víle salir de casa de Arismendi y marchar a San Francisco. Tuve para mí que marchaba a casa del Desorejado e seguíle de lejos. Non erré la cuenta; entróse el hombre en el Mesón; púseme yo en acecho esperando toparle a la salida y acabar de una vez. Os había prometido matalle e cumpliría, ansí Dios me salve; e catad don Martín que no sólo vuesto deseo cumplía, sí que también mi venganza. Sabéis bien qué agravio me hiciera y era con su sangre que le cobraría —la voz del hombre perdió su opacidad y vibró en cólera—, a poco de rondar la calle, víme en trance de dar con la ronda; pensé que más valdría esperar en el propio mesón que en la calle y, habiéndome Esteban llevado al desván, que conocéis, sobre el garito, púseme a escuchar. Oí de pronto la vez del de Carma que se alzaba en tono que parecía de reto; abriendo la trampa, que también conocéis, ví lo que abajo ocurría: el sobrino del Capitán Illescas, que allí jugaba con sus amigos, enfrentaba en cuerpo y sin armas al de Carma que, veíase bien, trataba de atacalle; cruzáronse palabras y tentó el Carma a sacar la espada; atajóle el Desorejado. Ví bien claro entonces lo que ocurriría y no lo pensé dos veces: el de Carma atacaría al Ludueña y eso más no podía ser, ¡vive Dios!, que aunque el Ludueña tampoco es santo de mi devoción —que bien veis a estos criollitos ensoberbiándose día por día— no le iba a dejar tampoco en manos del Carma, que algún buen servicio débole al Capitán Illescas. Y no fué, don Martín, no fué. Tomé la cerbatana que, bien sabéis lo que me vale, hice puntería y en el momento en que el Carma tiró a través de la mesa, como yo lo pensaba, una cuchillada a su adversario, soplé el cañuto y allí quedó...

—¿Muerto?

—Víle doblarse hacia adelante y sé bien que el jugo en que el dardo era mojado, non espera responsos... Muerto es sin duda.

—¿Qué ocurrió después?

—No lo sé, señor, que nada más que su muerte me interesaba; salí del Mesón, fuíme a casa de mi hermana, abríle la puerta de su encierro e víneme acá y acá me estaré, señor, mientras se aquiete el caso. Mire V.M. por mi hermana y el su hijo, que yo serviré a V.M. con alma e vida si a ellos acorre e a mí ampara. Y más a esa infeliz que el Carma perdiera... —concluyó el hombre suplicante.

—¿E no sabéis lo que luego ocurriera en el Mesón?

—No, señor don Martín... Mas...

—¿Teméis algo, por ventura?

—Que al cabo me descubran...

—¿Vióos alguien?

—El Desorejado sabe mi secreto. Dexóme en el desván y allí quedó también la cerbatana...

—¡Ira de Dios! ¿Cómo non la cobrásteis antes de salir de allí? ¡Torpe fuisteis, por mi fe!

—No se sofoque V.M., señor de Berasátegui... Nadie más que él y vos saben tal... Y bien sé yo qué medios tiene V.M. para que el Esteban olvide lo ocurrido... Nadie sabe que estoy acá y si V.M. me ampara como se lo ruego...

—Bien, Garcimendoza, quedaos tranquilo; iré mañana a indagar lo que haya acerca del suceso y también a ver a vuessa hermana. Entre tanto, reposad acá y cuando llegue el relevo, si no recibís aviso alguno de mi parte, bajad a la mi casa; allí os veré.

—¡Gracias, señor, que Dios y la Virgen premien a V.M.!

Había Berasátegui llamado a su azacán con el “mechero” y encamiándose a la salida.

—Queda con Él, Garcimendoza —dijo y perdióse en la oscuridad.

Garcimendoza permaneció sentado en el poyo, absorto en sus pensamientos. El de Carma, el hombre que valido de su poderío mancillara el honor de su casa, había, sin duda, muerto por su mano, pero ¿quedaría todo en secreto? Bien era verdad que Berasátegui podía acallar al Desorejado, pero ¿no iba también él a quedar a merced del vasco? De pronto se puso de pie, estiró en un gran desperezo los brazos y murmurando “También él puede llegar a temerme”, se sumió, a su vez, en la oscuridad.

Entretanto, con nervioso paso, D. Martín de Berasátegui había llegado a la “canchamina”.

Un áspero viento barría la desierta explanada. El cielo limpio y cuajado de estrellas cubría como un inmenso dombo el Cerro y la ciudad de su falda.

Bajo la claridad estelar, dibujábanse, cerrando el horizonte, las altas cumbres de los montes que formaban el anfiteatro en cuyo centro se eleva el Sumaj Orcko; al pie del monte, un manchón informe y oscuro, marcaba la ciudad llamada al reposo por el toque de queda, aunque algo indefinible en su silencio flotaba en el ambiente dormido. Hacia el este, las blancas cúpulas de la iglesia de San Benito se destacaban, claramente, en la oscura mancha, mucho más oscura que el resto, de la población indígena.

D. Martín Berasátegui montó en una fuerte mula, aseguróse al cinto una pistola que le tendieron al propio tiempo y, sin pronunciar palabra,

comenzó a descender dejándose guiar por el instinto del animal que, con firme paso, seguía por un laberinto de senderos.

Los pensamientos más contradictorios embargaban al vasco: el orgulloso Conde de Carma había muerto; quedaba, pues, libre de su palabra el señor de Arismendi y Da. Catalina podría ser suya; este regocijante pensamiento veíase enturbiado por el recuerdo de su rival muerto a traición y pues él lo sabía y guardaba el secreto, era culpable, por cómplice, del crimen, pero ¿podría él descubrir, impunemente, al matador? Garcimendoza se lo había recordado, bien suavemente, al decirle que al matar al Conde no lo movía sólo su venganza y ésa era la verdad... El de Carma era poderoso y quien fuera víctima de sospecha siquiera de tener parte en su muerte, vería alzarse por doquier enemigos que podrían eliminarlo o, por lo menos, desterrarlo del Cerro, castigo, para él, mayor que otro cualquiera. Así, Garcimendoza podía esperar tranquilo a que el tiempo callase el rumor que la muerte del de Carma hubiese levantado o a que pudiese trasladarse a otro sitio donde viviese libre de cuidados, que él, por su parte, solamente atendería a ganar a Da. Catalina Arismendi que se le había entrado por los ojos el día de los toros.

Sabía, como lo sabían todos, que el mancebo Ludueña rondaba también a la damisela, mas sus vigilantes ojos habían seguido al mozo y, por ello, perdiéndole de vista tiempo hacía, casi el mismo que D. Alonso de Guzmán fuera preso por la Inquisición... ¿Andaría encalabrinado ahora con la niña de Guzmán, refugiada en su casa? Encogióse de hombros; nada le importaba eso. Mientras no rondasen a la de Arismendi, que se hundiera el mundo...

Las herraduras de su montura resonaban ya sobre el desigual empedrado de las calles de la Villa; el silencio y la oscuridad reinaban en ella; el Berasátegui se afirmó en la silla, su mano diestra se apoyó en la culata de pistolón, sus miradas se hundieron avizoras en la oscuridad de la calleja, pues atravesaba barrios que pudieran ser adversos hasta llegar al suyo.

Llamó sin bajarse de su cabalgadura en la herrada puerta de su casa; abriéronle y penetró hasta el patio donde desmontó; siguió por un largo pasillo alumbrado por un farol hasta llegar a una puerta que abrió por sí mismo.

La habitación era amplia, ocupábanla una grande y labrada mesa y un gran sillón de cuero que abría sus brazos al testero de aquélla. Una lámpara de aceite iluminaba el recinto.

Martín tomó asiento ante la mesa y, tamborileando en ella con los dedos, esperó; no hubo de hacerlo por mucho tiempo, pues pronto se abrió la puerta y entró un criado.

—Señor, que Dios guarde a V.M. —saludó.

—E a vos Juan.

—¿Desea V.M. refrigerio?

—Sí, tráeme una jícara... ¿Está en casa mi hermano?

—Sí, señor. ¿Quiere V.M. que le avise de su llegada?

—No, tráeme el refrigerio, solamente.

—Bien, señor —y el criado salió presuroso.

Berasátegui quedó sumido otra vez en sus reflexiones hasta que reapareció el criado trayendo una bandeja con un tazón de chocolate y un velón encendido. Puso el velón en lugar de la lámpara que retiró a un extremo de la enorme mesa y acercó la jícara a su amo.

—¿Desea V.M. algo más, señor?

—No, pero queda acá —y mientras tomaba el chocolate, inquirió—: ¿Algún suceso nuevo en la Villa aquestos días?

—Uno, señor, que ha la sacudido toda. El señor de Carma ha sido hallado, esta madrugada, muerto en la Plaza del Tamarán...

—¿Sábese ya la causa de su muerte?

—Nada, señor. Escuché decir que los físicos, al observarle, hallaren solamente un chico dardo, de esos que se suelen disparar con cerbatana, clavado en el hombro derecho. Diz que el dardo estaba emponzoñado.

—¿Y del matador?

—Ninguna traza, señor. Es bien claro que matáronlo en otro sitio y lleváronlo, muerto ya, al Tamarán, pero non hay medio de saber más, maguer el empeño del Justicia Mayor. Enterrarlo han mañana.

—Bien está. Puedes retirarte. Mañana al alba aparejarás la mula que he de tornar a la mina.

—Bien, señor. Que Dios depare buen sueño a V.M.

—Así sea.

Salió el criado. Berasátegui permaneció aún un momento sentado delante la mesa, luego se levantó, tomó el velón y se dirigió hacia la puerta que se abría a la derecha. Penetró en su alcoba, dejó el velón sobre la mesilla de su cabecera, y tornó a salir; cogió el candil, que continuaba ardiendo sobre la gran mesa, y salió al zaguán para tomar la escalera que conducía al piso superior; pronto estuvo delante de una puerta, por cuyos quicios se filtraba un tenue resplandor; llamó con discretos golpes.

—Entrad —dijo, dentro, una voz.

Martín Berasátegui abrió la puerta y entró. Enfrente de un arcón abierto, y en el que se veían varios bolsos de cuero, un hombre bajo, ancho de espaldas, de cuello corto y grueso —denotaba, en toda su figura, extraordinaria fortaleza— se hallaba desatando los fuertes lazos que ce-

rraban uno de los bolsos; al abrirse la puerta suspendió su tarea y miró al que entraba.

—¡Ah, eres, tú, Martín! ¿Has adelantado tu vuelta?

—Es que tengo algo que contar, Domingo...

—Entra y siéntate, mientras concluyo con aquesto. Tendrás, empero que tornar a la mina, mañana...

—Sí, tengo dicho a Juan que subiré mañana al alba. No bajara si algo muy importante no hubiera ocurrido, bien lo sabes.

Sentóse Martín en una silla de baqueta y esperó a que su hermano terminase su tarea.

Desató éste el bolsón y vació su contenido sobre la mesa; jubiloso tintineo de monedas llenó el aposento; algunas cayeron, rodando por el suelo; Domingo Berasátegui las recogió con prolijo cuidado; contólas, luego, todas, y las tornó a la bolsa que cerró con esmero y juntó a otras semejantes que había ya en el suelo al pie de la mesa; volvió el saldo al arcón y lo cerró. Púsose, después, delante su hermano y dijo:

—Aquí está el dinero para que pagues a la gente. Y, agora, dí qué te ha movido a dejar el Cerro.

—¿Sabes ya de la muerte del de Carma?

—Sí.

—¿Y nada te ha venido a la mente?

—Nada, sino que bien muerto está el mocito. Ansí quedarán en paz las doncellas...

—¿Sabes que las labores del Carma andaban ya por encontrar las nuestras sobre la vena nueva y que esa vena tiene agora seis palmos?

—No, non hablé con nadie de la mina en aquesta semana. ¿Y qué piensas de eso?

—Pienso que agora es el tiempo de que dejemos abierto el paso con que a las labores del de Carma dimos meses ha y que cerramos por orden del Alcalde del Cerro; abierto el paso, enviaremos al Núñez con buena gente por él y cerraremos la galería de Santiago a unas veinte varas del paso; buscaremos luego a las gentes que estén en las labores, tomaremos los mitarios, los llevaremos a las nuestras —que pienso que blancos e mestizos del Carma bajarán para el funeral—, pondremos luego nuestros hombres en las labores de aquessa parte y cobraremos ansí mayor espacio e también libramos la vena, que es nuestra, y la pondremos a salvo de extraños, pues no hay otros que los del Carma tras ella. Pensé en esto tan pronto como dijéronme de la muerte del Conde, empero no quise obrar sin consultarte.

—Bien hiciste —calló un momento; se paseó breve rato delante de su hermano y, con las manos a la espalda, luego se detuvo en frente

de él y prosiguió—: Paréceme, Martín, que ya te despabilas un poco. Bien pensado está lo que dices e hazlo mañana mesmo, mas ten en cuenta que no deben saber del caso allegados del Carma hasta mañana por la tarde, que ya por entonces habré hablado con el Alcalde Veedor del Cerro. Después poco importa que se alce una grita. Y dí, Martín, ¿crees que aquessos renegados criollos tomen parte por el de Carma, si algún enredo inesperado se originase?

—Non creo tal, Domingo. Sabes que el de Carma no era bien querido de nadie.

—¿Y el de Arismendi?

—Non lo tengo por parte, más bien se holgará de su muerte...

—¿Non era su hija Catalina prometida del Conde?

—¡A la fuerza cuelgan, Domingo! El de Carma habíale prometido ayuda al de Arismendi para un empeño que en la Corte tiene.

—Entonce Martín, hágase todo como has pensado. Empero, ¿si hallas que algún blanco o mestizo queda en las labores?

—Sabes que el Cerro bien guarda sus secretos, Domingo; non cures de ello. E, a otra cosa, Domingo, ¿recuerdas a Huanca, el mitario aquel que es como guarda de los demás?

—Sí que le recuerdo.

—Paréceme que habremos de darle suelta pronto, Domingo, no sea que nos alborote los mitarios... ¡E todo por causa del Núñez!

—¿Ha ocurrido algo, Martín?

—No, pero es que el Núñez es duro en demasía, y bien que no soy de los blandos, pero aquesse mestizo parece enrabiado contra el Huanca. E bien ves que el Núñez es buen “laborero” e non podemos dejarle marchar, así creo que será mejor que soltemos al Huanca. Paréceme que algunos doblones debe, pero bien podrán perderse esos antes que atender a un alboroto e más agora que necesitamos paz allí, siquiera mientras ganemos las labores del Carma.

—Ya habrá espacio luego para tratar de eso. ¿Hay algo más?

—Nada ya —y Martín Berasátegui se puso de pie—. Con Dios queda. Mañana, tan luego como haya concluido el asunto, te enviaré recado pero... arregla todo con el Alcalde antes.

—Descuida.

—E mejor que aún no mandes el dinero de la paga. Enviaréte a los mestizos uno a uno porque les pagues acá e ve también que aquesto del pago sea sabido del Alcalde, porque no nos estorbe.

Diciendo esto salió de la habitación, mientras Domingo le saludaba con un:

—Vé con Dios.

Descendió D. Martín a su alcoba y a poco dormía descuidadamente.

Al alba del día siguiente salió Berasátegui de su casa y esta vez acompañado de dos de sus criados que marchaban a pie, y tomó el camino del Cerro.

El cielo diáfano y sin una sola nube se dilataba en redondo; las sucesivas cadenas de montañas destacaban sus moles pardas o azuladas y la Villa mostraba ahora su apretado conjunto de casas, en su gran mayoría techadas de paja, del que sobresalían las torres y espadañas de más de 20 iglesias; un viento seco y cortante soplaba a esa hora, obligando a arrebujarse en capas y ponchos a los hombres que hormigueaban por los múltiples senderos que cruzaban el Cerro saliendo de las “canchaminas” y buscando la ciudad. Detúvose Berasátegui ya en la falda del Cerro y llamó:

—Acá, Pedro.

—¿Señor? —repuso uno de los criados que, deteniéndose, esperó a su amo.

—Vé tú agora hacia la parte del Carma e avísame si ves bajar sus gentes. También hemos de saber qué gente queda en guarda de las minas e de las labores...

—Será V.M. servida, señor...

—Cuida de no tener falsas noticias e de que ellas me lleguen pronto.

—Está bien, señor —y el hombre, apartándose de su amo, tomó un otro sendero y se alejó rápidamente. Berasátegui y el segundo criado continuaron al mismo paso lento, camino de las labores.

Bastante avanzada la mañana llegaron a la “canchamina”. Berasátegui descabalgó y, entrando en una casuca que le servía de albergue, cuando subía a enterarse del estado de las labores, envió a su acompañante a llamar al mestizo Núñez. Por esperarle, salióse al borde de la explanada, donde los “palladores” escogían el mineral rico del que no respondía a las necesidades del momento y púsose a contemplar la ciudad a sus pies.

Una como niebla de vapores y humo la cubría esfumando sus casas e iglesias; llegaban hasta él los ecos de las campanas que llamaban a misa. Para el orgulloso vasco, allí estaba su predio. Se sintió poderoso e íntimamente satisfecho. Llegó Núñez.

—Decí, Núñez —habló D. Martín al mestizo, luego de los saludos de rigor—, ¿cuántos hombres tenemos hoy en las labores?

—Sin contar a los de La Reidera tenemos ochenta, señor.

—¿Tenéis gente en La Reidera, Núñez? —dijo con cierta sorpresa.

—Aquessos que non había para qué mandar fuera, señor...

—Non durarán mucho...

—Pero me sirvieron para limpiar la “corrida” del Condori e aún quedan algunos hábiles...

—Bien. Agora, escuchá, Núñez, ¿cuán cerca andarán las labores del Carma en torno a la vena?

—Andarán a cosa de cien varas hacia el naciente aún, pero temo que non tarden mucho en llegar a ella, delante mesmo de nosotros, e ansí la perderemos, aunque han cesado los golpes anoche...

—Razón hay para ello. ¿Sabéisla? El de Carmen es muerto...

—¡Voto al diablo!

—E agora, Núñez, es el tiempo que tomemos pie en Santiago por aquella comunicación que cerramos el pasado año, cuando era Alcalde del Cerro, aquel Estívaris, que Dios confunda, ¿recordáis? Ansí es que tengo mandado un hombre que nos avise qué gente del Carma hay agora en la mina; luego que tal sepamos, traeréis todos nuestros mitarios e mestizos, abriremos aquesse paso y sobre veinte varas dél, cerraremos la Santiago cerca de la “huaira” por donde descolgaremos luego suficiente “caja” como para cerrar unas diez varas desde nueva tapia. Ansí todas las labores nuevas del Carma serán nuestras...

—¡Que me place, don Martín! —aprobó satisfecho el Laborero—. Ocuparéme yo de aquesse trabajo de la nueva tapia e del descuelgue de “caja” que sé de una que nadie dudará que fué puesta allí, no digo un año antes sino veinte... Mas, dígame V.M., ¿cómo responderemos a los Veedores, pues que sin duda vernán a la noticia que los del Carma darán del caso?

—¡Valiente truhán me sois, Núñez...! ¡Mejor sabéis vos que yo del modo de eludille! ¡Allá os arreglareis si tal sucede, que no sois nuevo en tales trances! Ea, aparejad vos lo que debéis y estad alerta al cabo del callejón que conduce hasta la Santiago y esperad allí mi aviso. Tened hombres apostados desde la bocamina, que yo esperaré aquesas nuevas que os dije.

—Bien, don Martín. ¡Que Dios nos ayude! —y el Laborero, separándose de su amo, entró en la mina.

No había transcurrido aún una hora cuando ya sobre una de las galerías de la mina de los Berasátegui se aglomeraban, en un silencio preñado de amenazas, hasta unos 50 hombres armados de largos barrenos unos y llevando “botas” de cuero otros; entretanto, y sobre otra galería superior, dirigido por Núñez, un barretero agrandaba un boquete abierto sobre un “pique” vertical que a modo de chimenea, servía para la ventilación de las labores más profundas y cuyo final daba sobre la

Santiago, labrada por las gentes del de Carma y, a esa fecha, la más baja de las labores del Cerro.

Transcurrieron así, en silenciosa espera, varias horas; los hombres, inmóviles y callados, parecían trocados en piedra y, en la oscuridad reinante, se pensara que la vida había huido de aquellos parajes.

Mas, pronto, apareció jadeante un muchacho; se llegó a Núñez y le habló al oído; el Laborero se puso bruscamente en movimiento, arras-trándose hacia el boquete y, asomándose a su borde, hundió la mirada en el oscuro cañón por donde ascendía con violencia el aire cálido de las entrañas del monte. El muchacho había desaparecido y, poco más tarde, percibióse claramente el ruido de golpear de “barrenos” y rodar de piedras que llegaba desde el fondo de la mina; Núñez observaba, sin moverse, tratando de adivinar lo que abajo ocurría; su mirar se clavó escrutador en un “barreno” metido entre unas rocas que servían de tapón a una abertura situada como a una vara del sitio donde él se hallaba; cesaron de pronto los golpes y, apagado eco de furiosos gritos, llegó hasta Núñez, quien crispó los puños y, casi inmediatamente, ascendió por la chimenea un acre olor que obligó al Laborero a apartarse del boquete: Era como si abajo quemasen pólvora y azufre; cesó el eco de los gritos y, pronto, claramente, llegó hasta el que esperaba una voz:

—¡Núñez!

Sonrió el mestizo, pero no volvió a asomarse porque el acre humo ascendía aún por el “pique”. Mucho más claramente ahora, se oía el trajinar de pedruscos, golpear de “barrenos”, voces que daban prisa a los hombres, hasta que, momentos después, cesó todo ruido. Núñez, cubiertos nariz y boca por un lienzo, se asomó al boquete, en tensa crispadura de espera.

—¡“Carga”! ¡“Carga”! ¡“Carga”! —llegaron las palabras, espaciadas y claras; Núñez tendióse de espaldas, asomó por el boquete sólo el brazo, agarró firmemente el barreno sujeto entre las piedras y comenzó a moverlo, en uno y otro sentido, con enérgicos sacudones, hasta que, súbitamente, saltó una gruesa piedra; el brazo soltó el “barreno” que, seguido por un alud de rocas, cayó por la chimenea abajo...

Capítulo XIII

Grave y silencioso, el Capitán Illescas paseábase, con las manos a la espalda, por delante del señor D. Alonso de Guzmán que, sentado en un gran sillón de brazos y junto a un brasero de bronce, tenía la cabeza caída sobre el pecho, con aire de profundo abatimiento. Seis largos meses había durado su prisión; las huellas que los tormentos sufridos y las angustias pasadas habían dejado en su cuerpo se hacían visibles en su rostro pálido, su cabello completamente blanco y su descaecida figura.

—E dígoos, Capitán, que bien me duele el alma de hablaros como lo he hecho, ¡plugiera a Dios que hubiese muerto en las prisiones, que así no tuviera que hablaros de esta guisa! —la voz del de Guzmán temblaba y se la sentía amargada...

—No, ¡voto a Dios!, don Alonso —y el Capitán plantóse en seco delante de su interlocutor— no, que bien de Dios ha sido el conservaros... Ea, no os inquietéis y olvidad lo hablado, que ya allegaré medios de atajar el daño que de esto viniere. Pero, os he de rogar, don Alonso, que descanséis en mí tal cuidado e no forcéis vuessa marcha. Quedad unos días más, que luego, recobradas vuessas fuerzas e ya restablecida vuessa mujer, podéis partiros. Bien se me alcanza que cuanto más tiempo moren cerca, mayor será el duelo de su partida, mas haremos de modo que la crean pasajera e no que la sientan eterna... Fiad en mí, don Alonso, y dadme acá la mano —le tendió la suya francamente—. ¡Amigos fuimos hasta agora, amigos seremos hasta la muerte!

D. Alonso alzó la cabeza, tendió su diestra que el Capitán estrechó con fuerza, y murmuró:

—¡Gracias, Rodrigo, que el Señor os ayude!

Por breve espacio más, ambos hombres quedaron silenciosos; D. Alonso, ensimismado en su pensamiento, y el Capitán buscando romper con este silencio que se hacía pesado y molesto.

Por fin, tomó el Capitán una banqueta y, poniéndola cercana al sillón de D. Alonso, habló con tranquilo tono, suave y sereno:

—Decí, don Alonso, ¿pensáis, de veras, en alejaros de la Villa por siempre? Cierto es que razón tenéis, ya que tan mal os han pagado los desvelos por hallar nuevos modos de beneficio, empero sé que hombres como vos non deben privar a los más del bien por mor de los menos... Descubrimos ya el ovillo y por él la trama del enredo que os llevó a prisiones... E sabéis vos cuán mezquina fué la causa... Ansí, creo yo, D. Alonso, que bien valdrá que meditéis algo más sobre el caso...

—¡Ay, Rodrigo! Golpes son estos que mellan los más duros ánimos... ¡No imagináis, vos, lo que han sido mis días! Privado de libertad, lejos de los míos, temiendo a cada instante que enviásenme a Lima, sufriendo tormento conque pretendían hacerme confesar culpa que non tenía, creyéndome abandonado de todos e comenzando a dudar hasta de Dios mesmo y sin saber de dónde y por qué tal golpe me viniera... ¡Ah, Rodrigo, non lo sabréis nunca!

—Bien se me alcanzan, don Alonso, todos vuessos sufrimientos; a mí e a todos cuantos os tenemos por amigo, e por eso mesmo, e porque sabemos la injusticia de vuesa prisión, non os estorbemos de vuesto propósito, pero pensando también en nuesto daño, bien quisiésemos que mudaseis de voluntad... Ya veis, don Alonso, cómo faltan en la Villa gentes de estudio que guíen nuessas manos... Mala ventura la nuessa... ya veis que tampoco el Padre Barba mora entre nosotros, el Padre Torres es ido...

—Mucha es vuesa bondad para conmigo, Capitán, yo lo sé... Porque apreciáis mi persona, creéis en mi labor, pero non tiene eso valor alguno... ¿Acaso alguien usó de mis consejos?

—Usélos yo, don Alonso, e bien me valieron...

—¿Decís verdad, Rodrigo? ¡Ya sabía yo que non erraba...! ¡Aquesse agregar del “almojatre”, era mejorar el beneficio! ¿E fecisteis^[1] cocer la mezcla, Rodrigo?

—No, don Alonso, que non he dónde nin cazos tan grandes en que pueda cocerla, pero hícelo poner en agua bien hirviente...

—No, Rodrigo, no... ansí non será todo lo mejor que es de querer... Hay que cocer la mezcla con el “almojatre”...

—¿Ingeniaréis, don Alonso, vos, alguna suerte de máquina donde tal se haga?

[1] Fecisteis: Hicisteis.

—¡Sí que lo haré, e que Dios me valga! Pero... ¡ya non puede ser! Golpeáronme muy rudamente e voy camino de la muerte... Guardaré para mi alma las pocas fuerzas que me quedan...

—¡Don Alonso, que non es ése el talento en que os queremos ver! Mal se compadecen vuesa hidalguía e vuesa alma, con ese abajarse que es más bien plebeyo... Reposad un espacio, acojeos al amor de vuesa casa, gozad el bien de vuestros campos e veréis cómo, en poco más, renacen vuesa fé e vuestro empeño.

Se abrió la puerta y un criado anunció:

—Señor don Rodrigo, acaban de llegar el espadero Marín y el su hijo; demandan veros a vos e a don Nicolás.

—Hacedlos pasar. Avisad a mi sobrino, ¿sabéis si está en casa?

—Sí, señor. Se halla en la cámara de doña Mencía, donde platica con doña Sol...

—Miráronse rápidamente ambos caballeros; don Alonso movió tristemente la cabeza y la abatió de nuevo sobre su pecho.

—Bien está —dijo el Capitán—; decidle de mi parte venga acá de inmediato.

—Seréis servido, señor —y salió el criado.

—¡Ay, Rodrigo! Yo no os quisiera en aqueste suplicio... En mal hora empeñé mi palabra al de Villafuerte... E pensad que non me duelo por vuestro sobrino, que hombre es e sabrá sufrir, mas por la mi niña que tornará a sus males...

—Pero decid, don Alonso, ¿qué os priva de hablar al señor de Villafuerte e demandarle que os devuelva la palabra empeñada?

—¡Non lo haré yo, por mi alma! Débole más que la vida; ¡encariñóse con Sol e la quiere por nuera...!, ¡e su nuera será, aunque nos pese!

—¡Bah! Dejemos eso, don Alonso... Lo hecho es hecho y lo dicho, dicho. Acá está nuestro buen Marín...

La puerta había vuelto a abrirse y penetraban en la estancia el espadero y su hijo; destocáronse ambos y avanzaron respetuosamente:

—¡Gran milagro es éste, Marín! ¿Vos en mi casa?

—Ansí es, señor don Rodrigo... Tened buen día e que el Señor guarde a V.M.

—¡Que Él os ayude, Francisco!

—Que Dios dé buen día a V.M., señor don Alonso, e que os torne la salud e la calma, que harto vemos lo que sofriera...

—¡Que Él os oiga, Marín! —contestóle don Alonso, al mismo tiempo que se ponía en pie—, e perdonad, Rodrigo, si os dejo... Tenéis, sin duda, algo que hablar e yo quiero saber si Elvira piensa también en que es

tiempo ya de bajar al valle. Quedad con Dios; e vos, Marín, a ver cuándo venís por mi casa, que algunas cosas sobre temple de aceros se me han venido a las mientes estos días... Que la Virgen os ampare –y diciendo así salió del aposento.

—Gran placer tengo de veros, Francisco, e también a este mozo –dijo el Capitán, sentándose en un sillón–, ¿a qué milagro debo aquesta visita? Pero sentaos, Francisco, que non habéis de estar de pie todo el tiempo.

—Gracias, don Rodrigo, ansí está bien... E diga V.M. si está en casa mi señor don Nicolás, que por hablalle vengo...

—Sí, Francisco, en casa está, que desde el desgraciado suceso del Conde Carma, téngole atado corto. Bien recordáis lo que los justicias trajinaron... e non sólo ellos, sí que también deudos e parciales del Conde...

—Por ello mesmo, señor don Rodrigo, que mi presencia acá más se justifica... Mucho tiempo ha que deseaba esta hora, don Rodrigo. Sabe V.M. cuán grande es la gratitud que para la su familia guardo, que por bien de aqueste hijo mío, perdióse el buen don Juan, que Dios haya en su gloria; su nombre y el de su hijo, tengo yo sobre el corazón...

—Non es necesario decillo, Francisco... Que lo que generosamente se da, ménguese si se vocea...

—Non es que vocée el bien que les debo, señor, que jamás nadie, sin justa causa, oyólo de mí, pero gústame recordar el hecho y tornar a bendecir ese nombre, el de V.M. y el del señor don Nicolás...

—Vamos, Marín, que me parece que exageráis... La espingarda estaba cargada e habría de estallar en cualquier tiempo...

En ese momento entraba Nicolás.

—Ven acá, Nicolás, que Marín quiere hablarte –dijo don Rodrigo.

—¡Hola, Francisco! Gran gozo me dais viniendo acá. Cabal salud gozáis, por lo que veo... E ansí también este mozo...

—Que Dios e la Virgen guarden a V.M., señor don Nicolás –dijo Marín afectuosamente–, vea agora V.M. por qué vinimos a verle, que non quiero dilatar el tiempo de quitaros el vuestro. Trae acá eso, Pedro –pidió el espadero a su hijo.

Acercóse éste tendiendo a su padre un largo envoltorio. Cuidadosamente, casi con respeto, fué Marín descubriendo lo que trajeran: una larga espada, puesta en flamante vaina de cordobán negro con guarda y contera de plata afilegranada; destacábase en ella la empuñadura que llevaba, en vez de los usuales gavilanes, una cazoleta artísticamente burilada. Marín tomó con ambas manos el arma y se la tendió a Nicolás, diciendo:

—Tome V.M. aquesta espada. Mis manos e mi afán puse en ella queriéndola la mejor obra mía para servir a V.M. que me recuerda al señor

don Juan, que en gloria esté, y a su generosa acción que fué parte a que yo pudiese lograr aqueste hijo mío... Las buenas acciones non se pagan, eso bien lo sé yo, señor, e mezquino don es aqueste nuestro para comparado con lo que al padre de V.M. debemos, pero non es en pago dello que la brindamos, no, sino en prenda de gratitud. Tomalda, señor, que con el alma la damos...

Tomó Nicolás el arma y, con rápido ademán, desenvainó la hoja; centelleó el acero limpio y bruñido. Con una mirada, tío y sobrino aquilataron el valor de aquella hoja.

—¡Santo cielo! ¿Veis aquesto, tío? —exclamó Nicolás.

—Es la misma, por mi fe —aseguró el Capitán.

—Sí, Seor Capitán, aquessa misma es, e yo digo agora que mejor arma jamás salió de mis manos... Labrada ésta, non envidio al mesmo Julián del Rey...

—¿E aquestos signos? ¿E aquesta guarda? ¡Nunca vide ninguna igual en mis días!... ¿Non es ansí, tío?

—Nunca, Nicolás, dices bien... ¿Declararás agora, Francisco, lo que aquesto significa?

—Ya lo dixé a V.M., señor don Rodrigo: lo que don Juan —que en gloria esté— hizo por éste, salvándole a él de miserias y muerte e a mí de desesperanza, non lo hizo por desagradecidos; que non lo hizo por recompensa, bien lo sé, pero non quita eso que en agradecidas almas cayese el favor... E dime a labrar aquessa espada y a buscar nuevos temples e nuevos reparos; ví allá, en Lima —que sabe V.M. cuando anduve por ella—, este nuevo modo de reparo, que dixiéronme ser de la nueva traza que en la Corte usan, y cómo convenía mejor a la defensa de la mano, ansí adoptéla para ésta, seguro de que mejor non la tendrá ninguna, por estos días... En cuanto a aquestos signos, quiero agora declarar que tengo hablado mucho con gentes de saber e de estos hablares he conocido —e V.M. non me lo ha de negar— que bien pueden aposentarse en las espadas grandes virtudes que ayuden a las manos en la batalla; conozco ansí mesmo cómo aquestos naturales han amuletos que les guardan mejor que lo hicieran los labrados por mágicos de nuesa España y vine en cavilar que bien pudiera buscar medio de aposentar en aquesta espada, la mejor de mi mano, la virtud mayor que en aquestas tierras pudiera hallarse. E parlé con ancianos e con *amautas*, hasta que dí con el Malco, a quien V.M. conocerá sin duda, e dél tuve aquestos signos. Qué sean e cuál su verdadero poder, non lo sé, mas díxome el *amauta* que, tan luego su merced, señor don Nicolás, se la ciñese —pues sabe que para V.M. la labré—, fuésemos ambos a velle e que él, entonce, declararía a V.M. todo lo que a los signos e su valor se

refiera... “Ansí”, agora será V.M. señor don Nicolás, quien solamente sabrá aquesse secreto que yo busqué para serviros, conforme a la gran voluntad de mi alma...

—¡Ay, Francisco! ¿Nunca curaréis de tal manía? —reflexionó el Capitán—, ved que cábala e agorerías non mejorarán vuesto acero...

—¡Paréceme mentira, Seor Capitán —dijo fogosamente el espadero—, que dude V.M. de la virtud que las armas ganan con ciertos signos e palabras...! ¡V.M., que ha guerreado tanto!

—E bien limpias de tales signos e palabras llevé siempre mis armas, Marín...

—Mas, fuera mejor que las trujérais,^[2] tío —terció Nicolás que tenía la desnuda hoja entre las manos—, ansí non sufríerades vos desas heridas que aún agora os dañan...

—E si V.M. supiera las cosas de los naturales que yo me sé, bien cuidara V.M. si torna a guerrear por aquestas tierras, de que a más de acero e brío, guarden a V.M. signos e palabras...

—Verdad es, tío, verdad es —secundó Nicolás—; yo parlé muchas veces con Ponce e con Sepúlveda acerca de cómo los naturales vencen en sus batallas, que tócanles las flechas e non sucumben; hiérenles las sierpes e las fieras e tampoco sufren daño; comen malignas hierbas e sábenles a gloria...

—Catá, muchacho —dijo don Rodrigo—, que todo eso son parlerías desacordadas que sólo sirven para engañar ingenuos e ganalles su dinero...

—¡Válame, Dios, don Rodrigo, que jamás rendiré a V.M. con palabras! —se dolió Marín—, mas ya don Nicolás tiene en las manos un acero que probará a V.M. mejor que nada, mis palabras. E agora, Pedro, da gracias, otra vez, por lo que por ti hicieron e ruega a don Nicolás que acete^[3] aquessa humilde obra de mis manos; e V.M., don Rodrigo, hágame la honra de permitirme hacelle tal ofrenda, sin que duelan a V.M. aquessos signos que allí puso mi afán de servilles...

—¡Quitad allá, Francisco! —dijo efusivo el Capitán—. Que bien os agradezco vuesto cuidado, que tales signos bien pueden ser valederos...

Ya Pedro, obediente al mandato de su padre, doblaba una rodilla en tierra, cuando Nicolás atajó su ademán diciendo:

—¡Alza, Pedro, que non soy santo nin nascí para monje! Y non gastes palabras, que aqueste acero non le soltaré yo, si en cruz me lo

[2] Trujérais: Trajeráis.

[3] Acete: Acepte.

pides, que siempre fué mi ambición ceñir uno salido de vuessa forja, Francisco. ¡Bien he rabiado de las veces que me negásteis alguno que mi deseo quería...! Ahí va mi mano, Francisco, y os prometo, con ella, que sabré, como mi padre, valeros a mi vez... –tendió con gallardo gesto su mano al espadero que la tomó con ambas suyas, en actitud cariñosa y agradecida.

—Marín, bien os agradezco este presente –dijo grave don Rodrigo–, y creo que non he necesidad de más palabras que aquestas para que tengáis, por cierto, que más os aprecio que a muchos señores de la Villa...

—Gracias doy, por ello, a V.M., señor, y sepa que hoy e siempre es mi voluntad servir a VmDs. Ruego, pues, a V.M., señor don Nicolás, se ciña la espada e que vayamos luego –con la venia del señor Capitán– a casa del *Amauta* para que le declare los signos...

—Aguardad un espacio, Francisco. Tío, dadme vuessa licencia porque vaya a enseñar aquesta hoja a la mi madre, que bien quiero que su mano me la ciña –pidió Nicolás.

—¿Estás seguro que es la voluntad de tu madre lo que buscas? –dijo en tono, un tanto brusco, el Capitán; el mozo lo miró embarazado, pero don Rodrigo continuó–: Ve y vuelve pronto.

Salió Nicolás del aposento y quedáronse a esperarlo los demás, charlando, aunque muy espaciadamente, pues los silencios eran cada vez más largos, a medida que pasaba el tiempo y ensombreciase el gesto del Capitán.

Por fin se abrió la puerta y apareció el mancebo; venía con el talante erguido, brillantes los ojos y sonrientes los labios; llevaba el tahalí terciado y traía la mano izquierda apoyada en la empuñadura de su acero.

—Ya estoy de vuelta, tío, y bien ceñida la espada –dijo con voz desenvuelta y alegre–. ¿Podemos ya marchar?

—Id con Dios y que la Santa Virgen os proteja –repuso con acento un si es no es quebrado, don Rodrigo.

—Con él quede V.M, señor don Rodrigo, y vea cuánto agradezco su acogida –dijo Marín al retirarse.

—No merecéis menos, Francisco; y vos, Pedro, cuidado de que siempre vuessos pasos sigan la senda que os trace vuesso padre. Lleváis su sangre y debéisla honrar.

—Non busco otra cosa, señor –repuso el mozo inclinándose ante don Rodrigo y saliendo junto con su padre.

Esta fué la postrera vez que el Capitán Illescas vió en el mundo al espadero Francisco Marín que, poco después, fuera apresado por la Santa Inquisición, acusado de hechicería.

En pos de todos salió también el Capitán y alcanzó a ver a Nicolás cruzando un saludo con Da. Sol de Guzmán, que asomó a una reja que se abría sobre el patio; la sonrisa y el mirar de la niña decían, bien a las claras, cuánto le significaba el mozo. D. Rodrigo volvióse lentamente para marchar a su aposento.

Al llegar a él, cruzóse con Da. Mencía.

—Mencía —dijo gravemente el caballero—, ¿estás sola en tu estrado?

—Sí, que doña Elvira reposa y Sol la vela.

—¿Permíteme, entonces, hacerte compañía? He de hablarte.

—¿Qué ocurre, Rodrigo? ¿Por qué has el ceño tan grave?

—Diréte lo agora, hermana...

Ambos marcharon hacia el estrado familiar, donde Da. Mencía tomó asiento, al uso morisco, sobre un cojín, y D. Rodrigo dióse a pasear lentamente.

—Bien quiera Dios que me equivoque, mas, lo que he de decirte Mencía, es de todo punto grave. ¿Has visto tú algo que ocurra entre Sol e tu hijo?

—Sí, Rodrigo. Creo que Nicolás quiere a la niña...

—E ¿non has reparado, por acaso, en ella?

—No, pero algo me dice que también a ella hásele entrado el mozo por los ojos...

—¿Hallas bien esos amores?

El diálogo iba lento, casi penoso; bien se miraba que ambos querían llegar a la verdad sin pronunciar palabras atropelladas o que no fuesen rigurosamente pesadas y probadas en su veracidad.

—Conozco a Sol e conozco al mi hijo. Creo que bien pudieren maridarse...

—Tal es también mi pensar, pero aquí, Mencía, es donde debemos meditar largamente; sabe que tal unión es imposible...

—¿Por qué, Rodrigo? ¿Sabes tú algo?

—Sí, hermana... Sol no podrá quedar en nuessa casa porque tiénela su padre prometida por mujer al hijo del señor de Villafuerte...

—¡Ay, Dios!

—E don Alonso non cejará... Díxomelo agora mesmo que platicué con él deste caso. Quiere don Alonso marcharse ya al valle, e luego a Charcas, para alejar a su hija de la Villa, que bien ha visto él también en el alma dellos e teniéndola prometida, non cederá en su palabra, aunque sea la muerte para la niña y el dolor para el tu hijo...

—Válame Dios, ¡qué desgracia! ¡E tan contenta que veía yo el final de aquesto...! ¡Qué será agora de mi hijo!

—Es eso mesmo que, rato ha, me pregunto yo... E bien te digo, Mencía, que es menester dexar a don Alonso libre de marcharse e aún, si ello es posible, forzar su marcha...

—¡Por Dios!

—E sí, hermana... Cuanto más pronto Nicolás deje de vella, más pronto la olvidará...

—¡E va sufrir,^[4] Rodrigo...!

—Sofrirá, non lo dudo, pero... mozo es... darémosle dineros sobrados porque se divierta, largarásle tú un poco la rienda, cerraré yo otro tanto los ojos y, Dios mediante, pronto habrá nuevo santo en ese altar...

—¡Ay, señor! ¡E la pobre niña...!

—Consolaráse también, creo yo... La distancia buena melecina^[5] es para mal de amores... Así pues, hermana, de hoy en más, cuida que Nicolás non hable a la niña... ¿Vístele agora?

—Sí, vÍle; vino acá porque yo le ciñese la espada que Marín traje-ra —me lo dixo—, pero tengo para mí que deseara encontrar a Sol en el estrado...

—¿No la vió entonce?

—No, que non estaba acá sino con su madre, pues a luego que tú mandaste por él, la niña fuése a velalla e allá está agora...

—Agora respiro ya, Mencía... Conocíle el intento e non quise estorbarlo tan luego; tardó mucho e tornó alegre y desenvuelto, con la espada ceñida e tan buen aire tenía, que dí por seguro que la vido... ¿Ves, hermana? Non es muy hondo el mal, que una espada lo bastó para alegralle... ¡Olvidarála, “aína”...!

Entre tanto, allá en el aposento en que Da. Elvira reposaba y D. Alonso leía gravemente un infolio, la niña Sol, sentada delante de la ventana, cosía con descuidada mano una prenda, con los ojos semicerrados y evocando en su mente la gallarda figura del mancebo que, al salir, la saludara con aquel mirar que la encadenó el alma y cuyo resplandor gozaba ahora en el recuerdo...

[4] Sofrir: Sufrir.

[5] Melecina: Medicina.

Capítulo XIV

Tenuísima luz descendía del alto cielo, de color índigo, en cuyo dombo brillaban aún las estrellas; la negra mole del Kari-Kari,¹ recortaba su silueta hacia el oriente y sobre sus picos se extendía suave luminosidad. El cierzo soplaba, intermitente, por entre las matas de paja brava; su agudo silbar se alargaba por laderas, quiebras y hondonadas, perdiéndose hacia los lejanos montes que, como enorme anfiteatro, rodeaban al Potosí.

En la semioscuridad de la hora, distinguíase a dos hombres que ascendían por las faldas de Wuiñay-Rumi.²

—Brava hora para marchar por aquestas piedras, Francisco —murmuró uno de los caminantes, arrebujándose, más aún, en la capa.

—Hemos de hallarnos en el Kari-Kari, antes que el sol, don Nicolás; si tal no logramos, perder hemos el viaje...

—¿Cuánto falta para ello?

—Pienso que en dos horas más será...

—Ansí creo que llegaremos antes...

La conversación cesó. Lo empinado y difícil de la subida cortaba el aliento y ambos sabían lo mucho que habrían de caminar aún para llegar al sitio donde se dirigían.

Y no eran estos dos solos los que marchaban a esa hora y con el mismo rumbo; muchas otras sombras, diseminadas, o en grupos, ascendían calladamente, por las laderas de la colina.

Era el amanecer del 22 de marzo de 1605 y tres habían pasado desde el día en que Francisco Marín estuviera con Nicolás en la casa del *Amauta* Mallcu quien, luego de declarar el valor de los signos grabados en la espada,

1 Es un cerro ubicado detrás del Cerro Rico, hoy provincia Tomás Frías.

2 En quechua significa “piedra eterna” (*wuiñay* puede traducirse como “siempre o eterno” y *rumi* como “piedra”).

les había dado cita para el amanecer de aquel día y en la cima del Kari-Kari, donde habría de conjurar el arma a los primeros rayos del sol naciente.

—Parad un ratico, por la Virgen, señor don Nicolás —urgió fatigosamente el espadero deteniéndose en la cima ya del Wuiñay-Rumi y, pasados los tupidos caseríos de los naturales, pastores de rebaños de carneros de la tierra, que allí moraban—, acábaseme el resuello e acá finaré del “soroche”...

—Vamos, buen Marín, que mala muestra dais de vuesto amaño con la tierra.

—Amañéme, don Nicolás, amañéme ya, mas los años dieron fin con tal amaño que, como prestado, non fué de mucho durar...

—Bien está, Francisco. Mas catad que ya viene el día e paréceme que aún falta mucho para llegar hasta la cumbre... ¿E cuál es el sitio do debemos hallarnos con Malco?

—Non lo sé, señor...

—¿E agora?

—Creo que debemos continuar la marcha hacia la cima que vemos en frente; paréceme que de algún modo hemos de llegar...

—¡Brava idea, pardiez! ¡Guiarános la voluntad del Malco...!

—¡Quién sabe, señor! ¿Es que non sentís que agora algo brota de aquestas piedras e montes e cielo, que non es lo de siempre? Paréceme que los genios de las montañas andan sueltos en aquesta madrugada... —calló el hombre y ambos continuaron su marcha, montaña arriba.

Era la claridad más segura y el encrespado y estático mar de piedra se extendía por los cuatro ámbitos de la rosa de los vientos, insinuándose en los ojos y en el alma, bajo el creciente resplandor de un cielo ya definitivamente azul, con la poderosa sugestión de su perennidad y fortaleza.

Ya en media montaña tomaron ambos una senda que, por lo firme, parecía hecha por largo y continuado tránsito. Jadeaba el espadero y era más firme el paso de Ludueña, quien marchaba como preso de nueva y desconocida atracción y, muchas veces, hubo éste de sostener al otro en tropicónes y resbalamientos.

De pronto y, al contornear en abrupto ascenso un picacho, halláronse en el borde de una alongada planicie señoreada, hacia el occidente por una eminencia al parecer capaz,³ pues veíase en ella un grupo de gentes, destacándose erguida en medio de ellas una alta silueta que, a no dudar, era la del *Amauta*.

3 En una primera acepción, según la RAE, capaz significa “que tiene ámbito o espacio suficiente para recibir o contener en sí otra cosa”.

Toda la amplia planicie se hallaba plena de indios de todas trazas y edades, quietos, con la mirada fija en la figura aquella...

Las facciones del *Amauta* no se distinguían aún, pero brillaban la diadema de plata en sus sienes, los aros de oro en sus orejas, los tintineadores brazaletes y ajorcas en brazos y pies.

Ante aquel espectáculo, nuevo para ellos, los recién llegados no osaron mostrarse y, amparándose de una roca, observaron curiosamente.

El *Amauta* tenía los brazos en alto y miraba hierático por encima del grupo que le rodeaba, por encima de la muchedumbre de la explanada, por encima de los picachos que prolongaban la montaña hacia el oriente, por encima de cientos y miles de montes, colinas y collados y lomas, quiebras y llanuras, hacia el punto en que iba a brillar el sol, cuyo primer rayo, al reflejarse en el sol de plata que ornaba la diadema, había de encender la lumbre nueva en aquel magno día del *mosoj-nina*...

El silencio, pese al número de gente que allí había, era profundo, pues hasta el viento había cesado en su giro.

De pronto, diríase sorprendidamente, se iluminaron de sol las manos del sacerdote, que eran, sobre la cabeza de Mallcu, lo más alto sobre la tierra.

Temblaron las manos del *Amauta* al contacto del sol y un ancho rumor brotó de la explanada.

Lentamente, la luz dorada descendía a lo largo de los brazos alzados y pronto centelleó sobre la imagen esculpida en la diadema; el cuerpo del sacerdote se dobló, entonces, en adoración y la multitud en la explanada se prosternó con el rostro a tierra.

Un escalofrío de terror corrió por las espaldas de los blancos.

Curvado el sacerdote, perdiéronse en el vacío los rayos del sol; los lejanos montes seguían en la sombra y las quiebras y altozanos, lomas y colinas entre las cuales se alzaba la ciudad, desprendíanse, a duras penas, de la noche que se agarraba desesperadamente de los riscos, de las torres, de las espadañas de la ciudad, distante dos leguas, al poniente, y vivero de amenazas, de odios y de vigoroso esfuerzo.

Largos minutos transcurrieron así, en medio del silencio de la naturaleza y de los hombres, pues hasta los blancos, suspensos y dominados por el extraño espectáculo, callaban sus interrogaciones.

Por fin el sol iluminó la doblada figura de Mallcu que se alzó instantáneamente, dando un gran grito que descendió como un latigazo sobre la muchedumbre de indios y se perdió entre los riscos hacia los cuatro ámbitos del mundo, mientras rotundos y claros ecos lo alargaban hasta el infinito y la cima del Potosí se encendía bajo el primer chispazo de luz:

—¡Inti kallarim!

Alzaron las frentes todos los indios y sus miradas se clavaron, ansiosas, en el sacerdote que había ya tomado en sus manos un cilindro de madera e, insertándolo en un gran zoquete de durísimo algarrobo, lo hacía girar rápidamente entre las palmas de sus manos, mientras arrodillado a sus pies, y teniendo en un cuenco de barro un velloncillo de lana bien carmenada y preparada a modo de yesca, esperaba un muchachillo a que brotase del zoquete la chispa que encendería el *mosoj-nina* que Mallcu habría de enviar luego –siguiendo la costumbre establecida desde la desaparición del imperio– por medio de los *chasquis* a los pueblos y *ayllus* circunvecinos.

Los minutos pasaban y el fuego, pese a los empeños del sacerdote, no aparecía aún; por cima de la muchedumbre de indios pareció caer la angustia; tornó la gente a doblarse sobre la tierra...

—Paréceme, Marín, que algo ocurre de malo acá –murmuró Nicolás al oído de su compañero.

—¿Qué buscará el Malco con aquesse trajinar del palo? –repuso Marín en el mismo tono.

—¡Válame la Virgen si lo imagino tan siquiera! –terminó Ludueña, que se había entregado por entero a lo que le rodeaba.

Mallcu, cansado del estéril esfuerzo de girar el palo, lo abandonó y, alzando los brazos hacia el sol que ascendía sobre el horizonte y bañaba ya toda la mar de montañas, habló con dura voz al montón de gentes que parecía temblar ahora bajo el peso del terror; las palabras del indio, pese a la dulzura del idioma, eran ásperas y caían como piedras sobre el auditorio.

—¿Qué dice ahora el Malco? –interrogó Nicolás a su compañero.

—Díceles que el sol su padre e su dios los abandona porque ellos le abandonaron y entregaron su templo y sus tierras a gentes extrañas; e que les niega el fuego, porque el fuego sirvió para descubrir el Potosí y rendillo en nuessas manos –y después de un silencio–: agora díceles que clamen al sol por un liberador e por el fuego que necesitan...

Calló el Mallcu y la muchedumbre toda prorrumpió en largos y ululantes lamentos que, al romperse en los mil picachos de las montañas, repetíanse hasta adentrarse en las rocas y morder en el cielo...

Nicolás, callado y sobrecogido, sentía entrársele en el alma por los ojos, los oídos y la piel misma, el cálido embrujo de las montañas y el sol, que se prendía, sin duda, del tenuísimo, pero seguro germen de americanidad que con él naciera.

Mallcu, entretanto la muchedumbre gemía una como sorda salmodia (“*Sumac Apu Inti, kespichihuaicu*”), había vuelto a su faena de rotar el palo en el hueco del zoquete.

Pasaron interminables minutos; al fin, un tenue hilillo de humo surgió del zoquete y el encendido polvillo de éste cayó sobre la yesca; sopló el muchachillo cuidadosamente; brotó la llama; fué arrimada, rápidamente, a secas ramas de *ichu*,⁴ las que prendieron fuego y formaron una hoguera; una grita, ensordecedora, atronó los aires y la muchedumbre movióse, primero en un alzar de brazos y doblarse de troncos y luego en un desesperado y loco bailar, mientras, a todo correr, y en distintas direcciones, los *chasquis* llevaban el fuego sagrado a los escondidos villorrios indios o a las barriadas indígenas del cercano Potosí. Surgieron, como por ensalmo, sobre la planicie, grandes cántaros en derredor de los cuales se agruparon los indios, bebiendo ansiosamente la fermentada “chicha”, después que el sacerdote, en lo alto de su peñón, libara su *tutuma*, luego de ofrendarla al Sol.

Hecha la libación, Mallcu se cruzó de brazos con ademán solemne, y quedóse mirando a la multitud que bailaba y bebía sin reposo.

Roto el encanto de lo maravilloso, Nicolás volvió en sí mismo y habló, rápido, con su interlocutor:

—Juzgo que agora podemos seguir la marcha...

—Témome que hemos perdido el tiempo, señor —repuso en tono un tanto alarmado el espadero, viendo las alborotadas gentes de la planicie—, embriagándose están e pueden atacarnos...

—¡Bah! ¿Quién les teme? Yo he de llegar al Malco —cortó Nicolás y se adelantó, buscando el camino hacia la eminencia. Marín le siguió.

No bien hubieron dado los primeros pasos cuando, a la vista ya de los naturales, alzaron éstos una terrible grita: “¡Huiracochas!”, “¡Huiracochas!”, “¡Supay churisnin!”, “¡Karcocoytej!”, “¡Huañuchiचेj!”, “¡Koychej, koychej!” y el mar humano pareció detenerse un instante para acumular sus fuerzas y lanzarse sobre los blancos que se habían detenido y buscaban un reparo; Nicolás había desenvainado su espada y broquelado su brazo con la capa, mientras miraba, fieramente, hacia la aulladora multitud.

Los indios habían formado un semicírculo delante de los intrusos y comenzaban a moverse hacia adelante; volaron piedras...

Fué entonces, cuando una piedra hería en el rostro al espadero y Nicolás avanzaba fiero contra todos, que se oyó el grito imperativo del Mallcu, deteniendo a los indios, a los gritos y a las piedras...

Impetuosamente, y ajeno al tumulto ya, avanzó Nicolás hacia la eminencia, cortando por entre los indios que, esta vez, le abrieron paso en agresivo silencio; siguióle Marín, cuyo rostro sangraba.

4 *Ichu* en quechua significa “paja”. Pese a que en la primera edición está entrecomillada (y que debería aparecer en el “Glosario de voces desusadas” [pág. 303]), tampoco puede hallarse en “Voces y expresiones keswas” (pág. 307).

Ya en lo alto llegaron ambos al Mallcu, quien clavó en Nicolás una larga, profunda e inquisidora mirada. Nicolás la sostuvo con altiva serenidad.

—Has tardado —dijo Mallcu, brevemente, mientras llenaba el cuenco de barro con encendidas ascuas.

—Detuvimos el paso por la ceremonia que hacíades —repuso Nicolás.

Mallcu tomó entonces, de manos de Nicolás, la desnuda espada y se la tendió al espadero, haciéndole seña de que la mantuviese horizontal sobre las ascuas; echó sobre éstas ciertas resinas; una gruesa humareda envolvió a Marín, a Mallcu y a la espada...

Abajo habían renacido el tumulto, los gritos y los bailes; arriba todo era quietud y luz.

Conjuraba el Mallcu las fuerzas del Mal y del Bien sobre la espada; sus palabras eran graves y tenía los brazos alzados...

Nicolás temblaba ante lo desconocido en ese bravío escenario de rocas y de cielo, de montañas y de inmensidad...

El Potosí brillaba como un ascua de oro...

Capítulo xv

Promediaba el mes y la ciudad despertaba bajo el persistente caer de la lluvia, menudita y terca que empapuzaba la tierra; torrentes de agua bajaban ruidosos por las calles que corrían de este a oeste; los empajados techos de las casas destilaban, por las mil puntas de sus aleros, el agua llovida; el cielo gris y torvo; vacilante y semiasustada la luz, no podía abrirse paso a través de los densos y aplomados nubarrones que entoldaban la Villa; lentas y graves las campanas de San Francisco, de San Lorenzo, de la Compañía, lanzaban su rezo matutino; silencio, soledad, enervamiento... Eso era Potosí en esa mañana de enero de 1606.

Mas, a pesar de todo, la ciudad no podía escapar a su sino y, si en las calles centrales las casonas dejaban perezosamente reposar a sus moradores, las orilleras echaban fuera a los suyos, a pesar del agua y del frío, para que tomasen el camino del Cerro o de los "Ingenios". Mestizos o indios, éstos en mayor número; dobladas viejecillas que, arrebuñadas en un manto o con la basquiña vuelta sobre la cabeza, caminaban en pos de la iglesia; uno que otro blanco que pasara la noche en jolgorio o en amorosa compañía y tornaba a su lar; hombres, en fin, que formaban la sangre y la nervadura de la Villa que, aletargada, aguardaba que cesase la lluvia, se despejase el cielo y apareciese el sol, para echarse a la calle y ostentar lujos, urdir pependencias, galantear damas, oprimir "mitayos" y llenar las arcas.

Con áspero crujido abrióse la puerta de la casa de Ludueña y un hombre envuelto en amplia capa echó a andar con apresurado paso calle arriba; apenas salido el hombre, cerróse nuevamente la herrada puerta y el silencio, sólo interrumpido por el correr del agua sobre la empedrada calle y el gotear de los techos, volvió a reinar en torno.

El hombre, sin disminuir el ritmo de su marcha, pese a lo empinado de la calle, llegó hasta una angosta y corta calleja transversal en la que

entró casi corriendo; llegóse hasta una puerta a la cual llamó con violentos golpes; pasó un breve momento sin que nadie respondiese el llamado; tornó el hombre a dar mayores golpes; al cabo se escucharon pasos en el interior de la casa; corrieronse los cerrojos y aldabas, entreabrióse la puerta, asomó su faz una viejica y preguntó, gruñona:

—¿Cuidasteis que dormía, galán? ¡Ah, pero si sois Antúnez! —dijo reconociendo al hombre abriendo la puerta para dejarle paso.

—Bien me recibís agora que vengo calado —dijo el hombre sacudiendo su mojada capa—. ¿Está ya despierto don Nuño, por ventura?

—Desde el alba trajina por la casa... ¿Pero qué traéis que os muda el semblante? ¿Venís por ayuda? ¿Habéis herida, quizá?

—Non es por mí que vengo agora... El señor Capitán vase por posta^[1]... Id, e avisalde...

—¡Válanos la Virgen! —clamó la anciana alzando los brazos al cielo—, ¿y de cuándo enfermóse?, ¿qué le aqueja? —y ansiosa por saberlo no se movía de delante del fatigado Antúnez.

—Callad e corred en busca del doctor, que debo llevarle de prisa, doña Preguntas —dijo amoscado el hombre—. Id, o por Dios que os echo a un lado y llego yo mesmo.

—Ya voy, hombre, ya voy... Nunca os vide tan agrio como agora. Ya voy, ya —y, dando espaldas al apurado Antúnez, se entró por el largo zaguán hacia la casa que aún yacía en la semiluz de la hora.

Apoyóse Antúnez contra la pared y esperó sombrío y apesadumbrado, sacudiendo, de tanto en tanto y con aire ausente, su mojada capa.

No aguardó mucho, sin embargo, pues, a cosa de diez minutos, apareció por el fondo del patio, acabándose de embozar en su amplia capa de paño pardo, un señor alto y enjuto, de rostro pálido y rodeado de barba blanca rizada y bien cuidada. Enderezóse Antúnez respetuosamente.

—Buen día den a V.M. Dios e su santa Madre —dijo destocándose.

—Ellos te guarden, hijo —repuso el recién llegado—, ¿qué nuevas trajiste?

—Que el señor Capitán está malo, doctor. Esta mañana hallóle D. Nicolás, tendido en mitad del aposento e agora hállase inmóvil e como muerto sino es porque aún respira. Pusímosle de priesa en el lecho e mandóme don Nicolás por buscar a V.M.

—Vamos allá, vamos allá, e que Dios nos asista —murmuró el físico, pues era tal, don Nuño Zabaleta, viejo licenciado en Salamanca, de cuya

[1] Vase por posta: Estar a punto de morir o irse un enfermo por la posta.

ciencia tenía gran aprecio el Capitán Illescas y a quien acudían, en su casa, cuando alguna dolencia les afligía.

Alargó el caballero un maletín que cogió Antúnez; embozóse en su capa, echóse el chambergo sobre la frente y se lanzó a la calle, seguido del buen escudero que marchaba detrás de él, envuelto en su capa que escondía el maletín.

Desanduvieron el camino que Antúnez trajera y, casi sin topar con nadie, aunque la lluvia había ya cesado por completo, llegaron hasta la casa a cuya puerta llamó Antúnez con seco golpe; abrióse de inmediato ésta y entraron ambos en la casona.

Llegados a la puerta del aposento de D. Rodrigo, hallaron allí, acongojado y solo, a Nicolás, quien, al verlos, fué hacia el médico y, tomándole la mano en gesto angustiado y ansioso, le dijo:

—¡Don Nuño, venid a verle! ¡Non habla ya y casi no siente las voces!

Tomó el médico su maletín de manos de Antúnez; entrególe capa y sombrero y, sin responder siquiera al mancebo, entróse seguido de éste al aposento.

En la casi oscuridad reinante no se advertía, en el primer momento, sino la sombra de un gran lecho, una amplia cómoda sobre la que, con dos cirios encendidos delante, veíase un sangrante Cristo pendiente de negra cruz.

Los espesos cortinones de brocado estaban apenas entreabiertos dejando entrar una leve claridad en la estancia. Varias sombras aparecían al pie del lecho.

Con rápido ademán, el médico corrió los cortinones y llegóse al enfermo.

Da. Mencía y las criadas que la acompañaban cesaron en sus oraciones; la primera alzóse y quedó de pie donde se hallaba; las criadas apretujáronse contra una de las paredes del aposento. La luz velada y tétrica de esa mañana lluviosa iluminaba ya la estancia.

Yacía el Capitán sobre el lecho en posición supina y cubierto por una cobija de lana de vicuña; tenía lívido el rostro, cerrado el ojo derecho y abierto, en aterradora inmovilidad, el otro; la respiración estertorosa y perdido el conocimiento. Vióle el médico y, volviéndose a Nicolás, ordenó al punto:

—Mandad me traigan sanguijuelas... ¡E que se den priesa, por Dios!

Voló Nicolás a cumplir la orden. El médico llegóse al enfermo, tomóle el brazo derecho, lo levantó y lo dejó caer como cosa muerta; tanteó el rostro, observó el párpado abierto y habló, llegándose mucho, al paciente:

—¡Rodrigo!, ¡Rodrigo! —el Capitán dió como sola señal de vida un leve temblor que corrió por el lado derecho de su rostro; pareció querer abrir el ojo cerrado...

—Doña Mencía —dijo el médico a la dama—, aparejad en seguida paños e jofainas, que hemos de sangrarle.

Salieron en silencio las mujeres a tiempo que volvía Nicolás.

—Mandé a Antúnez, don Nuño... Pronto habrá de volver...

—¿Cuánto hace que se halla así? —preguntó el médico.

—No lo sabemos. Halléle esta mañana caído en el suelo. Tenía los ojos abiertos cuando lleguéme a él para incorporarlo; mientras lo hacía, cerrólos, tornó a abrirlos, quiso hablar e non pudo... Al cabo quedóse cual está...

—¿Avisaste a Ponce? —inquirió el médico.

—Sí, don Nuño, casi al propio tiempo que a V.M.

—Nicolás, témome que lo perdemos agora —dijo gravemente Zabaleta poniendo, sobre el hombro del mancebo, una mano ornada de un anillo de oro, que figuraba una serpiente mordiendo la cola, y cuya cabeza era un grueso rubí—, quiera Dios e así se lo pido, que errado esté agora en mi pensar, pero es el caso que Rodrigo ha sufrido un flujo de sangre en el cerebro... Quitáremosla con aquessas sanguijuelas que dije, je que ya debían estar aquí! —concluyó abrupta y, violentamente, el médico a quien veíase temblar en la espera, ante la probable desaparición de alguien que le era bien querido.

Allegóse nuevamente al lecho y pulsó al enfermo; se inclinó otra vez sobre él y tornó a decir:

—¡Rodrigo!, ¡Rodrigo!

Abrióse en esto la puerta y apareció Antúnez trayendo las sanguijuelas pedidas en una redoma de cristal.

Tomó Nicolás la redoma y el médico aplicó uno a uno los anélidos —tras de haber incorporado al enfermo— en la nuca del paciente; aplicóle hasta diez de estos animales, los cuales fueron poco a poco hinchándose con la sangre que chupaban.

Bien pronto, ahítos ya, los animales soltaban sus ventosas y rodaban por la espalda abajo; tornó a poner nuevas sanguijuelas el médico, observando atentamente el rostro del Capitán, quien permanecía en el mismo estado de coma... Pasaron los minutos y el doctor mostrábase más taciturno y sombrío... Por fin, volviéndose a Nicolás, le dijo:

—Hijo mío, haz que traigan los paños e las jofainas que dije... Vamos a sangrarle, e non queda ya sino confiar en Dios...

Salió Nicolás y, al hacerlo, cedió el paso a D. Pedro Ponce que entraba ayudado por su hijo.

Venía el caballero trémulo y desalentado; la desgracia ocurrida a su amigo, habíala, también él, sentido en la carne; vacilaba sobre sus piernas y se sostenía, solamente, gracias al fuerte brazo de su hijo.

Sentóle éste en el sillón que se hallaba al pie del lecho y D. Pedro quedóse mirando, con tremenda fijeza, el inerte cuerpo del Capitán. Pablo, junto a él, estaba sin aliento.

—Don Nuño —balbuceó el viejo—, ¿qué es aquesto?

—¿Aquesto...? Tal vez el fin, don Pedro...

—¡Rodrigo!, ¡Rodrigo! ¡Válame Dios! —musitó Ponce, con el mirar fijo y las lágrimas corriendo, lentamente, por sus mejillas...

A poco, Nicolás volvió con Antúnez que traía paños y jofainas; D. Nuño habló, con gravedad, a Pablo, quien, suave, pero firmemente, se llevó a su padre de la alcoba.

Despojóse el médico de la casaca, subióse las mangas del jubón y la camisa y, tomando de su abierto maletín unas cuerdas, las envolvió sobre el brazo izquierdo del paciente, por encima del pliegue del codo, preparando un torniquete; luego, con una lanceta, cortó la piel, disecó la vena y practicó la sangría sobre el mismo pliegue. Fluyó la sangre, espesa y negra...

D. Nuño, con los dedos en la muñeca del enfermo y la vista fija en el rostro inmóvil, esperó. Pronto soltó la mano y, casi en un soplo, pidió a Nicolás, que se hallaba a su lado, un espejo.

La sangre había dejado de fluir; tomó el doctor el espejo y acercólo a la boca del paciente: la pulida superficie del metal siguió, tersa y clara...

Irguióse el médico; devolvió el espejo; cubrió, lentamente y hasta el rostro, el cuerpo del Capitán... Nicolás, con sordo sollozo, cayó de rodillas. D. Nuño inclinó la cabeza sobre el pecho, a tiempo que se persignaba lentamente.

Largos minutos transcurrieron hasta que el médico posó la mano, suavemente, sobre la cabeza del abatido mancebo y con voz alterada, pero firme, dijo:

—*Deus dedit, Deus abstulit*, cúmplase su voluntad... Ve con tu madre, que harto ha de necesitarte agora... Cuida que le tengan aparejado un cordial² e non la dejes sola... Envíame a Antúnez e alguno más, porque le aderezemos...

Nicolás se levantó lentamente; alzó la cobija que cubría el rostro del anciano y lo contempló largamente, mientras las lágrimas corrían silen-

2 A decir de la RAE cordial significa “bebida que se da a los enfermos, compuesta de varios ingredientes propios para confortarlos”.

ciosas por su atezado rostro; bajóse luego y posó un largo beso sobre la fría frente del muerto; lo cubrió nuevamente y salió del aposento...

El médico volvióse hacia el Cristo que aparecía más sangrante y más trágico en el solemne silencio de la alcoba; clavó su mirada en la imagen y sus labios se movieron en una oración... Detrás del Cristo y colgados de la pared, veíanse la vieja espada, el acerado yelmo y la coraza del Capitán... La mirada de D. Nuño fijóse en esas armas, pasando por sobre el Cristo y en tropel acudieron a su mente recuerdos de otros días: aldeas ardiendo sobre el horizonte, ayes y gritos de moribundos, un hombre con la espada en alto, erguido sobre un corcel y, junto a él, cientos de lanzas y mosquetes, y pendones al viento bajo el pálido sol del Brabante... Y allí estaba, ahora, aquel Capitán inerte y solo, sin gritos, sin voces, sin mosquetes y sin gloria...

La luz vacilante de los cirios ponía pálidos reflejos en borgoñona y peto; la empuñadura del viejo acero pareció perder su brillo... Pasóse D. Nuño la mano por los ojos y volvióse hacia la puerta por donde entraban, descubiertos, Antúnez y dos criados más.

Venía Antúnez pálido y agobiado; sus ojos anublados de lágrimas que no brotaban, fijáronse en el cuerpo rígido bajo la manta y dejóse caer al pie del lecho, besando fervorosamente la orla de la manta que cubría a su señor... Los otros criados permanecieron inmóviles y silenciosos.

Al cabo la voz de D. Nuño movió a los hombres.

—Antúnez... Cesa ya en tu duelo... Dios nos lo dió, Él nos lo quita, acatemos su santa voluntad... Alza, que hemos de vestille...

Levantóse el escudero y dió comienzo a la triste faena.



Como una semana más tarde, hallábanse en el estrado familiar de la casa de Ludueña, Da. Clara y su esposo, platicando en dolorida quietud con su hijo, mientras aguardaban al físico D. Nuño Zabaleta y a Nicolás que se encontraban en la alcoba de Da. Mencía, a quien la muerte de su hermano había herido tan profundamente que no pudo dejar el lecho desde el día siguiente al entierro del Capitán.

Los de Ponce, presentes en la casona desde la muerte de D. Rodrigo, habían permanecido en ella, prodigando sus cariñosos cuidados a la dama y su aliento a Nicolás, y ahora volvían sus pensamientos hacia sus propias vidas.

—No os enfadéis, padre —decía suavemente Pablo al viejo que había respondido airado a sus palabras anteriores—. No os enfadéis nin creáis que tal os pido porque quiero verme solo e libre en la Villa... Es que ya,

vos, nin la mi madre y señora, podéis resistir sin daño el duro clima... E a más, aqueste recordar diario al señor Capitán, que Dios haya, vos encoge el ánimo e abate el cuerpo... Idos ambos, por un tiempo, al Valle, enderezad vuesto ánimo, olvidad lo pasado y bien os querré tornados...

—Bien sé yo, hijo, que con buen seso me hablas agora, mas... háseme metido la piedra de este monte tan dentro de mí mesmo, tengo tan en la sangre su aire e su cielo, que fallerá mi cuerpo, “aína”, si a ello me hurto agora, e non quiero cerrar los ojos si non es con ellos puestos en el Cerro...

—E por aqueso mesmo, padre. Bien se me alcanza vuesto pensar e quiero que aqueste vivir en la Villa non acabe con vos antes que veáis granado el árbol que plantaste y que bendigáis retoño de vuesa estirpe... —dijo Pablo acercándose a su padre, quien le miró, sonriente, mas con los ojos húmedos.

Entraban a este punto D. Nuño y el de Ludueña.

—Gracias sean dadas a Dios Nuestro Señor —dijo Zabaleta—; salvada la tenemos, mas, es de todo punto necesario, Nicolás, que aparejes vuesto viaje a Charcas, la tu madre non guarirá del todo, si non dexa la Villa pronto...

—Ansí lo haré, don Nuño, agora mesmo... ¿Cuándo pensades que debemos partir?

—En cosa de ocho días más. Ansí doña Mencía hallaráse fuerte como para tal viaje.

—Oye acá, Nicolás —intervino don Pedro que escuchaba atentamente al médico—, ¿qué dices de marchar a Charcas, muchacho? ¿Hémoste cansado tanto que ya non gustas de nuessa compañía? Bien sabes que, días ha, reñimos interminable batalla con aqueste hijo mío, que quiere forzarme el viaje al Valle, e agora que acaba de ganalla, pues que yo he capitulado “aína” e veréme forzado a marchar con la mi mujer, ¿non gustarás de dexar a la tu madre con nosotros?

—Dí que te place aqueso, Nicolás —urgió doña Clara—, ves que agora non debe quedar en soledad, e a más allá en Charcas non estará mejor que en el valle, por bien de su salud...

—Verdad es aqueso —apoyó el médico—, vale más que aceptes la oferta e envíes tu madre con ellos, Nicolás.

—Que Dios os pague, don Pedro —repuso gravemente el mancebo Ludueña—. Bien quiero que la mi madre non sea sola tan presto, e si dixes de Charcas, fué porque bastante hemos molestado ya a Vmds.; empero si vuesa generosa bondad, don Pedro, ansí lo quiere, seguro só que la mi madre bien aceptará vuesa oferta con el mesmo agradecimiento con que yo lo hago.

—Dexe el mocito aquessos decires de zalamería e dése por resuelto el caso –dijo perentoriamente el buen viejo, y continuó dirigiéndose a ambos jóvenes–. Venid agora al lado, vosotros, porque si hemos de dejaros solos, os recuerde que...

—Parad, don Pedro –cortó sonriente Zabaleta, arrebujiándose en su capa y disponiéndose a salir–. El viejo halcón cuida que los polluelos aún tienen blando el pico e ya perdióse más de una paloma por ellos... –acabó picaresco, tendiendo su mano al viejo señor, que le miraba con fingida severidad...

Capítulo xvi

—E bien te digo, Pablo, que quitáronmela por dársela al Villafuerte; e non me valieron ruegos para ablandar al su padre...

—¡A mí non me quitarán “aína” a Margarita, voto a Dios!, ¿pero estás cierto de que se la darán? ¿No resistirá la niña?

—Bien pudiera pero, para profesar será, e ansí la pierdo por siempre... ¡No, Pablo, no...! Prefiero verla maridada con el Villafuerte, porque enviudará “aína”, te lo fio...

—¿Y si ella quiérele al fin?

—¡No, que no será!

—¿Conoces tú al galán?

—En mi vida víle... En Charcas vivió siempre y allí quedará de seguro... D. García de Villafuerte no quiso que el hijo supiese de minas e “Ingenios”, sino de gastar dineros...

—Si no lo conoces, ¿cómo aseguras que ella no le amará por fin?

—¡No, que no será, vive Cristo!

—Guardarála como joya, sin embargo...

—Como a tal la cobraré en su hora, por mi alma lo digo...

—Lleváronla a Charcas, tiempo ha, e tú lo permitiste, ¿irías allá por cobrarla?

—¡Del infierno la tendría! ¿No hicieras tú lo mismo?

—Sí tal, ¡voto al diablo!, antes que la tenga el otro...

—Prometíle a mi madre dexalla casar e non tuve ánimo de negarme...

Bien me pesa, pero agora ya non hay quien tome su parte... E pronto será... —cortó en seco el de Ludueña. Sentado frente a una mesa tenía delante de sí un jarro de cincelada plata; su amigo, frontero a él, con los codos apoyados en la mesa y la cara entre las manos, le miraba, con reidero mirar, por encima de su propio jarro.

—Bien te creo, Nicolás, pero... ¿non fuera mejor que non dejases que la llevaran a Charcas?

—¡Calla ya, diablo, calla ya...! Que tus palabras ponen fuego en mis venas e non puede ser aún...

—Vamos a cuentas, Nicolás, agora —dijo el de Ponce, cambiando su tonillo zumbón por otro serio y casi seco—. Vamos a cuentas. Non es que yo quiera moverte a desaguisado, sino que quise ver si no has perdido, con aquestos años pasados, algo de las enseñanzas del señor Capitán, que en gloria esté; amaste e amas aún a doña Sol, pero debístela cobrar cuando era hora, antes de que el su padre la casara con el Villafuerte; agora es tarde ya e más vale que la olvides... Piensa en que prometiste a tu madre non quitalla del su marido e débesle cumplir la promesa...

—Cumpliréla, sí, pero ¿qué hago ahora de mi vida?

—Dineros tienes, libre estás... ¡Marcha a la Corte!

—¿E la mi hacienda? ¿Quién miraría por mis minas e “Ingenio”? ¿Quieres que me los roben los Berasáteguis? E, catá agora Pablo que con este hablar del sentimiento, íbaseme a olvidar: Agora tuve noticias del Padre Barba...

—¿Dó se halla?

—En aquesse lugar de Tarabuco donde es párroco...

—¡Buen párroco habrán esos! ¡Ya lo veo yo trajinando siempre por los cerros in busca de minas o asustando a las gentes con sus cocimientos...! ¿Quién dióte aquessa nueva?

—Topéme ayer, de venida del Mesón del Desorejado, con don Antonio Zapata, quien dióme el aviso e díjome también que el buen Padre hállase contento, pues cuida haber hallado nuevo modo de beneficio conque lograremos menos pérdida de azogue y de plata...

—¿Créelo tú?

—E sí; bien sabes que el Padre es sabio; e bien encaprichado que estaba en su empeño...

—E dí, Nicolás, ¿díjiste que por don Antonio Zapata hubiste noticias del Padre?

—E sí.

—¿Andaba solo?

—Sí, ¿por qué lo dices?

—Lo digo porque días pasados, más de una vez, vílo en compañía de un mozo bien tallado e creo que nuevo en la Villa... No me sorprendiera el hecho sino fuera que el mozo parece matasiete.¹ Lleva sombrero de Tarapaya con una grande pluma roja e un cintillo color nácar...

—No lo topé nunca, ¿quién será?

1 Según la RAE matasiete quiere decir “fanfarrón, hombrepreciado de valiente”.

—Quedóme el deseo de saberlo, metido en el pecho, que non tengo yo muchas amistades con el Zapata... Téngole por gente de galeras...

—¡Nunca has tratado, bien se ve Pablo, a don Antonio! En son de monje llegó a la Villa, que non como forzado...

—¿Monje el tal? ¡Voto a Cristo que non ha el diablo por donde desecharle, tal traza tiene...! ¿Vístela peor, acaso? E aluego el mozo que le acompaña...

—Peores vílas, sin duda, pero mejores hombres no, te lo fío. Agora, que el Zapata no nació para santo...

—Pues para mi santiguada^[2] que dará en diablo... E di, Nicolás, ¿has decidido, por fin, si juntarás a las gentes del Moreno?

—Yo de mi gusto, non lo haría, ya tú lo sabes, pero... Bien necesitamos agora abanderizarnos, pues que todo anda así en la Villa... O de un lado o de otro, porque suelto te tundirán ambos...

—E a más, que el Moreno es buen Capitán para aquestos bandos; témenle como al diablo todos e “quien a buen árbol se arrima...”.

—Mejor cabeza sería el Zapata, por mi fe; si él capitanease el bando de los criollos, bien marcharía yo a su vera...

—E dí Nicolás, ¿diz que busca el Villafuerte ayuda porque su hijo gane aquel empleo vacante en Tucumán?

—Non llegó a mi oído tal noticia, pero bien será que le gane...

—¿Quieres sabelle alejado? —dijo Ponce con malévolos tonillos que puso fuego en las mejillas de Nicolás, quien golpeando vivamente la mesa con el puño cerrado, exclamó:

—¡Válate el diablo! ¿Quieres dejar aquesse juego? Dígote, otra vez, Pablo, que non alteres mi paz. Tú mesmo me atajas el paso diciéndome que sólo el olvido me cabe e luego tú mesmo, ¡voto a Cristo!, soplas las cenizas so las que arde el fuego... Váyase en buenhora el Villafuerte e pierda yo su memoria e la de la ingrata, aunque bien veo ahora que acá dentro está metida e non saldrá mientras viva... E perderéme e perderáse “aína”, si Dios no media...

—¡Catá, Nicolás, qué mozalbete me eres agora...! ¿No puedo, acaso, gastar bromas contigo?

—Gástalas en buenhora, pero no con mis duelos, ¡Pablo! Bien ves que duéleme el alma, cuando pienso en aquessa Sol que lo fué de mi vida antes que el malhadado Villafuerte se cruzase en mi senda... No, Pablo, no... Ha se metido en mi alma, para siempre jamás, e non sé agora do hallar con-

[2] Para mi santiguada: Forma de juramento que aparece en el *Diccionario de uso* (1928) de Andrés Bello. Significa “por mi fe”.

suelo... E a ti te digo, Pablo; metida está su imagen en mi pecho, su mirada en mis ojos, su palabra en mis oídos... ¡No burles, por Dios, no burles!

Un hondo silencio siguió a esta explosión del mancebo; quedóse el de Ponce con la cabeza baja y sin responder; alzó luego su jarro con lentitud y bebió hasta agotarlo; dejólo sobre la mesa, se levantó y fué hacia su amigo; púsole una mano sobre el hombro y le dijo:

—Nicolás, errado he; tengo a Dios por testigo que non fué en mi ánimo ofenderte; tiempos mudan consejos, álzate agora e mira por tu vida. Juntos vimos la luz al nacer, juntos fuimos mozos, casi a una llevósenos la muerte a los seres más nuestros, juntos acabaremos la vida, a Dios plegue... Ansí mano y acero tengo, si por el atajo tomas...

—Gracias, Pablo, e perdona mi arrebato —dijo el de Ludueña pasándose la mano por la frente, echando atrás su cabeza y cerrando los ojos por un instante—. No sé qué me movió a cejar tan presto... E sé agora que la mi madre bien miraba mis amores... Resistiera yo, e non me exigiera palabra ella...

—Tiempos mudan consejos, dígotte yo, e agora pelillos a la mar;³ bebe tu jarro e vamos al Regocijo; catá que agora buena falta nos hace el sol, tengo ateridas las manos e los pies... E también en este hablar fuéronsenos las horas e como tú non gastas lujos...

—Culpa tuya es que non enviaste por un brasero, que non curo yo de tales cosas... Frío hace, sí, pero non acabó con nosotros al nacer, non lo hará agora, que somos hombres —apuró de un golpe su jarro, lo arrojó, casi, sobre la mesa; y alzándose tomó a su amigo por el brazo y salieron ambos de la estancia.

Promediaba mayo.

El cielo azul, sin una sola nube, resplandecía aquella tarde anunciando una noche excepcionalmente fría; el sol, ya en el último tercio de su carrera, doraba los techos y las torres de los templos; las sombras altas dibujaban sobre las paredes el perfil desigual de las casas fronteras; el aire punzante mordía las carnes en ráfagas violentas como aletazos.

Los dos mozos, arrebuados en sus largas capas y con el sombrero bien metido sobre la frente, caminaban rápidamente hacia la Plaza del Regocijo.

Plena de sol, en más de un tercio aún de su extensión, la Plaza se hallaba, a esa hora, llena de gentes, desocupadas en su mayoría, sin que

3 Pelillos a la mar: Frase utilizada para expresar el deseo de olvido de agravios y restablecimiento del trato amistoso.

faltasen, tampoco, oficiales de justicia o de la Casa de Moneda que, a las puertas del sombrío edificio, gozaban del sol radiante y luminoso.

Llegados a la Plaza, ambos mancebos pusieronse a caminar despaciosamente por el lado del Empedradillo; olvidado ya el de Ludueña de sus duelos, o escondiéndolos tal vez, charlaba animadamente; a poco, topáronse manos a boca, con otros dos mancebos que, precipitadamente, descendían por la calle de San Martín.

—¡Eh, los galanes! ¿Do vais con tanta priesa que en poco más dais conmigo en el suelo? —interpeló, alegremente, el de Ludueña, deteniéndose bruscamente.

—¡Voto a Cristo, que aquesto es tener suerte!, ¿verdad, Cristóbal? —dijo uno de los recién llegados, alzando los brazos y volviéndose hacia el otro que, llevando la mano al chambergo, se destocaba ceremoniosamente.

—¡Quitad allá, don Cristóbal! Por Dios que me turbáis... Siéntome Corregidor... —rió Nicolás.

—¿Non ha vuestro apellido?

—Ludueña me soy, que no Lodeña⁴... E quede aquí el caso... ¿Hablástedes de suerte, don Nuño?, ¿hallástedesla con nosotros?

—E sí, don Nicolás. Venid porque hablemos —dijo el nombrado tratando de llevarse consigo a los amigos.

—¿Non podemos acá? —dijo el de Ponce—. Bien me place este sol, agora...

—No, ¡voto va!, don Pablo —exclamó el llamado Nuño que era el más agitado de los dos recién llegados—, las graves cuestiones han de tratarse gravemente —continuó—, e más que por acá las mismas paredes oyen... Hacednos compañía, que bien precisamos de Vmds.

—Ya os seguiremos, don Nuño —repuso Pablo—. Habéisme levantado el diablillo de la curiosidad e agora non pararé hasta averiguar lo que habéis entre pecho y espalda...

—Verdad dice, Pablo —afirmó Ludueña—, ¿e dónde iremos agora?

—¡Nuño! —llamó abruptamente el de Velasco—, allá andan aquessos... e catad cuán fijamente nos miran... ¡Angelillos, ya os toparemos! —concluyó mirando despreciativa y altaneramente hacia dos mozos que se habían detenido del otro lado de la calzada y en la esquina fronterera a la Casa de Moneda.

4 En *Historia de la Villa Imperial de Potosí* (Primera Parte, Libro VI, Capítulo 4, pp. 252) se alude a don Pedro de Lodeña, o Ludueña, décimo corregidor de la Villa de 1603 a 1607, año en que murió.

—Anda, anda, don Cristóbal, guardaos vuestro gesto para luego y démonos prisa —urgió don Nuño, apresurando el paso.

—Decí, don Nuño, ¿tenemos necesidad ya de hablar más, agora? —dijo Ludueña deteniendo el paso y asiendo el brazo de su amigo—, vizcaínos topamos, revolviósenos el genio e... hablarán las espadas... Cuando e donde, non necesitamos saber más.

—Brava cabeza tenéis, ¡válame Cristo...! Rondar he la casa de doña Juana Astudillo esta noche, un poco allá de la Queda... Placerme hía que vosotros viésedes mi traza de rondador...

—Rodrigones pegadizos habrá la dama, por descontado...

—Aquessos e, sin duda, otros tantos... ¿Gustáis del lance?

—Si igualamos la fiesta, tendrísime de vuestro lado...

—¿E vos, Ponce?

—¿Cuántas cuchilladas dió aqueste —por Ludueña— sin mi compañía?

—Non más palabras entonce. Al Toque de Queda, marchad por Mercaderes —Nuño tendió la mano a los dos amigos—. ¡Que Dios os guarde, señores!

Despidiéronse él y el de Velasco y fuéronse Plaza abajo, rumbo a Santo Domingo, mientras Ludueña y Ponce reanudaban su paseo; los vizcaínos, luego de seguir, por un momento, con la mirada a los que se alejaban, continuaron también su camino por la calle de las Mantas. Ponce, que los observaba a hurtadillas, dijo:

—Ansí, Dios me salve, como toparemos muchas e buenas espadas esta noche...

—Dos a uno por lo menos... ¡Bah! Con aquesta valemos diez... —afirmó Nicolás, acariciando su espada por debajo de la capa.

—Eso tú... pero ¿la mía? Tengo en mí que non podré menos de pedir a Marín otra que más me valga, que este fementido azadón...

—E a propósito, Pablo, tiempo ha que Francisco non llega por casa, ni él, ni el su hijo... ¿has le visto tú?

—En estos últimos tiempos, no... Víle a cosa de un mes de la muerte del Capitán; bien quise entonces hablarle sobre el tema del espada, pero tengo para mí que estaba huidizo... A fe que teme mi pedido que presiente, y por ello esquivá cuanto de cerca o de lejos diérame pie para abordalle...

—Por ti lo siento, Pablo, pero alégame por mostrarme que non estuvo errado mi tío cuando díjome dél que vale más que muchos hidalgos de la Villa... Mas yo te fío, Pablo, que hablaré con él, e tendrás tu espada...

—Non creo que tal logres... Con aquesse pregón del Lodeña sobre las armas... Bien ves que agora le siguen todos –y haciendo a su amigo fijarse en los que pasaban, concluyó–: Nenguno lleva espada.

—Pero muchos llevan capa, e ya lo sabes: “So mala capa...”.

—E diz que golillas⁵ andan a caza de espadas, aún en la calle...

—¡Non lo creo, por vida! A mí non llegará nenguno... ¡voto vá!

—¿E si te llegan?

—¡Mostraréla, e que se guarden!

—¡Ay, Nicolás, que habréme de meter a fraile –se quejó, socarrón, el de Ponce–. Non gano para sustos contigo... ¿Non respetarás el grave bando del Corregidor? ¡Oíle yo, galán! –e imitando jocosamente al pregonero, en voz tan alta que le oyeron sonrientes cuantos pasaban o charlaban apoyados en las paredes, dijo–: E a más, hago saber que quien se hallare por la calle portando espada o daga o cualesquiera otras armas, será preso e aherrojado, privado de sus armas e multado en cien pesos, e si se resistiere... –y acabó en una larga carcajada–. ¡Por vida que hízome gracia el golilla!

—¡Pregones para aquietar la Villa! –habló sarcástico Ludueña–. Ansí diéranle de palos... ¡Échense los vascos de poblado e quietos quedaremos todos...!

—Buena quietud habrá, a fe... Ancha e holgada nos quedará la Villa, que ellos solos llénanlo todo...

—E ansí será de por vida, Pablo... Dilatado mar nos separa de la Corte; provee Nuestro Señor, el Rey, justas medidas; tuércenlas en Lima según juzga el Visorrey o sus Oidores; llegan luego tales providencias a Charcas, letrados tómanlas allá e revuélvanlas a su guisa; llegan acá, dan en manos de Corregidores que las dejan tales, que non las reconociera el Rey que las dictara...

—Razón tienes, e si non cuidamos de hacer nuesso propio gobierno, quitando dél a los vascos, mal año tendremos...

—E dí, Pablo –dijo Ludueña tomando el brazo a su amigo y llevándose el camino de su casa, pues el sol se ocultaba ya detrás de los lejanos montes y el frío arreciaba–, ¿qué piensas del convite de Nuño? A fe que non sabíalo tan prendado de la dama que buscase batalla, e más aún, le conoces tú bien, que se aviniese a demandar ayuda... E cuenta que venía de priesa en busca de alguien, e que a nos demandó ayuda como la demandara a cualquiera; necesita espadas antes que nombres...

5 Según la RAE golilla es un tipo de “alzacuellos de valona” que estuvo de moda desde el siglo xvii, además de ser el mote político coloquial de los ministros togados que la usaban.

—Empero ví que alegróse de toparnos; acaso buscara a cualquiera, pero agora non nos trocara por nadie... Tengo para mí que non es la doncella, propiamente, quien en tales andanzas le pone, sino el galán que la ronda... ¿Has tú idea de quién sea el tal?

—Non conocí a nenguno de aquessos dos, aunque bien ví que será con ellos la riña...

—¡Voto a tal, Nicolás! Paréceme que aquesse mozo a quien D. Cristóbal miró tan largamente es allegado del Veinticuatro Arismendi... E sin duda, con él anda el enredo...

—Pero, ¿cuál será la causa?

—¿Causa? ¿Buscarásla tú si te topas con alguno de aquessos malhadados vascuences?

—¡Yo, soy yo!

—Y él, es él, Nicolás... E todos somos uno cuando de reñir se trata...

Habían llegado casi a la casa de Ludueña; la tarde descendía rápidamente; por occidente, las nubes que cubrían el horizonte tomaban cuerpo y colorido a medida que los minutos transcurrían, oculto ya el sol tras de los montes.

—Mira, Pablo —dijo Ludueña deteniéndose—. Pienso que non vale entrar en la casa si luego hemos de estar en batalla...

—¿Dó quieres llegar entonce?

—Al mandracho⁶ del Esteban... Tiempo hace que mis manos huelgan.

—¿Pésante tanto los doblones que quieres dejallos “aína”? —repuso, zumbón, el de Ponce.

—Hállolos pocos agora e quiero aumentallos...

—¿E si topas con alguien de floreo?

—¡Por vida! ¡Non duraría mucho el tal!

—¿Díceslo de veras?

—No, matarle, no... Descornaréle la flor e luego bien de cintarazos que llevará, por mi fe... ¿Vamos?

—Por mí que non quede... ¿Has tú dineros?

—Doscientos ducados guárdeme el Desorejado, de noches há...

Acá en el bolso habré algunos más... ¿E tú?

—Hállome sin blanca...

—Ten mi bolso e que Dios te ayude —y Nicolás, sacando un bolsillo de seda de su faltriquera, se lo tendió a su amigo.

6 Según la RAE mandracho significa “casa de juego”.

—No, Nicolás... No he menester dello... Sí...

—¡Pablo! ¿Tengo de decirte, otra vez, lo de siempre?

—No, hombre, no... Pero, bien sería que, alguna vez, la falta de dineros me reportase calma... Ya sabes que por esa vía me gana el diablo e si non he dineros, mal podré jugallos...

—¿Quién cuida dello, Pablo? Al dinero hiciéronlo redondo porque rueda “aína”...

Y dando vuelta, sin más tardar, ambos amigos marcháronse calle abajo en demanda del garito del Desorejado.

La tarde dió en noche. En el tablaje de Esteban y en medio de la humosa luz de los candiles, sentados o en pie delante de una mesa, varios mozos jóvenes jugaban a las cartas, mientras otros bebían, en grandes jarros, el buen vino de Oroncota. Los gritos —ya airados o ya alegres— de los jugadores; el golpear de los jarros sobre las mesas; los cantos de los bebedores, entre los que se veía tal cual mujer de saya y manto, formaban una batahola que se escuchaba a dos cuadras a la redonda, despertando dormidos ecos en las paredes del Noviciado y acuciando, acaso, recuerdos y deseos entre los sencillos frailes del convento vecino.

Pronto las campanas de éste tocaron el Ángelus; aunque la gente que llenaba el garito dejara pasar, sin mayor atención, los amplios sonos de aquéllas, bajáronse un tanto las voces y, acaso, alguno de los perdidosos, signóse devotamente antes de volver a la liza.

Lentamente pasaron dos horas más.

Las campanas de toda la Villa tocaron la Queda.

—¡La Queda, señores! —gritó maese Esteban.

—¡Lléveos al diablo, mesonero, que son ducados míos los que doblan a Queda...! ¡E no será, vive Dios! —vociferó un mozo, bien parecido, que se hallaba en frente de Nicolás que se había puesto de pie.

—Pues yo que los maté, los entierro y ¡abur! —díjole éste retirándose tranquilamente de la mesa, mientras el de Ponce dejaba la banqueta que ocupara, desde donde había asistido a la pérdida de sus doblones y al éxito de su amigo.

—Pero, ¿de veras os marcháis, señores? —insistió el perdidoso jugador.

—Tan cierto como que maese Esteban cuidará de esos dineros agora... ¿No oíste la Queda? Hombre soy que cumple con lo mandado por corchetes y golillas...

—¡Valiente traza de cumplidor habéis, vos, don Nicolás! —dijo riendo otro de los circunstantes.

—¡Non os burléis así, Seor Alférez! Non gusto yo de enredos alguacilados... E como agora mesmo he recordado que non debemos portar espada, llevo la mía a casa...

—En eso ando, mas... como vos non tenéis ese apuro, bien podréis aguardarme —dijo al perdidoso—, luego libre ya de cuidados, volveré para serviros...

—Tornaremos, ¡pardiez! —afirmó Ponce—, e acaso tengamos mucha sed, maese Esteban... Prevenid aquel licor que sabéis para cuando las espadas se quedan en casa...

—¡Ya olí el misterio de que os ví tan temprano! —repuso el mesonero—. ¿Faena tenemos?

—¡Menos pregunta Dios y perdona, Esteban! Ea, caballeros, abur y que os hallemos en tornando —dijo Nicolás.

Bebieron el postrer jarro de vino; embozáronse en sus capas y, mientras el Desorejado contaba y guardaba el dinero que Nicolás dejara sobre la mesa y los demás volvían su interés al juego, Ludueña y su amigo salieron presurosamente.

Un cuarto de hora más tarde, al llegar los amigos a la esquina de la Horca, subiendo por Mercaderes, oyeron un:

—¡Señores, por aquí non se pasa! —y dos sombras se plantaron en frente.

—¡Señores! —replicó tranquilamente Nicolás—, non acostumbra-
mos terneros en media calle, y menos en noches como ésta; mi amigo,
D. Pablo Ponce, ha un leve resfrío y el aire corta como una espada...

—¡Ah! ¿Sois vosotros? Venga esa mano, don Nicolás. Decí, ¿non viene
nadie calle arriba?

—Nadie viene, don Cristóbal —repuso Nicolás, tendiendo su mano al
de Velasco—. ¿E don Nuño?

—Anda en la otra esquina...

—¿Creéis que vendrán, don Cristóbal? —preguntó, ansioso, Ponce.

—¡Vaya si vendrán! Non lo dudéis, don Pablo... Non son gentes de
paz aquessos...

Un agudo silbido llegó desde el otro extremo de la calle.

—¿No os lo dije? Ya están allí...

—Lleguemos ya, que tengo que recogerme pronto... —dijo Nicolás
marchando apresuradamente, calle adelante, seguido de los otros.

Al llegar a la esquina, un grupo de personas cerraba la calle.

—¡Buena banda traéis, don Nuño! —dijo una áspera voz.

—No os importe. Decid cuántos venís y tantos estaremos...

—¡Os quería yo solo!

—¿Vinieron los otros por enterrarme?

—Acabad los parlamentos, ¡vive Cristo! —dijo impetuoso, Nicolás, avanzando hasta casi topar con los que venían del lado opuesto—. Cuatro somos, venid veinte si os importa... ¿Queréis pasar? ¡Os lo vedamos! ¿Queréis volveros? ¡Por difícil lo tengo!

—¡Callad, vos, don Bellaco!

—¡Por el diablo, que os tragaréis la lengua! ¡Guarte!^[7]

Brilló en el aire un acero; diez más brillaron en la sombra...

El chasquido de una hoja contra la otra rompió, de pronto, el pequeño silencio que se hiciera...

—¡Non haya cuartel! ¡Al diablo los vascos! —dijo una sonora voz, que fué la postrera...

[7] Guarte: Guárdate.

Capítulo xvii

Nicolás salió apresuradamente envuelto en su amplia capa y, sin volver la cabeza, corrió casi en demanda de la casa de los Ponce de León.

Conforme andaba el mozo, alguien le seguía; había el seguidor surgido del vano de una puerta cercana a la de la casona y ahora caminaba pegado a la pared y a distancia que juzgaba, sin duda, prudente.

Hacía mucho que tocaron a Queda y nadie, si no ellos, marchaban por la calle.

Los vacilantes faroles ponían manchas de luz en las esquinas, y tal cual vez, en mitad de la calle.

La noche, una de las últimas de mayo, mostrábase tibia; la soledad y las tinieblas lo dominaban todo.

Al llegar junto a una esquina, topóse Nicolás, de golpe y porrazo, con un grupo de gente que venía de una calle transversal.

—¡Téngase quien fuere! —dijo en fuerte voz el que encabezaba el grupo. Nicolás retrocedió un paso y llevó la mano a la espada.

—¿Quién os dió vara?

—¡Por el Rey, teneos! —y el desconocido avanzó hasta llegar a Nicolás.

—Dadme paso, soldado, que llevo priesa...

—Veros he, primero, el rostro —y levantó una linterna que le fué dada por uno de sus hombres, para iluminar el rostro del caballero—. Pasad, señor, que Dios os guarde. Y el alguacil se apartó hacia el centro de la calle; Nicolás, sin decir palabra, continuó su camino.

El hombre que le seguía retrocedió hasta dar con un ancho portal donde se escondió rápidamente.

La ronda siguió su marcha. Iba delante el que la mandaba llevando siempre la linterna en la siniestra mano.

El círculo luminoso avanzaba por la calle, bañando en [su amarillenta

luz el desigual empedrado del piso)¹ las llanas puertas o los blasonados portales.

La ronda se detuvo. Pegada contra las labradas pilastras de uno de éstos, se agazapaba una sombra.

—¡A mí del Rey! —dijo el que llevaba la linterna, acercándose rápidamente al portal, mientras requería la espada y le rodeaban los alguaciles, en son de batalla, y dirigiéndose al agazapado, le dijo:

—¿Quién sois que así os escondéis? —y le bañó el rostro de luz.

—¡Hablad en nombre del Rey!

Bajo la luz, vióse el rostro duro de un indio de mediana edad; el cabello saliendo desordenado por debajo de un gorro de lana; los ojos abiertos en asustado gesto; el poncho raído.

Con brusco ademán puso el ronda la mano sobre el hombro del agazapado.

—Natural es —dijo el soldado—. Venid Quintana e preguntalde quién sea.

Llegóse el llamado y miró atentamente al indio; luego le habló en su lengua

—¿Qué haces acá, escondido? ¿A quién aguardas? ¿Quién eres?

Mirábalo el indio como si no le entendiese, siempre con su expresión de animal herido. No repuso palabra. Tornó el Quintana a hablarle, mas como no respondiera nada, dióle un fuerte golpe con la vara que empuñaba.

—¡Nada responde, Alonso!

—Atalde las manos e llevalde al encierro, que allí le enseñaremos a hablar, ¡voto a Cristo! —dijo el nombrado bajando la linterna y apartándose un tanto para dar paso a otro alguacil que traía una cuerda.

No bien el indio quedó en la sombra cuando, con violento impulso, cayó sobre el desprevenido Quintana, que dió un alarido y se desplomó por tierra. Voló el hombre calle adelante seguido de algunos de la ronda, mientras otros quedaban junto al caído. Las voces de los perseguidores llenaron la calle, pero pronto el indio, que corría como un gamo, se puso fuera de su alcance y se perdió en las tinieblas.

—¡Válanme Dios e la Virgen nuestra Señora! ¡Gran golpe me dió el condenado...! ¿Hirióme por ventura? —decía, aún en el suelo, el desconcertado alguacil, palpándose el pecho—. E dióme el golpe acá, don Alonso.

1 Esta parte se halla cortada en el ejemplar de la primera edición que se consultó, sin embargo fue corregida por el autor mediante la fe de erratas.

—¡Llévete el demonio, follón! —repuso acremente el jefe de la ronda—. ¿Andabas dormido, acaso? ¿E vosotros? ¿Sois de piedra, por ventura? ¡Malditos seáis!

Regresaban los que fueron corriendo tras del indio.

—¿Atrapásteislo?

—¡Era el diablo, Alonso, el diablo! Perdióse antes de llegar a la esquina e non le vimos más...

—Sí, era el diablo, sin duda —corroboró Quintana—, por eso non repuso a mis palabras. Era el diablo, sin duda. ¡Válame la Virgen!

—¡El diablo era, Alonso! Sentí yo que al correr hacía son de cabra sobre el empedrado —asintió otro de la ronda.

—¡E sentistes olor de azufre por vida! —dijo, sarcástico, el jefe.

—Sí, Alonso, sí; azufre era lo que exhalaba mientras corría —afirmó alguien, medrosamente, desde la oscuridad.

—¡Callad, follones, mal nacidos! ¡Agora os haré colgar mesmamente! —farfulló Alonso—. ¡Marchad! E vos delante, Quintana... E si topáis, agora, con alguien, no le habléis; echad mano a los hierros y ansí sabremos pronto si son demonios los que topáis.

Alejóse la ronda calle adelante; su paso era más lento; más compacto el grupo, bajo el amparo de la luz.

Entre tanto, Nicolás había llegado a casa de los Ponce.

Sin duda le esperaban porque apenas hubo dado un golpe con el aldabón, la herrada puerta se abrió rechinando y un criado, farol en la mano, le abrió el paso.

—¡Buenas noches, señor! —saludó respetuosamente.

—Que Dios te las dé, Gómez —repuso Nicolás.

—Guía agora, que tengo priesa.

Cerró la puerta el criado, corrió el rechinante cerrojo y se adelantó a Nicolás para alumbrarle el camino.

Subieron la angosta escalera de piedra y pronto estuvieron frente a una puerta a la que llamó el criado con suaves golpes.

—¿Quién llama? —dijeron desde dentro.

—Es el señor don Nicolás —repuso el criado haciéndose a un lado para dar paso al joven que empujó la puerta al tiempo que desde dentro decían “¡déjale paso!”.

La suave luz de un candil pendiente del techo, en medio de la habitación, iluminaba la estancia. Amplio lecho de labrada madera donde yacía el de Ponce, reclinado en blandos almohadones con el pecho entrapajado y el rostro macilento. A los pies del lecho, una banqueta de cuero de la que se levantó un criado a tiempo de entrar el visitante.

Las paredes de la estancia, colgadas de viejos tapices sobre los que brillaban amplias panoplias de pulidas armas; un gran Cristo de bronce sobre el testero. Nada más.

—¿Qué ocurre, Nicolás, que vienes a esta hora? —inquirió el enfermo.

—Algo que me parece grave, Pablo —repuso el visitante despojándose de capa, espada y sombrero, y entregándolos al que cuidaba de su amo, acercando luego el gran sillón hacia la cabecera del lecho.

—¿Puedo retirarme, señor? —preguntó el criado.

—Sí, ve fuera, Mendo... ¿Quedarás mucho, Nicolás?

—Creo que bastante... Tú, Mendo, descansa un poco, que yo te avisaré mi salida.

—Gracias, señor —repuso, respetuoso, el llamado Mendo y salió luego de una cortesía.

—Habla agora —dijo con interés el de Ponce.

—Dí antes, como sigues; ¿dijote el físico cuando dejarás el lecho?

—La herida téngola casi guarecida ya, e don Nuño djome que acaso en dos días más, dejaré el lecho... Gran sangría fué aquessa, te lo fio... Pensé que acá finaba... E tan bien como iba la batalla ¡voto a Cristo! Mas yo me cobraré la cuenta.

—Otro vasco habrá de pagalla, porque aquesse que te hirió...

Y bien, Pablo... Vine porque non puedo sufrir mi casa... Paréceme que malos espíritus andan en ella. Tiempo ha, que en la soledad de la casona e bien corrida ya la noche, escúchanse en ella ruidos pavorosos que parecen salir del fondo de la tierra... Nunca dije nada de ello porque dábame empacho confesar que el miedo andaba a mi vera. Llamé a Antúnez a mi alcoba porque me diese compañía, e los ruidos cesaron; aquietéme por algún tiempo, mas agora —tres días ha—, crúzanse en mi camino, cuando recorro la casa, sombras que me tienen el paso e que me obligan a torcerlo; e alguna me sigue... Mesmamente agora una venía tras mí, hasta que topéme con la ronda...

—¡Válame la Virgen, Nicolás! ¿E tienes tú miedo de aparecidos? ¿E tú crees en ellos? ¡Riérame de ti, galán, si el reír no me dañara aquesta herida...! ¡Válame Dios e qué gracia tiene aquesto!

—¡Pablo! ¡Pablo! Non burles, por tu vida... Bien sabes que ante nadie temblé, que nunca puse pie atrás ante una espada, que si diez ante mí tuviese, tampoco cedería campo... Pero aquessas sombras que llegan e crecen e se achican e que me cierran el paso e que non puedo herir con la espada... No, Pablo, no... Algo hay en mi morada que me espanta... E

vine aquí porque me dejes morar a tu lado, mientras logro limpiar la mi casa de aquessos espíritus...

—Pláceme que llegues aquí, Nicolás, pero...

—¿Créesme alucinado, Pablo?

—¿Quién no ha de creerlo? ¿No dices que desde Antúnez te hace compañía en tu alcoba, no escuchas ya aquessos ruidos? ¿Hálos^[2] él escuchado por ventura?

—Non, Pablo... Antúnez non ha visto nin oído nada pero dizque siente algo, como una calor que le sube al rostro cuando andamos juntos e yo quiero mostrarle las sombras, o cuando en la alcoba oyo^[3] arrastrar de pies o crujir de huesos... E Antúnez tiembla tanto que agora quiere él también dejar la casa...

—¡Válame Dios, Nicolás! ¡Tú temiendo fantasmas! ¡Válame Dios!

—E te digo verdad, Pablo... ¿Recuerdas la muerte del de Carma? Algo díjome entonce que yo le traje la muerte... Embruxo fué sin duda e agora atorméntame su espíritu... —calló. Había en su voz un eco raro, tanto que en la estancia hubo como un soplo de misterio; Pablo, reclinado sobre su almohada, echó la cabeza atrás y cerró los ojos...

—Nicolás —habló el herido a poco, con voz serena—, ¿querrías llamar a Mendo, agora?

—Llamaréle... ¿Has necesidad de algo? Puédotelo dar yo...

—No, Nicolás; nada quiero sino reposar un poco; e tú también debes hacerlo. Diré te aparejen un aposento. ¿Impórtate dónde?

—Prefiérole cercano... —salió Nicolás en busca de Mendo.

Miróle salir su amigo. En la mirada honda se advertía un leve tinte de tristeza...

[2] Hálos: Los ha...

[3] Oyo: Oigo.

Capítulo XVIII

—E yo te digo, Martín, que es hora ya de obrar... Blandamente vamos tratando aquesse asunto de Ludueña... Bien ves que desde que el tal entró en gobierno de su hacienda e envió al Téllez a la mina, como señor al su predio, avanza sus labores cual si el diablo les guiase, e pronto le tendremos delante, como agora le tenemos junto... E que si nos gana la partida, dueño será del Cerro el indino... E hasle oído tú mismo decir, que si el Rey pone a la Villa gobiernos vascuences, ellos quitáranle la plata del Cerro, e que si el Rey dineros quiere, pedirlos ha de los criollos... ¡E voto al diablo que no será, Martín...! El Cerro es para quienes cruzamos la mar para ganalle, para quienes habemos limpia sangre de España, e no para menguados criollos, que si sangre castellana llevan, manchado la han con jugos e aires de aquestas tierras...

—Bien se me alcanza, hermano, aquesse peligro... Mas, ¿cómo privalle de su hacienda, si tiénela de su padre, que buen español se era?

—¡Ludueña! ¡E vas tú a dar primacía a tal andaluz que acaso tiene sangre morisca en las venas! No, Martín, no... El Cerro e la Villa son para quienes tienen la sangre bien limpia, ¡como ésta de los Berasátegui, que es sangre de Reyes...! ¿Olvidaste acaso que con Pelayo¹ ganaron nuestros mayores la España toda? ¿E qué hacían entonces andaluces y extremeños? Vendidos andaban a los Reyes de Sevilla e de Córdoba e de Granada... ¡No, no, que moros mancharon su sangre, e non vale la nuestra!

—Razón te doy, Domingo... Mas agora me vinieron noticias de que el Ludueña, días ha, non mora en su casa; cerrada se halla, e nadie, si non es Pero Bustos o la su mujer, parece allí... Quince han pasado desde que una no-

1 Referencia a Pelayo de Asturias (690-737 d.C.), quien dirigió la Reconquista, con varios pueblos del norte, a nombre de la cristiandad. Aquí se hace notar que ni andaluces ni extremeños participaron de esa gloria contra los moros, pues en esas regiones estaban los reinos taifa musulmanes.

che saliera de su casa, después de la queda; siguiéronle, mas la ronda cruzóse en el camino y el seguidor hubo de huir sin saber do iba el Ludueña...

—¿Tienen siempre zahoríes² por la casa?

—Siempre.

—¿E non ha vuelto el Ludueña?

—No.

—¿E acaso el Antúnez non es seguido, para saber a dó va e con quiénes habla e qué hace?

—El Antúnez non va sino al “Ingenio”, a las minas do habla largamente con el Téllez e luego a la casa de los Ponce, allá demora un tanto e torna a la casa de do no sale más, hasta el otro día...

—¿A casa de los Ponce, dices? ¡Pues ahí está el Ludueña, no lo dudes...! ¿Por qué habrá dejado su casa? ¿Acaso el de Ponce se halla peor de la herida que lo aqueja? Martín: Has de ordenar se vigile la casa de los Ponce, porque ya Ludueña estorba... ¿Entiendes?

—Entiendo, sí, Domingo, pero creo que el tal medio más bien es dañoso que de provecho... Ansí tenemos gentes que pueden volverse contra nosotros, descubriendo todo a nuestros contrarios... ¿No valdría más buscar al Ludueña en un mesón cualquiera? El mozo es vivo de genio e siempre tiene pronta la mano...

—¿E cuál acero podrá contra él?

—Sancho de la Barrieta...

—Antes, bien que se podría, mas no ahora que han dado en hablar de un extraño poder que se aposenta en la espada del criollo...

—¡Voto a Cristo! ¿Y no disteis aún con el medio de quitar al Ludueña todo cuanto tiene? ¡El Santo Oficio, Domingo! ¡El Santo Oficio! ¡Aquesse será nuestro mejor amigo!

—¿Qué piensas?

—Acúsesele de hechicero e ya el Santo Oficio se ocupará dél, Domingo...

—¡Voto a Cristo! Y no haber pensado en ello... Ve al punto e busca al Garcimendoza y ordénale que, valiéndose de un amigo, o de cualquiera que sea, denuncie al Ludueña. Ansí condenarlo han, e sus bienes serán confiscados, conque habremos nosotros ganado la partida sin mengua e sin peligro...

2 Afirma la RAE que zahorí (palabra de origen árabe) significa “persona perspicaz y escudriñadora, que descubre o adivina fácilmente lo que otras personas piensan o sienten”.

—Voy a ello, Domingo. E tan luego como Ludueña sea preso, ganaremos sus labores por un “cruceiro” que yo me sé e habremos defendido lo nuestro, antes que otros tomen las minas.

Disponíase Martín Berasátegui a dejar a su hermano cuando llamaron discretamente a la puerta del aposento donde ambos se hallaban.

—¿Quién llama? —preguntó el mayor de los hermanos

—Vargas soy, señor don Domingo —respondieron de fuera.

—Entrad, Vargas.

Se abrió la puerta y un hombre alto y fornido traspuso el umbral.

—Señor —dijo el recién llegado respetuosamente—, acaban de llegar dos hombres del Cerro diciendo que traen nuevas de la mina; preguntéles qué nuevas eran e dijéronme que Núñez les ha mandado el darlas sólo a usarced. Afuera esperan.

—Decí que vengan al punto, Vargas —dijo impetuoso el de Berasátegui, y volviéndose a su hermano que había permanecido cerca de la puerta y ya en son de marcha, añadió—: ¿Será que Ludueña anda ya delante nuestro?

—Non creo tal, hermano; ayer oímos que andaban horadando a cosa de treinta varas detrás, por nuestra derecha, y en busca de la Descubridora que entendemos todos se halla en frente nuestro; están treinta varas detrás e bien sabes que en aquessa roca por do vamos, non andaremos tales treinta varas sino en tres o cuatro semanas. Buenos barreneros tienen a fe, mas no mejores que los nuestros, e ves tú que Núñez avanza apenas una vara y tercia por cada día; bien sabes también que aquesse non mira en el costo... No, cosa de la mina, no ha de ser...

—Tampoco es Núñez quien ha de enviar gentes por cosas que al trabajo no atañan...

Volvieron a llamar a la puerta y entraron en la estancia dos hombres: español el uno y mestizo el otro.

—¡Hola, Velásquez! ¿Qué grandes nuevas me traéis que así llegáis a deshora? —interrogó el mayor de los Berasátegui.

—Buena noche tenga, V.M., señor don Domingo —repuso el español—. Bien es verdad que no suelo dejar el Cerro a aquestas horas, pero non quiso Núñez que las nuevas que agora traigo dejen de llegar a V.M.; tiene para él que son capitales.

—¿Hánse adelantado los de Ludueña en las labores?

—No, señor; parece que andan perdidos porque van para diez horas que nengún golpe resuena por do ellos deben hallarse.

—Perdidos, no —dijo Martín—. Sí que habrán cesado en su empeño por creerle inútil.

—Puede ser tal el motivo —repuso el llamado Velásquez—, mas piensa Núñez que no se debe a tal, sino a que la nueva que traigo es verdadera.

—¡Voto al diablo! Acabad ya con la nueva —gritó impaciente Domingo.

—A ello voy, señor: es el caso que ayer, luego de que descendió mi señor don Martín, llegó un mestizo que hasta entonces sirviera al de Ludueña en el “Ingenio”, pidiendo se le admitiera en nuevas labores, pues que él podría servir para aclarar un secreto que diz que tienen allí. Apremiado a decirlo, cerróse el hombre en que no abriría la boca si es que non le acogíamos en el trabajo. Prometióle Núñez tal y el hombre dijo que agora el Ludueña non para mientes en qué mineral tiene de sus minas, pues que nuevo sistema usan de beneficio que les ahorra los azogues e les acrecienta la “palla”.

Aquí Berasátegui lanzó una gran carcajada.

—¡Voto al diablo, que gran risa me dió vuessa nueva! —dijo al cabo—, ¿es que Núñez ha perdido el juicio agora? Mandaros a vos con tal nueva e a tal hora... ¿Es que está bebido, quizá?

—No, señor, no está bebido. Es que el hombre asegura que, en verdad, desde tal nuevo sistema van usando en aquesse “Ingenio” del Ludueña, ha dejado ya de comprar el azogue cual solían. Que él era el encargado de comprarlo, y que si antes pedíanlo cada semana en cerca de diez quintales, agora no han comprado sino seis.

—¿E qué indica eso? Solamente que no van las labores de sus minas tan bien como ellos lo quisieran, e agora jáctanse de nuevas vías de beneficio, porque nadie les sepa la flaqueza. ¿De quién tuvieran tales métodos? Solamente don Alonso de Guzmán, si acá morase, podría tal; mas ido el de Guzmán y, a lo que sabemos, alejado de la amistad del Ludueña, por enredos con la hija, non han podido ser de ayuda alguna. E el Ludueña, más es mozo de jolgorio e de holganza, que hombre de estudio e de trabajo... El Téllez... Mas, decí Velásquez, tiempo ha que el Téllez guarda e dirige las labores de las minas, ¿sabéis quién gobierna el Ingenio? ¡Voto a Cristo! Bien pudiera ser que alguien tengan agora que mejor les valga. Decí, ¿lo sabéis?

—No, señor, que olvidósenos tal pregunta al hombre aquél.

—Martín, id agora mesmo e tratad de saber quién es quien gobierna el Ingenio del Ludueña e si es verdad aquesso de los nuevos modos... E no olvidéis aquesse enviar noticia al Santo Oficio,³ que hablamos rato

3 Santo Oficio o Tribunal del Santo Oficio: otro nombre dado la Santa Inquisición.

ha. E vosotros, tornad agora a la mina e decid al Núñez que tenga bien cuidado a ese hombre que dijistes, e que averigüe cuanto pueda sobre tales nuevas. Ea, agora marchad con Dios.

—Que Él guarde a V.M., señor, e la Virgen nuestra señora —dijo respetuosamente Velásquez, saliendo de la estancia seguido de su compañero.

Poco después dejaba también la habitación Martín Berasátegui, mientras Domingo paseaba nerviosamente, con las manos a la espalda, abierto el jubón por el pecho, dejando asomar una recia pelambreira; la pesada cabezota medio hundida entre los hombros; fruncido el entrecejo hasta casi tocarse las cejas fuertes y pobladas; apretados los gruesos labios y tenso, en laborioso esfuerzo de pensar, todo el rostro pesado y tosco de este vasco, orgulloso Azoguero de la Rivera, que veía ya perderse las pingües ganancias en la venta del azogue por las artes endiabladas de estos mal nacidos criollos que se atrevían a levantar la frente donde ellos, los españoles de Europa, habían plantado su pendón de conquista...

Capítulo XIX

La enorme mesa del centro del vasto salón estaba, a esa hora, rodeada por más de 30 caballeros; labrados candelabros de plata de hasta diez luces, puestos sobre ella, alumbraban los atezados y enérgicos rostros, barbados en su mayoría, aunque no faltaban, tampoco, quienes los llevasen afeitados; solamente la cabellera era luenga en todos.

Detrás de los señores que, por su edad o por su alcurnia, se hallaban sentados, veíanse varios mozos, en cuyos arrebatados ademanes y levantadas voces, descubriase la caldeada atmósfera de la reunión.

—No, señores —habló uno de ellos—, es que vosotros no queréis ver la verdad... Si os obedecemos, pronto andaremos escondiéndonos o demandando limosnas...

—¿No tenéis, Diego, buena sangre en las venas que os lleve hacia mejores tierras, si acaso aquestas os saben mal? —repuso un caballero de astuto mirar.

—¿E por qué había yo de dejar esta Villa do nací e do reposan, por siempre mis padres, para que medren vascos e quienes, por nacidos en España, se creen mejores?

—¡Porque en verdad son mejores! ¿No os han vencido poco ha en todas las fiestas del Corpus? Salisteis vos, don Francisco de Arzáns, e vos Luna, e vos Mendoza, e vos Ponce, e vos Narváez, e vos Villarroel, e vos Cortés, e ¿qué fecistes? Hacer gala de riquezas, nada más; vencieron os ellos en gracia, en destreza, en invención... ¿No son mejores, acaso?

—¡Callad, señor! —atajó Cortés—, que nos traéis a la memoria afrentas que sufrimos e que sumamos a las ya recibidas... Pero, ¿sois vos, señor, vos que habéis recibido más atropellos de vascuences que días tenéis, quien ha de hablarnos así?

—Es por tal que he más autoridad agora para deciros que quien tiene el derecho acá es el Rey Nuestro Señor que Dios guarde, e a quien Él, por

Bula del Santo Padre, dióle dominio sobre aquestas tierras e que non es de hidalgos e bien nacidos poner escollos al buen gobierno...

—¡El Rey! ¿Quién dijo dél agora? Solamente vamos en contra de quienes, en su nombre, desgobiernan la Villa... El dominio de Nuestro Señor don Felipe nadie lo niega, pero hagámosle saber que tan buenos servidores terná en nosotros que en ellos...

—¡Nosotros ternemos el hueso, después que ellos royeron la carne! —interrumpió un mozo de luenga cabellera y barbilla recortada en punta.

—¡Buena verdad es aquessa, don Alonso! —aprobó alguien, desde el extremo opuesto a la mesa—, y como han dado agora en privarnos hasta del sustento... Dícneme que ya no nos es dado salir a los caminos en busca de naturales que traen bastimentos... ¡Vive Dios que buenos dineros tengo e pago lo que demandan por ellos! Pero, hidalgos como el más hay que bien necesitan de tales viajecillos, pues que de una parte acabaron sus minas e de otra el viento llevóse sus caudales...

—Bien os dijeron, Sancho —afirmó don Alonso—, ayer mismo metí la espada contra un golilla que, cerca de Munaypata, quiso impedir que yo llevase un natural que de Oruro llegaba trayendo buenos quesos de Paria...

—¡Señor de Ibáñez, nunca os pensé tan buen amador de tales quesos, y que dieseis cuchilladas por ellos!

—¡Nunca antes me atrajeron la voluntad, señor de Ludueña! —fue la seca respuesta del de Ibáñez.

—¡Ved cómo respondéis, señor! —dijo Nicolás tratando de acercarse a su interlocutor y en altanero tono.

—¡Ved vos cómo entendéis la respuesta! —repuso en tono igual el llamado Ibáñez.

—¡Teneos, señores! —dijo en voz breve y enérgica, don Antonio Sores de Ulloa, señor de la casa y que presidía la reunión.

—Mirad que non es mi casa Sala de Armas, ni figón¹ de pependencias... Graves asuntos tratamos; déjense de lado las cosas personales.

Un silencio tenso y pleno de expectación se hizo en sala.

Las palabras del dueño de casa, el leve pero sintomático incidente anterior y lo grave del momento, indujeron a este silencio, tan preñado de amenazas, que se diría precursor de una revuelta.

—Ya os dije mi pensar —habló un más que maduro caballero—. Creo que ya es tiempo de que tengamos paz en la Villa; agora no acrece nuessa

1 Según la RAE figón significa "casa de poca categoría donde se guisan y venden cosas de comer".

hacienda nin hallamos modos de lograllo. Las minas descaecen, faltan los mitarios, escasea el azogue...

—Escasea el azogue e faltan los mitarios –interrumpió alguno desde el otro extremo del recinto–, porque a los vascos conviene, don Esteban...

—Dejadme seguir, señores –continuó el caballero sin alterarse–. Digo que faltan los mitarios y escasean los azogues, pero ello se debe a que nadie busca modo mejor de arrancar sus riquezas al Cerro... Labramos agora las vetas más ricas e más fáciles, dejando otras, que bien pudieran servir, por hallar difícil su beneficio e que no valdrían el azogue o la “chocorusca” que usásemos; e bien, dejémonos de guerras e hagamos memorial al Rey porque se repartan los oficios de tal modo que tengamos todos acceso a ellos, e que envíe maestros que nos guíen en el Arte de los Metales...

—Bellas, pero vanas palabras son aquessas, don Esteban –dijo otro–. ¿Dejarían los vascos paso a tal memorial? ¿Cortaríanse las uñas por bien de criollos?

—No, señores –habló ahora don Alonso de Ibáñez–, vano es cuanto penséis hacer por medrar en esta Villa si no lo ganamos por la espada. Preciso es que echemos de ella a los vascos e sus allegados e al mesmo Corregidor, si les vale, o que les tengamos bien muertos e enterrados... ¡Blanduras non valen, señores...!

—Yo os dije mi pensar –acabó tranquilamente don Esteban Valle–. No os obligo a seguille... Hacienda tengo, amigos hé, armas guardo. Si me hieren, me defiendo...

—¡Sólo en vos pensades, don Esteban!

—En vos pensaba, don Alonso, cuando hablé poco há. “Quien a cuchillo mata –dijo Nuestro Señor– a cuchillo muere”. E ves, bien de cuchilladas que dais e bien de vidas que quitades... Bravo sois, non lo dudo, mas la braveza vos turba el seso e non veis sino la espada por toda justicia e por toda razón...

—Por justicia e por razón la tengo, señor. E, pues justicia e razón huyen de los togados, fuerza es que alguien las tenga, e serán los gavilanes de la espada...

—Mas vuessa justicia, Alonso, hiere sin razón; culpados o inocentes, non veis más que la venganza...

—¿Vascos e inculpados? –gritó alguien–. ¡Ansí diréis entonce que agora es de día!

A esto se alzaron voces por todas partes:

—¿Quién mato a vuesto hijo, señor de Arcos?

—¿Quién os quitó vuessas minas, don Pero Sánchez?

—¿Quién apuñaló a vuesto hermano, señor de Burguillos?
 —¿Quién mato a vuesto padre, señor don Francisco Arévalo?
 —¿Quién os privó de vuesto empleo, señor de Fuentes?
 —¿Quién amenazó a vuessa madre? ¿Quién a vuessa hermana? ¿Quién robó vuessos indios? ¿Quién medra con nuessa blandura? ¿Quién? ¡Vascos! ¡Vascos! ¡Vascos!

—¡A muerte los vascos! ¡Mueran!

Un gran tumulto arrebató los ánimos. Todos pusiéronse de pie. D. Antonio Sores dió tres golpes sobre la mesa con el pomo de su daga...

—¡Al orden, señores! —clamó con potente voz. Lentamente se aquietaron las voces, pero nadie se sentó ya y un sordo rumor de marejada llenaba la estancia.

—Bien, señores —continuó el señor de Sores—. Veo que es inútil prolongar la junta. Todos estáis por la guerra, ¡y yo con vosotros!

—¡Víctor! ¡A muerte los vascos! —tronó una voz.

—Disolvamos agora la junta e quédense acá los señores de Ibáñez, de Mena, los de Viedma y el señor de Arcos; forjar hemos un plan que aluego será remitido a conocimiento de todos... ¡Que Dios os guarde, señores!

Lentamente, los mozos delante, fueron todos dejando la casa. Tomados del brazo, Ludueña y Ponce de León se alejaron por la calle abajo, en demanda de la Plaza del Regocijo.

—Altanero se muestra el Ibáñez, a fe —dijo Ludueña a su amigo—, ¡y non le encuentro razón, por vida! ¡Hidalgüelo sin blanca e sin más que su espada e su talante! ¿Reparaste en su voz cuando le hablé yo? Quien no supiera de do viene, creyérale descendiente del de Alba, por lo menos... ¡E aún no cruzó el Empedradillo! Mas, ya veré yo de atajarle los humos... E tampoco sé qué movió a don Antonio para pedir su presencia en la junta de planes. ¡Gran Capitán tendremos!, ¡voto a Dios! ¿E quedóse! ¡Non me quedara yo, ansí perdiera el alma, si él saliese a la calle! Mas, ¿qué es esto, Pablo? ¿No me escuchas?

—Sí, te escucho, mas... para ajenos pensares estoy agora... ¿Non sabes que Sancho de Mondragón tiene ya la boda aparejada?

—¡Voto al diablo! ¿Es verdad eso? ¿E cómo non lo sabías tú?

—Días ha que non puedo ver a Margarita. Rondo su casa, recorro las iglesias una a una, mas todo es vano. Tiénenla encerrada, sin duda, hasta dársela al Mondragón. Pero eso no será, ¡voto a Cristo! ¡Asaltaré la casa si preciso es, pero he de saber la verdad agora mesmo...!

—¡Tente diablo e non te apures! ¿A que he de ser yo quien te tenga las riendas agora?

—¿E non ves que es mi vida?

—Non lo dudo, Pablo, mas, ten calma. Siempre fuiste la prudencia e agora pierdes el sentido...

—Razón tienes, Nicolás, pero harto duro es este ignorar de todo...

Habían a la sazón descendido por la calle de la Compañía y subían por la de Santo Domingo, donde moraba el viejo y noble señor D. Bartolomé Astete y Ulloa.

La calle estaba sumida en las sombras, pues los faroles habíanse apagado tiempo hacía; por oriente, y recortando la negra crestería del Kari-Kari, un halo de luz que crecía poco a poco, anunciaba el aparecer de la luna en su menguante; el silencio era profundo, interrumpido sólo por el pausado andar de los caballeros que no se recataban. Llegaron hasta el atrio del templo y tornaron a bajar con la misma lentitud que subieran. El viejo caserón de Ulloa alzaba sus muros y abría sus rejas en frente del Convento y guardaba un adusto silencio.

Subían por tercera vez por la calle cuando, al pasar por frente de la casa, chirriaron los cerrojos de la puerta; retrocedieron ambos y se hundieron en la sombra de un historiado portal cercano.

Un rayo de luz iluminó la calle al abrirse la puerta, y salió hasta ella un hombre con un farol en la mano; le siguió un hidalgo quien, destocándose respetuosamente, pareció despedirse de alguien y, embozándose en su capa, fué calle arriba precedido del que llevaba la luz. Ambos llegaron a la esquina y torcieron hacia la izquierda. Reinó de nuevo el silencio, pues la vieja puerta habíase cerrado con gran ruido de cerrojos y cadenas.

—¡Es él! —rugió más que dijo Ponce al reparar en el caballero que salía; intentó lanzarse hacia él; detúvolo su amigo aferrándole un brazo.

—¡Tente, loco! ¿Quieres perdella del todo? Deja que marche; déjale regodearse con la idea del casorio; déjale, Pablo, déjale que poco han de durarle sus glorias, si sigues mi consejo...

Cedió el de Ponce; soltóle Ludueña y tornaron a marchar calle arriba. La casona yacía en medio de un gran silencio; apareció la luna por sobre las crestas del Kari-Kari y bañó la calle toda con su luz. Las largas sombras de los viandantes se tendieron sobre el desigual empedrado de la calle...

Semanas más tarde y cuando, las nueve dadas, la Iglesia Matriz llamaba, alborozada, a misa de bodas, subía por la calle de Santo Domingo, lucida comitiva.

Venían delante D. Sancho de Mondragón, el General Mejía, el Factor² D. Bartolomé Astete de Ulloa, con nutrido grupo de gentes vascongadas;

2 Según la RAE, el factor era un "oficial real que en las Indias recaudaba las rentas y rendía los tributos en especie pertenecientes a la Corona".

detrás, como a cincuenta pasos, seguía el segundo grupo a cuyo frente se destacaba la figura de la novia, en compañía de graves matronas y pizpiretas doncellas; iba Da. Margarita a ser casada con el de Mondragón, sin que hubiese podido hablar, ni aún comunicarse, con el desesperado Ponce.

El día, de una infinita serenidad, daba un raro encanto al cortejo que detenía a las gentes en la calle y hacía asomar curiosos a rejas y balcones.

Llegó el primer grupo al atrio del templo; desplegóse la compañía del novio y éste aguardó, orondo, a que llegase hasta él la velada.

Menos de 20 pasos le separaban ya de ella, cuando con endemoniado ímpetu, dos caballeros, jinetes en rápidos corceles, bajaron, como una tromba, por la calle de San Martín y, mientras el uno cruzaba su caballo delante del sorprendido Mondragón, para cortarle el paso, lanzóse el otro al cortejo de las mujeres y, alzando con fuerte brazo a la novia, subióla sobre el caballo y seguido de su compañero, voló por la calle abajo tomando luego por la de Lusitanos.

Grandes voces dieron los señores; una grito enorme se alzó de entre el gentío que en la Plaza presenciaba el espectáculo, mientras las damas eran presa de soponcios y auxiliadas por gritantes mujeres.

Y entre tal baraúnda, un grueso grupo de personas entre las que se veían a Ludueña, Colón, Viezca y otros, atajaba, ostensiblemente, el paso a quienes, indudablemente, querían lanzarse en persecución de los raptos...

D. Nicolás Pablo Ponce de León había cumplido así lo afirmado por él, a su amigo D. Nicolás de Ludueña: ¡“A mí no me quitarán ‘aína’ a Margarita...!”³

3 La historia del robo de Margarita por Nicolás Ponce de León está relatada en *Historia de la Villa Imperial de Potosí* (Primera Parte, Libro VI, Capítulo 11, pp. 277 y ss).

Capítulo xx

Apresuradamente ambos caballeros entraron en la habitación cuya puerta se cerró, corriéndose los cerrojos; era ésta pequeña y se alumbraba sólo por una ventanica que se abría muy cerca de la techumbre; estaba vacía y los recién llegados la cruzaron para penetrar por una puertecilla abierta en la roca viva, que formaba una de las paredes del cuartucho.

Excavada en la roca e iluminada, de trecho en trecho por humosos hachones, se hundía, en las entrañas de la tierra, una escalera que condujo a los caballeros a una vasta cueva, donde, a la claridad de los hachones, se veían dos extraños artilugios.

—Buenas tardes, señores –saludó un hombre que, al parecer, esperaba a los visitantes.

—Que Dios te las depare buenas, Juan –repuso uno de ellos-. ¿Tienes todo preparado ya? –interrogó luego mientras se desembarazaba de capa, sombrero y espada, que entregó a su interlocutor y su acompañante hacía lo mismo.

—Sí, señor, todo está listo como lo ordenasteis –fué la respuesta.

Acercáronse ambos recién venidos –don Nicolás de Ludueña y el propietario del “Ingenio” San Miguel, don Diego Gómez– a uno de los artilugios. Era éste una amplia y redonda paila de cobre, que tendría unas cuatro varas de diámetro y una profundidad de una cuarta; al centro de ella se alzaba un eje vertical con dos peines transversales en su parte baja y un piñón de engranaje en lo alto. Este piñón engranaba con un eje horizontal terminado, en un extremo, por una gran manivela que serviría para voltear los peines dentro de la paila. Se hallaba ésta sobre una construcción de adobes a modo de hornilla.

—Veis, acá, Ludueña –explicó Gómez– dos “fondos” mandados hacer según las indicaciones del Padre Barba y que son, en todo, semejantes a los que vide hacer, en Lípez, por el Padre mismo.

—Bien batido está el “fondo” en verdad —repuso Ludueña, examinando con interés el aparato—. Dice el Padre que esto del batido del cobre es de todo punto importante, pues de haber falla en él, los “fondos” destrúyense “aína”.

—E más que eso, dáñase el azogue que toma los espíritus impuros que del cobre calentado salen.

—Agora acabé de ordenar a Ruy Álvarez me busque el mejor cobre para hacer me batan otros “fondos”. Aunque quizá vos, don Diego, quisiéradles ordenar a vuesto batidor lo haga para mí...

—Que me place, don Nicolás. ¿Veis? He tratado de seguir, en todo, al Padre en su idea. Buenos doblones cuesta esto, mas, si tenemos éxito, mal año para los orgullosos “azogeros”...

—Decí, don Diego —interrumpió Ludueña que había estado todo el tiempo examinando atentamente la nueva máquina—, ¿no creéis que aquestos rastrillos debieren ser de iguales dientes para raer bien la superficie del fondo?

—Hiciéronlos así, porque tal dicen los papeles del Padre que yo tengo —los peines, realmente, tenían los dientes más largos hacia el eje que hacia los extremos—. ¿Queréis ya dar comienzo a la prueba, don Nicolás? —interrogó luego.

—Así lo creo mejor —repuso aquel—, mas, decí don Diego, ¿aquestos hombres son de confiar para guardar el secreto?

—Nenguno verá más el sol, si tenemos suerte —dijo Gómez en voz baja—. Acá quedarán éstos y otros, pues mi deseo es poner en aquesta cueva unos diez “fondos”, más...

—Y ¿cómo haréis que lleguen los metales sin que venga alguno de fuera o salgan estos?

—¿Veis cómo esta cueva se prolonga por debajo del Huayna? Llega hasta las faldas del Cerro e allí tendré la molienda; pondré carneros de la tierra para traer acá las “harinas”.

—¿Carneros acá?

—O mitarios, si otra cosa non puedo... —y llamó—: ¡Mondaca!

—¿Señor? —repuso el hombre, acercándose.

—Andá ya, que queremos probar aquesto. ¿Está la “harina” tamizada?

—Y ensayada también, señor. Serán cuarenta libras por “cajón” las necesarias.

—Bien está; cargad ya este “fondo”.

Moviéronse dos o tres “mitayos” que allí habían, llenando el “fondo” con agua y encendiendo luego el fogón con grandes trozos de leña y

“yareta”, hasta que el agua comenzó a hervir; echaron después una cierta cantidad de mineral molido, dentro del “fondo” con agua hirviente, y de inmediato un “mitayo” comenzó a voltear la manivela, con lo cual los peines fueron extendiendo el mineral por todo el artefacto.

—¿Qué cantidad pusistes, Mondaca?

—Un cuarto de “cajón”, señor.

—Apura el fuego, Mondaca —urgió Nicolás que no perdía detalle de la operación—, y ve también que no falte el agua, pues paréceme a mí que aquesto está muy espeso...

Chirriaba la máquina, ásperamente; el desnudo torso del indio, curvado en duro esfuerzo sobre la manivela que volteaba los engranajes, se perlabo de sudor; los peines revolvían la pesada e hirviente masa; el calor aumentaba por momentos y la atmósfera hacía irrespitable.

—Paréceme, don Diego, que aqueste mineral tenía “margarites” —dijo Ludueña.

—¿Vístesla, Mondaca? —interrogó Gómez a su capataz.

—No, señor, que aquessos son “pacos” de la Flamencos.

—Mas, pienso que habéis ahondado mucho en esa vena...

—Sí, señor don Nicolás, bastante hemos entrado hacia el centro del Cerro...

—¿E non pensades que el espíritu ha podido ganar ya aquessa vena? Ved, si no, el agua... Aquessas escamillas que hay en la superficie deben ser “margarites” —dijo resueltamente Ludueña.

—Fácil será verlo —propuso Gómez, tomando una larga cucharilla de hierro y recogiendo con ella la aceitosa capa que, sobre el agua, había reunido las brillantes escamillas que Ludueña tenía por “margarites”—, en tanto yo veo si son tales “margarites”, poned el azogue en la mezcla.

—¿No valdrá más esperar a que sepamos si hay “margarites”?

—No, Ludueña. Echad el azogue antes con antes, ansí saldremos de penas.

Ordenó Mondaca a otro indio que midiera diez libras de azogue y las echase en la máquina. Con esto la tarea del que la movía hízose más pesada; los peines tiraron con mayor lentitud y crujían más ásperamente.

—Batid más de prisa, más de prisa —gritó Ludueña presa de febril agitación; habíase quitado el jubón de terciopelo que llevaba, quedándose en mangas de camisa; gruesas gotas de sudor corríanle por las sienas resbalando a lo largo de las encendidas mejillas. A los gritos del caballero, el indio pareció galvanizarse y por un momento el voltear de los peines se hizo veloz, aunque el esfuerzo duró poco; el azogue mezclábase con la bullente masa e iban formándose pequeñas bolas que rodaban por entre

ella; a poco el azogue, que mostrábase brillante, fué tornando opaco y ennegreciéndose rápidamente.

—¡Voto al diablo! —gritó Ludueña alzando ambos brazos en el aire—. ¡“Margarites” eran! Don Diego, Mondaca, llegad acá que el azogue se pierde! —a sus voces acudieron los llamados.

—¿Veis, don Diego? Eran “margarites” aquessas escamillas; agora el azogue non tomará ninguna plata. E yo os dije que aguardáramos antes de echarle en el fondo.

—No os apuréis, Ludueña —dijo el de Gómez—, no os apuréis...

—¿Cuánto de azogue pusiste, Mondaca?

—Diez libras, señor —repuso éste.

—¡Bah! Creí que más perdíamos.

—Non curo yo de lo que os cuesta, don Diego, sino de saber si aqueste nuevo método puédesse usar o no; sabéis vos que he probado muchos en vano —exclamó Ludueña.

—¿No creéis al Padre que lo afirma?

—Creóle en cuanto él ha probado; mas, bien veis que aquestos minerales de agora, en este cocimiento, han soltado los indigestos vapores de las “margarites” e agora perderáse todo el azogue, pues ya lo veis negro e nunca más tomará la plata...

—Cierto es —corroboró don Diego—, ¿será que el batimiento es flojo? Agujad al hombre, Mondaca, que se mueva más presto.

Sin responder, Mondaca tomó un látigo que yacía en un rincón y lo hizo restallar en el aire sobre las espaldas del “mitayo” aunque sin tocarle. El indio encogióse, hundiendo más la cabeza entre los fatigados brazos, e imprimió mayor velocidad al crujiente artefacto. El mayordomo, atento a las flaquezas del indio, restallaba el látigo que, a las veces, señalaba recio verdugón en las desnudas espaldas.

—Vano es todo, don Diego —habló Ludueña con un dejo de desaliento en la voz—, negro está el azogue e non torna la plata...

—Verdad es —confirmó don Diego—, dejad ya al hombre, Juan, e ved de traer aquessos papeles que tengo en el aposento. Decid antes que non paren de mantener fuego e voltear la máquina, aquestos.

Dejó el mayordomo el látigo, habló áspera y brevemente a los indios, en su lengua, y subió a escape la escalera mientras esperaban los caballeros. Ludueña habíase recostado contra la roca, enjugándose el sudor y con el semblante hosco. D. Diego, cruzado de brazos, aguardaba, simplemente, al mayordomo.

El crepitar del fuego; el acezar del hombre y el agrio crujir de los maderos era todo el ruido que allí se oía. A poco retornó Mondaca tra-

yendo los pedidos papeles, entrególos a su amo y esperó. D. Diego buscó rápidamente entre ellos hasta encontrar lo que deseaba; era una larga carta escrita con cuidadosa atención.

—Acá está la última carta del Padre —dijo— e que me habla de sus experiencias. Recuerdo que algo dice de los inconvenientes que apareja este modo de cocimiento...

Leyó en silencio las apretadas líneas de la carta hasta que, encontrando lo que deseaba, prosiguió:

—¿No os lo dije, Ludueña? Oíd sino: “Muy negro se pone el azogue en el cocimiento y no recoge la plata cuando los minerales que con él se benefician abundan en azufre” —¿e qué cosa sino azufre tienen aquestos “margarites”?—. “Para quitárselo, eche en el cocimiento “copagiras” o “millo” y sal y al cabo de algunas horas veráse mudado el azogue”.

—Juan —don Diego se volvió al mayordomo—, ¿habemos “millo” e sal, agora?

—Sí, señor.

—Traed acá algunas libras y echaldas al fondo e que siga el cocimiento —ordenó—. ¿E pensáis, Ludueña, que aqueste método puede usarse en grandes “Ingenios”? Ved que las máquinas son pesadas e que el continuo revolver de los peines es indispensable; tendrás necesidad de grandes e mejores ruedas de agua, e sabéis lo que eso cuesta. Si tuviésemos la madera cerca...

—Pero entended, que si aquesto da resultado habremos de ahorrar bastante azogue e bien podremos costear la fábrica.

Se había acercado Ludueña a la máquina y observaba atentamente lo que en ella ocurría. Era pesado y lento el voltear de los peines y en la revuelta masa de agua, mineral y azogue, no se percibía cambio alguno; habíase remudado el indio que movía el artilugio; el de ahora era más joven y más recio; sus anchas espaldas curvadas revelaban, en el esfuerzo, una sólida musculatura; hecho ya a las faenas parecía cuidar de sus fuerzas pues había un algo disciplinado en cada uno de sus movimientos. Las llamas del hogar, alimentadas por grandes trozos de “yareta” o gruesos troncos de algarrobo, iluminaban el bronce de los cuerpos y arrojaban danzantes sombras sobre las negras paredes de la cueva.

—Decí, Ludueña —llamó don Diego recogiendo y ordenando sus papeles—, ¿no será bien que salgamos un poco de acá? Casi non puedo respirar con este endemoniado calor.

—En buena hora, don Diego —repuso Ludueña apartándose del “fondo” y yendo en busca de su jubón—, porque por agora non hay nada que hacer aquí mientras el azogue non haya recobrado su natural.

—¡Dichosas “margarites” que aparecen ya tan a menudo en los “pacos”! –suspiró don Diego.

—“Margarites” que no entorpecen el beneficio del “patio” –afirmó Ludueña.

—¿Eso pensáis? ¿E por qué entonces hay mayores lises agora y perdemos tanto azogue? ¿Por qué el azogue se torna negro? –subían ambos, lentamente, por la angosta y pina escalera–, claro está que, agora, por el cocimiento sin duda, el efecto en los “fondos” es más rápido, pero de todos modos, las “margarites” obran e malogran el azogue a su guisa, porque tienen tiempo para ello.

—Bien es verdad, don Diego –contestó Nicolás–, e si non hallamos bueno este método del cocimiento, creo que bien haremos en buscar otros lugares do hallemos plata, que aquesta Villa non es ya para morar en ella... Agua e “margarites” en las minas; vascos en el azogue, el Cerro y el gobierno; tahúres en los mesones e malsines¹ en las callejas... A buen fin marcha la coronada Villa...

—¡A ese fin llevaisla vosotros, Ludueña, que andáis siempre a golpes con los vascos! Y non es mala manía esa... No habláis dos palabras sin que lo vasco se os atravesie en la garganta...

—¿Pareceos bien, entonce, que ellos solos medren a su guisa?

—¿No medran también los que trabajan?

—¿Los que trabajan, decís don Diego? E aquessos, ¿en qué trabajan? Indios e mestizos por ellos... E roban e asaltan las minas donde quiera que aquéllas dan mejores metales, e para ello válenles justicias que compran, e Corregidores de su amaño... ¡Válame Dios! Ya veréis, vos, como apenas seamos afortunados en mejorar el trabajo, todos los Berasáteguis, los Azpeitúas, los Moncayas, vendrán sobre nosotros para recordarnos Ordenanzas de Virreyes que prohíben usos que rebajen gasto en azogue... Ya lo veréis vos y cómo será necesario alzar la espada para defender la hacienda...

Habían salido ambos al amplio patio bañado por un sol declinante ya.

Ardía el sol en las negras aristas del Pariorcko, que se levantaba al lado norte de la Ribera, y brillantaba la gaya coloración de la Eslabonería que corría por el sud, encajonando al Huayna, y al Cerro que erguía su magnífica mole hacia el sudeste.

Venía, por el cañadón arriba, el eco del incesante batir de los batanes de San Miguel, La Hoyada y El Ingenio del Rey; innúmeros rebaños

1 Según la RAE malsines significa “cizañero, soplón”.

de llamas bajaban, serpenteando, por las laderas de las colinas o por el cañadón mismo.

Ahora llegaban al propio “Ingenio” dos grandes rebaños cargados de minerales; se pobló el aire de gritos y silbidos; entraron los rebaños; descargaron los arrieros los sacos de “baja”; recogieron las chapitas de metal que acreditaban su trabajo; tornaron a sacar sus rebaños con igual engorro que antes.

—Raros seres aquestos –murmuró Ludueña que, al entrar los rebaños, había interrumpido su charla y puéstose a contemplar el descargue.

—¿Los hombres o las bestias? –preguntó D. Diego que le había oído.

—Ambos a dos –afirmó Nicolás–, pero más los hombres. ¿Habéis, acaso, visto nunca otros que menos hablen, o que menos busquen el comercio humano?

—Tampoco hallé otros que menos bienes sacasen de tal trato...

—¿Lamentáislo?

—¡Bah! Para siervos nascieron, mesmamente... Acaso non tienen más alma que sus carneros...

—Viles yo, sin embargo, odio e miedo en los ojos, muchas veces...

—Non hayáis cuidado mientras el segundo exista...

—Acabárase un día y entonces...

—Non lo veremos, Ludueña, ¿a qué pensar en ello?

—Razón tenéis, don Diego. E agora decí ¿qué pensáis hacer con los cocimientos?

—Tendrélos en marcha hasta que non quede duda alguna sobre si el azogue recobra su fuerza e forma “palla” con menos pérdida que en el “patio”. Encargaré a Mondaca que non pare la obra, probando hasta dar fin con el azogue que para la experiencia tengo aparejado.

—Ansí, señor don Diego, pienso que podemos tornar ya a la Villa, que aluego cerrará la noche...

—Parécame bien don Nicolás; daré las órdenes que sean precisas e marcharemos.

—Se apartó el de Gómez y se alejó hacia la cueva; Ludueña avanzó hacia los montículos de minerales y dió en examinarlos con gran atención; a poco retornó su compañero y ambos, montados en sus ya aparejados caballos, salieron del “Ingenio” y se alejaron en demanda de la ciudad.

Bien entrada la mañana siguiente, ambos caballeros volvieron al “Ingenio” para conocer el resultado del trabajo emprendido el día anterior; penetraron de nuevo en el antro donde el aire, viciado por el continuo

arder del fuego, el hervir del agua, el sudar de los cuerpos y el humear de las antorchas, se había hecho irrespirable.

—¡Voto al diablo, don Diego, que aquesto es el infierno! —exclamó Ludueña, echándose atrás, al pisar el primer escalón de la entrada a la cueva.

—¡No os asustéis, don Nicolás, que bien os vendrá iros acostumbrando! —repuso, riendo, el de Gómez.

Llegaron ambos a la cueva, y mientras el mayordomo acudía, presuroso a recibirlos, descubrieron sus ojos un macabro espectáculo:

Bañado por los fulgores del fogón que aún ardía en el fondo de la cueva y mientras el chirrido, áspero, de los engranajes en movimiento, llenaba el recinto, apagando un jadeo y un estertor, colgado de las muñecas, con la cabeza doblada sobre el pecho y los tobillos atados a una gran piedra, cuyo peso tiraba de todo el cuerpo, estaba un indio, junto a la máquina detenida y con la masa mineral, negra y densa, trágicamente quieta...

Capítulo XXI

Sentado de través en su sillón, con una pierna pasada sobre un brazo de éste, desabrochado el jubón y suelta la camisa sobre el pecho, Nicolás leía, con atenta y cariñosa expresión, una larga carta que en las manos tenía.

Junto a él, a un costado de la mesa, a cuya cabecera se hallaba Ludueña, un mozo, como de 25 años, acodado sobre ella y con la cara entre las manos, contemplaba con cierta expresión de curiosidad, el rostro de su huésped.

Era el mozo alto y cimbreño; vestía un rico traje de terciopelo carmesí, con greguescos y mangas acuchilladas en blanco; fino cuello de encaje y lechuguillas de lo mismo adornaban el jubón y echada al cuello llevaba una gruesa cadena de oro de la que pendía un rico camafeo, completando su adorno; llevaba el cabello largo y afeitado el rostro; tenía los ojos acerados y vivaces, la nariz recta y de móviles aletas, los labios sensuales, la tez tostada. Todo él denotaba ímpetu y valentía.

—¡Válame Dios, señor don Luis! —y perdonad mi atrevimiento, pues pienso ya que buenos amigos seremos—, que grande bien me hizo V.M. con aquestas letras. Tiempo ha que nada sabía de aqueste amigo mío. ¿Hállase ya sano en verdad?, porque dícame que a pesar de los años transcurridos, aún no acaba de guarecer de sus heridas.

—Por tal le tuve yo señor de Ludueña. Bien que aún no tuviese muy suelto el brazo derecho, pues mala herida tuvo en él, a lo que parece...

—¡E cuán grande ira tuve cuando lo supe, pues no fué en mi mano acorrerle, que por vez primera no estuve a su lado para ayudarle... E, por vez primera también, dejó Pablo de decirme lo que pensaba hacer... Creo yo que temía le atajase la empresa... Mas escrito estaba que tal sucediese; apenas pude yo acorrerle en impedir que fueran pronto en su persecución... Y agora, después de ocho años, quiere volver a la Villa. Ojalá lo hiciera, ¡pardiez!, que ansí tuviésemos una gran espada más para la causa. ¿Y su dama?

—Entiendo que pocas hay en Lima que venzan su donaire y hermosura... Bien empleadas tiene el señor de Ponce sus heridas, a fe...

—Vivamente habla V.M. señor de Valdivielso¹ —dijo, con intención, el de Ludueña.

—¿Non gusta V.M. de las hermosas? —replicó Valdivielso.

—Cuando las hay... pero ya verá V.M. cómo non es clima de bellas aqueste... Mal año para V.M. si en galán viene agora...

—Non vengo en tal guisa, señor, sino por ver si gano doblones que me faltan...

—¿Buscará V.M. minas, por acaso?

—¿No me asegura V.M. otro camino? ¡Non tendré paciencia de seguille!

—Y diga V.M., señor de Valdivielso, ¿será V.M. andaluz, por ventura?

—Sevillano nascí, sí señor... ¿Es que importa eso?

—Más que lo pensáramos... Llegara V.M. de Vasconia y tendría medio camino andado... ¡Antes nascerán naranjas en la Villa que andaluces, castellanos e criollos medren!

—¿Díceme V.M. la verdad?

—La verdad digo, señor. Feudo de vascos semeja la Villa agora. Oficiales de Moneda, Veedores del Cerro, Venticuattros y Alcaldes, vascos son; en sus manos se pierden los azogues; los mercados para ellos son nosotros... ¡que el diablo nos lleve!

—¿Y sufrislo?

—Sufrirálo V.M. “aína”... Aunque mala, la vida non es de perder y agora malos vientos soplan... ¿Non oyó V.M. de los sucesos pasados?

—¿Non ve V.M., señor, que soy recién llegado?

—Pues sepa V.M., señor don Luis, que apenas va para un año, bajo el pretexto de supuesta rebeldía contra el Rey Nuestro Señor, y aprovechando de cierto alboroto promovido en Munaypata, el Corregidor, ¡que Dios confunda!, hizo prender e luego cortar las cabezas en la Plaza del Gato, a un valiente mozo que llamábase don Alonso de Ibáñez, al Capitán Antonio Zapata e a otros más... E digo que pretexto fué lo de la rebeldía, porque no mucho antes, aquí, en esta mesma casa y en este

1 En *Historia de la Villa Imperial de Potosí* (Primera parte, Libro VI, Capítulo XXII, pp. 312 y 313), en las notas al pie de los editores, son nombrados tanto Luis de Valdivielso como Xeldrez (mencionado más abajo). En el caso de este último, los editores refieren no haber hallado referencias en otros documentos, pero respecto a Valdivielso hacen notar que su actuación, entre los vicuñaes, fue muy valorada por otras fuentes, aunque no tanto así por Arzáns de Orsúa y Vela.

mesmo sitio, presentes todos los que, desde entonces, con razón o sin ella, hemos venido a dar en conspiradores, según el sentir del dichoso Ortiz de Sotomayor,² hicimos respuesta a un requerimiento del mandón diciendo: “Como leales vasallos, jamás faltaremos a la fidelidad que a nuestro Rey debemos y que si vivimos con las armas en la mano, es para ventilar los agravios recibidos de los contrarios, e que si el Corregidor se resolvía a pelear con nosotros dispuestos estábamos a la defensa e sería el mismo Corregidor quien fuese culpado de las consecuencias...”. Echó en saco roto esta advertencia el Corregidor, tomó parte por los vascos y mató a quienes dije... Y así estamos agora sin paz ni sosiego; las espadas inquietas, acabado el regalo, el amor... ¡olvidado...! Aún quienes quisieramos olvidar agravios e labrar las minas sin otras preocupaciones, vémonos envueltos en tormentos e daños...

—Mal pinta V.M. la Villa, señor mío... para quienes nacieron para dar en frailes o en viejos... ¡Mas yo digo a V.M. que más me agradan tales nuevas que si me pintase el mismísimo Paitití... Una espada, y no mala, tengo... Ganaréme la vida con ella, ¡pardiez! ¡Bastante descanso dile ya en Lima!

—Non sufrirá por ello V.M. por aquestas calles; verá que non tendrá sosiego “aína”, señor don Luis...

Púsose de pie el de Ludueña; su compañero le imitó.

—No, señor don Luis, siéntese V.M., un tanto más... ¿qué le mueve a marchar tan de prisa? ¿Haríame V.M. la gracia de aceptar un vinillo tempranero que agora tengo e quiero ofrecelle?

—Bienvenido sea por venir de V.M., señor de Ludueña —repuso el caballero Valdivielso sentándose nuevamente; Nicolás tiró del cordón de la campanilla.

Entró, a poco, Antúnez.

—¿Qué manda V.M., señor? —preguntó solícito.

—Que nos envíes de aquel vinillo que sabes.

—¿Solo, señor? —Ludueña se volvió al visitante—: ¿Desea V.M. algo en qué entretener los dientes? —indagó.

—Nada estará demás, señor, si ansí lo quiere su merced.

—Bien, Antúnez, envíanos entonce un poco de salchichón de España e algo de aquel queso de Paria que enviémos desde Oruro el caballero Villegas...

2 Don Rafael Ortiz de Sotomayor fue el décimo corregidor de la Villa según Arzáns en *Historia de la Villa Imperial de Potosí* (Primera parte, Libro VI, Capítulo XVIII, p. 299). Y, de acuerdo a las notas de los editores, habría sido corregidor de 1608 a 1617.

—Como lo manda V.M. se hará, señor —dijo Antúnez, saliendo.

—¿Vuessos mayordomo? —inquirió don Luis de Valdivielso refiriéndose al que salía.

—E algo más, señor... Bien le conocerá V.M. más tarde...

—Buena traza tiene, por mi fe.

Retornó Ludueña a su sillón y prosiguió la charla por un rato más, pronto el coloquio se vio cortado, en seco, por el ruido de fuertes aldabonazos dados en la puerta de la calle.

—¡Vaya golpes! —dijo Valdivielso—. ¿Buscarán justicias a V.M.?

—A tiempo llegan, probar han del vinillo —repuso Ludueña, riendo.

Tornaron a sonar los golpes más imperiosos aún que antes.

—¡Voto a Dios que aquesto es ya demasiado! —exclamó Nicolás, impetuosamente, levantándose para llamar; tiró violentamente del cordón una y otra vez. Abrióse la puerta y apareció Antúnez.

—¡Justicias, señor! —dijo en tono alterado.

—¡Pardiez! ¿Qué buscan? —estalló Ludueña; Valdivielso se puso de pie, bruscamente.

—Vienen por V.M., señor.

—¿Qué me quieren? —preguntó Nicolás, ya con fría calma.

—Traen edicto de los Veedores del Cerro, porque comparezca V.M. a su presencia...

Los golpes volvieron a alborotar, por tercera vez.

—¡Dí al golilla que truxo el edicto, que agora iré, si me place, pero que non quiero velle delante...!

Salió rápidamente Antúnez a cumplir el mandato.

—¡Por mi alma! ¿Tiene V.M. lengua de adivino, señor de Valdivielso? —dijo Nicolás tratando de burlar para apaciguarse—. De justicias dixo e justicias eran...

—¿Qué querrán a V.M. aquessos Veedores?

—¡Lo sé, acaso! Criollo soy e con eso basta... ¿Non le dixé a V.M. antes? Alguien andarás tras de mi hacienda y quiere quitármela para hacer fiestas al nuevo Corregidor que llegó aquesta mesma mañana. ¿Non vio V.M. lo alborotado de la Villa por el suceso? ¡Como si el nuevo mandón no fuese del mesmo palo que los otros! Tomará posesión del su cargo en dos días más, compraránle, si no lo han hecho ya, vascos e navarros y ternemos la mesma suerte que cuando el Ortiz gobernaba... ¡V.M. lo verá, "aína"! E aquesses malhadados Veedores quieren, agora, hacer gala de honrados y cátales administrando justicia, aún hoy que llegó el Sarmiento, por sentar plaza de cumplidores y engatusar al novato...

¡Voto al diablo! E quieren mis dineros para galas, agora, ¡pesía tall!,³ pero non soy muerto aún.

Era tal el alborotado talante de Nicolás, que Valdivielso no pudo conter la risa. Rióse de buena gana; y a poco Ludueña, siguióle el humor.

—¡Válame Dios, que buen genio gasta V.M., señor!

—Mejor no le tuviera un santo, pero... ¡aquessos Veedores!

—¡Irá V.M. a vellos?

—Iré, sí, e V.M. habrá de acompañarme porque, sepa de una buena vez, cuál son estos vascos... ¿Gusta V.M. dello?

—¡Voto va! Ya lo creo... Ansí veré los zorros en su propio cubil.

Entró Antúnez.

—Dejó el golilla el edicto –dijo a su amo–, e me mandó prevenir a V.M. que el Alcalde ordenó le forzaran la ida e que si non llega V.M. esta tarde, habrán de declararle rebelde a S.M. e le sacarán por la fuerza...

— ¡Eso quisiera yo verlo, voto a tal! –exclamó Ludueña, con una gran risa–. ¡Sacarme por fuerza de la casa... eso quisiera yo verlo! Anda, Antúnez, venga ese vinillo primero, que luego veremos si aún hay quienes puedan atarme las manos –concluyó con reprimida cólera.

Una hora más tarde, ambos caballeros, seguidos de Antúnez, ascendían por la Escala de la Consulta, amplia y magestuosa, camino de la Sala de Audiencias, donde el Alcalde y los Veedores juzgaban cosas del Cerro.

En el testero del amplio salón, bajo un dosel de brocado carmesí y presidido por un gran retrato de S.M.D. Felipe III, hallábase el Tribunal. Sentados en sendos sillones de brazos, de alto y dorado espaldar y labrados a maravilla, tras de una gran mesa cubierta por morado terliz,⁴ los graves jueces disponían, a su sabor, de las minas, “Ingenios” y “mitayos” cuya vigilancia les incumbía.

Acababa el Tribunal su labor y se disponía ya a clausurar la Sala, cuando penetraron en ella, haciendo a un lado al alabardero que guardaba el acceso, los dos caballeros: Erguido y altanero Nicolás; curioso y regocijado el de Valdivielso.

Ludueña, soldadesco, con la capa sobre el hombro izquierdo, la enguantada mano siniestra sobre la empuñadura de su espada, bien asentado el amplio sombrero sobre la cabeza, la gran pluma negra tocándole la espalda, atusándose el fino bigote con la mano derecha, en despreocupado gesto,

3 ¡Pesía tall, según la RAE, es una contracción de “pese a tal”, interjección que expresa desazón o enfado.

4 Afirma la RAE que terliz (del latín *trilix*, que puede traducirse como “de tres hilos”) es una “tela fuerte de lino o algodón, por lo común de rayas o cuadros, y tejida con tres lizos”.

avanzó hasta la testera. Valdivielso destocóse y permaneció de pie, cerca de la entrada, observando, con marcada curiosidad, la estudiada petulancia de su nuevo amigo y el asombrado y ofendido orgullo de los jueces.

—Habéisme llamado, e aquí estoy, señores —habló Ludueña con altanero desplante.

—Recordad que estáis ante Magistrados del Rey, señor de Ludueña y en recinto que S.M., que Dios guarde —expresó, con mal contenida cólera, el Alcalde que presidía el Tribunal—, ¡destocaos delante el Rey, señor!

Nicolás, con lentitud que acusaba premeditado intento de sublevar la ira de los jueces, se llevó la mano al sombrero y se descubrió.

—¿Estáis satisfechos, agora? —dijo con maligna sonrisa.

—Repitoos que estáis ante Magistrados del Rey, e que habéis de tener mayor respeto, señor... Podéis sentaros.

—No he de estar aquí tanto tiempo que me canse estar de pie —repuso Nicolás, secamente.

—Eso se verá, Ludueña —habló uno de los Veedores.

—¿Quitáisme el señorío porque vos no lo tenéis, Arrieta?

—¡Callad, señor, e responded a lo que se os pregunte! —tronó el Alcalde.

—¿Qué me queréis?

—Lea el Actuario la denuncia que don Domingo Berasátegui ha sentado contra el señor de Ludueña, o de quienes sean culpables de trasgresión a las Ordenanzas del Visorrey, Conde del Villar, sobre el uso del azogue —ordenó, con engolada voz, el Alcalde; el Actuario, sentado detrás de una mesilla, se puso entonces de pie, tomó una pulgarada de rapé, estornudó discretamente, limpióse la nariz con un gran pañuelo de hierbas y dió comienzo a la lectura con soporífera entonación. El Tribunal apoyóse contra los respaldos de los sillones, con las manos unidas sobre el vientre, y cerró los ojos. Nicolás, de pie, aguantó unos instantes con nerviosa impaciencia; al cabo, cortando en seco al Actuario en mitad de un párrafo, exclamó:

—¡Ea, señor! Basta ya de lecturas e abreviemos. ¿Qué os debo?

—¡Ved que hemos de probar la culpa, primero! —dijo el Alcalde enderezándose sobresaltado.

—Criollo soy, ¡voto a Cristo! Ya'stá probado el delito! Decid ya que os debo y acabemos...

—Oída la confesión del inculpado —habló uno de los Veedores— por tratar de eludir el necesario gasto de azogues en los beneficios, pague el Sr. de Ludueña la suma de cien pesos ensayados, en plata, so pena de su destierro por seis meses...

—Tened mi bolsa y cobraos la multa; e dad la sobra a ese viejo —repuso Nicolás señalando al Actuario y haciendo una seña a Antúnez, quien puso una bolsa sobre la mesa; con avidez codiciosa el señalado se apresuró a tomarla.

—¡Buenas tardes, señores! —acabó Ludueña, poniéndose el sombrero y girando bruscamente sobre sus talones. Dirigióse a la salida sin escuchar los llamados del Alcalde, que decía:

—¡Aguardad aún, señor de Ludueña, aguardad!

Valdivielso unióse a él y salieron de la Sala, seguidos de Antúnez.

—¡Ira de Dios! ¿Velo V.M., señor don Luis? El Berasátegui me acusa de mermar el uso del azogue. ¡De mermar bolsas vascuences será, vive Cristo! —clamaba Ludueña mientras bajaban por la Escala.

—A poca costa libró V.M., sin embargo —arguyó su acompañante—, ¡y bien que, su merced, encalabrinó al Presidente...!

—¡Mala centella le mate, don Luis! Ya verán de buscarme para otra, como antes acusáronme de hechicería ante el Santo Oficio, pero será dar contra una piedra. ¡Nin pago más multas, nin abandono el Cerro, ansí me aspen!

—Vaya... vaya... Usarced se deja llevar, muy presto de la cólera —dijo Valdivielso, socarronamente—, creo que caso non vale tal enojo...

—Claro es que no, don Luis, ¡mas quedóseme la lengua con ganas de ejercicio!

—Contestó Nicolás y luego, volviéndose a Antúnez que venía tras ellos—. Antúnez —dijo— ve a casa e manda aviso al Téllez de aqueste caso; que él se cobre de los Berasátegui cual suele. E si yo non só por casa antes de la Queda, bien será vayas por do sabes.

Antúnez saludó, siguió por la calle de las Mantas y perdióse entre el gentío que la llenaba.

Ludueña, apaciguado ya, tomó el brazo a su compañero y, encaminándose hacia el Empedradillo, esquivando a las presurosas gentes que, junto con el sol poniente, íbanse para sus casas, dijo:

—Agora digo a V.M., señor de Valdivielso, que me place aqueste trance; non saliera yo de casa y pasaran días antes que mostrase a V.M. lo que agora verá.

—¿Qué es ello?

—Mostraréle, en un periquete, algunas cosas de la Villa que le verná^[5] bien conocer pronto; buscaremos amigos que reciban a V.M. con ellos; visitaremos aluego algún grato refugio que yo me sé, do, acaso,

[5] Verná: Vendrá.

olvidará V.M. a la bella que le forzó el viaje de Lima e, si a mano viene e las cosas son como pienso, verá V.M. que, con todo, Potosí bien vale pena conoscielle...

—¡Cuide V.M. que yo le crea e aluego se quede corto lo cierto!

—Non he temor dello. Acá'stamos, señor.

Se había detenido a la entrada del Empedradillo. La tarde, que languidecía rápidamente, había pintado rojos celajes sobre el firmamento y su resplandor sanguíneo iluminaba, extrañamente, el largo callejón.

—¿Qué es aquesto? —interrogó, interesado, Valdivielso.

—Un sitio donde espero ver pronto a su merced, señor. ¿Non lo sabe acaso? Pues sepa, agora, que acá se gradúan los bravos de la Villa.

—¿Qué tribunal los examina?

—Doce espadas que cierran el paso.

—¡Bravo embite!

—Pocos le pasan...

Iban caminando, lentamente, por el estrecho callejón, ahora solitario.

—¿Cruzóle V.M.?

—E dí en San Juan de Dios...

—¿Herido?

—E buscando asilo, por si acaso... Ocho muertos son muchos para una sola vez...

—¿Descubriéronle, por ventura?

—Los muertos, muertos estaban. Los vivos, prefirieron callarse. ¿Quiénes fueron? ¡Averígüelo, Vargas! Hidalgos debieron ser aunque fuesen vascos...

La tarde oscurecía aún más y, llegados a la Plaza de las Gallinas, tomaron por la calle Larga hasta Mercaderes, cruzáronse con ellos un alguacil y un negro que, ayudado de una escala, encendía los faroles de la calle.

Bajaron por Mercaderes hasta la Ollería.

Era ya de noche cuando allá llegaron; detuviéronse en la esquina; Valdivielso miraba el gentío que iba y venía por la calle y, disponíanse ya a doblar hacia la Ollería cuando un rumor, sordo y confuso al principio, recio y ululante después, llegó desde Munaypata.

En la noche hubo un extraño estremecimiento.

Súbitamente, como atraídos por poderosa fuerza, todos los que en Mercaderes se hallaban, en un solo impulso, en montón, sin discriminación ninguna, corrieron, más que marcharon, hacia aquella parte de la ciudad, de donde llegaba el lúgubre alarido. Allá fueron también ambos

amigos. Ya cerca de la colina, la compacta muchedumbre apenas permitía el paso; forzaronle ambos y ahora eran ya perceptibles los gritos:

—¡Misericordia! ¡Misericordia! ¡Confesión!

La multitud, aterrada, había caído de rodillas y sollozaba sordamente entre los gritos; estaban las manos alzadas y los ojos fijos en una inmensa estrella roja, cuya cauda, del mismo encendido color, cubría, como un alfanje, el negro cielo de la Villa...⁶

6 En *Historia de la Villa Imperial de Potosí* (Primera parte, Libro VI, Capítulo XXII, pp. 310 y 311), el paso del cometa habría significado “señales prodigiosas con que el cielo previno el azote que Dios descargó en ella [la Villa] en las memorables guerras de los vicuñas”. Incluso Arzáns de Orsúa y Vela dibuja en el texto la forma del cometa.

Capítulo xxii

El Toque de Queda de aquella noche del 8 de junio de 1622, había sonado hacía tiempo ya; el silencio reinaba en la Villa y los pocos faroles, que aún alumbraban las calles, parpadeaban próximos a extinguirse. Lo bajísimo de la temperatura contribuía a tener más desiertas las calles, menos concurridos los garitos y más en paz los soldados de las rondas.

Sin embargo, aún se veían hombres que, arrebuados en sus capas y con el sombrero hasta los ojos, caminaban de prisa y, pegándose a las paredes, al parecer en demanda de la Plaza del Rayo.

Si alguien hubiese, en efecto, observado lo que ocurría, habría visto que, a poco de tocada la Queda, acudían de todas direcciones y siempre de uno en uno, o acaso por parejas, muchas personas a cierta casa que cerraba el lado oriental de la Plaza. Llegábanse a la puerta, llamaban con recio golpe, abríase una mirilla, cruzábanse breves palabras entre el portero y el recién llegado, abríase la puerta y desaparecían los visitantes por el oscuro y angosto zaguán de la casa.

En un gran salón, alumbrado por tres magníficas arañas de labrado metal, hallábanse varias personas, en su mayoría, mozos.

La casa era del andaluz Diego Sambrana y albergaba, por entonces, al Contador de las Cajas Reales, don Alonso Martínez Pastrana,¹ llegado hacía dos años a la Villa y reputado, desde el primer día, por sagaz y valiente.

Hallábase éste en el testero del salón conversando con un hombre, ya maduro, sentado a su diestra; junto a una magnífica cornucopia y hablando animadamente a un grupo de mozos, se encontraba don Luis de Valdivielso.

1 El contador Alonso Martínez Pastrana evidentemente arribó a Potosí a administrar las Cajas Reales. En *Historia de la Villa Imperial de Potosí* (Libro vi, Capítulo xxiii), Arzáns de Orsúa y Vela cuenta que llegó en 1620. Sin embargo, los editores establecen, en un pie de página, que se encontraba antes de ese año en la Villa.

—¡Hubo que ver aquesso! –decía–. Reñimos todos bravamente; don Antonio, impetuoso como siempre, metióse en lo más duro del entrevero e aunque nadie hablara si non las espadas, la voz del Capitán Urbietta se alzaba, de cuando en vez, con necias bravuconadas; Xeldres, sin duda, quiso acabar con él e entróse, como os digo, más en medio de la liza. A poco, habiendo ya caído más de la mitad de las gentes del la Barrieta, oyóse, de pronto, un alarido: Era que Sancho de la Barrieta recibió una gran estocada que dió con él por tierra; huyéronse, con esto, los contrarios, e don Antonio, cuando nos juntamos para celebrar la victoria de nuessa Escuela, hallábase en cuerpo, perdidos sombrero e capa, pero radiante el rostro del triunfo, ¡e agora diz el tal Urbietta que él derribóle! ¡Pardiez! ¡Nenguno es mejor que don Antonio y el tal Urbietta ha de pagar la balandronada!

—¡Pagarla ha, noramala! –exclamó un mozo llamado Pedro Sayago, que escuchaba con mayor atención a Valdivielso–, ¡nadie ha de alabarse de haber derribado a Xeldres, en tanto yo viva! ¡Matarle he de mi mano!

—Matarémosle; diga V.M., don Pedro, que somos muchos a defender la fama del señor de Xeldres –afirmó Pedro del Aja que andaba cerca del grupo y oyó las palabras de Sayago.

—E a más, sabed que el maldito dice, doquiera está e a quien oírle quiera, que non parará hasta que todos los criollos seamos a su servicio personal en minas e “Ingenios” –apoyó otro hombre ya maduro apellidado Reynoso–, ¡oílo yo con aquestas mismas orejas...!

A todo esto había aumentado el número de los presentes; de los últimos en llegar fueron Ludueña y Ponce de León, quienes se acercaron a Pastrana.

—Perdone V.M., señor don Alonso, si llegamos tarde –se excusó Ludueña, por los dos.

—No os apuréis, amigos, que aún non dimos principio a la Junta; mas decí, ¿qué os atajó el paso, que llegáis agora?

—Nadie ni nada, don Alonso –afirmó Ponce–, sino que pareciónos que teníamos ronda por el barrio e non quisimos arriesgar la entrada. Hubimos de dar un rodeo para llegar sin estorbo...

—¿Pensáis que guardan la casa?

—No, don Alonso, pero bien sabéis que el Sarmiento² anda agora en pos de aquietar la Villa e trajina en busca nuessa o de nuessos contrarios...

2 Alude a don Francisco Sarmiento de Sotomayor, treceno corregidor de la Villa, según Arzáns de Orzúa y Vela en *Anales de la Villa Imperial de Potosí* y en *Historia de la Villa Imperial de Potosí* (Libro VI, Capítulos xxxi, pp. 310-313).

—¿A caza de vascuences, el bellaco? ¡Ojalá fuera tal! En casa de Oyaynume hallará buen bocado... —púsose en pie don Alonso y, golpeando sonoramente las palmas, alzó la voz que dominó los murmullos—: Señores, creo yo que es hora de dar comienzo a la Junta. Os ruego ponerlos en redondo; non se guarden jerarquías si non es por la edad.

Por un momento el rumor de las voces, el ruido de sillas y sillones removidos llenaron el ámbito; aquietóse luego y Martínez Pastrana retomó la palabra:

—Señores —dijo—, he os reunido aquí porque entiendo que ya es tiempo de obrar, con mayor empeño, en acabar con el dominio de los vascos e sus allegados en esta Villa que es más nuestra que de nación alguna. Más de cincuenta años ha que tales enemigos asentáronse en la Villa e non quiero repetir, por lo sabido, todos los daños que por ende nos vienen de su desgobierno; nos estorban el paso por doquiera e quieren mancillar nuessas honras e matarnos de mala muerte. Recordad, si non, lo que acaesció en casa de don Pedro de Haro, el pasado año, cómo el propio Alcalde abofeteó e arrastró por el cabello a la hija de don Pedro; recordad las veces que nos han amenazado de afrenta e veréis que es hora ya de juntarnos en una fuerza e dalles una cruel e definitiva batalla con que los expulsemos de la Villa o matemos hasta el último...

Poder son ellos —continuó—, busquemos nosotros lo mismo; armas e dineros tienen, armas e dineros podemos tener si ansí lo queremos; ayuda de Corregidor e Audiencia tienen ellos, contra Corregidor e Audiencia seremos nosotros; jefes tienen ellos, ¿non tenemos nosotros hombres de seso y de valor? Les tenemos mejores que ellos, pero fuerza es confesar que en algo nos son mejores: Ellos se juntan e obedecen a sus cabezas, nosotros confiamos sólo en nuessa espada e ansí acaban prestamente con nuesso empeño. Escuchá bien, señores: Si queremos por nuessa la Villa, seamos todos unidos a ganalla. Si non lo hacemos ansí, vencernos, colgarnos e matarnos han con infamia, cual hicieren con don Juan de Ludueña, años ha, e con Alonso de Ibáñez e los otros, no ha mucho. Aquessos que sois amigos de don Antonio de Xeldres, recordad que cuando él mandaba e guiaba a los demás, fuimos menos infamados que agora que él falta; ¿qué dijo a sus parciales, antes de que fuera forzado de marchar a Roma? Que todas las naciones debiéranse unir para echar fuera a los engreídos, si es que no acababan todos por la espada... Acá está presente don Luis de Valdiviello, que él dexó por lugarteniente; sabe él, por lo platicado con su jefe e amigo, las trazas de lograllo, ansí juntémonos a él e formando un bien concertado bando, démosles batalla que les venza. Agora, decí, señores, vuessos pensar que harto ya conocéis el mío.

Callóse el de Pastrana y fuertes murmullos de aprobación se levantaron de todos los ángulos del salón.

—Perdonad, señores —era don Luis de Valdivielso el que ahora hablaba—, que levante acá mi voz, mas acaba el señor de Pastrana de nombrarme e non puedo callar, magüer sea un recién llegado. Verdad es que mi amigo don Antonio de Xeldres dexóme encargado de llevar adelante sus planes, mas agora, señores, veo que non es mía aquessa labor; sé que mayores merecimientos harán mejores Capitanes y veo que los tales non son escasos. Ansí es que, pienso yo, bien haremos en formar un Consejo que guíe nuessos pasos y sean en él don Alonso Martínez e doce Capitanes más; ansí don Alonso, cuerdo e mesurado será nuesso Néstor e cada Capitán terná con él cincuenta o más soldados, conque ternemos número suficiente para dalles batalla. Este es mi pensar primero, si os avenís a seguille, veremos luego qué hagamos para allegar armas, caballos e dineros, cómo daremos luego la batalla e, si a mano viene, cómo usaremos del botín, porque alguno habremos de coger, ¡vive Cristo! —concluyó el Caballero.

Oyéronse, entonces, vivas voces: ¡Que nos place! ¡Víctor, don Alonso! ¡Mueran los vascos!

Tornó a golpear las palmas don Alonso y exclamó:

—Señores, guardad silencio, agora, e non alborotéis, que habemos de discutir aún lo propuesto...

—¿Hay necesidad de más si sois vos el jefe nuesso? —dijo alguno.

—Sí, le hay; que non es cosa que yo me alce con el mando a la primera palabra que oya...

—Non hay otro que vos, don Alonso —afirmó con recia voz, Ludueña—, aquesso lo sabéis, e todos, porque desde acá llegasteis os hemos pedido ayuda e consejo; salvado habéis de muerte e deshonra a más de uno de los nuessos; por amigos fieles nos tenedes a todos, ¿qué os impide, entonces, ser nuesso jefe?

—¡Nada! ¡Nada! ¡Víctor, don Alonso! —clamó la Junta toda.

—¡Pues que sea, entonces, e que Dios nos ayude! —dijo Martínez Pastrana, luego de breve reflexión, y con voz tan fervorosa que un respetuoso silencio siguió a sus palabras y al vocerío anterior.

—Gracias os doy por vuesa confianza, mas, acá he de pedir os que non descubráis mi nueva condición; bien sabéis que non es por miedo que os lo pido, sino porque de más valeré en las sombras que en la luz, pues que nadie, nin los Cuadrilleros de la Santa Hermandad, habrán de pensar que bajo el traje de un Contador de las Cajas Reales se esconda jefe de buen bando... Será cabeza visible nuessa don Luis de Valdivielso

e agora os diré a quiénes reputo por buenos Capitanes. Si alguno piensa que quien yo nombrare non llega a bueno, dirálo claramente, que grave negocio es éste e non ha de perderse por falsedad.

Un murmullo de aprobación se extendió por el recinto.

—Sean, entonces, nuessos Capitanes don Luis de Valdivielso, don Francisco Castillo, don Fernando Bermúdez Moreira, don Pedro de Haro, Pedro Méndez, don Diego Gómez, don Pedro Andrade, don Juan de Urquizu, don Ginés Avendaño, don Nicolás de Ludueña, don Pablo Ponce e don Diego Colón.

Estimo que los nombrados, e así el resto de nuessos parciales, aceptarán de grado esta nominación, que es conveniente a nuessos proyectos —concluyó Pastrana, mientras el silencio aprobaba tácitamente lo indicado, si no fué la voz de Ponce que pidió formar en la compañía de Ludueña; nombróse en su lugar a don García Ordóñez.

—Creo indispensable, para el logro de nuesso propósito —dijo el nombrado Andrade—, el juntar armas, caballos e dineros, porque sin ellos poco provecho sacaremos de aquesta junta e propongoos que aquellos señores que pudiesen hacello aportarán un diezmo de sus ganancias para aqueste fin.

—Pláceme tal idea, don Pedro —afirmó Pastrana—, así creo que podemos hacello.

—Bien sabe V.M. que fuera de mi espada e de algunos doblones para mi sustento, nada tengo, por ahora, para tal cometido —dijo un si es no es burlón, don Luis de Valdivielso.

—Preciamos en lo que valen vuessa espada e la mano que la empuña, señor de Valdivielso, para que non pensemos que bien pagados estamos con ello.

—Favoréceme con mucho V.M., señor don Alonso, mas non vos salirá fallida cuenta...

—Dejaos de galanterías, señores —tronó un vozarrón, allá por el fondo del recinto, y un hombre bien fornido y barbado se puso de pie—: Bien sabemos lo que cada uno vale, e así lo hemos puesto en su sitio; hagan todos lo que deben: den su espada quienes la tengan, espada e bolso los otros, que todo será bien para todos. Mas agora, tiempo es de pensar en cosas de más momento. ¿Non habedes parado mientes en que, a las veces, andamos en tremolina e tiramos cuchilladas a diestro e siniestro, pensando sólo en herir o parar los tizonazos, de donde luego aparece que nos matamos e herimos entre gentes del mismo bando? Pues agora es el caso de buscar remedio a tal desaguisado, haciendo de manera que siempre sepamos quiénes son los nuestros e quienes no.

—¡Verdad decís, don Gaspar, por el cielo! —esclamó Ludueña—. Verdad decís, e agora quiero, delante de aquestos señores, volveros la honra, que en veces pensé que aquessa cabeza vuessa non pudiera dar luces nengunas! —alzáronse risas por todas partes y el hombrón, como avergonzado, se sentó nuevamente barbotando—: ¡Callá, Don Lengua-larga, que non dejades ocasión de burlaros, mas ya os daré yo de verdascazos un día, por el alma de Judas! Redoblaron con ello las risas y la turbación del hombrazo fué en aumento, mientras Pastrana golpeaba de nuevo las manos para apaciguar a los risueños.

—Vamos, señores, vamos, que la cosa non es para tanta risa... E vos, don Nicolás, dejad en paz, de una buena vez, a D. Gaspar, que bien dijo lo que le lastima más, e tiene razón, ¡por mi fe!

—Bien verdad es que la tiene —dijo Nicolás serio ya—, e non fué en mi ánimo amenguar su pensamiento e bien vale hacelle caso. Propongo yo agora que para ese empeño usemos todos, de hoy en más, solamente aquestos sombreros de lana de vicuña, con un cintillo de color de nácar e una pluma encarnada para los Capitanes, quedando sin ella los soldados. Ansí veremos siempre, “aína”, quienes andan en un entrevero e saldremos con bien de todo...

—Paréceme bien la traza —dijo Pastrana y consultó—: ¿Pareceos bien adoptalla?

—Por mí, bien que me place —afirmó Valdivielso y a él se unieron otros para afianzar la divisa.

—Pienso, señores, que lo principal está ya acordado e que la Junta puede disolverse agora; quédense solos los Capitanes nombrados para labrar los planes e vayan dejando la casa, poco a poco, los demás.

—Perdonad, señor don Alonso —habló con voz pausada y llena de gravedad, Reynoso—, aún quisiera que aquesta Junta resolviese algo que juzgo importante, e yo os ruego que me permitáis exponer mi pensamiento.

—Hablad, Reynoso —otorgó don Alonso Martínez.

—Es el caso, señores, que anda por ahí, enconando odios, rebajando e mancillando honras, robando haciendas y matando gentes, un valentón forzado e de pasadas razones, que se llama el Capitán de Urbietta, a quien muchos conocéis de nombre e non pocos por sus hechos; sabéis también, cómo el de Urbietta ha jurado que non parará hasta que non haya a todos los criollos a su personal servicio, e a nuessas mujeres o hermanas, convertidas en mancebas dél e de los suyos; sabéis también cómo el matasiete se alaba, por doquiera, de haber derribado a don Antonio de Xeldres e cogídole la capa, que luego rescatamos de clavada que se hallaba en el Cabildo, e sabéis también que es cabeza e sólida de vascuences. Tiempo es entonce agora

de castigar su soberbia, vengar sus agravios e quitar a los vascos su ayuda, matándole a él como se merece.

—¡Razón tiene, voto a Cristo! —tronó el mozo Sayago—. ¡Matémosle sin empacho que harto ha pecado ya contra nos e contra la Villa!

—¡E seré yo el primero en pasalle el pecho con mi espada!, ¡vive Dios!, que jurado lo tengo —gritó Pedro del Aja—. ¡Dadnos licencia y esta noche mesma pondremos fuego a su casa e acabaremos con él!

—Seame permitido deciros, empero, señores —habló Martínez Pastrana—, que es necesario meditar un poco antes de adoptar resolución alguna; non que yo piense que non tenéis razón, sino que el tal Juan de Urbieta, sobre valiente y forzudo, es poderoso; cabeza de vascos es y casi valido del Corregidor. Su muerte, como lo queréis, nos traerá mayores persecuciones que agora; bien sabéis que, en casos tales, hácense todas justicias contra nosotros. Tal vez sea mejor que, ajustando nuestro bando como lo proyectamos, formadas las compañías bajo sus Capitanes, retemos a los vascos a formal batalla e allá bien acabaremos con el Urbieta sin riesgo de ser culpados de asesinato... e felonía...

—Razón tenéis, don Alonso —dijo Valdivielso—, empero más daño nos avendrá de dejar al Urbieta organizar sus huestes y capitanearlas en la liza... Matémosle agora, que luego, si ellos se hacen justicias, nosotros nos haremos ejecutores...

—¡Sí, sí, matémosle antes que más se engalle y más nos tiranice! —dijeron alto varias voces.

—¡Dadme permiso, señor don Alonso, para aquesta justicia que pensamos e quiero ejecutar! —dijo Diego Reynoso con gravedad bien sentida—, a más, señor, non quería yo poner lo personal en el plato de la balanza, pero allá en Chichas aqueste Urbieta mató a Francisco Barbosa, allegado mío, a los mismos pies del confesor, cuando aún no había confesado sus faltas e por él perdió su alma sin duda y esta es la justicia que hemos de hacer con el matador... e por esto vinimos tras el Sayago e Cabrera e Pedro del Aja e yo... —un murmullo de horrorizada reprobación llenó el ambiente, y de nuevo se alzaron voces pidiendo la muerte del Capitán Urbieta.

Meditó, unos instantes más, el de Pastrana, y por fin habló:

—Bien, señores, sea como queréis, mas pensad siempre que, para los contrarios, más vale la cabeza de un Urbieta que cien de las nuessas y habrán de querer cobrarse el precio. Señalad agora quiénes serán a cumplir lo resuelto.

—¡Yo, en primer término! —afirmó Reynoso.

—¡E yo! ¡E yo! ¡E yo! —secundaron 20 voces mozas, y luego de acalorada discusión sobre quiénes podían juntarse para el empeño, se dispuso

que fuesen dos grupos para atrapar al vasco al salir de su casa: formaron uno, Antonio Vásquez el Galán, Valdivielso y Cabrera y el otro Luis López, Pedro del Aja y Reynoso.

Terminada, por fin, la razón de la Junta, disolvióse ésta, quedando en la casa solamente los Capitanes que tendrán a su cargo la batalla que habría de acabar con el poderío de los vascos en la Villa.³

3 En este capítulo, Viaña retoma algunos personajes y hechos referidos por Arzáns en los capítulos XXI, XXII y XXIII del Libro VI y en los capítulos I, II y III del Libro VII de la Primera Parte de *Historia de la Villa Imperial de Potosí* (pp. 310-332). Sin embargo, es importante hacer notar que no sigue fielmente los hechos. Por ejemplo, si bien en la novela se repite el que Xeldres dejó el mando a Valdivielso, este personaje propone llevar a cabo la tarea formando un Consejo que pide se nombre en dicha reunión, y no así en *Historia*.

Capítulo XXIII

El sol de diciembre –18 de ese mes era el día– brillaba fulgurante en un cielo todo azul, seco y sin nubes; el aire, calmo; una sensación de bochorno en todo y, aunque bullía la gente en las calles, y tres días ya que comenzaran las fiestas en honor a la Concepción y por el advenimiento al trono del Rey D. Felipe IV,¹ no era ambiente aquel como el de las fiestas de otrora; ahora poca gente marchaba hacia la Plaza de Regocijo, convertida en palenque, donde, aquella tarde, habría cañas y toros.

Fresco estaba el recuerdo de la tremenda batalla reñida el 9 de agosto de ese año de 1622, en las faldas del Guaina, entre los bandos de la Villa, y que sumiera en luto a innumerables personas.

Luego de nueva Junta de criollos, realizada el 6 de agosto, para madurar sus planes de guerra, enfrentáronse, tres días después, los ejércitos combatientes. Los 400 vicuñas –que así comenzaron a llamarse desde aquella Junta del 8 de junio– bajo el mando de D. Francisco Castillo y D. Fernando Bermúdez Moreira, armados de todas armas, avanzaron por el lado este, hasta toparse con sus adversarios, 500 vascos, navarros y castellanos, comandados por D. Francisco de Oyanume y poderosamente armados de arcabuces y una culebrina que rompió sus fuegos a las diez y 15 de la mañana.

Áspera, cruel, desesperada fué la lucha y, a eso de las tres de la tarde, cesaba toda brega y, sobre el campo –que quedó por los vicuñas–, yacían 103 de éstos y 106 vascos; los heridos subieron a más de 200 por bando, no entrando en la cuenta los negros e indios auxiliares de los beligerantes.

Dura fué la empresa, pero el poderío vasco había sido quebrantado, lo que no impedía que, desde entonces y casi a diario, pendencias, asaltos,

1 El contexto general de esta fiesta está tomado de *Historia de la Villa Imperial de Potosí* (Capítulo VII, Libro VII de la Primera parte, pp. 346-350).

incendios y muertes, se sucedieran en pavorosa continuidad: El vasco, dolido de su derrota y de la pérdida de su poderío, buscaba la venganza; el vicuña, altanero y bravucón, comenzaba a gustar de las fruiciones de la supremacía.

Por todo ello, poca gente se agrupaba en esa tarde detrás de las barreras que cerraban la Plaza y debajo de los magníficos “tablados” que se alzaban en frente de las Cajas Reales, de la Casa de Moneda, del Cabildo y de la Casa de Igarzabal; entre esta gente abundaban quienes, a pesar del calcinante sol, portaban capas, gabanes o tabardos, bajo los cuales ocultaban sus armas y reparos, pues, aunque temerosos de pendencias, no querían perder el brillo de las fiestas; los vicuñas y la gente de guerra del otro bando iban en cuerpo, con la espada o la daga al cinto, sin recatarse ya, mirando al soslayo, arrogante y amenazadoramente, puesta la mano en la empuñadura del arma y en los ojos la chispa que podía encender la hoguera.

Aunque, tambaleante, el bando de los vascos, no había perdido del todo su soberbia y altanería, y en esas fiestas tornaron a ponerse en alto sus riquezas, sus galas y sus gallardías, equiparadas –que no avasalladas– por las de sus contrarios.

Sabíase que esa tarde –y por ello el temor crecía– corrían cañas cuatro cuadrillas: Dos de criollos vicuñas y dos de vascuences.

¿Correríanlas en cuadrillas del mismo bando? ¿Serían una de un bando y otra del contrario? Y de ser esto último, ¿no se trocarían las cañas en lanzas?

El recelo, la curiosidad, la angustia y la decisión ganaban todas las conciencias bajo el claro y lancinante sol.

Y sin embargo de todo, la Plaza rebosaba de vida; lucidos trajes, brillantes joyas, galanas colgaduras, relucientes escudos, pintados gallardetes, risas, jolgorio, músicas...

Casi todos los tablados estaban ya ocupados por gentes de alcurnia y, entre ellas, las mujeres lucían sus galas y sus sonrisas.

El solo palco vacío, a esa hora, era el del Corregidor D. Francisco Sarmiento, quien hallábase aún en la Sala del Ayuntamiento discurrendo y discutiendo con el Alcalde Mayor D. Martín Ormaeche y el Ordinario D. Diego de Villegas, sobre si fuera o no cuerdo suspender el juego de cañas, aquella tarde.

Aquel no confesado temor de todos sentíanlo también ellos y, como sabíase ya que la Audiencia de Charcas enviara pliegos a Lima con relatos de aquella espantable batalla de agosto y la interminable serie de calamidades que caían sobre la Villa, acrecía el temor del de Sarmiento pues, de

producirse nueva batalla abierta entre los bandos, perdería él su cargo, desvaneciéndose así su anhelo de volverse a España, bien provisto el bolso.

—Mirad bien aquesto, don Martín —decía el Corregidor—, ved que las brasas andan so las cenizas. Visteis, ayer, cómo aquel Ludueña se entretuvo en estropear el lucimiento del de Oyanume, en las alcancías, hasta que faltó poco para que viniesen a las manos. No, no... E agora veredes cómo se buscan para correr las cañas, que bien pueden tornarse lanzas, don Martín, y entonces, yo e vosotros seremos residenciados, non lo dudéis...

—Bien lo veo, señor Corregidor —corroboró Ormaeche lentamente—, mas, ¿de qué modo quitamos al pueblo el goce de las fiestas? Han venido a ver correr cañas, e cañas hemos de darles so pena de alborotos. Visteis, rato ha, que la muchedumbre es menor que en los días anteriores, pero la que agora vino non cura de cuchilladas, que los timoratos quedáronse en sus casas y a estos... ¡o les dáis su fiesta u os buscan pleito!

—¿Qué consejo tenedes, entonces? —pidió Sarmiento.

—Señor —habló Villegas ahora—, bien será dejar que sigan las fiestas, pero tan luego como salgades al tablado haced llamar a los mantenedores e ordenaréisles que corran las cuadrillas propias de criollos e peninsulares, sin que puedan mezclarse y tendremos nosotros aparejada la compañía de arcabuceros y los caballos, para arremeter con todos si se desmandan... Si han de llover calamidades sobre nosotros —e ya la Audiencia formó el ñublado^[2]—, bien será que se diga que non se burlaron de su señoría, estos condenados bandos.

Con esto aquietóse el Corregidor y salieron todos de la Sala para dirigirse a la Plaza, donde el populacho, impaciente, comenzaba a pedir a gritos la presencia del Corregidor y el comienzo del espectáculo.

Cuando Sarmiento ocupó su sitio en el centro del tablado, y rodeado de sus oficiales y de damas principales —habíanlas criollas ahora—, echó la mirada por el amplio recinto del palenque y después por la Plaza toda, sintió algo así como un ahogo y se resolvió, inquieto, en su sitial.

—¡Ay, don Martín! —murmuró al oído del Alcalde Mayor que se hallaba a su diestra—, qué mal me huele aquesto; témome que acabemos en revuelta...

—¡Quitad allá, señor! —repuso el Alcalde, en el mismo tono—, non tengáis temor, que si aquessos mal avenidos criollos turban las fiestas, aparejados tengo mis arcabuceros para reducirlos...

Y, a la verdad, que algo de tenso tenía el ambiente; había risas y voces, músicas y cantos, ciertamente, mas, todo ello más parecía hecho de propó-

[2] Ñublado: Nublado.

sito para ocultar aviesas intenciones o sofocar temores, que efecto de una descuidada alegría. En ciertos sitios de la Plaza, veíanse densos grupos de hombres, en grave y hosca actitud y muchos de ellos –lo cual hizo torcer el gesto al Alcalde Ormaeche–, eran vicuñas a juzgar por los sombreros.

—Tan luego como salgan las cuadrillas, agora –ordenó Sarmiento al Alcalde Ordinario–, decí que lleguen acá los Capitanes dellas...

—Según lo mandáis se hará, señor –repuso el mandado y trasmitió la orden al Capitán de la Guardia personal del Corregidor.

El soldado descendió, inmediatamente, del tablado, y montado en su caballo, fué a esperar la llegada de las cuadrillas, que ya no tardarían, pues, el vaivén de la gente y su apiñarse en ciertas bocacalles, indicaban su proximidad.

Pronto las cuadrillas estuvieron en disposición de entrar en el palenque, lo que ejecutaron tan pronto como aquel quedó despejado. En primer término, y una en pos de otra, entraron, por encontradas esquinas, las cuadrillas criollas; luego, viniendo de San Martín, las otras dos de vascuences.

Por la esquina de la Plaza del Gato y, rompiendo por la muchedumbre que les cerraba el paso, venían 100 arcabuceros vestidos todos de ricos trajes de paño de Londres guarnecido de oro, formados en filas de a cuatro, con el arcabuz al hombro y el paso reposado y marcial; brillaban el sol de la tarde, el oro de los trajes, el metal de los acerados cascos y el bruñido caño de los arcabuces, en modo tal que atrajo las miradas de todo el gentío que rompió en vítores, por todos lados.

Al ver este inusitado despliegue de fuerzas, miráronse, azorados, Corregidor y Alcaldes, pues de alborotarse la Plaza, los soldados del Corregimiento no bastarían para reducir a los revoltosos...

Detrás de los arcabuceros y caballero en un brioso corcel de batalla, negro y lustroso, enjaezado a la jineta, vistiendo rico traje de brocado, ceñida al cuerpo una finísima coraza de acero damasquinado y acerado marrión a la cabeza, venía el contador de las Cajas Reales, D. Alonso Martínez Pastrana y, en pos de él, hasta 50 mancebos criollos airosamente montados y ricamente vestidos. D. Alonso traía en la diestra una lanza de dorado hierro con rojo pendoncillo y, pintada en la adarga –que llevaba pendiente del arzón por el lado izquierdo–, una espada goteante de sangre rodeada de unas letras que decían: “Por la expulsión se derrama”.³

3 Esta participación de Martínez Pastrana quien, según Arzáns, fue cabeza oculta de los vicuñas en las fiestas que celebraban la coronación de Felipe IV, incluidas estas leyendas en los pendones, es relatada en *Historia de la Villa Imperial de Potosí* (Primera parte, Libro VII, Capítulo VII, pp. 346 y ss.). Por los detalles con que se cuenta este evento, que no figuran en *Anales de la Villa Imperial*, podemos decir que el novelista ha utilizado ambos libros.

Cuando toda esta tropa llegó al centro de la Plaza abriéronse las filas de los arcabuceros, formando una calle por la cual avanzaron hacia el tablado del Corregidor, Martínez Pastrana y su cuadrilla, quienes, llegados al frente, alzaron y rindieron sus lanzas en saludo, mientras los arcabuceros disparaban una salva, con cuyo estruendo vibró la ancha Plaza y el acre olor de la pólvora dilató la nariz de muchos que apretaron instintivamente las ocultas armas.

No bien aquietados el tumulto y la vocería producidos por la llegada de Pastrana, he aquí que viene, por la calle de San Francisco, otra lucida cuadrilla capitaneada por D. Pedro de Andrade que vestía, también, con elegancia suma y cuya adarga llevaba pintado un Cerro de Potosí con unas cabezas que rodaban de su cima y unas letras que rezaban: “Si se alzaren, ya cayeron”.

Llegaron Andrade y su cuadrilla hasta el tablado del Corregidor e hicieron el saludo de estilo; D. Pedro se alzó sobre los estribos y levantó en alto su adarga, sin duda, porque se viese más claramente, el mote que llevaba.

Si la llegada de los arcabuceros y las cuadrillas había amoscado el de Ormaeche, la vista de las adargas acabó de trastornarle:

—¡Ira de Dios, don Francisco! —musitó, tragándose la rabia—. ¿Habréis de sufrir aquestas desvergüenzas? ¿Notásteis cuál lucían sus adargas esos Capitanes? ¡E aluego ese Pastrana...!

—Dejaldes, dejaldes, don Martín, que ya cobraremos luego aqueste agravio —repuso el Corregidor, con fría sonrisa—. Poco han de durar sus bríos...

Momentos después, y formando compacto grupo, avanzaron las cuadrillas vascuences, que no cedían en lujo y atavíos a las otras dos, pero mostraban, a quien fuese un tanto avizor, la desconfianza, si no el temor, que les impedía lucir desembarazadamente su brío y su destreza.

Así como las cuatro cuadrillas, con sus Capitanes al frente, se hallaron en la Plaza; el Capitán de la Guardia invitó a todos cuatro jefes a subir al tablado de Sarmiento, pues su Señoría quería hablarles.

Más rápido de lo necesario los Capitanes vascuences, y con deliberado sosiego los criollos, obedecieron la orden; tan pronto como los tuvo cerca, dijo el Corregidor:

—Bien sabedes, señores Capitanes, que malos vientos soplan por la Villa y que hay quienes dicen que ansí soplan, porque vosotros los buscáis, e como yo tengo señalado por la Real Audiencia el reducir a quietud esta alborotada ciudad, quiero deciros que deseo evitéis toda ocasión de

querella, e como os sé bastante inquietos e aturridos —refiérome a los mozos de vuessas cuadrillas—, bien será que dispongáis que las cañas se corran por cada una de las cuadrillas entre sí, mas no una contra la otra. Esto mando, señores, e cuidado que este mandato se cumpla.

—Non hayáis temor alguno, señor —habló cortante don Alonso Martínez—, sabemos bien que estas son fiestas e no combates; e a más vos sabéis que acá non hay enemigos que combatir...

—¿Con lo cual queredes decir que si los hubiese, desacataríades mis órdenes? —cortó el Corregidor.

—Digo que non son necesarias, agora, órdenes algunas, porque a fiestas hemos venido e fiestas tendremos, que no guerra —replicó altivo don Alonso—, e si dais licencia...

—¡Idos! —dijo el Corregidor, áspero y furioso.

Bajaron los Capitanes del tablado y, llegando al encuentro de sus cuadrillas, las hicieron marchar lúcidamente en torno a la Plaza, arrancando vítores y aplausos por doquiera.

Colocáronse, después, las cuadrillas sobre los cuatro costados de la Plaza, para dar comienzo a los juegos.

Los vascos se situaron en los lados oriental y occidental; los criollos al norte y al sud.

Adelantóse un trompetero a caballo hasta el frente del palco del Corregidor y tocó larga y briosamente su trompeta.

Al cesar el eco de aquélla, los cuatro capitanes que ya habían cambiado sus lanzas y pendones por engalanadas cañas y embrazado sus adargas, lanzáronse simultáneamente hacia el centro de la Plaza, donde se encontraron encabritando sus caballos y chocando sus adargas, mientras la multitud asordaba el aire con sus gritos y los arcabuceros de Pastrana, tornaban a disparar sus armas.

Vueltos los capitanes al frente de sus cuadrillas, comenzó la justa.

Vascos y criollos, alternadamente, jugaban sus cañas con grande ímpetu y gallardía, caracoleando sus caballos o haciéndolos encabritarse para evitar la caña del contrario, de cuyos golpes se reparaban también con las adargas; volaban por el aire las engalanadas cañas y daban muchas en adargas, petos y capacetes,^[4] otras perdíanse en el vacío; un enjambre de servidores corría por el campo llevando nuevas cañas a sus señores y retirando las perdidas para desembarazar la Plaza y evitar lesiones a las cabalgaduras. Había en el aire un cálido aliento de lucha y las febriles manos de los espectadores acariciaban ansiosas el arma oculta; los arcabu-

[4] Adargas, petos y capacetes: Escudos, armaduras y cascos, respectivamente.

ceros criollos apretaban sus filas, allá sobre el flanco de la Plaza frontero a la Iglesia Matriz y miraban, provocadores, hacia el tablado del Corregidor donde se hallaba la Guardia.

Dióse por fin término a las cañas y retiráronse las cuadrillas quedando solamente los que debían, en aquella tarde, alancear toros.

Aclaradas las filas de los cuadrilleros, púdose observar a los caballeros que las formaban.

Fue entonces que vióse salir, por la esquina de la Casa de Moneda, cuatro negros atabaleros, caballeros en recias y engalanadas mulas, redoblando sus atabales con marciales compases y, detrás de ellos, una inmensa fuente de plata conducida por 50 indios ricamente vestidos a su usanza, y llena de “colación”.

Un murmullo de asombro se extendió por los tabladados repletos de damas y caballeros, mientras el populacho gritaba y aplaudía a rabiar.

Atabaleros y portadores siguieron su marcha para contornear la Plaza y llegar hasta el tablado gubernamental, donde uno de los atabaleros, luego de un enérgico redoblar de su atabal para llamar la atención de los espectadores, gritó:

—¡Manda mi señor don Alonso Martínez Pastrana, aquesta poca colación, para su señoría el Corregidor e las dignísimas damas que honran aquestas fiestas! —y tornó a redoblar su atabal.

Varios servidores, indios y mulatos, tomaron en pequeñas charolillas de plata, primorosamente cinceladas, y usando curiosas cucharicas de jade, la “colación” de la gran fuente y fueron distribuyéndola entre las damas que acompañaban a Sarmiento, mientras otros grupos de servidores arrojaban, por todo el perímetro de la Plaza, grandes cantidades de confituras y frutas que eran recogidas, con grande algarabía, por las gentes del pueblo que llenaban la Plaza.

Servidas ya las damas —quienes depositaban el agasajo en sendos pañuelillos de delicado encaje o finísimo lienzo de Holanda— siguieron los atabaleros e indios su camino hacia los otros tabladados para agasajar a quienes los ocupaban.

Cuando todas las damas hubieron sido servidas, saliéronse los portadores y atabaleros, llevándose la inmensa fuente, vacía ya, por el mismo sitio por donde vinieron.

Despejóse, con esto, el recinto de la Plaza y anuncióse la salida de los toros que habían de alancearse aquella tarde.

Ya se alineaban, sobre el frente norte, los caballeros que habían de lidiarlos. Véase, entre ellos, a Pastrana, Castillo, Valdivielso, Ludueña,

Ponce, Colón y otros, amén de los caballeros vascos, entre los cuales destacábase el orgulloso Oyanume.

Si la intervención del Corregidor, al exigir que las cañas se corriesen solamente entre miembros de cada cuadrilla, impidió que, al lucirse gallardías, se encendiesen querellas, ahora, al lancearse los toros, habría de acicatearse de nuevo el orgullo y la vanidad y la soberbia de los caballeros, y el deseo de triunfar ante los ojos de las damas y las gentes del pueblo; acuciando sus espíritus, les arrojaría a temerarias empresas; cada rostro tenía, por ello, una tensa expresión combativa.

—Agora veré de quitalle un toro al de Oyanume —dijo en imperioso tono el de Ludueña, al señor de Andrade que se hallaba a su lado y mientras se aseguraba, sin bajarse de su cabalgadura, si su montura estaba o no sólidamente sujeta a la bestia que rebullía y piafaba de impaciencia.

—¿No os basta haberle estorbado, ayer, el lucirse con las alcancías? —repuso riendo Andrade.

—¡Ah, no, por mi fe! —dijo Nicolás—, no, que aún pienso hostigarlo más, porque sepa que non sosegaremos en el empeño de hacelles ver que, acá, nada tienen que hacer, e que más les valerá, si estiman su pellejo, allegarse al valle de Chuquiago o a Charcas o al infierno, que permanecer en la Villa...

—E yo vos seguiré el talante, ¡pardiez! —terció D. Luis de Valdivielso que oyó estas palabras—. ¿Visteis a ese mocito Elizalde? ¡Más orondo está en su jaco, que pudiera el Cid sobre Babieca!, pero os fío que non alanceará toro alguno esta tarde...

—E con ello veréis rabiarse al Sarmiento, que yo sé que es el Elizalde las niñas de sus ojos... Diz que anda el tal buscándole boda con doblones...

—¿Visteis qué damas andan en el tablado del Corregidor? —preguntó Valdivielso a Nicolás, de pronto.

—Non paré mientes en ellas —repuso indiferente Ludueña, más atento a lo que en la Plaza ocurría—, agora verelas. ¿Hallastes alguna vistosa?

—¡Andá, señor! ¡Nunca vílas mejores, hasta hoy! —encareció D. Luis—, e vos andades soltero todavía... ¿Do tenedes los ojos?

—Pasaron los años de locura, don Luis, e agora non curo mucho de ello...

—E cuenta que yo le tengo dicho que hora es que mire por sí —rió Ponce a su vez.

Interrumpió el coloquio el estridente son de una trompeta. Al oírlo piafaron los caballos y los peones, que andaban aún por la Plaza, echaron a correr hacia las barreras para resguardarse tras ellas. Y luego el toro, bravo e impetuoso, saltó a la Plaza saludado por los gritos de miles de gentes.

Los caballeros salían, uno a uno, a probar su fuerza y su destreza, tratando de herir a la bestia o gobernando sus cabalgaduras para esquivar sus acometidas.

Rivalizaban criollos y vascos en la brega y vióse muchas veces gallardías que asombraban a los hombres y desvanecían a las damas en sus palcos.

Corría ya uno de los postreros toros y D. Nicolás de Ludueña no había aún logrado su propósito –aunque lo buscó con ahínco toda la tarde– de estorbar a D. Francisco Oyanume en su afán, casi siempre conseguido, de lucirse en la fiesta.

De pronto, vio cómo aquel se disponía a buscar a la nueva bestia que se hallaba, precisamente, al pie del tablado del Corregidor, con las cuatro patas firmemente plantadas en tierra y la cabeza, bien cornada, baja y amenazante. Había su fortaleza ahuyentado a los lidiadores –peones o caballeros– y la chusma gritaba enardecida voceando que alguien le diese real batalla.

Al salir D. Francisco de Oyanume de entre sus parciales, en dirección al toro, estalló un general aplauso, y como si esto hubiese sido un acicate para el ímpetu de Ludueña, hundió las doradas espuelas en los flancos de su cabalgadura y, haciéndola dar un formidable salto, lanzóse también hacia la fiera.

Y todo ocurrió en un abrir y cerrar de ojos: Llegaba ya el de Oyanume frente al toro, cuando Ludueña se cruzó con él por frente mismo de la fiera que, sorprendida, giró sobre sí misma siguiendo al torbellino que pasó junto a ella y, rápida, al verlo detenerse como a diez varas en frente, se lanzó como un rayo contra este nuevo enemigo surgido de la nada.

Un solo y ancho grito llenó la Plaza: Nicolás había encabritado su cabalgadura y, haciéndola girar sobre sus patas traseras, esquivó a la bestia y a tiempo que ésta pasa bajo el vientre de su caballo, la detiene con un feroz lanzazo en mitad de la cerviz. La fiera se dobla sobre las patas delanteras y cae de bruces para no levantarse más...

Al asentar de nuevo el caballo las manos en la tierra, levantó el caballero los ojos al tablado del Corregidor para saludar a éste y a las damas, cuando quedóse con la acción en suspenso y su rostro, encendido segundos antes, púsose pálido; su firme mano soltó la heridora lanza...

Habían sus ojos tropezado, inopinadamente, con las agrandadas pupilas, el pecho anhelante y la boca entreabierto de Da. Sol de Guzmán...

Capítulo xxiv

En la penumbra del estrado, donde ardían dos velones solamente, rodeada de sus más fieles servidoras, dejada ya de mano la labor del día y mientras aguardaba la llegada de su marido, que a esa hora estaría jugando a las cartas en la tertulia del Corregidor, Da. Sol de Guzmán, esposa del caballero Villafuerte, meditaba, sin lograr despejar las nieblas que llenaban su alma y que trastornarían, acaso, su misma vida.

Una y otra vez, en interminable continuidad, con intensidad cada vez mayor, y por lo mismo más atormentadora, veníasele a la mente el recuerdo de aquella tarde de toros en que viera, hazañoso, valiente y garrido, a D. Nicolás de Ludueña.

Todos los largos años de su separación –15 eran si ella mal no recordaba– no habían logrado borrar la imagen de aquel gallardo mozo que, una tarde, cruzara el patio de la casona de Ludueña, llevando la capa sobre el hombro y una nueva espada pendiente de tahalí¹... Luego, la separación impuesta por su padre, su estancia en Charcas, su matrimonio por fin y su alejamiento, por tantos años, en el Tucumán de donde ahora volvía...

Pensó haberle olvidado porque su alma siguió en silencio y porque nada le había hablado de él, pero ahora, ahora veía claro dentro de sí y sabía que aquel Nicolás de Ludueña que fuera su amor primero, seguía siendo el único y grande... –se estremeció con espanto–. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Perdón! ¿Y su esposo? ¿Iba a traicionarle? ¡No, Dios, no era posible eso! Pero, ¿y su alma? ¿Y su vida soledosa y sin relieve? –un angustiado suspiro brotó, incontenible, de sus labios; las criadas levantaron la cabeza y la miraron con curiosidad...

1 Según la RAE tahalí es una “tira de cuero, ante, lienzo u otra materia, que cruza desde el hombro derecho por el lado izquierdo hasta la cintura, donde se juntan los dos cabos y se pone la espada”.

—¿Qué tenedes, ama? ¿Os sentides mal? —díjole con cariñoso tono una de ellas, mulata, ya entrada en años, acercándose a la dama.

—No, nada es... Estoy cansada, solamente... Vosotras podéis recogeros pues esta noche no habrá rosario; mi señor non torna, e ya será tarde después... Idos y descansad —dijo Da. Sol, en amable modo.

—¿Non queredes que yo vele con vos, ama? —dijo la mulata.

—Bien está, Rosa, si lo quieres —repuso la dama—, queda acá tú...

Salieron las otras y Rosa vino a sentarse a los pies de su ama. El silencio imperó de nuevo. De pronto, intempestivamente, la dama, escondiendo el rostro entre las manos y doblándose sobre el brazo del sillón en que se hallaba sentada, rompió a llorar desconsoladamente, con el lloro suave y enternecedor de los niños.

—¡Ama! ¡Mi amita! —exclamó, angustiada, Rosa, acercándose a la dama y abrazándose de sus rodillas—, mi ama ¿qué tenedes agora? ¿Por qué llorades, así, mi cielo? —y le acariciaba las rodillas y le besaba los pies con fervorosa adoración—. ¡Mi amita, por amor de Dios!, ¿qué tenedes que os hace mal? ¡Ay, Dios mío! —y la mulata pronto tuvo sus propios ojos arrasados en lágrimas.

Apartó la dama las manos de su rostro y sus bellos ojos, húmedos de llanto, volvieron a ser los de aquella niña que, 15 años atrás, suspiraba de amor en la silenciosa estancia de la casa de Ludueña.

Si fué lindo el capullo, esta rosa ya granada —33 años floridos— era simplemente adorable; así no era raro que, al tornarla a ver ahora, Nicolás hubiese perdido el sosiego y se hallase en duro trance.

—¡Ay, Rosa! ¿Qué he de hacer agora? Dime tú qué haga porque ya non puedo más... Este secreto non me cabe en el pecho y quisiera gritarlo de tanto como me aflige. Acabaré por pensar que es el diablo el que así me combate y diréle el secreto al confesor...

—¡Dios os valga, mi ama, que tal non se os ocurra! ¿Non veis que con ello más se os entrará el daño?

—¿Pero es que acaso puedo vivir yo así? Sabes que tu señor non cura de mí, que en aquesta soledad me duelo sin más oídos que los tuyos para mi queja, que soy en casa, e fuera della, solo la joya que se enseña por vanidad, sin cuidar si ha de despertar la envidia y el deseo en otros... ¡Ay, los días del Tucumán! Pero allí nadie hablaba al oído de mi ánima... Mas agora, Rosa, agora... Téngole delante de los ojos en cada hora del día, y en cada hora véolo también doliente e amortecido, como le vide el día aquel en la Plaza... Triunfador estaba, pero vñe huir casi, sin volverse a mirarme más...

—Pero, alguna vez, véolo cruzar la calle, mi ama, cual si quisiera llegarse acá... ¿Si le hablarades?

—También yo le vi alguna vez... ¿Hablarle? ¿De qué serviría si no de mayor tormento? E a más, días ha que non ha vuelto... ¿Non será todo esto sólo imaginaciones que mi afán procura?

—Decí, mi ama... amita... ¿Queredes, de veras, saber si aún os ama? Yo buscaría medio de saberlo e de que hablásedes con él... —y la mulata, al decir esto, de arrodillada que estaba, se acurrucó a los pies de la dama, abrazándose de ellos y hablando insinuante y cariciosamente, sin mirarla. Nada respondió la dama, que había apoyado la cabeza en el respaldo de su sillón y tenía las manos abandonadas sobre el regazo y la mirada perdida en la semioscuridad de la estancia—. Amita... el señor no os quiere... no os ha querido nunca... se casó con vos porque su padre así lo quiso, porque habíades fortuna e lustre, porque érades joya para lucir —vos lo dixistes—, e vos, amita, tampoco le amades, tampoco...

—¡Calla, Rosa, calla, non sea que te oiga mi alma! ¡Calla, por Dios! —murmuró, casi sin aliento, la infortunada doña. Sol.

—¿Y por qué habedes de vivir así, amita? ¿Acaso non tenedes derecho a la alegría que no se os brinda en esta casa? ¿O pensades que non lo sé, porque callo, cuánta e cuán cruel indiferencia es la que usa con vos el mi señor?

—¡Rosa, por Dios, calla! ¿Quieres mi muerte, dí? —y se alzó violentamente; la mulata se aferró a sus pies con más fuerza aún y dijo levantando ahora el rostro hacia su señora—: Ya callo, amita, ya callo... No es enfadéis conmigo, doña Sol, yo no quise haceros mal...

Oyóse, en este momento, sonar el llamador de la puerta. doña Sol sentóse de nuevo y la mulata se apartó un tanto de su ama, quedándose inmóvil y callada, con las manos juntas en el regazo mientras doña Sol se alisaba los pliegues de la saya y trataba de dar a su talante un aire de serena despreocupación.

Entró, a poco, el señor de Villafuerte. Venía embozado en su capa y llevaba el amplio sombrero calado hasta las cejas. Se detuvo un momento en el umbral y deshizo el embozo.

—Creo que podéis recogeros ya, señora —dijo con una voz sin inflexiones, como de persona que habla más bien por costumbre—. ¿Esperan los criados?

—Pensé, señor, que debieren retirarse pues que tardabais; mandelo así —tampoco esta voz expresaba otra cosa que rutina.

—Bien está. Quedad con Dios —y, girando sobre sus talones, se alejó cerrando la puerta tras sí.

Da. Sol suspiró con suave y resignada melancolía.

—¿Vislo, amita, vislo? Non cura ya de vos e así será vuessa vida, helada y triste como el invierno...

—Si tal es la voluntad de Dios, Rosa, creo que vale más que ya no hablemos del caso... Ea, quitemos estas luces e acompáñame a la alcoba. Quiero mañana al alba marchar a misa en San Francisco; apareja tú que me recuerden la hora y me harás compañía...

—Bien está, mi ama —repuso la mulata poniéndose de pie y encaminándose hacia los candiles, apagando uno y tomando el otro para alumbrar a su ama.

Levantóse la dama con extrema lentitud y comenzó a caminar con paso lleno de cansancio, como si deseara no llegar nunca al sitio donde se dirigía; la mulata, que iba delante, alumbrando el camino, se detuvo de pronto.

—¿Oís, mi ama? —dijo prestando atención a algo que acababa de percibir.

Cruzaban ambas, en ese momento, un largo corredor paralelo a la calle, y hasta él llegaba, cada vez más claro y violento, el rumor de una pendencia.

—¡Favor al Rey! ¡Matalde! ¡Matalde! ¡Favor al Rey e la justicia! —voceaban fuera y el áspero chocar de espadas crecía pareciendo que los combatientes se acercaban más y más hacia la puerta de la casa; los gritos iban en aumento y bien pronto lamentos y ayes de heridos se alzaron agudos y lacerantes...

Las dos mujeres, por un momento detenidas en el corredor, se apresuraron a refugiarse, temblorosas y angustiadas, en la alcoba de la dama.

Da. Sol quedóse trémula en el centro de la estancia, con ambas manos sobre el pecho, para contener los desordenados latidos de su corazón, mientras la mulata, asomada a la puerta, trataba de percibir con claridad la razón del tumulto que se hacía cada vez mayor y cuyo estrépito iba llenando los ámbitos de la casa...

—¡A él, cobardes, follones, a él! ¡Favor al Rey! —gritaban los que, sin duda, eran corchetes en ronda.

—¡Toma, bribón! —se oyó una voz entrecortada a tiempo que un grito de desesperación taladró la noche...

Da. Sol dejóse caer al suelo y se cubrió el rostro con las manos... —aquella voz—, y toda ella se tornó una angustiada interrogación.

Oyóse, de pronto, la voz del señor de Villafuerte que llamaba a sus criados; la mulata, temerosa, cerró la puerta, pero los oídos, aguzados de las mujeres, percibían claramente lo que en la casa ocurría.

—¡Tomad un arcabuz, Lorenzo, y vosotros aprestaos a cargar sobre la ronda tan pronto como se abran las puertas! ¡Tú, Domingo, ponte a mi siniestra! ¡Corred los cerrojos! —y luego de un breve silencio, cuando el estrépito de la lucha anunció que el atacado se defendía ya junto a la misma puerta de la casa, Villafuerte ordenó—: ¡Abrid!

Sintióse abrir la puerta y el estrépito creció; la voz del caballero Villafuerte dominó el tumulto:

—¡Sus, a ellos! ¡Parad, cobardes, parad, que agora non es uno sólo! ¡A ellos, Lorenzo! —retumbó un arcabuzazo, y tras él un grito y el rumor de una desesperada carrera que alejó, calle abajo, a los poco ha, enardecidos corchetes...

La mulata, dejando a su ama que seguía postrada en el suelo —¡quién sería el atacado, Dios santo!— salió de la estancia casi corriendo.

El silencio, que bruscamente sucedió al estrépito anterior, se vio turbado solamente por un cerrar de puertas y ventanas a lo largo de la calle y que se hacía con cuidadosa lentitud...

A la puerta de la casa de Villafuerte hubo rumor de conversación que se prolongó por buen espacio de tiempo, en forma que parecía el señor de la casa porfiar con alguno con amable empeño. Al cabo cesó todo rumor, cerróse la puerta, corriéronse los cerrojos y el silencio reinó, por fin, en la casa y en la calle.

A poco tornó la mulata y se arrodilló junto a su ama; ésta volvió hacia ella de mirar angustiado de sus lindos ojos...

—¡Era él, mi amita, era él... conocíle...!

—¡Dios mío! ¿Estaba herido, acaso?

—No, mi amita... paréceme que no... Porfiaba el señor porque quedase acá esta noche...

—¿Quedóse? —murmuró en un hilo de voz desfalleciente la dama y con infinita angustia...

—No, mi ama, que fué... El señor dióle compañía; con él fueron Lorenzo e Domingo... ¿Véislo, señora ama, véislo?

Da. Sol, presa de encontrados sentimientos, pareció no oír lo que le decían, sino que, ocultando el rostro entre las manos, dejóse caer en los brazos de su vieja criada, quien —húmedos los ojos— la acunó amorosa y mansamente.

Capítulo xxv

—Ya non es vida aquesta mía, don Francisco —quejábase, al anochecer de un día de septiembre de 1625 y mientras cabalgaban, lentamente, por la ancha llanura de Karachipampa, a la vista ya del Cerro que se encendía con las postreras luces de un crepúsculo radiante, D. Nicolás de Ludueña a su compañero, el jefe de vicuñas, D. Francisco de Castillo, deteniendo su caballo para contemplar la mágica figura del Potosí—. Tres largos años ya, desde aquella inolvidable tarde de toros en que tropecé, de nuevo con Da. Sol... Tres años de desesperanza, de luchas interiores, sin poder vencer a mi pasión y sin atreverme a turbar su vida; atado de pies y manos por el malhadado favor que el de Villafuerte me hiciera, aquella noche en que la ronda cerró contra mí cuando pasaba delante su casa; tres años que van pasados desde entonce y desque yo huiera desesperado de la Villa, abandonando mi hacienda e mis cuidados... E agora... Vuelvo, porque mejor quiero morir de ansiedad, que perder la ocasión de vella... Bien sé, mi buen amigo que vos diredes que non rezan conmigo aquestas palabras, más propias de un mozuelo, que de mí, que soy hombre maduro ya... Mas, ¡ay!, don Francisco, amor es ventajero e non se ceba en corazones mozos, sino en aquellos que comienzan a sentir la soledad...

Calló Ludueña y su acompañante nada dijo; Nicolás, con claridad absoluta, cual si viviera de nuevo esos instantes, recordó, en un segundo, la noche aquella en que paseando por la calle de Arquillos, donde se alzaba la casa de Villafuerte, fué atacado por la ronda: Se vió, de nuevo, tirando un feroz manotazo a la linterna que el alguacil que mandaba la partida levantó para reconocerle, echando luego la mano a la espada y abroquelándose con la capa envuelta al brazo, tratando, pegado de espaldas a la pared, de llegar al propio portal de la casa para repararse detrás de las columnas de piedra y reducir así el frente a sus atacantes; recordó el abrirse de la puerta cuando la fatiga empezaba a vencerlo y el salir del caballero Villafuerte y sus criados; el huir de los restantes corchetes; el

empeñoso afán del caballero –a quien conociera poco ha– de que quedase en la casa aquella noche y el alejarse, por fin, cansado y dolorido, con fiebre en el alma, acompañado de los criados que D. Pedro Villafuerte le diera por compañía... Sacudió la cabeza para apartar tales recuerdos y, destocándose dijo, tratando de serenarse:

—¡Ea, pelillos a la mar! ¿E decí, don Francisco, sigue el de Manrique en el gobierno? –y espoleó su cabalgadura para apresurar la marcha.

—¡A Dios gracias que no! –repuso Castillo–, aquesse desgobernante huyóse en octubre del pasado año; agora tiene el gobierno don Bartolomé Astete y Ulloa...

—Pláceme tal nueva, don Francisco... Pienso que ansí ternemos paz agora.

—¡Buena paz os dé Dios, don Nicolás! ¡Buena os la dé Él porque creo yo que acá, en la Villa, no la hayamos nunca...!

—Pero ya los vascos no quedaban muy fuertes al marchar yo e agora que D. Bartolomé gobierna...

—E no son vascos los que mueven guerra, ¡voto a Cristo!, que es un endemoniado bergante que se apellida Castro, a quien llaman Galleguillo que, luego de firmadas las paces e casada la mi hija con don Pedro Oyanume, alzóse con algunos soldados vicuñas e anda por ahí matando e robando, sin que nadie pueda reducirle e por él, anda mi nombre malparado en boca de las gentes, ¡ansí es que vengo determinado a rendille y matalle si non ceja en su empeño...!

—E bien decís, don Francisco, non habrá sosiego en la Villa si non es que Dios la limpie de ambiciosos y soberbios...

Callaron de nuevo ambos caballeros y se sumieron, cada cual en sus propios pensamientos, nada risueños por cierto.

Entretanto, se apagaba el día y hacia el poniente obscurecíanse los antes coloreados nubarrones y se borraban las siluetas de los montes aledaños.

Los dos caballeros avanzaban, ahora, a buen paso hacia la ciudad; en ella entraron ya oscurecido; ambos siguieron juntos por algún tiempo a lo largo de Lusitanos hasta Mercaderes donde se separaron, marchando D. Nicolás hasta su morada, a cuya puerta llamó sin bajarse de su cabalgadura.

No fué muy larga la espera y el postiguillo se abrió, preguntando el de dentro:

—¿Quién llama? –al propio tiempo que trataba de iluminar el rostro del recién llegado; el haz de luz cayó sobre el descubierto rostro

de Ludueña; se oyó alborozado grito—: ¡Ah, señor don Nicolás! —y hubo correr de cerrojos a tiempo que se voceaba—: ¡Antúnez! ¡Bustos! ¡El señor don Nicolás!

Abrióse la puerta y salieron varias personas, una de las cuales tomó del diestro a la cabalgadura y la hizo entrar por el zaguán hasta el patio donde, teniéndole el estribo el viejo Antúnez, desmontó el viajero.

—¡Ay, señor! —exclamó gozoso el viejo servidor, besándole el pie al tenerle el estribo—, bendito sea Dios que lo trajo de vuelta agora... ¡Ya temía no ver más a V.M. en la tierra!

—¿Qué dices, Antúnez? ¿Que acaso iba a abandonaros? ¡Quita allá, amigo, que si me marchó a peregrinar de nuevo, non será aquesta vez sin cargar con tus huesos, bribón, que buena falta me hiciste aquestos años —respondió, afable, Nicolás, poniendo afectuosamente la mano sobre el hombro de su anciano escudero.

—¡Hola! ¡Traed más luces, vive Cristo, que parecéis muertos! ¡Decí a Pero Bustos que acá llega nuesto señor e a Magdalena que bien será le apareje de cenar, de prisa! —ordenaba el buen Antúnez a los sirvientes de la casa—. ¡Corred, ira de Dios, que parecéis muertos...!

—Ten sosiego, Antúnez, que non es menester tanto barullo...

—Non só el Santo Padre, porque así te alborotes... —decíale cariñosamente Nicolás mientras caminaba hacia la alcoba, donde entró seguido del viejo servidor.

—Y es verdad que me alegro de estar otra vez entre estas paredes, Antúnez... el aire de Charcas me dañaba...

—¿Sufrió V.M. enfermedad, señor? —inquirió solícitamente el viejo.

—No, que non fueron males del cuerpo...

—¿Amores?

—Calla, viejo, e non mientes la sogá en casa del ahorcado... Eso no, sinon es que Charcas seméjase a un gran convento e faltan allí las cuchilladas, que si bien matan, también endurecen el cuerpo e dan sabor al vivir... Traigo orinecidos los brazos, amigo —y poniendo afablemente las dos manos sobre los hombros, le dijo sonriente—: ¿Hállaste con deseo de una ronda por la Ollería?

—¡Válame Dios, don Nicolás! —repuso Antúnez con gran risa—. ¡E bien bailarí yo la chacona en casa de la Gallarda...! ¡Así quedarían dueñas a mi alcance...! —y la risa le hacía encorvarse llevándose las manos al vientre; moviendo la cabeza a un lado y al otro, repetía—: ¡Ay, señor, qué ocurrencia le dió! ¡Ay, señor! —Nicolás le miraba sonriente y melancólico, al verle ya tan descaecido cuando, ayer nomás (pensaba) ambos corrían las

calles más jaraneras de la Villa, con el bolso repleto, el gargüero¹ mojado de buen vino, el paso firme y la tizona presta...

Apagóse la risa del viejo, cuando entró Pero Bustos en la alcoba; saludó éste a su amo con gran alegría.

—Bien haya Dios que truxo a V.M. de vuelta, señor —díjole—; bien dolidos estábamos por la su ausencia.

—¿Es que acaso habéis tenido malos días?

—¡Ay, sí señor! —repuso Bustos—, ya oirá V.M. a Antúnez cuán malos fueron...

—¿Es verdad eso, Diego? —dijo Ludueña.

—Bien que es verdad, señor —afirmó Antúnez casi con rudeza.

—Agora me declararás qué fué aquesso —habló Nicolás y, dirigiéndose a Bustos, le envió a decir a Magdalena le aparejase sólo un buen pocillo de chocolate, pues no tenía mayor deseo; que enviase a avisar a Ruy Álvarez de su llegada y se avisase también a D. Pablo Ponce, suplicándole que fuese a verlo al siguiente día, si ello era posible; salióse Pero Bustos y Nicolás volvióse hacia Antúnez:

—Bien, Diego, agora meterme he en la cama e tú me dirás qué es lo que ha ocurrido en este largo tiempo de mi ausencia...

Y el buen Antúnez, mientras ayudaba a desnudarse a su señor, fué recordando pasados sucesos, en la Villa y en la casa, desde el día en que la desesperación puso alas a los pies de su amo, haciéndole huir hacia Dios sabe qué tierras, ya que el viejo no sabía sino que su amo y señor había partido sin decir palabra.

—¡Cómo fueron de largos estos años, señor —decía el viejo—, nadie sabía dónde andaba V.M., ni aún siquiera si vivía...!; Ruy Álvarez miraba por la su hacienda, e acá Pero Bustos y su mujer por la casa, e yo andaba como can perdido, sin hacer otra cosa que limpiar, de cuando en cuando, las sus armas y esperar el su regreso... ¡Non debió V.M. dejarme, señor!

—¿E sabes tú si me estuve quedado en algún sitio?

—Aunque no parase V.M. de andar el mundo, señor, bien sabe que tengo los huesos duros...

—Verdad es ésa, Diego, e agora te digo que me pesó cien veces no haberte a mi lado... Mas todo pasó e aún podemos marchar de picos pardos, ¿eh? Agora dí, Diego, ¿qué es eso de los malos días que pasástedes?

—Pues sepa V.M. que malos vientos soplaron sobre su hacienda, que en poco estuvo no se perdiera toda, si non es que ese maldecido Manrique dexa el gobierno...

1 Afirma la RAE que gargüero significa “parte superior de la tráquea”.

—Cuenta a priesa, Diego, qué fué aquello —urgió Nicolás, vivamente, enderezando el busto, cubierto por fina camisa de Holanda.

—Es el caso, señor, que a pocos días que V.M. partióse —sería un mes acaso—, llegáronse ministriles a la casa para demandar la presencia de V.M. ante los Veedores del Cerro, que habría de responder —decían— de ciertas acusaciones que a V.M. hicieron; dixímosles que V.M. estaba ausente e que ñoráramos^[2] dónde se hallaba; fuéronse de mal grado, pero dieron en vigilar la casa e la calle pensando, sin duda, que V.M. se escondía en ella.

No mucho después llegó orden del Alcalde Mayor, que si no V.M. fuese a responder por ella, quien gobernase la hacienda e Ruy Álvarez hubo de comparecer; casi por el mismo momento llegó un emisario de Forzados para decir, por el Téllez, que los Berasátegui andaban buscando los medios de robar a V.M. el acceso a la Descubridora e se hubo de librar batalla dentro de las labores, porque los menguados aparecieron a deshora por un cruce-ro que nenguno de los nuessos conocía y que de ganarnos el paso perdido hubiésemos mucho más de doscientas varas de galerías, quedando cortados de la vena... Mas, quiso Dios que cerca anduviesen barreneros que oyeron los golpes ya muy cercanos; avisóse al Téllez; sospeché éste la verdad y allá fué con todos sus hombres y estuvo quedo y en silencio hasta que cayó la última piedra que cerraba el paso a los Berasátegui... Apenas uno de aquessos puso el pie en la nuessa galería, desnucáronle de un golpe e arremetieron todos contra los intrusos... ¡E V.M. imaginará el resto...! ¡Allá fué Troya, mi amo! Por meses non nos dexaron vagar alguno; muchas noches el buen Ruy Álvarez durmió en prisiones... Por fin, Álvarez abrió los ojos e dió en untar las manos de corchetes y ministriles primero, de oficiales después e diz que las del mesmo Manrique luego, conque todo vino a quedar en calma...

Buenos doblones costó el aquietallos pero salváronse las minas y el “Ingenio” —que allí también llegaron los bribones queriendo saber qué modos usa V.M. de beneficio, pues que el Martín Berasátegui diz que ha noticias, por un nuesso trabajador, de algo que él non sabe e que desespera saber... Mas, digo a V.M., el unto que Álvarez usara dió perfecto resultado... Agora hablará V.M. con él, que le dará mayores noticias que yo...

—¡Válame Dios, que aquessos demonios non paran en su empeño de tenderme lazos! Empero, para ellos tengo yo aparejados agora otros que yo bien me sé... —y Nicolás se arrebujo con las cobijas de su lecho.

—¿Non supo V.M., señor, lo acaecido en marzo del pasado año? —preguntó con nuevo tono, el viejo Antúnez.

[2] Ñoráramos: Ignoráramos.

—¿En marzo del pasado año? No, pues que andaba por Tucumán entonces, ¿qué fué ello?

—Fué el caso que a cosa de las cinco de la tarde, si non recuerdo mal, del 17 de aqueste mes, tuvimos grandísimo alboroto...

—¿Otra vez los vascos?

—¡Ah, no, señor! Aquessa vez fueron las lagunas. Rompióse la de San Sebastián y entróse el agua en la Villa corriendo por la Ribera, destruyendo gran parte de las casas de los naturales por las faldas del Cerro. Cerca de doscientos dellos diz que fueron muertos.

—Gran desgracia fué, sin duda, Diego—dijo casi dormido ya Ludueña—, pero dejemos la plática, ya que me siento cansado en demasía. Quita la luz y vete.

—Pero, señor, no habéis tomado aún el chocolate... ¡Voto va! ¿Es que se han dormido ahí que no os sirven? Agora voy yo mismo.

—Déjalo ya, Diego, déjalo... non curo dello e más me place dormir... Quita la luz e vete, como te he dicho... Mañana llamaré en cuanto despierte... Que Dios te ampare... —y hundiendo la cabeza en las cobijas dióse al sueño.

Antúnez retiró la luz, cerró la puerta con tiento y se alejó de la estancia.

Varios días después, hallábanse en casa de Ludueña, platicando de sobre mesa, D. Francisco Castillo, D. Pablo Ponce de León, D. Luis de Valdivielso y el señor de la casa.

La cena había sido abundante y copiosos los vinos; hallábanse ocupados los huéspedes en jugar a los dados, jugábanse a la veintiuna³ y el azar se distraía enredando el juego y enardeciendo los ánimos.

—¡Catá vos, don Francisco, aquesta endemoniada suerte! —dijo Valdivielso dando con el puño en la mesa—. Volvióse a la vez en contra mía... ¡Voy tres doblones en contra vuessa Ludueña!

—Non juguedes contra él que es como dar con una roca —dijo riendo Ponce—. ¿Non sabedes el adagio?

—¡Calla, demonio! Que non oya más tus burlas —exclamo Ludueña—. ¡Vé al envite también tú sinon temes quedarte sin blanca!

—¡Van otros tres doblones! —dijo Castillo.

—¡Envido diez sobre ellos!, ¿quién los acepta? —galleó Nicolás.

—¡Gran valentía haces, por mi fe, galán! Pararélos yo —aceptó Ponce.

3 Afirma la RAE que veintiuna es un "juego de naipes, o de dados, en que gana quien hace 21 puntos o se acerca más sin superarlos".

—¡Ahí van! —y Nicolás echó los dados.

—¡Tres! ¡Seis! ¡Cuatro! ¡Dos! ¡As! ¡Diez y seis! ¡Agora perdiste, Nicolás!

—¡Envido diez doblones más!

—¿Quién juega ahora los dados? —preguntó Castillo.

—Yo —dijo Valdivielso— pagaré los nuevos diez —agitó el cubilete—. ¡Suelto van!

—¡Cuatro! ¡Dos! ¡Dos! ¡Cinco! ¡Dos! ¡Quince!

—¡Lléveme el diablo!

—Cuidad que no os oya, don Luis, que harto querrá daros gusto —exclamó riendo Castillo.

—Yo os lo canté Valdivielso —dijo Ponce—. “Quien dineros gana...”.

—¡Amores gana también! ¡Voto a Cristo, que non os saldrá cierto el adagio! —gritó Ludueña. Y alzando en alto el jarro, brindó:

—¡Amigos, por doña Sol de Guzmán!

—Erraste el nombre, Ludueña —arguyó Castillo.

—Para mí, non es sino Guzmán.

—¡Quitálde el Villafuerte!

—¡A ello estoy!

—Aquesso non es tirar de dados...

—¡Lo será de espadas!

—¿La ocasión?

—Buscaréla “aína”...

—¿El motivo?

—¡Voto al diablo! De los dos sobra el uno e non seré yo quien huya agora. Retarlo he do lo tope.

—¡Catá que le debéis favor!

—¡Por vida, callad, demonio! —gritó ya fuera de sí el enardecido Ludueña arrojando con furia su jarro contra el suelo. Como movidos por un resorte, pusiéronse de pie los otros tres...

Ludueña se desplomó sobre su sillón y hundió la cabeza entre sus crispadas manos...

Capítulo xxvi

Pálido, con palidez de cera, magro el rostro, febriles los ojos, enjuto el cuerpo vestido de negra ropilla y cubierto por larga capa, sin armas, aliños ni galas, salía D. Nicolás de Ludueña, en la tarde de un sábado de marzo de 1626, de la celda del Superior de los Jesuitas.

Largas horas había pasado el caballero junto al sacerdote, a cuyos pies arrastró su angustia y en cuyos oídos volcó toda la amargura que acibaraba¹ su vida.

Preso del terror de lo desconocido, Nicolás que, luego de su regreso a la Villa, habíase empeñado en la conquista de la esposa de Villafuerte, buscando para ello ayuda de hechiceros a quienes acudió frenético, vió, por fin, derrumbarse su fortaleza, sintiéndose vencido por la desesperanza y el aposentarse en su alma el demonio de los remordimientos...

La imagen del de Carma muerto, para él, tan misteriosamente, y la de tantos otros caídos por su espada, a la que aquellos signos extraños dotaron de sobrehumano poder, acudían a su recuerdo para robarle la calma y el reposo...

Habíale el Superior de la Compañía hablado con blanda y persuasiva voz, mostrándole sus yerros y, abriéndole las puertas del más inviolable de los refugios, la Religión.

Y así salía ahora el otrora arrogante caballero, valiente, audaz y temerario, terror de espadachines, perdido para el mundo y ganado para el cielo.

Allá, en la celda del jesuita, quedaban, para siempre, su espada, su daga y su pasado, vale decir: su misma vida.

Había ya tomado su irrevocable decisión. Dejaría el mundo y, envuelto en el tosco sayal de los monjes sanjuandedianos, rescataría su alma, por la misericordia, de entre las garras del demonio.

1 Sostiene la RAE que acibaraba significa “turbar el ánimo con algún pesar o desazón”.

El Padre Superior, sagaz y cuidadoso, ordenóle que dejase transcurrir una semana antes de dar el paso definitivo y, por ello, el vencido caballero salía aquella tarde, camino de su morada, con sólo el magro cuerpo en la tierra porque el alma hallábase ya en el infinito.

Cuando las gentes de su casa le vieron llegar, comprendieron que algo muy grave había acontecido. El Nicolás de Ludueña que trasponía el umbral de la casa no era el mismo que saliera aquella mañana: aquél, aunque atormentado y esquivo desde hacía muchos meses atrás, tenía aún fuego en los ojos y escondido ímpetu en los ademanes, pero éste, que acaba de llegar, era un ser que había perdido su alma... Y se diría que hasta su caballo, como de costumbre ensillado y atado de un arrendadero del patio, sintió de ello extrañeza, pues relinchó con áspero relincho.

Nicolás penetró en su alcoba sin hablar con nadie, ni aún con el viejo Antúnez que se quedó al paso, suspenso, azorado y, postrándose al pie del Cristo que presidía su habitación, quedóse sumido en hondas cavilaciones.

Antúnez, como viera a su amo en tal guisa de ánimo, volvióse sobre sus pasos, sin atreverse a seguirle, como era su costumbre, y fué dentro; mas su ausencia duró poco tiempo y se vió al viejo andar como desorientado, sin osar llegarse a la puerta de la alcoba de Nicolás, ni abandonar tampoco sus inmediaciones; por fin, como un can sumiso, tomó un escabel y se sentó a la puerta.

Poco a poco la oscuridad ganaba la tierra y, cuando las campanas de las iglesias de la Villa tañían el Ángelus, abrióse la puerta de la alcoba y la voz del caballero llamó:

—¿Diego?

—¡Señor! Acá estoy —contestó Antúnez levantándose y precipitándose hacia su amo.

—¿Quieres traerme candela?

—Voy en seguida, mi amo —y se hundió en la lobreguez de la casa, mientras tornaba a cerrarse la puerta de la alcoba.

A poco, Antúnez, portando un velón de tres luces, regresó y entró en la habitación.

—Acá tiene luz V.M. —dijo.

—Déjala ahí sobre esa mesilla y acércame aquel cofrecillo que está al pie del Cristo, y tráeme luego un pliego de papel y una péñola² que he de escribir unas letras que habrás de mandar de inmediato a don Pablo Ponce.

2 Afirma la RAE que péñola significa “pluma de ave para escribir”.

Y a poco el desdichado caballero escribía así:

“Pablo: Ruégote, con el alma, que mañana, luego de que hubieses oído misa, vengas a verme; que si siempre fué tu pecho mi descanso y tu brazo mi apoyo, agora me eres más necesario aún e quiero tenerte cerca... Ven. Te lo torno a pedir de todas veras. Nicolás”.

Una suave y melancólica sonrisa plegó los labios del caballero al releer lo escrito... El animoso y batallador D. Nicolás de Ludueña era ya cosa del recuerdo...

—Diego, toma esto y envíalo al señor de Ponce; luego puedes retirarte... Si te place, acompáñarme has a misa del alba a San Francisco...

—Está bien, señor... Que Dios y la Virgen Nuestra Señora le defiendan, e hasta mañana... —repuso Diego con acongojado tono.

—Que ellos te oigan, a mí ampáren, e a tí bendigan, Diego. Buenas noches.

Salió el viejo escudero cerrando la puerta cuidadosamente mientras su amo permanecía sentado en su sillón, delante de la mesa, con la mano abandonada sobre el cofrecillo de sándalo y plata que tenía delante y la mirada perdida en un oscuro rincón del aposento. Su rostro tenía de nuevo aquella expresión de desaliento y de íntima angustia con la que saliera del convento de los jesuitas, mas no era, en modo alguno, hierática y tensa, sino cambiante como si su soledad y la calma nocturna, al rodearle solamente de sus pensamientos, le libertase del yugo de su ansiedad por esconder su yo a la vista incomprendida de sus semejantes. Y era tan pronto risueña como adusta; calma como preocupada, indecisa como resuelta... Tendió la mano hacia el velón y lo acercó más, aproximó luego el cofrecillo y lo abrió con temblorosa mano.

Magro era el tesoro. Aparecieron, sobre el acolchado de seda azul, unas cuantas joyas: cadenas, camafeos y broches, una miniatura rodeada de bellissimo marco de filigrana de plata, un bucle de fina y renegrida cabellera y un favor de cinta rosa; tal vez los vestigios de una flor deshojada y seca; pero el caballero palideció y sus ojos se humedecieron. Tomó la miniatura, la besó fervorosamente y la miró largo rato muy cerca de la luz.

—¡Ay, madre!, ¿por qué no fuiste en mi defensa cuando fué tiempo...? Alcázame agora el favor del cielo porque no desespere y llegue a tu vera, madre... —murmuró con infinita desolación y, con ayuda de un fino estilete de acero que tomó de un bargueño cercano, fué deshaciendo el marco hasta reducirlo al solo aro de plata que rodeaba el trocito de caoba donde estaba pintada la miniatura, y la colgó de una finísima cadena de oro que luego se echó al cuello.

Temblando, hasta casi serle imposible usar de sus manos, tomó el favor y el renegrido bucle; pareció por un momento que iría también a besarlos, pero dominó su impulso y acercó primero el bucle y luego el favor a la llama del velón que consumió rápidamente ambas cosas.

Un áspero olor llenó la estancia y el caballero cayó de rodillas al pie del sangrante Cristo, que imponía su dolor en aquella alcoba...



Era ya pasada la una del día siguiente, domingo 15 de marzo, cuando el caballero, vestido de la misma guisa que antes, pero más pálido y sombrío, se sentaba frente por frente a su amigo, Dn. Pablo Ponce de León.

—Queda aún un poco más, Pablo —decía Nicolás—, vé que en este desquiciarse de mis días he necesidad de ti, como nunca... Y es como verme al cabo de la vida agora; viénenseme en tropel los recuerdos de toda ella y teniéndote al lado veo aún a mi madre, a mi tío, e a Sol... Queda un poco más aún, hermano, que en pocos días pasados habré de estrechar tu mano por última vez...

—Quedaríame gustoso, Nicolás, pero... duéleme, sin que pueda remediarlo, el que cierras los oídos a mis palabras... Nunca lo hiciste antes... Mas, agora, Nicolás, que te encierras en ti de tal suerte que la mi razón no te mueve, pienso que vale más que te deje porque duéleme el alma, repito, de verte así, tan agobiado y perdido, que non diría yo que eres el mismo Ludueña de otros días...

—Y es ésa la verdad, Nicolás Pablo, non lo soy... Pero, extrañamente, non lo soy porque busqué serlo... Non hubiese sido fiel a la palabra empeñada por mi tío, que Dios tenga en su gloria, hubiera yo ganado a Sol y con ella la vida. Agora —hubo un sarcástico tono en su voz— tengo mi nombre limpio e conmigo se perderá...

—Véote agora, empero —repuso Ponce—, empañando tu linaje... ¿Has tú, por un acaso, perdido tu vida? ¿No hay en la Villa tantas doncellas que viéranse honradas con que tú elijas una por esposa? ¿No tienes dineros bastantes para marcharte a Lima o a Nueva Granada o a España mesma, do busques alivio a tu daño, e luego trayas^[3] esposa que te dé perpetuadores de tu nombre? ¿Tan presto acabóse tu voluntad que ansí te doblas? ¡No, no!, ¡por vida! Jamás pensé verte caído...

—E ya non hay remedio, Pablo... Vale más para mí agora dexar el mundo e ganar el cielo que ya tengo perdido. ¿Recuerdas al de Carma? Matéle yo, ¿quién sino?, e por ello su espíritu me atormenta e quiéreme

[3] Trayas: Traigas.

arrastrar a los Infiernos... Porque murióse súbitamente e murió inconfesado e así –iba exaltándose por grados en su místico fervor–, ¿quieres que non cuide de mi alma? ¡Bien herido estoy por la mano de Dios! Pequé e debo humillarme hasta la muerte, Pablo... Cubriré mi cuerpo de sayal e bendeciré, de hoy en más, los dolores que me aflijan...

E tú darás, como te tengo pedido, todo cuanto tengo a Diego Antúnez e a Pero Bustos, porque vivan en tranquilidad hasta su muerte, e aquello que sobrase de la venta de minas, “Ingenio” y casona, daráslo en mandas por mi salvación al Superior de la Compañía, así Dios habrá piedad de mi alma e yo ganaré el cielo...

—Mas, repara, Nicolás, en que aquessa vida que buscas es vida apagada, que non es vida para quien, como tú, gustó del azar, de la comodidad e de gallardía...

—Mayor será la gloria de Dios por aquesso que, si es verdad, será para mí solamente un renunciamiento a algo que ya non es nada en mi alma... Véolo claro, agora; abríome Dios los ojos a la luz verdadera, mostróme lo que de falso hay en la ambición e la soberbia, dióme nuevo aliento para seguir la senda del verdadero cristiano vivir que a la salvación conduce, e ¿quieres que yo perezca? —concluyó Ludueña con tan mansa voz que su amigo no respondió palabra.

Se hizo un silencio entre ambos; al cabo Ponce se puso de pie y, mientras buscaba sombrero, tahalí y capa, murmuró:

—¡Que Dios sea contigo, Nicolás! Cumpliré tu mandato, mas piensa siempre que en mí, y en la mi casa, tienes apoyo cuando tú lo pidas... E así queda aquesto. Voyme agora –y tendió la mano a su amigo.

Empero la acción quedóse suspensa.

Súbitamente, en el silencio de la casona, alzóse un inusitado alboroto: correr de personas, gritos agudos, golpear de puertas y vióse abierta, repentinamente, la de la habitación donde se hallaban ambos amigos, y la faz demudada de Diego Antúnez que cayó de rodillas en el umbral, gritando:

—¡Las lagunas! ¡Las lagunas!

Púsose de pie Ludueña, y Pablo Ponce saltó hacia el anciano...

—¿Qué dices, Diego?

—¡Las lagunas!, señor, diz que han reventado otra vez.

—¡Santo Cielo! ¿Quién lo dijo?

—¡Oíd, Señor! ¡Misericordia!

A este punto llegaron dando alaridos Pero Bustos y su mujer que, echándose a los pies de Ludueña, clamaban misericordia.

Ya el aire todo era un estrépito. Llegaban hasta allí los gritos de las gentes y el eco de su alborotado correr; percibíase el galopar de sueltas bestias y por sobre todo el alocado tañer de las campanas de la Villa...

Pablo Ponce, sin decir palabra, lanzóse fuera de la habitación y echó a correr hacia la calle; Nicolás, inmóvil en medio de los aulladores criados, pensó un punto en la liberadora muerte, mas de pronto, con lacerante claridad, representósele la calle de Arquillos, la casa de Villafuerte y luego Sol...

—¡Ira de Dios! ¡Alzaos, alzaos! ¡Antúnez, mi caballo! ¡Por el cielo, Antúnez, mi caballo!

El viejo escudero, galvanizado por la voz de su amo —aquella voz que había recuperado su ímpetu y su coraje—, se alzó del suelo y salió tropicando.

Momentos después, atropellando por todo, en cuerpo y destocado, taloneando enloquecido a su corcel, lanzábase a la calle D. Nicolás de Ludueña.

Ya en ella la bestia se encabritó en la calzada por la que corría un agua lodosa que bajaba ruidosamente, aterrorizando a los vecinos que huían, víctimas del horror, corriendo despavoridas en dirección de la Parroquia del Ttio,⁴ mientras luchando desesperadamente contra este humano turbión, otras muchas gentes, a las que la tragedia sorprendiera lejos de sus casas, pugnaban por llegar a ellas en busca de sus familiares o sus bienes.

Nicolás, frenético, taloneaba furiosamente al bruto que, por fin, atropelló contra el gentío y se lanzó como una tromba calle arriba, hacia la de Arquillos la cual, por hallarse sobre la cuenca ribereña era, sin duda, la más afectada por el cataclismo.

Cuando llegó a la calle de la Plata, el caudal de agua que por ella bajaba era imponente y cortaba el paso a los menos audaces o más atemorizados que se apiñaban a su borde gritando, como poseídos, y una cuadra más allá, la de Arquillos, era un verdadero torrente, rugiente y destructor que, arrastrando los despojos de “Ingenios” y de casas arrasadas en los linderos de la Villa, se precipitaba por la calle abajo, hundiendo puertas, dislocando pilastras, derrumbando muros y siendo espantable valladar para cientos de personas apresadas entre ésta y la de Espaderos, que servían de cauce al despeñado caudal de la rota laguna.

El ulular de la gente, el ruido del agua y el fracaso de las viviendas asordaban el espacio y crispaban los nervios hasta la locura; muchos

4 Se refiere a la parroquia de indios de San Roque del Ttio, ubicada al norte de la Villa. *Ttio* Proviene de quechua *t'iyut'iyu* que significa “arenal”.

hombres lanzábanse horrorizados a cruzar el devastador aluvión y eran tragados por él, perdiéndose entre las rojizas espumas para reaparecer más abajo confundidos con los despojos del desastre.

Y aquello era el caos; la furia del agua constreñida por las casas había convertido la calle angosta y retorcida en un zanjón en el que el torrente azotaba con incontrastable furia las paredes de las casas hechas de adobe o de simples tapias que, al choque de las vigas, “almadanetas” sueltas, ejes, ruedas, hornallas, “fondos”, caperuzas y crisoles, se desquiciaban y arruinaban en un santiamén, sin que las gentes, atrapadas dentro, lograsen salir de ellas; veíanse grupos de personas subidas a los pajados techos o a uno que otro balcón saledizo, o a una que otra reja volada, clamando con voces ya enronquecidas, o dejándose caer en la furiosa corriente que los arrastraba en su rodar obsesionante...

Ludueña atropelló con su caballo al aullador gentío apiñado en la orilla norte de la calle, hasta llegar al borde mismo del desatado torrente; sus ávidos y desesperados ojos prendieron del caserón esquinero, del otro lado de la calle, en cuyo saledizo balcón había dos enloquecidas mujeres: una era Rosa, la mulata; la otra, Da. Sol de Villafuerte...

—¡Sol! —gritó con poderoso grito el de Ludueña y, en un segundo, midió con la vista la distancia que de ellas lo separaba, atisbó un como islote de tierra y despojos que, cerca de la casa y frente a la puerta, se mantenía firme resistiendo el ímpetu de las aguas; calculó que allí lograría alcanzar a las mujeres —¡a ella!—, sacarlas a la grupa de su jadeante corcel y ponerlas a salvo; entonces, aguijando frenético a su fogosa y enardecida cabalgadura, la lanzó, desesperado, al rugidor torrente gritando:

—¡Sol! ¡Voy a ti!

Por un momento, el brioso animal pareció dominar la furia del desatado elemento, pero luego se le vió alzar la cabeza y las patas, agitarlas convulsivamente en el aire, en estéril esfuerzo, caer de nuevo y hundirse, para siempre, en el zanjón...

—¡Nicolás! ¡Sálvale, Virgen Santa, sálvale! —clamó, con sobrehumana voz, doña Sol, aferrándose a las talladas columnillas de su balcón para desplomarse, después, como masa inerte sobre el piso, mientras Rosa, la mulata, aullaba como bestia herida y la casa se sacudía y desmoronaba bajo los tremendos embates del agua que, vencido ya el débil obstáculo que la defendiera por breves momentos, la asaltaba con renovada furia e irresistible poder...

Glosario de voces desusadas

A	
Aína	Fácilmente.
Almadaneta	Batanes para moler minerales, los cuales eran movidos por ruedas de agua y contruidos en madera y bronce.
Almojatre	Sal de amoníaco.
Amauta	Sabio y sacerdote entre los antiguos incas.
Apire	Minero que se preocupaba del acarreo de minerales dentro y fuera de la mina. Proviene del keswa <i>apay</i> , que significa “llevar”.
Azogüero	Miembro del gremio de los azogüeros, entidad encargada de la venta y del control del azogüe para el beneficio de la plata.
B	
Bajas	Acarreo de minerales del cerro de los ingenios. Se lo hacía en cierto número de sacos y a lomo de llamas.
Barreno	Perforación hecha en la roca. También era el instrumento de hierro, cobre o bronce con que se realizaba esa labor.
Bolarménico	Tierra arcillosa de propiedades astringentes.
Botas	Zurrones de cuero crudo con que los hombres transportaban los minerales.
Brosiris	Hombres que rompían a mano los trozos de mineral que, por su tamaño, no podían ser llevados a las máquinas.
C	
Canchamina	Explanada delante de la entrada de las minas.

Caja	Roca estéril que acompaña a los minerales útiles.
Carga	Ganga o caja que se deja caer en ciertas labores para cerrarla al tránsito.
Carozo	Mineral extremadamente duro.
Corrida	Galería en trabajo de avance.
Cajón	Medida de capacidad equivalente a 20 quintales españoles.
Colación	Confites o dulcecillos.
Copagira	Sulfatos cristalizados de hierro y cobre. Agua que contiene estas sustancias en solución.
Crucero	Lugar donde se cruzan dos o más galerías.
Chicha	Licor fermentado de maíz.
Chiles	Galerías angostas e inclinadas que servían de comunicación entre los socavones, generalmente en la parte final y más avanzada de las labores.
Chocorusca	Del keswa <i>chajrury</i> , que significa “mezclar”. Mineral de hierro que se ponía al de la plata para ayudar al azogado.
Chucuito	Provincia india oriental. En la actualidad es la provincia de Chiquitos, perteneciente al departamento de Santa Cruz de la Sierra.
F	
Fielatura	En los ingenios era la oficina de control de pesos de plata y azogue.
Fondos	Pailas de cobre y de grandes dimensiones que se usaron para el beneficio de la plata.
Frontón	Tope de las galerías.
H	
Harina	Mineral pulverizado, listo para el beneficio.
Huaira	Cañón de ventilación en las minas.
I	
Ingenio	Establecimiento donde se benefician los minerales.
L	
Laborero	Capataz encargado de dirigir los trabajos en la mina.
Lenguaraz	Intérprete.
Lemmia	Cierta tierra arcillosa a la que se atribuía propiedades esenciales.

M	
Machacado	Plata en su estado nativo.
Margarites	Piritas (sulfuros de hierro y de cobre).
Mechero	Recipiente de cobre que contenía sebo y torcida, y que servía para alumbrarse al interior de la mina.
Millo	Alumbre.
Mingado	Del keswa <i>minka</i> , que significa “ayuda”. De igual manera hace referencia a los indios que se alquilaban para redimir sus deudas.
Misto	Mezcla.
Mitayo / mita	Indio obligado al trabajo de las minas e ingenios. También era el tiempo que duraba una jornada de trabajo.
N	
Negrillos	Mineral pulverulento (sulfuros de plata).
O	
Omasuyos	Tribu indígena aymara.
P	
Pacos	Del keswa <i>ppako</i> , que significa “rubio”. También hace referencia a los óxidos de estaño y plata de color rojizo.
Palla / palliri / palladores	Del keswa <i>pallay</i> , que significa “escoger”. Voz equivalente a turno o mita. Eran, igualmente, quienes realizaban el trabajo de escoger el mineral útil de la ganga.
Patio	Sitio plano y enlozado de los ingenios donde se pisaba el mineral con azogue para su beneficio.
Piña	Plata desazogada por la acción del calor.
Pique	Galería casi vertical de comunicación o avance.
Polvorilla	Sulfuros de plata en estado pulverulento más fino que los “negrillos”.
Q	
Quimbalete	Máquina de triturar minerales que consistía en una piedra semicónica de redondeada base, la cual, movida a brazo, en balanceo y mediante dos palos atravesados en su parte superior sobre otra piedra plana llamada solera, pulverizaba los minerales.

R	
Repartimiento	Entrega de indios de mita a los mineros.
Rosicler	Sulfuros de plata de alta ley.
S	
Socavón	Galerías horizontales y más amplias.
Soroche	Del keswa <i>suruy</i> , que significa “chorrear” (cloruro de plata beneficiado por fundición). También puede entenderse como el mal de montaña o el mal de altura.
T	
Tacana	De keswa <i>tacay</i> , que significa “golpear” (cloruro de plata muy compacto).
Tomaave	Fuerte y muy frío viento que sopla de suroeste.
Y	
Yareta	Cierta planta usada como combustible.

Voces y expresiones keswas

A	
Amauta	Sabio entre los antiguos incas. Cuando ejercían el sacerdocio eran llamados <i>wuillac-umu</i> .
Apu, kjuyarihuaicu	Frase en keswa que puede traducirse como “Señor, ten compasión de nosotros”.
C	
Coya	Mujer noble.
H	
Huañuchiichej	“Matadlos”.
Huiracochas	Hombres blancos.
I	
Inti kallarim	“Ha salido el sol”.
K	
Kcarkoychej	Frase en keswa que puede ser traducida como “echadlos, arrojados afuera”.
Koychej	“Golpeadlos”.
M	
Mosoj-nina	Frase en keswa que significa “fuego nuevo”. Era la fiesta del equinoccio de marzo en la que se obtenía el fuego sagrado.
S	
Sumac Apu Ichatacpis ñahuiniiqui phiña phiñata kahuahuasaycu	Frase en keswa que puede ser traducida como “Alto Señor, tal vez tus ojos nos miran irritados”.

Sumaj Apu, Inti, kespichihuaicu	Frase en keswa que puede ser traducida como “Sol, Magnífico Señor, perdónanos”.
Supay churisnin	“Hijos del demonio”.
T	
Tutuma	Vaso o vasija para beber.

Anexos

LA MONTAÑA

POTOSÍ, 13 DE ABRIL
Director: J. Enrique Viaña.

1924

AÑO I.—NÚM. II.
Admor: Samuel Sivillá.

REVISTA SEMANAL DE CIENCIAS, ARTES Y ACTUALIDADES

Talleres: Imprenta "ARTÍSTICA", Calle Suero No. 42

SUMARIO

20 cts.

Con mi nuevo traje, por J. E. Viaña.—Divertimientos filológicos, por A. Saavedra Nogales.—Evitemos la delación, por N. Raúl Gómez.—Ojos Verdes, por Salvador Díaz Mirón.—El destierro de Unamuno, por Azorín.—Medicina e higiene, por C. López Rodrigo.—Los silbidos de un vago por Juan de Alzate.—La Lámpara de Aladino.—Muertos, Heridos y Contusos.—Cine y Notas sociales.—Anecdotario boliviano. Etc.

20 cts.

CON MI NUEVO TRAJE

Como lo cuento, lector; después de contemplar un momento, entre risueño y mohino, el traje en que había de enfundarme, lo coji, lo volví de un lado al otro, lo examiné, lo palpé y me lo puse, como quien se echa de cabeza al agua. ¡Zas!

Enfundado en él, me creí otro: ¡caramba! Y alguna vez había sonado con usarlo...

Y sin embargo, quedaba el rabo por desollar; debía, quieras que no, enfrentarme a mi mismo, digo mal, debía enfrentarme a un espejo de cuerpo entero, al que raramente me llegaba.

Y como me hube acercado, el señor espejo, dejó oír una tosecilla impertinente que me puso carne de gallina; después:—Yá, yá y su voz estaba acorde con su tosecita,—primero, y para que pueda juzgar sin error, vas a ponerte al frente mío, los talones juntos, los pies, formando ángulo recto, el busto erguido, la cabeza enhiesta, los brazos rígidos y a lo largo del cuerpo. Así.

¡Ajá! Conque, ¿te has endosado la blusita directorial? ¡Huy! ¡Hijo, qué feo estás!

¡Valiente figura! Trabajo me cuestan encontrarte en medio de tanta tela como llevas encima: nada, que no veo sino una blusa, y allí, arriba, casi junto al borde del cuello, dos lucecitas que deben resultar del brillo de tus lentes.... ¡Pobre hijo mío, estas blusificado!

¡Hombre! Espera, no seas violento!— y dijo así, porque yo ampecado de veras, hice ademán de quitarme la prenda, que, a mí, francamente me parecía chica.—¡Espera, ya termino!

—El difunto, y sinó él, el que debía llevar ese traje, era más grueso, más alto, más fuerte que tú. Yá, como que és tarea la que

trae encima el derecho de llevar esa blusa, de la que acaso te has ufando.

Esa blusa, es un traje que exige de quien la lleva, algo más que tener unos brazos, unas piernas, un estómago y uno a modo de cabeza, como que ha de andar a testarazos con redactores, prensistas, cajistas, pruebas, galeras, tipos y demás zarandajas, amén de llevar suspendida sobre su cabeza la eterna espada de Damocles, de cuyo golpe, no sería parte a librarlo, ni la misma Minerva; y has de saber también, el que lleva esa blusa, debe antes que nada, tener fuerza y entereza suficiente para acallar a los que ladren, amordazar a los que amenacen, aplastar a los soberbios y saber, en su oportunidad, levantar del lodo a los que caigan....

¿Ves? ¡A ver si no tengo razón! al bur-larme de tu empaque!

Y sin embargo, he visto mientras hablaba, pintándote de brocha gorda los inconvenientes que apareja consigo el uso de la tan mentada prenda, no sé que extraños fulgores en tus ojos. Allá tú, yo te dicho la verdad: Esa blusa está demasiado grande para tí; a cierta distancia, vas a parecer una percha de la que cuelga aquella, hasta que llegue el que deba usarla con más brío....

—Y hasta aquí llegó el espejo en su perorata; pues que yo, atento a mi despacho y, seamos francos, a mi vanidad resentida, que a mis formidables terrores supersticiosos, pegué al susodicho espejo, un violento puntapié; y aquél, sin mayor espera, se vino al suelo, en mil pedazos...

Y he aquí, lector amabilísimo, por qué me pascó a tú vera luciendo mi blusa de trabajo.

JOSÉ ENRIQUE VIAÑA.



Anexo II²

[POEMAS]

LOANZA A JOHAN ROIZ EL ARCIPRESTE

Jocundo Johan Roiz, Arcipreste amador,
ca toda buena obra trae en el galardón,
omide ioglarcillo quero fer mi canción
loando el tu pequenno libro de *Buen Amor*.

Las maestrías del diablo quisiste castigar,
Porque los omes quieran tan solo a Dios amar,
que por amor del mundo habemos de pecar
è el diablo es bien mañoso por y nos arrastrar.

“En pequenna girgonza yace grant resplandor”
dixiste en el tu libro de todos el mayor,
así yo bien quisiera decir este loor
del tu libro, pequenno, pero de grant sabor.

Sabor de tierra fresca, cencida e bien guardada,
sabor de fembra bella, donosa e bien amada,
de quien so las estrellas, non hay cosa soñada
Que non quiera tener, nin le sea deseada.

Este sabor quería mi ánima gustar
et por ende era mi empeño, non lo quiero negar,
buscar aína maestro de quien me conhortar,

2 Los poemas “Loanza a Johan Ruiz, al arcipreste”, “la leyenda de Potosí” (*sic*) y “la canción de la mañana” (*sic*) forman parte de *Camino soleado (en la paz en la guerra)*, 1935, Potosí: Editorial Potosí.

“Don Quijote combate a los molinos”, “Don Quijote y los batanes” y “Encanta Sancho a Dulcinea” forman parte de *Glosas a las páginas del Ingenioso Hidalgo don Miguel de Cervantes Saavedra*, 1951, Potosí: Editorial Universitaria.

“Elegía en la muerte de Federico García Lorca” aparece en *En el telar del crepúsculo*, 1968, Potosí: Departamento de Cultura de la Universidad Tomás Frías.

“Puño en alto” se publicó en *La Patria* de Oruro el domingo 11 de marzo de 2001.

el según su enseñanza mi vida deleytar.
 E antiguos y modernos, todo escrito leí
 quier ninguno llenaba mi afán e frenessi,
 e ya desesperaba de tal gozo sentir
 cuando entre muchos libros el tu libriello vi.

Era azás pequennito, ya mucho trajinado,
 las fojas deslucidas, el lomo trastornado,
 non muy lozanna traza, para mi máspreciado,
 sin sentirlo yo mesmo el seso me ha tornado.

Et fueron luengas noches, et aun más luengos días
 que el libriello en la mano. Don Amor me ternía,
 et só cierto que agora ya non lo dexaría,
 ca finqué en los sus viesos, verdat e galanía.

Arcipreste Johan Roiz, trefudo e decidor,
 e como diz la tu vieja, valiente e doneador,
 como yo bien me pago del escrito mejor,
 el libro que feciste leólo con Amor...



LA LEYENDA DEL POTOSÍ

A Margarita Núñez del Prado

“Margarita, está linda la mar”
 –como el grande Rubén te diría–
 mas aquí en la montaña ceñuda al hablarte del mar mentiría.

Nunca vieron mis ojos las olas
 sino el risco, el peñón y la sierra;
 nunca supe de brisas, de playas y naves
 ni de viajes al fin de la tierra...

Mas, sin duda, estoy loco al hablarte
 de estas cosas sin pies ni cabeza;
 yo debiera decirte en un verso
 algún cuento de rara belleza,

algún cuento de silfos, de estrellas,
y de brujas, de duendes y de hadas,
o decirte de romance fulgente
de recuerdos de cosas pasadas...

Una vez de las veces –diría–
vino un Rey de lejanas regiones;
era un Rey tan hermoso y tan fuerte
y tenía tan recias legiones,

que a su paso doblaban las frentes
pueblos rudos y fuertes y bravos.
Vino el Inca a posar cabe el Monte
que tenía a los dioses esclavos.

Después quiso tener las riquezas
que este monte guardaba en la entraña,
y envió el Rey sus legiones de obreros
a horadar la fulgente montaña.

Y se cuenta que todos volvieron
abatidos y tristes y huraños:
fue que el monte negó sus riquezas
a los suyos por modos extraños...

Y ¡POTOCCHI! –dijeron las gentes
ante el Rey que esperábales rudo;
¡Pachacamac lo quiere!, afirmaron
los Amautas de gesto sañudo.

Y aquel Rey, Margarita, tan fuerte
que tenía tan recias legiones
que imponía terror al contrario
y que vino de extrañas regiones
intocadas dejó las riquezas
que aquel monte en sus venas tenía...

Muchos años después, las mesnadas
y la gente de España venía...

Esta vez en el Monte no hubieron
ni protestas ni gritos airados;
y así fue como fue que se vieron
los tesoros del Monte agotados...

Margarita: Yo quise decirte
este cuento de cosas pasadas
y con fuerte sabor de conseja
como todas las cosas soñadas.

Porque un día recuerdes la tierra
por la cual como un sueño pasaste,
y en la que generosa y sencilla,
el perfume del verso dejaste...



LA CANCIÓN DE MAÑANA

(Cañada Cochabamba, 7-7-34)

Ese antiguo placer
de cantar y reír, de buscar con fervor un amor de mujer,
no podrá revivir...

Ese antiguo placer
de plasmar la emoción
en un bello cantar,
se ha marchado tal vez
para no retornar...

Nuestras vidas están
desprovistas de amor...
El continuo tronar
del lejano cañón
nos obliga a pensar

que la vida no tiene
más razón que matar...
¡Que el más bello cantar

tiene menos valor
que un relato marcial...!

¡Que mañana al volver
al lejano rincón
que nos viera marchar
con secreto temor
de ignorado dolor,

sólo habrá de sentir
nuestro encono feroz
por el tiempo perdido,
por el largo dolor
de un estéril luchar...!

¿Quién habrá de brindar
un minuto de amor,
a quien solo sabrá,
de morir y matar,
de matar y morir?

¿Quién habrá de querer
al que llega, por fin,
sin poder recordar,
que el saber sonreír
es la sal del vivir?

¡Cuán extraños serán
los que fueron, Amor...!
¡Nuestros ojos verán
enemigos doquier
su mirar tornarán!

¡Y en lugar de besar,
ansiaremos morder...!
¡Y en lugar de reír
nuestros labios sabrán maldecir y escupir...!

¡Pobres vidas en flor,
que han venido a morir,
sin lograr escapar
al huraño dolor de sentirse vivir...!

¡Es mejor no tornar...!
¡Acabar de una vez...!
¡Los que amamos podrán
por nosotros rezar
sin tenernos que odiar...!



DON QUIJOTE COMBATE A LOS MOLINOS

Don Quijote salió por los caminos
por la segunda vez, la Fantasía
nuevas rutas mostrando a su osadía,
y a su pasión, mirajes peregrinos.

Urdiendo iba su mente desatinos,
de Fristóri renegando y su porfía,
cuando dió en reparar que se veía
voltrear, al aire, rápidos molinos...

¡Aquí de su valor y su firmeza!
Gigantes vió su mente alucinada,
y á vencerlos moviólo su braveza.

¡Y los venció en homérica jornada,
que si alguien de ello duda, con certeza
de cosas del Ideal, no sabe nada...!



DON QUIJOTE Y LOS BATANES

La boca seca y flaca la barriga,
buscando reposar unos instantes,
por un bosque se entraron los andantes
en pos del agua que la sed mitiga.

Tremendo són, de pronto los fustiga,
y ambos, a una, detiéndense anhelantes:
Don Quijote pensando en nigromantes,
Sancho en nada, que el miedo le atosiga...

Enfrente a Don Quijote, está la Gloria,
y el Terror ante Sancho bailotea...
¿de quien será ganada la victoria?

¡Vencido fue el Quijote y sin pelea,
con astucia de límpida ejecutoria
triunfó el terror de Sancho hecho manea...!



ENCANTA SANCHO A DULCINEA

Hermano Panza: Pues el tiempo es ido
y tú dejaste el trajinar, quisiera
saber, ahora, la razón postrera
de aquel enredo por tu astucia urdido,

Viste, por él, al Paladín corrido
desconcertado, por la vez primera,
de trueque tal como jamás se viera,
mudo de angustia y de estupor mordido...

¡La Dulcinea de sus sueños guía,
y que cruel ante su afán pusiste,
no pudo ser la que ante sí tenía...!

A un noble sueño, aleve fin le diste...
Si ningún premio tu traición tendría,
dirásme, Sancho, ¿para qué lo hiciste?

ELEGÍA EN LA MUERTE DE FEDERICO GARCÍA LORCA

¡García Lorca, Poeta
de firme raigambre mora
tierra de España hecha hombre
sangre de España hecha copia!

¡García Lorca, Poeta
De las vegas granadinas,
Flor de rebeldes arrojados,
Espejo de gallardía...!

¡García Lorca, Poeta
del tosco labriego hermano,
ojo riego necesita
la siembra que tu has sembrado,

rojo riego necesita,
tu orgullo no se lo niega:
diste tu verso a los vientos,
tu sangre das a la tierra...!

¡García Lorca, Poeta
De aquessa España de acero,
Toda España eres ahora
Que España misma te ha muerto...!

¡García Lorca, Poeta
humano entre los humanos,
desde el corazón del Ande
tu nombre rezando vamos...!

...sigue vibrando mi verso
de un mismo y hondo lamento:
¡García Lorca está muerto
y España sigue viviendo...!



PUÑO EN ALTO

Por el sendero avanzan
compactos, solos, fecundos
y cantan, cantan, cantan, su vida y su
dolor...

El viento furibundo
sacude los harapos... ¡Banderas de combate
para el postrer minuto...!

¿Mañana? Enciéndese la lumbre negra
para un vencer rotundo,
que doblará la tarde
sobre el viejo sepulcro...

que iluminará las almas
curvadas sobre el surco...

que angustiará a los vivos
alzando en alto el puño...
Los hombres de la gleba cantan
Un nuevo canto rudo.

Alzan sus voces turbias sobre el agrio sendero
De su vivir obscuro...

Alzan sus voces: Martillos, picos, barrenos
brillan al sol desnudo,
y un amplio canto de esperanza
levanta en alto el puño:

¡Siniestra mano en alto
Siniestra mano en puño!

¡Obligación de lucha, de sacrificio y muerte
sobre la curva austera del horizonte brujo!

¡Siniestro puño en alto!
¡Corazón hecho mundo!
¡Ímpetu vertical para el combate santo!
¡Taumaturgo
que ha de mover los cielos y la tierra y acudir el yugo...!

Siniestra mano en alto
Siniestra mano en puño!



Los hombres de la gleba cantan
Un nuevo canto rudo...

Anexo III³

[PROSA]

PÁGINA ROJA

Era un sendero casi invisible que trepaba trabajosamente por los flancos de la montaña; ésta, de aspecto desolador, se alzaba hasta las nubes que descendían amenazadoras; el cielo de un color de pizarra y el aire pesado anunciaban la proximidad de la tormenta.

La lívida luz de un relámpago encendió con violáceo fulgor el paisaje, el trueno rasgó pavoroso las capas aéreas, y a su conjuro, cayeron en sonoro turbión, enormes granizos, grandes guijarros y duros como ellos; la montaña vibraba como una inmensa campana, los relámpagos sucedíanse unos a otros y el trueno rodaba impotente.

Dos viajeros, caballeros en sendas mulas, ascendían por ese sendero de cabras. Las mulas, furiosamente golpeadas por el granizo, avanzaban lentamente, sacudiendo la cabeza para evitar los porrazos en sus largas orejas y esquivando el cuerpo en peligrosos esguinces. Envueltos en amplios ponchos, cubierta la cabeza con sombreros alones, los viajeros iban silenciosos uno detrás de otro.

Al granizo sucedió pronto una lluvia ininterrumpida, torrencial. Los relámpagos se sucedían siempre, pero el trueno, menos rudo, anunciaba su lejanía.

Los torrentes de agua que descendían por las queiebras de la montaña dificultaban el ascenso de las bestias.

—¡Oye, Carlos! —gritó casi uno de los viajeros.

—¿Qué?

—Que esto es una friega, ¿cuándo diablos llegamos a un rancho por lo menos?

—Hijo —dijo Carlos, que caminaba delante—: aunque protestes, todavía tenemos encima unas dos horas de marcha que, con este tiempo, alargarán un poco antes de llegar a Calviri, que es la finca más cercana.

—¡Dos horas! —gruñó entre dientes Juan Saldívar, el otro de los viajeros.

3 “Página roja” pertenece a *Temple de montaña y otros cuentos* (1926), Potosí: Potosí / Biblioteca Centenario.

“Don Quijote de la Mancha” integra *Glosas a las páginas del Ingenioso Hidalgo don Miguel de Cervantes Saavedra*, 1951, Potosí: Editorial Universitaria.

Callaron ambos: las mulas ascendían cautelosamente, la lluvia decrecía.

De pronto, un rayito de sol alegre y juguetón, como una caricia, brotó de entre las negras nubes y fue a herir la húmeda superficie de la roca que pareció sonreír, y se vislumbró entonces un girón de cielo azul.

—¡Al fin! —clamó Saldívar.

Momentos después las nubes cernían negruzcas sobre el valle lejano, la tormenta golpeaba los árboles, las rocas, allá abajo, muy abajo, en el valle lejano...

—Oye, Juan.

—¿Qué?

Pienso que estaría mejor que echáramos pie a tierra, estoy casi entumecido, y esta planicie se extiende hasta Chalviri.

—¿Estás loco? ¿Con este barro en el camino?

—Bueno, apuremos un poco entonces.

Y espoleando sus cabalgaduras avanzaron rápidamente. Sobre el camino que la lluvia tornó fangoso chapoteaban las bestias; el sol brillaba espléndido; un vaho de tierra húmeda que tenía algo de voluptuoso henchía los pulmones, ambos viajeros caminaban haciendo planes para el futuro.

Una hora después se divisaba la casa de hacienda. Algunos perros ladraron desafortadamente.

La tarde se inició y allá lejos, en alguna quiebra de la montaña, sollozó una quena.



—¡Che, Juan, no seas bruto! ¡Déjala!

—No, no y no.

—Pero, ¡por Cristo!, no seas bárbaro.

Juan Saldívar, enardecido, golpeaba rudamente a una indiecita, casi una niña, que con la fuerza de la desesperación se revolcaba furiosa.

Saldívar forcejeaba mascullando ternos, la cabellera descompuesta, el rostro enrojado, surcado de profundos arañazos, el cuello y la corbata desgarrados, rugía, mordía, atarazaba...

Un estridente sonido de cuerno repercutió por las montañas y una piedra pasó silbando por sobre sus cabezas.

—Ya estamos fritos —murmuró Carlos.



Al caer de la tarde.

En la cima de un cerro que domina el camino a Sucre, sentado sobre una piedra, Isidro Quespi hundía sus miradas inexpresivas en la monotonía del paisaje; de cuando en vez, sus manos que descansaban sobre sus rodillas, se crispaban y un siniestro fulgor ardía en sus pupilas.

Escudriñaba el cielo. Las nubes del poniente anunciaban uno de esos crepúsculos montañoses, rudos, hermosamente rudos, en los cuales el rojo predomina.

De pronto, se puso de pie y escuchó: un relámpago de insania surcó su rostro, avanzó hasta el borde del abismo, allá abajo serpeaba el camino, cuyas arenas blanquecinas se apoderaban de la escasa luz, que descendía hasta ellas; acá y allá algunos grupos de churquis interrumpían la aridez del panorama. Quespi, con mirada de lince, avizoraba el camino y el abismo, cerca, en el borde mismo de éste, había un peñasco, casi suelto, el indio avanzó y, apoyando en él, escuchó. A sus oídos llegaba claramente el ruido isócrono de la marcha de las bestias sobre el abismo.

En vano pido a mis ojos,
Que no te miren ya más,
Sí en cuanto yo me descuido
Se van por donde tú estás

Se oyó cantar. Era Saldívar. Quespi sufrió un estremecimiento, su mirada fulguró y una sonrisa trágica animó su rostro.

*Ima phuyu jaccai phuyu
Yanayaspa huasaicamun
Mamainec huacainincharic
Phuyuman tucuspa jámun...*

Cantaba aún...

Un segundo, un vértigo... y el peñasco rodó fragoroso al fondo de la quebrada...

Irguióse el indio altivo y, cruzado de brazos, recibió en la frente un rayo rojo del sol agonizante...



DON QUIJOTE DE LA MANCHA

He aquí el magnífico Caballero, preso en duros y amargos pensamientos –pues había visto encantada, en “carirredonda y chata aldeana, a la sin par Dulcinea del Toboso” –dió, consigo y su escudero, “debajo de altos y sombrosos árboles”, donde, en su deambular aventurero, esperaba, sin duda, pasar la noche para conseguir su camino a Zaragoza, fin y meta de esta su tercera salida y, “habiendo a persuasión de Sancho comido”, con parco comer y mesura que tal debió ser su talante, pues quien duelos de alma alberga, mal se entiende con comidas, entretuvo sus horas en escuchar, al bueno de Sancho, palabras y razones que movieron al Caballero a decir: “Cada día, Sancho, te vas haciendo menos simple y más discreto”. Sí, que algo se me ha de pegar la discreción de vuesa merced” –hubo de responder éste, que bien venía cómo eran otros su pensar y su sentir desde que, trocado en escudero, vió ampliado su horizonte y despierto su apetito de mejores días...

“Yo os digo, mujer, que si no pensase, antes de mucho, verme gobernador de una ínsula, aquí me caería muerto” –había dicho a su mujer poco antes de su marcha, y es que no hay verdad mayor que ésta de que así crecen y medran las plantas con el sol y la lluvia, como crecen y se elevan los espíritus con el calor de la esperanza y el agua de la verdad –o la ilusión que nos vienen de los demás, y que de la belleza y altura de los pensamientos ajenos, que las lecturas nos muestran, pagárase nuestra alma más que los bienes del mundo percedero. “En esta y otras palabras” –dice Don Miguel que pasaron D. Quijote y Sancho tantas horas que, al cabo, le vino a éste “su voluntad de dejar caer las compuertas de los ojos” y darse a dormir sin pensar ninguno, que harto el estómago y no turbada el ánimo por desazón alguna, no tenía –como su amo, obligación de velar; que sí pasase por su vera aventura de tamaño tal que a él le viniesen ganancias, ya cuidaría don Quijote –que para tal naciera– de salir al encuentro, detenerla y llevarla a cabo.

Así callado el bosque, dormido a pierna suelta el socarrón escudero, dormitando el apesgado Caballero, cruzando el pescuezo de Rocinante sobre el cuello del asno, se vió desovillado el hilo del tiempo...

¿Qué pensamientos bullirían en la semidormida mente del esforzado Don Quijote?

Porque no dormía, no, con el dormir dormido de Sancho sino con el dormir despierto del que tiene el alma viva; impedían su reposo, sin duda, dolorosos pensamientos: ¿Quién era el perverso encantador que le privó de la gloria de ver a la dueña de sus pensamientos? ¿Por qué él sólo –flor

y espejo de andantes caballeros-, habría de ser reducido al miserable estado de amador sin fortuna, pues que no bañó su alma en la luz de aquellos ojos que fueran faros en su camino, ni escuchó la música de esa voz peregrina que sería acicate en sus batallas y descanso en su fatiga?

¿Y qué temor le mordería las entrañas al verse en camino de aventuras sin la bendición que de su dama era menester para “acabar y dar felice cima a toda peligrosa aventura, porque ninguna cosa desta vida hace más valientes a los caballeros andantes que verse favorecidos de sus damas”, ya que, por las malas artes de su enemigo, no pudo él –sólo él– recrear su vista en su sin par belleza?

Mas, ¿qué importaba eso si ahora, en este preciso momento, veía aquel sol de su vida mismamente enfrente de él?

¡Este era, sin duda alguna, el premio a su constancia, a su valor y a su gallardía! Venciendo la animadversión del mágico, llegaba a su vera para...

¡Mas he aquí que no hay ruido en el bosque y el ruido le abre los ojos al mundo y se los cierra a su aventura...!

“Y vió que eran dos hombres a caballo, y que el uno, dejándose derribar de la silla, dijo al otro: Apéate, amigo, y quita los frenos a los caballos, que a mi parecer este sitio abunda de yerba para ellos, y del silencio de soledad que han de menester mis amorosos pensamientos. El decir esto y el tenderse en el suelo todo fué a un mismo tiempo, y al arrojarse hicieron ruido las armas de que venía armado; manifiesta señal por donde conoció D. Quijote que debía se ser caballero andante”.

¿Quién dijo que tu locura era tal, ilustre manchego?

Aún había caballeros andantes por el mundo, y eran necesarios porque por todo él andaban sueltas, como ahora mismo –las malas pasiones, el dolo y la injusticia, porque por todas partes los fuertes, los ricos y poderosos-. ¿Recuerdas a Juan Haldudo y su criado? –atan a los débiles y a los mansos a las encinas del trabajo y les pagan en azotes lo que éstos les dan en bienestar y riquezas porque por todas partes habían quienes pedían pan y recibían piedras...

Y si vivieras, gran caballero, en estas tierras y en estos tiempos, tú, generoso paladín de libertades; si vivieras en estos tiempos, digo, la vida te fuera como un soplo y no te dieras para castigar Haldudos y liberar Andresillos que los unos dominan llanos, tierras y montañas y los otros –los más– perforan montes, roturan tierras y sangran árboles para recibir en pago de todo eso, miseria y dolor, hambre y desesperanza...

Mas tengamos la lengua, enamorado caballero, y veamos quien sea éste a quien sospechas, dolorido caballero...

Y lo primero que le oyes son palabras que te asombran...

“¡Oh, la más hermosa y la más ingrata mujer del orbe!

¿Cómo será posible, serenísima Casilde de Vandalia, que has de consentir que se consuma y acabe en continuas peregrinaciones y en ásperos y duros trabajos este tu cautivo caballero? ¿No basta ya que he hecho te confiesen por la más hermosa del mundo todos los caballeros de Navarra, todos los leoneses, todos los tartesios, todos los castellanos y, finalmente, todos los caballeros de la Mancha?

¿Todos los caballeros de la Mancha, dijo? ¿No eres de la Mancha, tú?

¿Y te han vencido, noble paladín?

¡Sí, que desvaría quien tal afirma, porque tú no has sido vencido en jamás de los jamases, que los vencimientos que cuenta Cide Hamete son sólo fantasías de su mente e invenciones de encantadores...!

Pero... luego, a lo largo de la plática que con él tendrás sobre este particular, verás, buen hidalgo, cómo parecen ciertas las palabras del Caballero del Bosque, ya que su acento es firme y firmes sus razones: “Finalmente –ha de decir–, señor caballero, quiero que sepáis que mi destino, o por mejor decir, mi elección me trajo a enamorar de la sin par Casildea de Vandalia; llámola sin par porque no le tiene, así en la grandeza del cuerpo como en el extremo del estado y de la hermosura... En resolución, últimamente me han mandado que discurra por todas las provincias de España, y hago confesar a todos los andantes caballeros que por ellas vagaren, que ella sola es la más aventajada en hermosura de cuantas hoy viven, y que yo soy el más valiente, y el más enamorado caballero del orbe, en cuya demanda... he vencido muchos caballeros..., pero de lo que más precio y ufano es de haber vencido en singular batalla a aquel tan famoso caballero D. Quijote de la Mancha y héchole confesar que es más hermosa mi Casildea que su Dulcinea...”.

Hiciste, entonces, aquello que hacen los bien nacidos solamente: Oíste todo con paciencia suma y dijiste, sosegadamente: “De que vuessa merced, señor caballero, haya vencido a los más caballeros andantes de España y aún de todo el mundo, no digo nada, pero de que haya vencido a D. Quijote, póngolo en duda; podría ser que fuese otro que le pareciese, aunque hay pocos que le parezca”.

Y estando firme el del Bosque en sus palabras y tú, en tus realidades, nada pudo ocurrir sino lo que debiera:

“...y si todo esto no basta para enteraros en esta verdad que digo aquí está él mismo D. Quijote, que la sustentará con sus armas a pie o a caballo o de cualquier suerte que os agradare”. Callaron las lenguas para que luego hablasen las espadas, como era de esperar y fuisteis, ambos,

en busca de vuestros escuderos para encargarles prevenir arreos y armas para la inminente batalla y los hallásteis dormidos...

Dormidos estaban los escuderos; dormidos como aquellos seguidores de Jesús, el Nazareno, en Getsemaní; dormidos como duermen los hombres que no tienen más cuidado que su propio bienestar; dormidos, ahítos y satisfechos, porque la vida les dió vino y yantar y les negó visión para lo noble y bello; como duermen los Sancho y los Tomé Cecial del mundo...

¿Los Sancho, dije? ¡Insensata blasfemia e indigno pensar! No, no... Los Sancho no duermen igual que cualquier escudero andante o discípulo temeroso, no, otro es el dormir del Sancho ahora, porque otra es el alma del quijotesco escudero... ¿No lo ha dicho él mismo poco ha?: ‘Si que algo se me ha de pegar de la discreción de vuesa merced’. ¿Algo, Sancho? Casi me atrevo a afirmar que el espíritu todo de tu amo se está metiendo en tu sangre roja y fuerte de labrador y, por suerte, o por desgracia, ha de abrirte los ojos a otras realidades... ¿Que lo dudas? Aguarda, que voy a mostrarte que estoy en lo cierto: ¿No has dicho, ahora mismo, plantado como un roble, delante del Caballero del Bosque? Pues a fe que he hablado yo... y puedo hablar delante de otro tan, y aún...”. ¡He hablado yo! Yo, que siendo de la gleba, he llegado a la altura de los caballeros andantes, yo que por la fortaleza de mi sangre y de mi carne, hechas de tierra y de pobreza, llevaré más alto y más lejos que todos los andantes, el Ideal; yo, que soy el pueblo, he hablado... ¡Y qué! ¡Y has crecido diez palmos, Sancho, por mi fe!

Y, sin saberlo tú como lo saben los creadores de credos y doctrinas, iniciaste el ascenso de los pobres, los desheredados y los siervos hacia una futura estructuración social donde no hayan caballeros que yanten a manteles por mor de nacimiento ni labriegos que coman en sus manos porque se llamaron Panzas o Ceciales y, apenas nacidos, se pegaron a la tierra para arrancarles frutos que comerán los señores y cuyas sobras solamente llegarán hasta ellos...

¿Sólo eso? No, que aún hay más. Porque sabes que “Dios bendijo la paz y maldijo las riquezas”, y no gustas de reñir aunque la costumbre lo imponga: “Has de saber, hermano, que tienen por costumbre los peleantes de Andalucía, cuando son padrinos de alguna pendencia, no estarse ociosos mano sobre mano en tanto que sus ahijados riñen” –te dijo el escudero del Bosque–, “dígame porque esté advertido que mientras nuestros dueños riñeren, nosotros también hemos de pelear y hacernos astillas”.

Es determinación tuya, no reñir, a pesar de todo, más: “¿...quién diablos se ha de amañar a reñir a secas? Para eso, dijo el del Bosque, yo

daré un suficiente remedio, y es que antes que comencemos la pelea yo me llegaré bonitamente a V.M., y le daré tres o cuatro bofetadas que dé con él a mis pies, con las cuales le haré despertar la cólera aunque esté con más sueño que un lirón. Contra ese corte sé yo otro, respondió Sancho, que no le va a zaga; cogeré yo un garrote, y antes que V.M. llegue a despertarme la cólera haré yo dormir a garrotazos, de tal suerte la suya que no despierte si no fuere en el otro mundo... y así desde ahora intimo a V.M., señor escudero, que corra por su cuenta todo el mal y daño que de nuestra pendencia resultares”.

Aquí de tu naciente quijotismo, hermano Sancho... ¡Ya tus hombros no soportan el pesado yugo con que el señor feudal te unció a su carro y se tornó en bestia, apenas digna de vivir; ya desde ti comienza a despertar el hombre que, más tarde –¿no lo predijo ya *Fuenteovejuna?*– habría de derribar la Bastilla, defender Zaragoza, asaltar el Kremlin y ponerse en frente de la vida con el pecho descubierto y la cabellera al viento?

“Está bien, replicó el del Cosque, amanecerá Dios y medraremos”. ¡Victoria tuya, Sancho!; victoria de tu pacifismo consciente y no cobarde; pacifismo claro, limpio, sin falsa vergüenza y capaz de infundir temor en el adversario... Calló el provocador y tú pudiste atender a la venida del día sin temor alguno...

¿Por qué calló tu adversario? ¿Miedo? ¡No, sino socarronería...!

En esto... dió lugar la claridad del día para ver y diferenciar las cosas, cuando la primera que se ofreció a los ojos de Sancho Panza fue la nariz del escudero del Bosque, que era tan grande que casi le hacía sombra a todo el cuerpo... cuya grandeza, color, verrugas y encorvamiento así le afeaban el rostro, que en viéndole Sancho comenzó a herir de pie y de mano como niño con alferecía, y propuso en su corazón de dejarse dar doscientas bofetadas antes que despertar la cólera para reñir con aquel vestigio”.

¿Cómo dijiste, Sancho? ¿Tan pronto bajaste del pedestal en que te ibas alzando solamente por las desmesuradas narices de tu contrario? ¡Cómo había de ser si no así! Cosa es averiguada que más empavorecen imaginaciones que realidades y tú te has enfrentado con una que, sólo más tarde, habrás de saber fingida y, desgraciadamente, cuando hayas mostrado la hilaza de tu alma... Mas, para descargo tuyo, dígame Sancho, que más veces han humillado a los pueblos “narices de pasta y barniz” puestas sobre las reales de hombres comunes que imaginarte pudieras y es que, por infelicidad humana, son también más veces las que tales narices ofuscan mentes, alucinan voluntades y engañan deseos para arrastrar a los desheredados, a los hambrientos y a los desvalidos a formar murallas con

sus pechos y pedestal con sus espaldas para alzarse así a sitios de donde vengan a los Tomé Cecial, que con tales narices se visten, galas, ínsulas y prebendas... Empero, tú mismo lo viste luego: “Antes creo, Sancho, dijo D. Quijote, que te quieres encaramar y subir en andamio por ver sin peligro los toros. La verdad que diga, respondió Sancho, las desaforadas narices de aquel escudero me tienen atónito y lleno de espanto... Ellas son tales, dijo D. Quijote, que a no ser yo quien soy también me asombraran y así ven, ayudarte, he a subir donde dices”.

Subido ya en el árbol, Sancho, viste cómo el Caballero de los Espejos venía sobre tu amo; cómo, de verle ocupado contigo, detuvo su caballo; cómo D. Quijote voló sobre él sin reparo alguno; cómo dió con su adversario en el suelo, venciéndole irremisiblemente...

“Apenas le vió caído Sancho, cuando se deslizó del alcoraque... vino donde su señor estaba, el cual, apeándose de Rocinante, fue sobre el de los Espejos y... vió... el rostro mismo... del Bachiller Carrasco”. Y, maravilla mayor, Sancho amigo, viste tú mismo a Tomé Cecial, redivivo y desnarigado ya de su máscara...

¡Era tu compadre, Sancho, tu compadre! Un destripaterrenos como tú, como tú simple, como tú honesto, como tú padre de hijos de esposo de mujer... ¡y le temiste hasta pensar en recibir, sin devolverlas, doscientas bofetadas y te encaramaste sobre un árbol!

Y sabe bien, Sancho amigo, y que lo sepan contigo cuantos oírlo quieran, que nada hay más de malo en la vida que creer en vestigios y en grandes hombres narigudos que te ofrezcan mirajes inusitados porque los tales no son sino compadres tuyos, compadres que te burlan y escarnecen, compadres que crecen con tu abajamiento y que medran con tu miedo y con tu esfuerzo...

“...Mas la prehensión que en Sancho había hecho lo que su amo dijo de que los encantadores habían mudado la figura del Caballero de los Espejos en la del Bachiller Carrasco, no le dejaba dar crédito a la verdad que con los ojos estaba mirando. Finalmente, se quedaron con este engaño amo y mozo...”.

Así se acabó la descomunal aventura, Sancho, y como saldo de ella, como sucede siempre en la vida, han quedado amargor en el alma de tu amo y estupor en la tuya: Amargor en la de tu amo por la victoria a medias lograda y estupor en la tuya por el narigamiento de tu compadre...

Tú seguiste tu destino cerca de D. Quijote. ¿Aprenderán de ti los infinitos Sanchos que la tierra abriga y, sin temor alguno, combatirán en su día, con los vestiglos que con “narices de pasta y barniz” se opongan a su marcha en pos de la Ínsula bienandanza...?



En el marco de la celebración de los 200 años de la Independencia de Bolivia, en 2025, la Vicepresidencia del Estado Plurinacional, a través de su Centro de Investigaciones Sociales (CIS), determinó la creación de la Biblioteca del Bicentenario de Bolivia (BBB), cuyo propósito principal es seleccionar, publicar y difundir 200 de las más representativas obras del pensamiento y conocimiento de nuestro país para promover la lectura, el estudio y la investigación de lo boliviano, fortalecer el sistema educativo y la reflexión sobre la identidad plural de Bolivia.

La BBB es un proyecto editorial que toma en cuenta aspectos cronológicos, históricos, geográficos, étnicos, culturales, lingüísticos, etc., con la intención de conformar una colección de obras representativas de y para la historia de nuestro país en cuatro colecciones: Historias y geografías; Letras y artes; Sociedades; y Diccionarios y compendios.

Historias y geografías

1. Alarcón, Ricardo: *Bolivia en el primer centenario de su Independencia*
2. Albó, Xavier y Barnadas, Josep: *La cara india y campesina de nuestra historia*
3. Anónimo: *Bosquejo del estado en que se halla la riqueza nacional de Bolivia*; Pentland, Joseph: *Informe sobre Bolivia* (libro fusionado)
4. Armentia, Nicolás: *Relación histórica de las Misiones Franciscanas de Apolobamba*
5. Arzáns de Orsúa y Vela, Bartolomé: *Historia de la Villa Imperial de Potosí*
6. Arze Aguirre, René: *Participación popular en la Independencia de Bolivia*
7. Bakewell, Peter: *Mineros de la montaña roja. El trabajo de los indios en Potosí*; Mitre, Antonio: *Los patriarcas de la plata*; Tandeter, Enrique: *Coacción y mercado. La minería de la plata en el Potosí colonial, 1692-1826* (libro fusionado)
8. Baptista Gumucio, Mariano: *Cartas para comprender la historia de Bolivia* (publicado)
9. Barnadas, Josep: *Charcas. Orígenes históricos de una sociedad colonial*
10. Barragán, Rossana: *Espacio urbano y dinámica étnica. La Paz en el siglo XIX*
11. Block, David: *La cultura reduccional de los llanos de Mojos*
12. Cajías, Fernando: *La provincia de Atacama*
13. Calancha, Antonio: *Crónica moralizada*
14. Choque, Roberto: *La masacre de Jesús de Machaca*
15. Chungara, Domitila (Moema Viezzer): *Si me permiten hablar*
16. Coimbra, Juan: *Siringa. Memorias de un colonizador del Beni*; Pinto Parada, Rodolfo: *Arreando desde Mojos* (libro fusionado [publicado])
17. Combès, Isabelle: *Etno-historias del Isoo. Chané y chiriguano en el Chaco boliviano*
18. Condarco, Ramiro: *Zárate, el "temible" Willka*
19. Condori, Leandro; Mamani, Carlos y THOA: *El escribano de los caciques apoderados; Taraqu, 1866-1935: Masacre, guerra y renovación en la biografía de Eduardo L. Nina Qhispi; El indio Santos Marka T'ula...* (libro fusionado)
20. Crespo, Alberto: *Esclavos negros en Bolivia; Inge Buisson-Wolff: Negerklaverei und negerhandel in Hochperu 1545-1640 [Esclavitud y tráfico de negros en Alto Perú]* (libro fusionado)
21. Dalence, José María: *Bosquejo estadístico de Bolivia*
22. De Ribera, Lázaro: *Moxos: Descripción e historia fiel de los indios, animales e plantas de la provincia de Moxos en el virreinato del Perú*
23. De Viedma, Francisco: *Descripción geográfica y estadística de Santa Cruz de la Sierra*; Comajuncosa, Antonio; Hanke, Tadeo y La Cueva, Francisco: *Otros* (libro fusionado)
24. Del Valle, María Eugenia: *Historia de la rebelión de Túpac Catari*

25. D'Orbigny, Alcide: *Viajes por Bolivia*
26. Dunkerley, James: *Rebelión en las venas*
27. Escobari, Jorge: *Historia diplomática de Bolivia*
28. Finot, Enrique: *Historia de la conquista del oriente boliviano*; García Recio, José María: *Análisis de una sociedad de frontera: Santa Cruz de la Sierra en los siglos XVI-XVII* (libro fusionado)
29. Gamarra, Pilar: *Amazonia norte de Bolivia: economía gomera (1870-1940)*
30. Guevara, Ernesto: *Diario del Che en Bolivia*
31. Irurozqui, Marta: "A bala, piedra y palo": *La construcción de la ciudadanía política en Bolivia*
32. Klein, Herbert: *Orígenes de la revolución nacional boliviana*
33. Larson, Brooke: *Colonialismo y transformación agraria en Bolivia: Cochabamba 1550-1900*
34. Lofstrom, William: *La Presidencia de Sucre en Bolivia*
35. Lora, Guillermo: *Historia del movimiento obrero*
36. Mendoza, Gunnar: *Obra reunida*
37. Mendoza, Jaime: *Obra reunida: El Macizo Boliviano y El factor geográfico en la nacionalidad boliviana* (publicado)
38. Mercado, Melchor María: *Álbum de paisajes, tipos humanos y costumbres de Bolivia (1841-1869)*
39. Montes de Oca, Ismael: *Geografía y recursos naturales de Bolivia*
40. Moreno, Gabriel René: *Últimos días coloniales en el Alto Perú*
41. Parkerson, Phillip: *Andrés de Santa Cruz y la Confederación Perú-Boliviana*
42. Pärssinen, Martti: *Tawantinsuyo*
43. Platt, Tristan: *Estado boliviano y ayllu andino. Tierra y tributo en el Norte de Potosí* (publicado)
44. Platt, Tristan; Harris, Olivia y Bouysse-Cassagne, Thérèse: *Qaraqara-Charka*
45. Poma de Ayala, Guamán: *Nueva crónica y buen gobierno*
46. Querejazu, Roberto: *Guano, salitre y sangre. Historia de la Guerra del Pacífico*
47. Querejazu, Roberto: *Masamaclay: Historia política, diplomática y militar de la Guerra del Chaco*
48. Roca, José Luis: *Ni con Lima ni con Buenos Aires. La formación de un Estado nacional en Charcas*
49. Rodríguez, Gustavo: *Teoponte, la otra guerrilla guevarista en Bolivia*
50. Sanabria, Hernando: *Obra reunida (En busca de El Dorado; Apiaguaiqui Tumpa. Biografía del pueblo chiriguano y su último caudillo; Breve historia de Santa Cruz)*
51. Serulnikov, Sergio: *Revolución en los Andes. La era de Túpac Amaru*
52. Soux, María Luisa: *El complejo proceso hacia la independencia de Charcas*
53. Suárez, Nicolás: *Anotaciones y documentos sobre la campaña del Alto Acre, 1902-1903*
54. Thomson, Sinclair: *Cuando solo reinasen los indios. La política aymara en la era de la insurgencia*
55. Trigo, Eduardo: *Tarija en la independencia del Virreinato del Río de la Plata*
56. Vargas, José Santos: *Diario de un comandante de la Guerra de la Independencia* (publicado)
57. Vázquez Machicado, Humberto: *Obra reunida*
58. Wachtel, Nathan: *El regreso de los antepasados. Los indios urus de Bolivia del siglo XX al XVI. Ensayo de historia regresiva*
59. *Antología de arqueología*
60. *Antología de biografías*
61. *Antología de ciencias de la tierra*
62. *Antología de cronistas coloniales de Charcas*
63. *Antología de diarios de viajes y expediciones*
64. *Antología de documentos históricos fundamentales de Bolivia* (publicado)
65. *Antología de estudios regionales*
66. *Antología de folletos*
67. *Antología de la problemática marítima*
68. *Atlas general e histórico de Bolivia*
69. *Nueva historia general de Bolivia*

Letras y artes (72)

70. Aguirre, Nataniel: *Juan de la Rosa* (publicado)
71. Alfaro, Óscar: *Obra reunida*
72. Antezana J., Luis H.: *Ensayos escogidos*
73. Arguedas, Alcides: *Raza de bronce*
74. Bascopé Aspiazú, René: *Obra reunida*
75. Bedregal, Yolanda: *Obra reunida*
76. Borda, Arturo: *El Loco*
77. Camargo, Edmundo: *Obra reunida*
78. Cárdenas, Adolfo: *Periférica Blvd.*
79. Cerruto, Óscar: *Obra reunida* (dos volúmenes)
80. Céspedes, Augusto: *Sangre de mestizos*
81. Chirveches, Armando: *Obra reunida*
82. Costa du Rels, Adolfo: *El embrujo del oro*
83. De la Vega, Julio: *Matías, el apóstol suplente*
84. Echazú, Roberto: *Poesía completa* (publicado)
85. Gerstmann, Roberto: *Bolivia: 150 grabados en cobre*
86. Gisbert, Teresa y Mesa, José: *Historia del arte en Bolivia*

87. Gisbert, Teresa: *Iconografía y mitos indígenas en el arte*
88. Gumucio, Alfonso: *Historia del cine boliviano*
89. Guzmán, Augusto: *Obra reunida*
90. Jaimes Freyre, Ricardo: *Obra reunida*
91. Lara, Jesús: *Yanacuna (Yawarninchij)*
92. Medinaceli, Carlos: *La Chaskañawi*
93. Medinaceli, Carlos: *Obra reunida*
94. Mitre, Eduardo: *Obra reunida*
95. Montes, Wolfango: *Jonás y la ballena rosada*
96. Moreno, Gabriel René: *Obra reunida*
97. Mundy, Hilda: *Obra reunida* (publicado)
98. Otero Reiche, Raúl: *Obra reunida*
99. Paz Soldán, Edmundo: *Río fugitivo*
100. Pentimali, Michella; Gisbert, Teresa; Paz, Valeria; Calatayud, Jacqueline: *Bolivia: los caminos de la escultura*
101. Piñeiro, Juan Pablo: *Cuando Sara Chura despierte*
102. Poppe, René: *Interior mina*
103. Quiroga Santa Cruz, Marcelo: *Los deshabitados*
104. Querejazu, Pedro: *Las misiones jesuíticas de Chiquitos*
105. Querejazu, Pedro: *Pintura boliviana en el siglo xx*
106. Reynolds, Gregorio: *Obra reunida*
107. Rocha Monroy, Ramón: *El run run de la calavera*
108. Saenz, Jaime: *Felipe Delgado*
109. Saenz, Jaime: *Obra reunida*
110. Salazar Mostajo, Carlos: *La pintura contemporánea en Bolivia*
111. Sanjinés, Javier: *Literatura contemporánea y grotesca social en Bolivia*
112. Shimose, Pedro: *Obra reunida*
113. Sotomayor, Ismael: *Añejerías pacañas*
114. Spedding, Alison: *De cuando en cuando Saturnina*
115. Suárez, Jorge: *Obra reunida*
116. Suárez Araúz, Nicomedes: *Obra reunida*
117. Tamayo, Franz: *Obra reunida* (dos volúmenes)
118. Terán Cabero, Antonio: *Obra reunida*
119. Urzagasti, Jesús: *Obra reunida* (dos volúmenes)
120. Vaca Guzmán, Santiago: *Obra reunida*
121. Viaña, José Enrique: *Cuando vibra la entraña de plata* (publicado)
122. Wicky, Jean Claude: *Bolivia: Mineros*
123. Wiethüchter, Blanca y Paz Soldán, Alba María: *Hacia una historia crítica de la literatura en Bolivia*
124. Wiethüchter, Blanca: *Obra reunida*
125. Zamudio, Adela: *Obra reunida*
126. *Antología de la arquitectura en Bolivia*
127. *Antología de la caricatura en Bolivia*
128. *Antología de crónica literaria y periodística*
129. *Antología del cuento boliviano* (publicado)
130. *Antología de ensayo y crítica literaria en Bolivia*
131. *Antología de fotografía boliviana*
132. *Antología de gastronomía boliviana*
133. *Antología de literatura aymara*
134. *Antología de literatura colonial*
135. *Antología de literatura infantil y juvenil de Bolivia* (publicado)
136. *Antología de literatura quechua*
137. *Antología de literatura de tierras bajas*
138. *Antología sobre la música en Bolivia*
139. *Antología de poesía boliviana*
140. *Antología de tradición oral en Bolivia*
141. *Antología de teatro boliviano*

Sociedades (49)

142. Albarracín, Juan: *Sociología boliviana contemporánea*
143. Albó, Xavier: *Obra reunida*
144. Almaraz, Sergio: *Obra reunida*
145. Anónimo: *El manuscrito Huarochirí*
146. Arguedas, Alcides: *Pueblo enfermo*
147. Arze, José Antonio: *Obra reunida*
148. Baptista Caserta, Mariano: *Páginas escogidas*
149. Bouysson-Cassagne, Thérèse; Harris, Olivia; Platt, Tristan y Cereceda, Verónica: *Tres reflexiones sobre el pensamiento andino*
150. Díez Astete, Álvaro: *Compendio de etnias indígenas y ecorregiones Amazonia, oriente y Chaco*
151. Francovich, Guillermo: *Obra reunida*
152. García Jordán, Pilar: *Unas fotografías para dar a conocer al mundo la civilización de la república guaraya*
153. García Linera, Álvaro: *Obra reunida*
154. Gianecchini, Doroteo: *Historia natural, etnográfica, geográfica, lingüística del Chaco boliviano*
155. Guillén-Penaranda y Pérez, Elizardo: *Warisata, la escuela ayllu; Utama* (libro fusionado)
156. Holmberg, Allan y Stearman, Allyn: *Nómadas del arco largo: los sirionó del oriente boliviano; No más nómadas* (libro fusionado)
157. Hurtado, Javier: *El katarismo* (publicado)
158. López Menéndez, Felipe y Barnadas, Josep: *Compendio de historia eclesíastica de Bolivia; La Iglesia Católica en Bolivia* (libro fusionado)

159. Marof, Tristan: *Obra reunida*
160. Montenegro, Carlos: *Nacionalismo y colonización* (publicado)
161. Murra, John: *Formaciones económicas y políticas del mundo andino*
162. Ovando, Jorge: *Sobre el problema nacional y colonial de Bolivia*
163. Quiroga Santa Cruz, Marcelo: *Obra reunida*
164. Reinaga, Fausto: *La revolución india*
165. Reyer, Rafael: *Historia social del indio boliviano. "El pongueaje"*
166. Riester, Jürgen: *Obra reunida*
167. Rivera, Silvia: *Oprimidos pero no vencidos*
168. Romero Pittari, Salvador: *Obra reunida*
169. Saignes, Thierry: *Obra reunida*
170. Urquidí, Arturo: *Obra reunida*
171. Van den Berg, Hans: *Obra reunida*
172. Villamil de Rada, Emeterio: *La lengua de Adán* (publicado)
173. Zavaleta Mercado, René: *Obra reunida*
174. *Antología de antropología de tierras altas*
175. *Antología de antropología de tierras bajas*
176. *Antología de ciencias políticas bolivianas*
177. *Antología de ciencias de la vida*
178. *Antología sobre ciudad, mestizaje y economía popular*
179. *Antología del deporte boliviano*
180. *Antología de economía en Bolivia*
181. *Antología de educación en Bolivia*
182. *Antología de farmacopea indígena*
183. *Antología de filosofía boliviana*
184. *Antología sobre las Fuerzas Armadas y la Policía*
185. *Antología sobre la hoja de coca*
186. *Antología sobre el minero y la minería en Bolivia*
187. *Antología del periodismo y estudios de comunicación*
188. *Antología de sociología boliviana*
189. *Antología de tradiciones, folklore y mitos*
190. *Antología sobre textiles*

Diccionarios y compendios (10)

191. Barnadas, Josep: *Diccionario histórico de Bolivia*
192. Bertoni, Ludovico: *Vocabulario de la lengua aymara*
193. Coello, Carlos: *Diccionario de bolivianismos*
194. Gianecchini, Doroteo: *Diccionario chiriguano-español, español-chiriguano*
195. Gonzales Holguín, Diego: *Vocabulario de la lengua general de todo el Perú*
196. Herrero, Joaquín y Sánchez, Federico: *Diccionario quechua*
197. Layme, Félix: *Diccionario aymara*
198. Marbán, Pedro: *Diccionario de lengua mojeña*
199. Ortiz, Elio y Caurey, Elías: *Diccionario etimológico y etnográfico de la lengua guaraní hablada en Bolivia*
200. *Vocabulario de los pueblos indígenas*



BIBLIOTECA
DEL BICENTENARIO
DE BOLIVIA

Álvaro García Linera
Vicepresidente del Estado

Amaru Villanueva Rance
Director general del CIS

COORDINACIÓN GENERAL

Víctor Orduna Sánchez: Editor general

Claudia Dorado Sánchez, Kurmi Soto Velasco, Alfredo Ballerstaedt Gonzales,

Wilmer Urrelo Zárate e Iván Barba Sanjinez: Editores

Juan Carlos Tapia Quino, Marcos Flores Reynoso

y Oscar Claros Troche: Responsables de diseño e imprenta

Ana Lucía Velasco: Responsable del proyecto

Francisco Bueno Ayala: Asesor jurídico

Andrés Claros Chavarría: Asistente general

CONSEJO EDITORIAL, GESTIÓN 2016

Alba María Paz Soldán

Ximena Soruco Sologuren

Godofredo Sandoval

María Luisa Soux

Mauricio Souza Crespo

Fernando Mayorga

COMITÉ EDITORIAL ENCARGADO DE LA SELECCIÓN

Adolfo Cáceres Romero, Alba María Paz Soldán, Ana María Lema, Beatriz Rossells,
Carlos Mesa, Claudia Rivera, Eduardo Trigo, Elías Blanco Mamani, Esteban Ticona, Fernando
Barrientos, Fernando Mayorga, Germán Choquehuanca, Godofredo Sandoval, Gustavo

Rodríguez, Hans van den Berg, Isaac Sandoval,

José Antonio Quiroga, José Roberto Arze, Juan Carlos Fernández, Jürgen Riestler,

Luis Oporto, María Luisa Soux, Mariano Baptista Gumucio, Pablo Quisbert,

Pedro Querejazu, Pilar Gamarra, Ramón Rocha Monroy, Roberto Choque, Rubén Vargas (†),

Verónica Cereceda y Xavier Albó.



Este libro –la obra 121 de la Biblioteca del Bicentenario de Bolivia (BBB)– se terminó de imprimir en febrero de 2017. Para su composición se emplearon las tipografías Swift, Myriad Pro, Filosofía y Fedra en sus distintas variantes y tamaños. Se imprimieron 2.500 ejemplares –2.000 en rústica y 500 en tapa dura– en papel bond ahuesado de 70 g y el emblocado se realizó en cuadernillos costurados.



BIBLIOTECA
DEL BICENTENARIO
DE BOLIVIA

La trama de *Cuando vibraba la entraña de plata* (crónica novelada del siglo xvii) se centra en Nicolás Ludueña, ciudadano medio de la Villa Imperial de Potosí, cuya vida se articula a circunstancias y detalles ocurridos entre 1598 y 1626. Ludueña es un ciudadano corriente que se bate contra los vascos cuando las circunstancias lo requieren, que juega y bebe con sus amigos en el Mesón del Desorejado, todo esto en una atmósfera más bien austera, que se hace galana y refinada en las fiestas oficiales, aunque sórdida en la mina y en los ingenios.

Esta novela ofrece, además, un inquietante misterio asociado a la presencia y a los saberes indígenas que inciden y determinan el desarrollo del relato. El narrador-cronista, que no forma parte de la historia ni opina al respecto, articula los diálogos que intentan reproducir la oralidad potosina a través de un español antiguo sobre el que se graban voces quechuas del cotidiano urbano de la época.

De esa manera, nos enteraremos cómo fueron esos oficios que tienen que ver con la tierra y los metales, y también cómo se gestaron esas luchas entre vicuñas y vascongados, al mismo tiempo que seguiremos las aventuras y desventuras de Nicolás Ludueña y veremos configurarse una sociedad y una cultura americana.

Alba María Paz Soldán



Estado Plurinacional
de Bolivia

